

BEACH READ



Bookzinga

*"Original,
sparkling bright,
and layered
with feeling."*

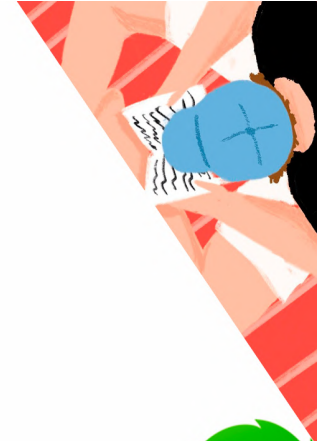
—SALLY THORNE,
author of
The Hating Game



EMILY HENRY

*ways have
didn't you know!*

READ
Bookzinga



2



EMILY HENRY
BEACH



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
in her*

*ways have
didn't you know!*



Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual **no tiene costo alguno.**

Es una traducción hecha **por fans y para fans.**

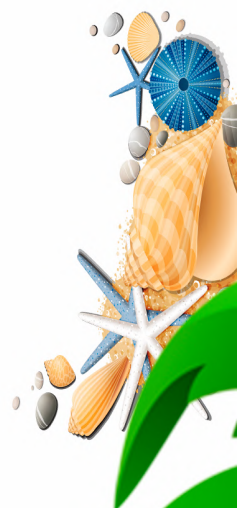
Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo.

No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro.

3



EMILY HENRY
BEACH



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
the heart*

ways have
didn't you know!

READ
Bookzinga

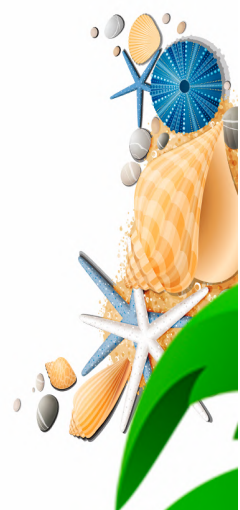
ÍNDICE

Sinopsis	5	16	156
1	7	17	167
2	17	18	179
3	27	19	193
4	36	20	204
5	42	21	219
6	48	22	236
7	54	23	254
8	65	24	266
9	77	25	276
10	85	26	289
11	101	27	295
12	114	28	306
13	132	Sobre la autora	315
14	133	Créditos	316
15	151		

4



EMILY HENRY
BEACH



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
i. hen

*ways have
didn't you know!*

READ
Bookzinga

SINOPSIS

Augustus Everett es un autor aclamado de ficción literaria. January Andrews escribe romances con éxito de ventas. Cuando ella escribe un felices para siempre, él mata a todo su elenco.

Son polos opuestos.

De hecho, lo único que tienen en común es que durante los próximos tres meses viven en casas de playa vecinas, quebrados y estancados con el bloqueo de escritor.

Hasta que, una noche brumosa, una cosa lleva a la otra y llegan a un acuerdo diseñado para obligarlos a salir de sus rutinas creativas: Augustus pasará el verano escribiendo algo feliz y January escribirá la próxima Gran Novela Americana. Ella lo llevará a viajes de campo dignos de cualquier montaje de comedia romántica, y él la llevará a entrevistar a los miembros sobrevivientes de un culto a la muerte en los bosques (obviamente). Todos terminarán un libro y nadie se enamorará. En serio.

5



EMILY HENRY
BEACH



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment*

ways have
didn't you know!

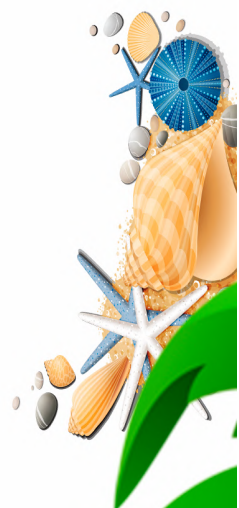
READ
Bookzinga



Para Joey,

Eres tan perfectamente mi persona favorita

6



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
in her

EMILY HENRY
BEACH

ways have
didn't you know!

La casa

Tengo un defecto fatal.

Me gusta pensar que todos lo tenemos. O al menos eso me facilita las cosas cuando estoy escribiendo: construir a mis heroínas y héroes en torno a este rasgo de autosabotaje, basando todo lo que les sucede en una característica específica: lo que aprendieron a hacer para protegerse y no pueden soltar, incluso cuando deja de servirles.

Quizás, por ejemplo, no tenías mucho control sobre tu vida cuando eras niño. Así que, para evitar decepciones, aprendiste a no preguntarte nunca qué era lo que deseabas en realidad. Y funcionó durante mucho tiempo. Solo que ahora, al darte cuenta de que no *conseguiste* lo que no *sabías* que querías, estás avanzando rápidamente por la autopista en un móvil de crisis de mediana edad con una maleta llena de efectivo y un hombre llamado Stan en tu maletero.

Quizás tu defecto fatal es que no usas los intermitentes.

O quizás, como yo, eres una romántica empedernida. No puedes dejar de contarte la historia. Aquella de tu propia vida, con una banda sonora melodramática y una luz dorada atravesando las ventanas del auto.

Comenzó cuando tenía doce años. Mis padres me sentaron para contarme la noticia. Mamá había recibido su primer diagnóstico, células sospechosas en su seno izquierdo, y me dijo que no me preocupara tantas veces que, sospeché que estaría castigada si me sorprendía. Mi madre era una emprendedora, una risueña, una optimista, *no* una preocupada, pero podía decir que estaba aterrorizada, y yo también, congelada en el sofá, insegura de cómo decir algo sin empeorar las cosas.

Pero entonces mi hogareño padre aficionado a los libros hizo algo inesperado. Se puso de pie y tomó nuestras manos (una de mamá, otra mía).

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

y dijo: ¿Sabes qué necesitamos para sacar estos malos sentimientos? ¡Necesitamos bailar!

Nuestro suburbio no tenía clubes, solo un asador mediocre con una banda de *versiones* los viernes por la noche, pero mamá se iluminó como si acabara de sugerir tomar un jet privado a Copacabana.

Llevaba su vestido amarillo mantecoso y unos pendientes de metal martillado que brillaban cuando se movía. Papá pidió whisky de veinte años para ellos y un Shirley Temple para mí, y los tres giramos y nos balanceamos hasta que nos mareamos, riendo y tropezando. Nos reímos hasta que apenas pudimos estar de pie, y mi famoso padre reservado cantó "*Brown Eyed Girl*" como si toda la habitación no nos estuviera mirando.

Y luego, exhaustos, nos subimos al auto y conducimos a casa en medio del silencio, mamá y papá agarrados fuertemente de las manos entre los asientos, y yo con mi cabeza inclinada contra la ventana del auto, viendo parpadear las luces de la calle a través del cristal, pensando: *Todo va a estar bien. Siempre estaremos bien.*

Y ese fue el momento en que me di cuenta: cuando el mundo se sentía oscuro y aterrador, el amor podía llevarte a bailar; la risa podía quitar parte del dolor; la belleza podía perforar agujeros en tu miedo. Entonces, decidí que mi vida estaría llena de las tres. No solo para mi propio beneficio, sino por el de mamá y todos los que me rodeaban.

Habría un propósito. Habría belleza. Habría luz de velas y Fleetwood Mac tocando suavemente de fondo.

La cuestión es que, comencé a contarme una historia hermosa de mi vida, del destino y la forma en que funcionan las cosas, y a los veintiocho años, mi historia era perfecta.

Padres perfectos (sin cáncer) que llamaban varias veces a la semana, borrachos por el vino o por la compañía del otro. Novio perfecto (espontáneo, multilingüe, un metro noventa) que trabajaba en la sala de emergencias y sabía cómo hacer *coq au vin*. Un apartamento perfecto *shabby chic*¹ en Queens. Un trabajo perfecto escribiendo novelas románticas, inspiradas en padres y novio perfectos, para Sandy Lowe Books.

Una vida perfecta.

¹ **Shabby chic:** estilo de decoración que tiene su origen en la época de las grandes casas de campo de Gran Bretaña y consiste principalmente en mezclar elementos antiguos con modernos.

READ

Bookzinga

Pero solo era una historia, y cuando apareció un gran agujero en la trama, todo se deshizo. Así funcionan las historias.

Ahora, a los veintinueve, era miserable, estaba arruinada, prácticamente sin hogar, muy soltera, y deteniéndome en una hermosa casa en el lago cuya mera existencia me repugnaba. Romantizar mi vida grandiosamente había dejado de servirme, pero mi defecto fatal seguía montando de copiloto en mi Kia Soul destartalado, narrando las cosas a medida que sucedían:

January Andrews miró por la ventanilla del auto al lago enfurecido golpeando en la orilla oscura. Intentó convencerse de que venir aquí no había sido un error.

Definitivamente era un error, pero no tenía mejor opción. No rechazabas un alojamiento gratis cuando estabas arruinada.

Estacioné en la calle y miré la fachada enorme de la cabaña, sus ventanas relucientes y un porche de cuento de hadas, la hierba de playa desgreñada sacudiéndose con la brisa cálida.

Verifiqué la dirección en mi GPS con la que estaba escrita a mano colgando de la llave de la casa. Esto era, sin duda.

Me detuve ahí por un minuto, como si tal vez un asteroide del fin del mundo acabaría conmigo antes de obligarme a entrar. Después, respiré hondo y salí, luchando con mi maleta abarrotada del asiento trasero junto con la caja de cartón llena de ginebra.

Me aparté un puñado de cabello oscuro de los ojos para estudiar las tejas azul aciano y los ribetes blancos como la nieve. *Simplemente finge que estás en un Airbnb.*

Se me pasó por la cabeza inmediatamente una lista imaginaria de Airbnb: *una cabaña de tres dormitorios y tres baños junto al lago rebosante de encanto y prueba de que tu padre era un imbécil y tu vida ha sido una mentira.*

Comencé a subir los escalones cortados en la ladera cubierta de hierba, la sangre corriendo en mis oídos como mangueras de incendios y mis piernas tambaleando, anticipando el momento en que la boca del infierno se abriría y el mundo se derrumbaría debajo de mí.

Eso ya pasó. El año pasado. Y no te mató, así que esto tampoco.

En el porche, cada sensación en mi cuerpo se intensificó. El hormigueo en mi cara, el nudo en mi estómago, el sudor hormigueando a lo largo de mi cuello. Balanceé la caja de ginebra contra mi cadera y deslicé

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

la llave en la cerradura, una parte de mí esperando que se atascara. Que todo esto resultaría en una broma elaborada que papá nos había preparado antes de morir.

O, mejor aún, en realidad no estaba muerto. Saltaría de detrás de los arbustos y gritaría:

—¡Te atrapé! No pensaste realmente que tenía una segunda vida secreta, ¿verdad? ¿No podías pensar que tenía una segunda casa con otra mujer que no fuera tu madre?

La llave giró sin esfuerzo. La puerta se abrió hacia adentro.

La casa estaba en silencio.

Un dolor me atravesó. El mismo que había sentido al menos una vez al día desde que recibí la llamada de mamá sobre el derrame cerebral y la escuché sollozar esas palabras. *Se ha ido, Janie.*

No papá. No aquí. Ni en ningún lugar. Y luego el segundo dolor, el cuchillo retorciéndose: de todos modos, el padre que conociste nunca existió.

En realidad, nunca lo había tenido. Al igual que nunca había tenido en realidad a mi ex Jacques o su *coq au vin*.

Tan solo una historia que me había estado contándome. De ahora en adelante, era la fea verdad o nada. Me armé de valor y entré.

Mi primer pensamiento fue que, la fea verdad no era súper fea. El nido de amor de mi padre tenía un plano de planta abierta: una sala de estar que se conectaba a una cocina moderna con azulejos azules y un rincón hogareño para el desayuno, la pared de ventanas un poco más allá con vistas a una terraza envuelta en oscuridad.

Si mamá hubiera sido dueña de este lugar, todo habría sido una mezcla de tonos cremosos neutrales y relajantes. La habitación bohemia en la que había entrado se habría sentido más hogareña en la casa de Jacques y en la mía que en la de mis padres. Me sentí un poco mareada al imaginar a papá aquí, entre estas cosas que mamá nunca hubiera elegido: la mesa del desayuno pintada a mano, las estanterías de madera oscura, el sofá hundido cubierto con almohadas disparejas.

No había ni rastro de la versión de él que yo conocía.

Mi teléfono sonó en mi bolsillo y puse la caja en la encimera de granito para contestar la llamada.

EMILY HENRY
BEACH



10



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—¿Hola? —Salió débil y áspero.

—¿Cómo es? —preguntó la voz al otro lado de la línea de inmediato—. ¿Hay una mazmorra sexual?

—¿Shadi? —adiviné. Metí el teléfono entre mi oreja y hombro a medida que desenroscaba la tapa de una de mis botellas de ginebra, tomando un trago para fortalecerme.

—Sinceramente, me preocupa que sea la *única* persona que pueda llamarte para preguntar eso —respondió Shadi.

—Eres la única persona que sabe de la Cabaña de Amor —señalé.

—No soy la única que sabe al respecto —argumentó Shadi.

Técnicamente cierto. Si bien me enteré de la casa secreta del lago de mi padre en su funeral el año pasado, mamá lo había sabido por mucho más tiempo.

—Bien —dije—. Eres la única persona a la que se lo *conté*. De todos modos, dame un segundo. Acabo de llegar.

—¿Literalmente? —Shadi respiraba con dificultad, lo que significaba que se estaba dirigiendo a un turno en el restaurante. Dado que teníamos horarios tan diferentes, la mayoría de nuestras llamadas ocurrían cuando se estaba dirigiendo al trabajo.

—Metafóricamente —dije—. Literalmente, he estado aquí durante diez minutos, pero apenas siento que he *llegado*.

—Tan sabio —dijo Shadi—. Tan profundo.

—Chitón —dije—. Lo estoy asimilando todo.

—¡Busca la mazmorra sexual! —se apresuró a decir Shadi, como si le estuviera colgando.

No iba a hacerlo. Simplemente estaba sosteniendo el teléfono en mi oído, sosteniendo mi respiración, sosteniendo mi corazón acelerado en mi pecho, a medida que escaneaba la segunda vida de mi padre.

Y allí, justo cuando podía convencerme de que papá no *podría* haber pasado tiempo aquí, vi algo enmarcado en la pared. Un recorte de una lista de los más vendidos del *New York Times* de hace tres años, la misma que había colocado sobre la chimenea en casa. Allí estaba yo, en el número quince, la ranura inferior. Y allí, tres espacios por encima de mí, en un giro enfermizo del destino, estaba mi rival universitario, Gus (aunque ahora se

EMILY HENRY

BEACH

hacia llamar Augustus, por *Serious Man*) y su novela de debut intelectual *The Revelatories*. Había permanecido en la lista durante cinco semanas (no es que estuviera contando... definitivamente estaba contando).

—¿Y bien? —preguntó Shadi—. ¿Qué opinas?

Me volví y mis ojos se fijaron en el tapiz de mándala colgando sobre el sofá.

—Me pregunto si papá fumaba marihuana. —Me giré hacia las ventanas al costado de la casa, que se alineaban casi perfectamente con las del vecino, un defecto de diseño que mamá nunca habría pasado por alto al comprar una casa.

Pero esta no era su casa, y claramente podía ver las estanterías del piso al techo que se alineaban en el estudio del vecino.

—Oh, Dios, tal vez sea una casa de cultivo, ¡no una cabaña de amor! —Shadi pareció encantada—. Deberías haber leído la carta, January. Todo ha sido un malentendido. Tu papá te está dejando el negocio familiar. Esa Mujer era su socia comercial, no su amante.

¿Qué tan malo era que deseara que tuviera razón?

De cualquier manera, tenía toda la intención de leer la carta. Solo había estado esperando el momento adecuado, esperando que lo peor de mi ira se calmara y esas últimas palabras de papá fueran reconfortantes. En lugar de eso, había pasado un año y el pavor que sentía ante la idea de abrir el sobre crecía cada día. Era tan injusto que tuviera la última palabra y yo no tendría forma de responderle. Gritar, llorar o exigir más respuestas. Una vez que la abriera, no habría vuelta atrás. Eso sería todo. La despedida definitiva.

Así que, la carta estaba viviendo una vida feliz hasta nuevo aviso, aunque solitaria, en el fondo de la caja de ginebra que había traído de Queens.

—No es una casa de cultivo —dije a Shadi y abrí la puerta trasera para subir a la terraza—. A menos que la hierba esté en el sótano.

—Ni hablar —argumentó Shadi—. Ahí es donde está la mazmorra sexual.

—Dejemos de hablar de mi vida deprimente —dije—. ¿Qué hay de nuevo con la tuya?

EMILY HENRY

BEACH

—Te refieres al Sombrero Embrujado —dijo Shadi. Si tan solo tuviera menos de cuatro compañeras de habitación en su apartamento del tamaño de una caja de zapatos en Chicago, entonces tal vez me estaría quedando ahora con ella. No es que fuera capaz de hacer algo cuando estaba con Shadi. Y mi situación financiera era demasiado grave para *no* hacer nada. Tenía que terminar mi próximo libro en este infierno gratuito. Entonces tal vez podría permitirme mi propia casa libre de Jacques.

—Si el Sombrero Embrujado es de lo que quieres hablar —dije—, entonces, sí. Escúpelo.

—Aún no me ha hablado. —Shadi suspiró con nostalgia—. Pero puedo, como, sentir que me mira cuando ambos estamos en la cocina. Porque tenemos una conexión.

—¿Te preocupas de que toda esta conexión no sea con el tipo llevando el sombrero antiguo, sino quizás con el fantasma del dueño original del sombrero? ¿Qué harás si te das cuenta de que te has enamorado de un fantasma?

—Umm. —Shadi lo pensó por un minuto—. Supongo que tendría que actualizar mi biografía en Tinder.

Una brisa ondeó en el agua al pie de la colina, agitando mis rizos castaños sobre mis hombros, y el sol poniente emitió vetas doradas de luz sobre todo, tan brillante y caliente que tuve que entrecerrar los ojos para ver los tonos naranjas y rojos arrojados a través de la playa. Si esto solo fuera una casa que hubiera alquilado, sería el lugar perfecto para escribir la adorable historia de amor que le había estado prometiendo a Sandy Lowe Books durante meses.

Me di cuenta de que Shadi había estado hablando. Más sobre el Sombrero Embrujado. Su nombre era Ricky, pero nunca lo llamábamos así. Siempre hablábamos de la vida amorosa de Shadi en código. Estaba el hombre mayor que dirigía el increíble restaurante de mariscos (el Señor del Pescado), y luego había un tipo al que llamamos Mark porque se parecía a otro Mark *famoso*, y ahora estaba este nuevo compañero de trabajo, un barman que vestía un sombrero todos los días que Shadi detestaba y, sin embargo, no podía resistirse.

Volví a la conversación cuando Shadi estaba diciendo:

—¿El fin de semana del 4 de julio? ¿Puedo visitarte entonces?

—Eso es más de un mes. —Quise argumentar que ni siquiera estaría aquí para entonces, pero sabía que no era cierto. Me tomaría al menos todo

EMILY HENRY

BEACH

el verano escribir un libro, vaciar la casa y vender ambos, así podría (con suerte) ser catapultada de nuevo a una comodidad relativa. No en Nueva York, pero sí en algún lugar menos costoso.

Suponía que Duluth era asequible. Mamá nunca me visitaría allí, pero de todos modos no nos habíamos visitado mucho el año pasado, aparte de mi viaje de tres días a casa por Navidad. Me arrastró a cuatro clases de yoga, tres bares de jugos llenos de gente y una presentación de *Cascanueces* protagonizada por un niño que no conocía, como si el hecho de estar solas, aunque sea por un segundo, el tema de papá surgiría y estallaríamos en llamas.

Mis amigos habían estado celosos de mi relación con ella toda mi vida. Con qué frecuencia y libertad (o eso creía yo) hablábamos, lo mucho que nos divertíamos juntas. Ahora nuestra relación era el juego menos competitivo del mundo del teléfono.

Había pasado de tener dos padres cariñosos y vivir con un novio, a tener básicamente solo a Shadi, mi mejor amiga a una distancia demasiado larga. La única bendición de mudarme de Nueva York a North Bear Shores, Michigan, era que estaba más cerca de su casa en Chicago.

—El 4 de julio está demasiado lejos —me quejé—. Solo estás a tres horas de distancia.

—Sí, y no sé cómo conducir.

—Entonces, probablemente deberías devolver la licencia —le dije.

—Créeme, estoy esperando que expire. Me voy a sentir tan libre. *Odio* cuando la gente piensa que soy capaz de conducir solo porque, legalmente, lo soy.

Shadi era una conductora terrible. Gritaba cada vez que giraba a la izquierda.

—Además, ya sabes cómo es la programación tardía en la industria. Tengo suerte de que mi jefe haya dicho que podía tener el 4 de julio. Por lo que sé, ahora está esperando una mamada.

—Ni hablar. Las mamadas son para las fiestas importantes. Lo que tienes en tus manos es un buen trabajo de pies² a la vieja usanza.

Tomé otro sorbo de ginebra, luego me volví desde el extremo de la terraza y casi grité. En la terraza, a tres metros a la derecha de la mía, la

²Trabajo de pies: (foot job) acto sexual en el que una persona usa sus pies para masturbar a otra.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

parte posterior de una cabeza de cabello castaño rizado se asomaba por encima de una silla de jardín. Recé en silencio para que el hombre estuviera dormido, para que no tuviera que pasar un verano entero al lado de alguien que me había escuchado gritar *buen trabajo de pies a la vieja usanza*.

Como si hubiera leído mi mente, se sentó hacia adelante y tomó la botella de cerveza de la mesa del patio, tomó un trago y se recostó.

—Es cierto. Ni siquiera tendré que quitarme los *crocs* —decía Shadi—. De todos modos, acabo de empezar a trabajar. Pero avísame si hay drogas o cuero en el sótano.

Le di la espalda a la terraza del vecino.

—No voy a comprobarlo hasta que me visites.

—Qué grosera —dijo Shadi.

—Es presión —le dije—. Te quiero.

—Te quiero más —insistió y colgó.

Me volví para enfrentar la cabeza rizada, medio esperando a que me reconociera, mitad debatiendo si estaba obligada a presentarme.

No conocía bien a ninguno de mis vecinos en Nueva York, pero esto era Michigan, y por las historias de papá sobre crecer en North Bear Shores, esperaba tener que prestarle azúcar a este hombre en algún momento (nota: debo comprar azúcar).

Aclaré mi garganta y pegué mi intento de sonrisa como vecina buena en mi cara. El hombre se inclinó hacia adelante para tomar otro trago de cerveza, y grité al otro lado de la terraza:

—¡Lamento perturbarte!

Agitó una mano vagamente, luego pasó la página de cualquier libro que tuviera en el regazo.

—¿Qué tienen de perturbadores los trabajos de pie como forma de pago? —dijo arrastrando las palabras con voz ronca y aburrida.

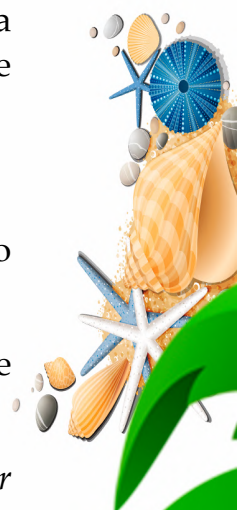
Hice una mueca a medida que buscaba una respuesta, cualquier respuesta. La vieja January habría sabido qué decir, pero mi mente estaba tan en blanco como cada vez que abría Microsoft Word.

De acuerdo, tal vez me volví un poco ermitaña el año pasado. Tal vez no estaba del todo segura de lo que había pasado el último año, ya que no.

EMILY HENRY
BEACH



15



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

READ

Bookzinga

era visitando a mamá y no estaba escribiendo, y no era encantando a mis vecinos.

—De todos modos —llamé—, ahora voy a vivir aquí.

Como si hubiera leído mis pensamientos, hizo un gesto desinteresado y gruñó:

—Avísame si necesitas azúcar. —Pero se las arregló para hacer que sonara más como: *nunca más vuelvas a hablarme a menos que notes que mi casa está en llamas, e incluso entonces, primero escucha las sirenas.*

Hasta aquí la hospitalidad del Medio Oeste. Al menos en Nueva York, nuestros vecinos nos habían traído galletas cuando nos mudamos. (No tenían gluten y estaban mezcladas con LSD, pero lo que contaba era la idea).

—O si necesitas indicaciones para llegar al Sexual Fetish Depot más cercano —agregó Gruñón.

El calor estalló en mis mejillas, un rubor de vergüenza e ira. Las palabras salieron antes de que pudiera reconsiderarlo:

—Simplemente esperaré a que saques tu auto y te seguiré. —Se rio, un áspero sonido sorprendido, pero aun así no se dignó mirarme—. *Encantada* de conocerte —agregué bruscamente, y me volví para correr de regreso a través de las puertas corredizas de vidrio a la seguridad de la casa, donde posiblemente tendría que esconderme todo el verano.

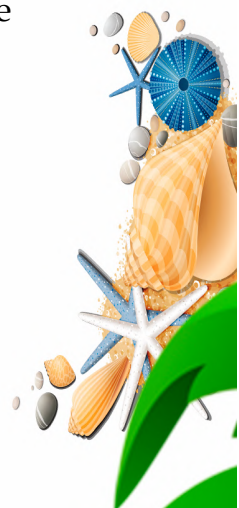
—Mentirosa —lo escuché refunfuñar antes de cerrar la puerta de golpe.

16

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

El funeral

No estaba lista para mirar el resto de la casa, así que me senté a la mesa para escribir. Como de costumbre, el documento en blanco me miró acusadoramente, negándose a llenarse de palabras o caracteres, sin importar cuánto tiempo le devolviera la mirada.

Esto es lo que pasa por escribir Felices Para Siempre: ayuda si crees en ellos.

Esto es lo que pasa conmigo: lo hice hasta el día del funeral de mi padre.

Mis padres, mi familia, ya habían pasado por muchas cosas, y de alguna manera siempre lo superamos más fuertes, con más amor y risas que antes. Hubo una separación breve cuando era una niña y mamá comenzó a sentir que había perdido su identidad, comenzó a mirar por las ventanas como si pudiera verse ahí fuera viviendo la vida y descubriendo lo que tenía que hacer a continuación. Estuvieron los bailes en la cocina, tomarse de las manos y besos en la frente que siguieron cuando papá se mudó de nuevo. Estuvo el primer diagnóstico de cáncer de mamá y la cena de celebración tremendamente costosa cuando le pateó el trasero, comiendo como si fuéramos millonarios, riendo hasta que su vino caro y mi refresco italiano salió de nuestras respectivas narices, como si pudiéramos darnos el lujo de desperdiciarlo, como si la deuda médica no existiera. Y luego el segundo ataque de cáncer y la vida nueva después de la mastectomía: las clases de cerámica, las clases de baile de salón, las clases de yoga, las clases de cocina marroquí con las que mis padres llenaron sus horarios, como si estuvieran decididos a empaquetar tanta vida como fuera posible en tan poco tiempo. Viajes largos los fines de semana para vernos a Jacques y a mí en Nueva York, viajes en el metro durante los cuales mamá me rogaba que dejara de deleitarla con historias de nuestros vecinos fanáticos de la marihuana Sharyn y Karyn (no está relacionado; pero.

17

EMILY HENRY

BEACH

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

deslizaban regularmente folletos informativos de la “Tierra Plana” debajo de nuestra puerta) porque tenía miedo de orinarse encima, todo mientras papá desacreditaba en voz baja la teoría de la Tierra plana para Jacques.

Ensayo. Final feliz. Aflicción. Final feliz. Quimio. Final feliz.

Y después, justo en medio del final más feliz hasta el momento, él simplemente se había ido.

Estaba parada allí, en el vestíbulo de la iglesia episcopal de su madre y él, en un mar de personas vestidas de negro susurrando palabras inútiles, sintiéndome como si hubiera caminado sonámbula, apenas siendo capaz de recordar el vuelo, el viaje al aeropuerto, empacando. Recordando, por millonésima vez en los últimos tres días, que él se había *ido*.

Mamá se había escabullido al baño y yo estaba sola cuando la vi: la única mujer que no reconocí. Vestida con un vestido gris y sandalias de cuero, un chal de ganchillo alrededor de sus hombros y su cabello blanco agitado por el viento. Me estaba mirando fijamente.

Después de un segundo, se acercó a mí y, por alguna razón, mi estómago tocó fondo. Como si mi cuerpo supiera primero que las cosas estaban a punto de cambiar. La presencia de esta extraña en el funeral de papá iba a desviar mi vida tanto como su muerte.

Sonrió vacilante cuando se detuvo frente a mí. Olía a vainilla y cítricos.

—Hola, January. —Su voz sonó entrecortada, y sus dedos se retorcieron ansiosos a través del fleco de su chal—. He oído mucho sobre ti.

Detrás de ella, la puerta del baño se abrió y mamá salió. Se detuvo en seco, congelada con una expresión desconocida. ¿Reconocimiento? ¿Horror?

No quería que las dos habláramos. ¿Qué significaba eso?

—Soy una vieja amiga de tu padre —dijo la mujer—. Él significa... *significaba* mucho para mí. Prácticamente lo he conocido de toda mi vida. Fuimos como carne y uña durante mucho tiempo y... nunca dejó de hablar de *ti*. —Su risa intentó ser ligera, pero falló por años luz.

—Lo siento —dijo, ronca—. Prometí que no lloraría, pero...

Me sentí como si me hubieran arrojado de un edificio, como si la caída nunca fuera a terminar.

Vieja amiga. Eso era lo que dijo. No *aventura* ni *amante*. Pero lo sabía, por la forma en que estaba llorando: una versión distorsionada de las lágrimas de mamá durante el funeral. Reconocí la expresión de su rostro como la misma que había visto en el mío esta mañana mientras me pasaba el corrector por debajo de los ojos. La muerte de papá la había destrozado irremediabilmente.

Sacó algo de su bolsillo. Un sobre con mi nombre garabateado a través de él, una llave descansando encima. Una pestaña colgaba de la llave con una dirección garabateada con la misma letra inconfundible como los garabatos en el sobre. De papá.

—Quería que tuvieras esto —dijo—. Es tuya.

Lo empujó en mi palma, sosteniéndola por un segundo.

—Es una casa hermosa, justo en el lago Michigan —soltó de golpe—. Te encantará. Siempre dijo que lo harías. Y la carta es por tu cumpleaños. Puedes abrirla entonces, o... cuando sea.

Mi cumpleaños. Mi cumpleaños no sería hasta dentro de siete meses. Papá no estaría allí para mi cumpleaños. Papá se había ido.

Mamá se descongeló detrás de la mujer, acercándose a nosotras con una expresión asesina.

—*Sonya* —siseó.

Y entonces, supe el resto.

Que mientras yo había estado en la oscuridad, mamá no lo había hecho.

Cerré el documento Word, como si al pulsar en esa pequeña X en la esquina también cerraría los recuerdos. Buscando una distracción, busqué en mi bandeja de entrada el último correo electrónico de mi agente, Anya.

Había llegado hace dos días, antes de irme de Nueva York, y había encontrado razones cada vez más ridículas para posponer su apertura. Empacar. Mover las cosas al almacén. Conducir. Intentar beber tanta agua como pudiera mientras orinaba. “Escribiendo”, intensamente entre comillas. Ebria. Hambrienta. Respirando.

Anya tenía reputación de ser dura, un bulldog, en el extremo de los editores, pero en el de los escritores, era algo así como la señorita Honey, la maestra dulce de *Matilda*, mezclada con una bruja sexy. Siempre querías complacerla desesperadamente, tanto porque sintieras que nadie te había

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

amado ni admirado tan puramente antes como ella y porque sospechabas que podía arrojarte una manada de pitones, si así lo deseaba.

Apuré mi tercer gin tonic de la noche, abrí el correo electrónico y leí:

Holaaaa, hermosa y milagrosa medusa, artista angelical, hacedora de dinero mía,

Sé que las cosas han sido TAN locas por tu parte, pero Sandy está escribiendo de nuevo, en serio quiere saber cómo va a ser el próximo manuscrito y si todavía estará listo para fines del verano. Como siempre, ¡estoy más que feliz de usar el teléfono (o el mensaje instantáneo, o la espalda de un Pegaso según sea necesario) para ayudarte a intercambiar ideas/discutir los detalles de la trama/LO QUE SEA necesario para ayudar a traer más de tus hermosas palabras incomparables digna de desmayos al mundo! Cinco libros en cinco años es una tarea difícil para cualquiera (incluso para alguien con tu talento espectacular), pero creo que hemos llegado a un punto de inflexión con SLB, y es hora de sonreír y dar a luz a uno, si es posible.

Besos,

Anya

Sonreír y dar a luz a uno. Sospechaba que sería más fácil dar a luz a un bebé humano completamente formado fuera de mi útero al final de este verano que escribir y vender un libro nuevo.

Decidí que, si iba a dormirme ahora, podría levantarme de la cama temprano y soltar algunos miles de palabras. Vacilé fuera del dormitorio de la planta baja. No había forma de estar segura cuáles camas habían compartido papá y Esa Mujer.

Estaba en una casa de diversiones de adulterio geriátrico. Podría haber sido divertido, si no hubiera perdido la capacidad de encontrar algo divertido en el último año que pasé escribiendo comedias románticas que terminaron con un conductor de autobús quedándose dormido y todas las personas cayendo por un precipicio.

Es SÚPER interesante, siempre imaginaba diciendo a Anya, si de hecho enviara uno de estos borradores. Quiero decir, leería tu lista de COMESTIBLES y me reiría hasta llorar al hacerlo. Pero no es un libro de Sandy. Lowe. Por ahora, más suspiros y menos fatalidad, bomboncito.

EMILY HENRY

BEACH

20

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Iba a necesitar ayuda para dormir aquí. Me serví otro gin tonic y cerré mi computadora. La casa se había vuelto calurosa y cargada, así que me desnudé hasta quedarme en ropa interior, luego rodeé las ventanas del primer piso antes de vaciar mi vaso y dejarme caer en el sofá.

Era incluso más cómodo de lo que parecía. Maldita sea Esa Mujer con sus gustos maravillosamente eclécticos. También, decidí, estaba demasiado cerca del suelo para que un hombre con problemas de espalda pudiera subirse y bajarse, lo que significaba que probablemente *no* lo usaron para el S-E-X-O.

Aunque papá no siempre había tenido problemas de espalda. Cuando era niña, me sacaba en bote la mayoría de los fines de semana que estaba en casa, y por lo que había visto, navegar era inclinarse para atar y desatar nudos en un noventa por ciento y un diez por ciento mirar al sol, con tus brazos abiertos para dejar que el viento corriera a través de tu chaqueta elegante y...

El dolor se disparó enfurecido en mi pecho.

Esas mañanas tempranas, en el lago artificial a treinta minutos de nuestra casa, siempre habían sido solo para nosotros dos, generalmente la mañana después de que él regresara de un viaje. A veces ni siquiera sabía que ya estaba en casa. Simplemente me despertaba en mi habitación aún oscura, papá haciéndome cosquillas en la nariz, susurrando y cantando la canción de Dean Martin por la que me había nombrado: *It's June in January, because I'm in love...* Me despertaría sobresaltada, con el corazón martilleando, sabiendo que eso significaba un día en el bote, solo los dos.

Ahora me preguntaba si todas esas preciosas mañanas frías habían sido literalmente viajes de culpa, tiempo para que él se reajustara a la vida con mamá, después de un fin de semana con Esa Mujer.

Debería guardar la narración para mi manuscrito. Lo empujé todo fuera de mi mente y me tapé la cara con una almohada, el sueño tragándome como una ballena bíblica.

Cuando desperté de un tirón, la habitación estaba a oscuras y había música a todo volumen.

Me paré y deambulé, aturdida y somnolienta por la ginebra, hacia el bloque de cuchillos en la cocina. No había oído hablar de un asesino en serie que comenzara cada asesinato despertando a la víctima con "Everybody Hurts" de R.E.M, pero en realidad no podía descartar la posibilidad.

EMILY HENRY

BEACH

Mientras me dirigía a la cocina, la música se atenuó y me di cuenta de que venía del otro lado de la casa. De la casa del Gruñón.

Miré hacia los números brillantes en la estufa. Las doce y media de la noche, y mi vecino tocaba a todo volumen una canción que se escuchaba con más frecuencia en los dramaturgos anticuados donde el protagonista camina solo a casa, encorvado contra la lluvia.

Corrí hacia la ventana y empujé la parte superior de mi cuerpo a través de ella. Las ventanas del Gruñón también estaban abiertas, y pude ver una franja de cuerpos iluminados en la cocina, sosteniendo vasos, tazas y botellas, apoyando sus cabezas perezosas sobre sus hombros, rodeando sus cuellos con los brazos mientras todo el grupo cantaba con fervor.

Era una fiesta salvaje. Entonces, aparentemente, el Gruñón no odiaba a *todas* las personas, solo a mí. Acuné mi boca alrededor de mis manos y grité por la ventana:

—¡DISCULPE!

Lo intenté dos veces más sin obtener respuesta, luego cerré la ventana de golpe y rodeé el primer piso, cerrando las demás. Cuando terminé, aún sonaba como si R.E.M. estuviera tocando un concierto en mi mesita de café.

Y luego, por un momento hermoso, la canción se detuvo y los sonidos de la fiesta, risas, charlas y tintineo de botellas, se redujeron a un murmullo estático.

Y después empezó de nuevo.

La misma canción. Aún más fuerte. Oh, Dios. Mientras me ponía los pantalones de chándal, contemplé las ventajas de llamar a la policía con una queja por ruido. Por un lado, podría mantener una negación plausible con mi vecino. (¡Oh, no fui yo quien llamó al alguacil! ¡No soy más que una joven de veintinueve años, no una vieja solterona cascarrabias que detesta la risa, la diversión, las canciones y el baile!) Por otro lado, desde que perdí a papá, me costaba cada vez más perdonar las ofensas pequeñas.

Me puse mi sudadera con estampado de pizza y salí enfurecida por la puerta principal, subiendo los escalones del vecino. Alcancé el timbre antes de que pudiera pensarlo dos veces.

Sonó con el mismo barítono poderoso que un reloj de pie, cortando la música, pero el canto no se detuvo. Conté hasta diez, y volví a llamar.

EMILY HENRY

BEACH

En el interior, las voces ni siquiera vacilaron. Si los asistentes a la fiesta escucharon el timbre, lo estaban ignorando.

Golpeé la puerta por unos segundos más antes de aceptar que nadie viniese, luego me volví pisoteando a casa. Hasta la una, decidí. Les daría hasta la una antes de llamar a la policía.

La música se escuchó aún más fuerte en la casa de lo que recordaba, y en los pocos minutos desde que cerré las ventanas, la temperatura había subido a un sofocante calor pegajoso. Sin nada mejor que hacer, tomé un libro de bolsillo de mi bolsa y me dirigí a la terraza, buscando los interruptores de luz a tientas junto a la puerta corrediza.

Mis dedos los golpearon, pero no pasó nada. Las bombillas de afuera estaban muertas. ¡Leería con la luz del teléfono, a la una de la mañana, en la terraza de la segunda casa de mi padre! Salí, mi piel hormigueando por el refrescante frío de la brisa proviniendo del agua.

La terraza del Gruñón también estaba oscura, excepto por una única bombilla fluorescente rodeada de polillas torpes, por lo que casi grité cuando algo se movió en las sombras.

Y por casi gritar, por supuesto que quiero decir *definitivamente* grité.

—¡Jesús! —La cosa sombría jadeó y se levantó disparada de la silla donde había estado sentada. Y por cosa sombría, por supuesto me refiero al *hombre que había estado relajándose en la oscuridad hasta que lo asusté*.

—¿Qué, qué? —preguntó, como si esperara que anunciara que estaba cubierto de escorpiones.

Si lo hubiera estado, esto sería menos incómodo.

—¡Nada! —dije, aun respirando con dificultad por la sorpresa—. ¡No te vi allí!

—¿No me viste aquí? —repitió. Soltó una áspera risa incrédula—. ¿En serio? ¿No me viste, en mi propia terraza?

Técnicamente, tampoco lo veía ahora. La luz del porche estaba unos metros por detrás y por encima de él, transformándolo en nada más que una silueta alta con forma de persona con un halo que rodeaba su oscuro cabello despeinado. En este punto, de todos modos, probablemente sería mejor si me las arreglaba para pasar todo el verano sin tener que mirarlo a los ojos.

EMILY HENRY

BEACH

—¿También gritas cuando los autos pasan por la autopista o ves personas a través de las ventanas de los restaurantes? ¿Te importaría tapar todas nuestras ventanas perfectamente alineadas para no verme accidentalmente cuando esté sosteniendo un cuchillo o una navaja?

Crucé mis brazos brutalmente sobre mi pecho. O lo intenté. La ginebra aun haciéndome un poco lenta y torpe.

Lo que quería decir, lo que hubiera dicho la vieja January, era: *¿Podrías por favor bajar un poco la música?* En realidad, probablemente se habría cubierto de purpurina, se habría puesto sus mocasines de terciopelo favoritos y se habría presentado en la puerta principal con una botella de champán, decidida a ganarse al Gruñón.

Pero hasta ahora, este era el tercer peor día de mi vida, y esa January probablemente estaba enterrada dondequiera que pusieran a la vieja Taylor Swift, así que lo que en realidad dije fue:

—¿Podrías apagar tu banda sonora de chico triste angustiado?

La silueta se rio y se apoyó contra la barandilla de la terraza, con la botella de cerveza colgando de una mano.

—¿Parece que soy yo quien está corriendo la lista de reproducción?

—No, parece que eres el que está sentado en la oscuridad solo en su propia fiesta —contesté—, pero cuando llamé al timbre para pedirles a tus hermanos de fraternidad que bajaran el volumen, no pudieron oírme por encima de su fiesta penosa, así que te lo estoy pidiendo.

Me estudió en la oscuridad durante un minuto, o al menos, asumí que eso era lo que estaba haciendo, ya que ninguno de nosotros podía ver al otro.

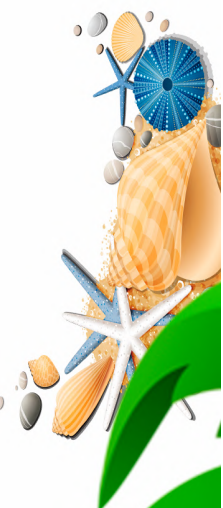
—Mira, nadie estará más *emocionado* que yo cuando termine esta noche y todos salgan de mi casa, pero es sábado por la noche. En verano, en una calle llena de casas vacacionales. A menos que este vecindario haya sido trasladado en avión a la pequeña ciudad de *Footloose*, no parece una locura escuchar música tan tarde. Y tal vez, solo tal vez, la vecina nueva que estaba en su terraza gritando *trabajo de pie* tan escandalosamente que los pájaros se dispersaron podría permitirse el lujo de ser indulgente si una fiesta miserable se extiende un poco más tarde de lo que a ella le gustaría —dijo finalmente.

Ahora era *mi* turno de mirar fijamente a la mancha oscura.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Dios, tenía razón. Era un gruñón, pero yo también. Las fiestas del esquema piramidal de vitaminas en polvo de Karyn y Sharyn terminaban aún más tarde, y eran entre semana, generalmente cuando Jacques tenía un turno en la sala de emergencias a la mañana siguiente. A veces, incluso *asistía* a esas fiestas, ¿y ahora ni siquiera podía soportar el karaoke grupal de los sábados por la noche?

Y lo peor de todo, antes de que pudiera averiguar qué decir, la casa del Gruñón se quedó milagrosamente en silencio. A través de sus puertas traseras iluminadas, pude ver a la multitud dividiéndose, abrazándose, despidiéndose, dejando las copas y poniéndose las chaquetas.

Había discutido con este tipo por nada, y ahora tendría que vivir junto a él durante meses. Si necesitaba azúcar, no tendría suerte.

Quería disculparme por el comentario de *chico triste angustiado*, o al menos por estos malditos pantalones. En estos días, mis reacciones siempre se sentían desmesuradas, y no había una manera fácil de explicarlas cuando extraños tenían la mala suerte de presenciarlas.

Lo siento, me imaginé diciendo, no era mi intención transformarme en una abuela cascarrabias. Es solo que mi papá murió y luego descubrí que tenía una amante y una segunda casa y mi mamá lo sabía, pero nunca me lo dijo y aún no me habla de nada de eso, y cuando finalmente me derrumbé, mi novio decidió que ya no me amaba, y mi carrera se estancó, y mi mejor amiga vive demasiado lejos, y posdata esta es la Casa del Sexo antes mencionada, y me gustaban las fiestas, pero últimamente no me gusta nada, así que, por favor, perdonen mi comportamiento y que pasen una velada agradable. Gracias y buenas noches.

En cambio, ese dolor retorciendo un cuchillo en mi estómago golpeó de nuevo, y las lágrimas escocieron en la parte posterior de mi nariz, y mi voz chilló patéticamente cuando no le dije a nadie en particular:

—Estoy *tan* cansada.

Incluso viendo solo su silueta, me di cuenta de que se puso rígido. Había aprendido que no era raro que la gente hiciera eso cuando intuían que una mujer estaba al borde del colapso emocional. En las últimas semanas de nuestra relación, Jacques era como una de esas serpientes que pueden sentir un terremoto, tensándose cada vez que mis emociones se alzaban, luego decidiendo que necesitábamos algo de la bodega y saliendo corriendo por la puerta.

Mi vecino no dijo nada, pero tampoco salió corriendo. Solo se quedó allí de pie, incómodo, mirándome a través de la oscuridad. Nos.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

enfrentamos ciertamente durante cinco segundos, esperando a ver qué pasaba primero: yo rompiendo a llorar o él huyendo.

Y entonces, la música volvió a sonar a todo volumen, un estruendo de Carly Rae Jepsen que, en circunstancias diferentes, me encantaba, y el Gruñón se sobresaltó.

Miró hacia atrás a través de las puertas corredizas, luego otra vez a mí. Se aclaró la garganta.

—Los echaré a patadas —dijo con rigidez, después se volvió y entró, una ovación unánime de “¡EVERETT!” levantándose de la multitud en la cocina al verlo.

Sonaban listos para subirlo a un barril, pero pude verlo inclinándose para gritarle a una chica rubia, y un momento después, la música se quedó en silencio para siempre.

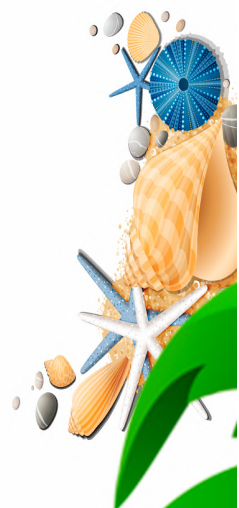
Bueno. La próxima vez que necesitara causar una buena impresión, podría estar mejor con un plato de galletas con LSD.



26



EMILY HENRY
BEACH



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

ways have
didn't you know!

La linda Pete

Desperté, con la cabeza palpitante, con un mensaje de texto de Anya: ¡Hola, bomboncito! Quería asegurarme que recibiste mi correo electrónico sobre: tu mente gloriosa y la fecha límite de verano de la que hablamos.

Ese punto resonó en mi cráneo como una sentencia de muerte.

Había tenido mi primera resaca real cuando tenía veinticuatro años, la mañana después de que Anya vendiera mi primer libro, *Kiss Kiss, Wish Wish*, a Sandy Lowe. (Jacques había comprado su champán francés favorito para celebrar, y lo bebimos de la botella mientras caminábamos por el puente de Brooklyn, esperando a que saliera el sol, porque pensamos que parecía muy romántico). Más tarde, mientras yacía en el piso del baño, había jurado que me caería sobre un cuchillo afilado antes de dejar que mi cerebro se sintiera otra vez como un huevo friéndose en una roca bajo el sol de Cancún.

¡Y aun así! Aquí estaba yo, con la cara presionada contra un cojín de cuentas, mi cerebro chisporroteando en la cacerola de mi cráneo. Corrí al baño en la planta baja. No necesitaba vomitar, pero esperaba que, si fingía que lo hacía, mi cuerpo caería en ello y evacuaría el veneno de mis entrañas.

Me arrodillé frente al inodoro y levanté los ojos hacia el cuadro enmarcado que colgaba de una cinta en la pared detrás de él.

Papá y Esa Mujer estaban en la playa, vestidos con chaquetas, sus brazos alrededor de los hombros de ella, el viento empujando de su cabello rubio preblanco y apartando los rizos que solo estaban canosos de papá contra su frente mientras sonreían.

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Y entonces, en una broma del universo más discreta pero igualmente súper divertida, vi el revistero junto al inodoro, que contenía exactamente tres ofertas.

Una *Revista Oprah* de hace dos años. Una copia de mi tercer libro, *Northern Light*. Y ese maldito *The Revelatories*, una tapa dura con una de esas pegatinas brillantes AUTOGRAFIADOS, nada menos.

Abrí la boca y vomité de todo corazón en la taza del inodoro. Luego me paré, me enjuagué la boca, y le di la vuelta al marco de modo que quedara frente a la pared.

—Nunca más —dije en voz alta. ¿Paso uno hacia una vida sin resaca? Probablemente *no* mudarse a una casa que te impulse a beber. Tendría que encontrar otros mecanismos de afrontamiento. Como... la naturaleza.

Regresé a la sala de estar, saqué el cepillo de dientes de mi bolso, y me cepillé en el fregadero de la cocina. El siguiente paso esencial para seguir existiendo era una vía intravenosa de café.

Cada vez que redactaba un libro, vivía prácticamente con mis ilustres pantalones de abandono, por lo que, aparte de una colección de pantalones de chándal igualmente terribles, había empacado bastante liviano para este viaje. Incluso había visto un puñado de videos de vloggers de estilo de vida sobre “armarios cápsula” en un intento de maximizar la cantidad de “looks” que podía “construir” a partir de un par de Daisy Dukes que usaba principalmente cuando estaba limpiando por estrés y una colección de camisetas andrajosas con caras de celebridades en ellas: restos de una fase a principios de mis veinte años.

Me puse una Joni Mitchell en blanco y negro sombría, metí mi cuerpo hinchado por el alcohol en los pantalones cortos de mezclilla, y me puse mis botines con bordados florales.

Tenía algo con los zapatos, desde los muy baratos y de mal gusto hasta los muy caros y dramáticos. Al final resultó que, esta “cosa” mía era bastante incompatible con todo el concepto de armario cápsula. Solo había empacado cuatro pares, y dudaba que alguien consideraría mis relucientes zapatillas deportivas Target o las botas Stuart Weitzman por encima de la rodilla que había derrochado por ser “clásicas”.

Agarré las llaves de mi auto y me estaba dirigiendo hacia el sol cegador de verano cuando escuché el zumbido de mi teléfono desde los cojines del sofá. Un mensaje de Shadi: **Me enrollé con el Sombrero Embrujado**, seguido de un montón de calaveras.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

Cuando volví a tambalearme afuera, escribí: **VE A UN SACERDOTE INMEDIATAMENTE.**

Intenté no pensar en el enfrentamiento humillante de anoche con el vecino mientras bajaba corriendo los escalones hasta el Kia, pero eso dejó espacio en mi mente para divagar en mi tema menos favorito.

Papá. La última vez que fuimos juntos en bote, nos llevó al lago artificial en el Kia y me dijo que me lo estaba dando. También fue el día en que me dijo que debía ir a por ello: mudarme a Nueva York. Jacques ya estaba allí para la escuela de medicina, y estábamos haciendo lo de la relación a larga distancia para que así pudiera estar con mamá. Papá tenía que viajar mucho por “trabajo”, e incluso si finalmente creyera en mi propia historia (que nuestras vidas siempre, en última instancia, funcionarían) una gran parte de mí aún estaba demasiado asustada para dejar sola a mamá. Como si mi ausencia de alguna manera dejaría espacio para que el cáncer regresara por tercera vez.

—Ella está bien —había prometido papá a medida que estábamos sentados en el oscuro estacionamiento helado.

—Podría volver —había argumentado. No quería perderme ni un segundo con ella.

—January, cualquier cosa podría pasar. —Eso fue lo que dijo—. Cualquier cosa podría pasarle a mamá, a mí, o incluso a ti, en cualquier momento. Pero ahora mismo, no hay nada. Por una vez, haz algo por ti, pequeña.

Tal vez pensó que mi mudanza a Nueva York para vivir con mi novio era, en esencia, lo mismo que comprar una segunda casa para esconderse con su amante. Había dejado la escuela de posgrado para ayudar a cuidar a mamá durante esa segunda ronda de quimioterapia, puse todo el centavo que pude para ayudar con las facturas médicas, y ¿dónde había estado él? ¿Usando una chaqueta y bebiendo pinot noir en la playa con Esa Mujer?

Alejé el pensamiento mientras me deslizaba dentro del auto, el cuero caliente contra mis muslos, y me alejé de la acera, bajando la ventanilla a medida que avanzaba.

Giré a la izquierda al final de la calle, me alejé del agua y avancé a la ciudad. La ensenada que se extendía por el lado derecho de la carretera arrojó rayos de luz brillante contra mi ventana, y el viento caliente rugió en mis oídos. Era como si mi vida hubiera dejado de existir a mi alrededor.

EMILY HENRY

BEACH

29

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

READ

Bookzinga

por un minuto. Estaba flotando junto a hordas de adolescentes escasamente vestidos arremolinándose alrededor del puesto de perritos calientes a mi izquierda, padres e hijos que hacían cola frente a la puerta de la heladería a mi derecha, grupos de ciclistas montando hacia la playa.

A medida que navegaba por la calle principal, los edificios se agruparon más cerca hasta que se presionaron hombro con hombro: un restaurante italiano diminuto con terrazas cubiertas de enredaderas al ras de una tienda de patinaje, presionándose entre el pub irlandés de al lado, seguido de una tienda de dulces anticuado, y finalmente un café llamado Pete's Coffee: que no debe confundirse con Peet's³, aunque de hecho el letrero parecía, como si intentara confundirse específicamente con Peet's.

Estacioné en un lugar y me sumergí en el dulce frío del aire acondicionado de Pete No Peet. Las tablas del suelo estaban pintadas de blanco y las paredes eran de un azul profundo, salpicadas de estrellas plateadas que se arremolinaban entre las mesas, interrumpidas por la obviedad ocasional enmarcada atribuida a "Anónimo". El lugar se abría directamente a una librería bien iluminada, con las palabras PETE'S BOOKS pintadas en el mismo plateado auspicioso sobre la puerta. Una pareja de ancianos con chalecos de lana estaba sentada en los sillones medio derrumbados del rincón trasero. Aparte de la mujer de mediana edad de la caja registradora y yo, eran las únicas personas aquí.

—Supongo que es un día demasiado bonito para estar dentro —dijo la barista, como si leyera mis pensamientos. Tenía una voz ronca que combinaba con su cabello rubio y sus pequeños aros de oro parpadeaban bajo la iluminación suave a medida que me hacía señas con unas uñas de color rosa pálido—. No seas tímida. Todos en Pete's somos familia.

Sonreí.

—Dios, espero que no.

Dio una palmada en el mostrador mientras reía.

—Oh, la familia es complicada —coincidió—. De todos modos, ¿qué puedo ofrecerte?

—Combustible para aviones⁴.

Asintió sabiamente.

³ Hace un juego de palabras entre el nombre Pete y Peet que es orinar.

⁴ Jet fuel: argot para bebida alcohólica fuerte elaborada en casa.

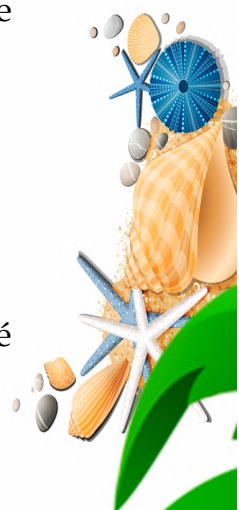
EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*



30



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

—Ah, eres una de esas. ¿De dónde eres, cariño?

—Más recientemente de Nueva York. Antes de eso, Ohio.

—Oh, tengo familia en Nueva York. El estado, no la ciudad. Aunque, estás hablando de la ciudad, ¿no?

—Queens —confirmé.

—Nunca he estado ahí —dijo—. ¿Quieres leche? ¿Algún jarabe?

—Tomaría un poco de leche —contesté.

—¿Entero? ¿Medio? ¿Un dieciseisavo?

—Sorpréndeme. No soy exigente cuando se trata de fracciones.

Echó la cabeza hacia atrás y volvió a reír mientras se movía con indiferencia entre las máquinas.

—¿Quién tiene tiempo para serlo? Lo juro, incluso North Bear Shores se mueve demasiado rápido para mí la mayoría de los días. Tal vez si empezara a beber este “combustible para aviones” tuyo, sería una historia diferente.

Tener una barista que *no* tomaba expreso no era lo ideal, pero me agradó la mujer de los pendientes de oro pequeños. Honestamente, me agradó tanto que sentí una punzada pequeña de nostalgia.

Por la vieja January. Aquella que amaba organizar fiestas temáticas y coordinar disfraces grupales, que no podía ir a la estación de servicio o hacer cola en la oficina de correos sin terminar haciendo planes para tomar un café o ir a la inauguración de una galería con alguien que acababa de conocer. Mi teléfono estaba plagado de contactos como *Sarah, la cantinera, del perro lindo* y *Mike, dirige esa tienda vintage nueva*. Incluso conocí a Shadi en el baño de una pizzería cuando salió del puesto con las mejores botas Frye que hubiera visto en mi vida. Extrañaba sentir esa curiosidad profunda por las personas, esa chispa de emoción cuando te dabas cuenta de que tenías algo en común o admiración cuando descubrías un talento o una cualidad ocultos.

A veces, simplemente extrañaba que me *agradaran* las personas.

Pero esta barista, era muy agradable. Incluso si el caféapestase, sabía que volvería. Metió la tapa de plástico en la taza y lo dejó frente a mí.

—No cobro a los primerizos —dijo—. Solo te pido que regreses.

EMILY HENRY

BEACH

Sonreí, le prometí que lo haría, y metí mi último billete de un dólar en el frasco de propinas a medida que ella volvía a restregar los mostradores. Me quedé paralizada en mi camino de regreso a la puerta, la voz de Anya recorriendo mi cabeza: ¡Hoooolaaa, terroncito de azúcar! *EN SERIO no estoy intentando sobrepasarte, pero ya sabes, los clubes de lectura son tu mercado de SUEÑO. Si estás literalmente EN una librería de un pueblo pequeño, deberías pasar y saludar.*

Sabía que la Anya imaginaria tenía razón. En este momento, me importaba cada venta.

Esbozando una sonrisa en mi rostro, atravesé la puerta de entrada a la librería. Si tan solo pudiera viajar en el tiempo y elegir ponerme *cualquier* traje *aparte* del disfraz de extra del vídeo musical de Jessica Simpson de 2002 que estaba usando.

La tienda estaba formada por estantes pequeños de roble a lo largo de las paredes exteriores y un laberinto de mezcolanza de estanterías más bajas formando túneles entre ellos. La caja registradora estaba desatendida, y mientras esperaba, eché un vistazo hacia el trío de preadolescentes usando aparatos ortopédicos en la sección de romance para asegurarme que no era uno de *mis* libros por el que se estaban riendo a escondidas. Los cuatro estaríamos irrevocablemente traumatizados si el vendedor me llevara a firmar los libros solo para descubrir una copia de *Southern Comfort* en las manos de la pelirroja. Las chicas jadearon y rieron mientras la pelirroja presionaba el libro contra su pecho, revelando la portada: un hombre y una mujer en topless abrazados a medida que llamas saltaban a su alrededor. Definitivamente no uno de los míos.

Tomé un sorbo del café con leche y lo escupí en la taza rápidamente. Sabía a barro.

—Perdón por la espera, dulzura. —La voz rasposa vino por encima de mi hombro, y me giré para enfrentar a la mujer zigzagueando hacia mí a través de las filas torcidas de estantes—. Estas rodillas ya no se mueven como solían hacerlo.

Al principio, pensé que debía ser la hermana gemela idéntica de la barista, hermanas que habían abierto el negocio juntas, pero entonces comprendí que la mujer se estaba desatando de la cintura el delantal gris de PETE'S mientras se dirigía a la caja registradora.

EMILY HENRY

BEACH

—¿Me crees si te digo que solía ser campeona de roller derby⁵? —dijo a medida que dejaba caer el delantal arrugado sobre el mostrador—. Bueno, lo era, lo creas o no.

—A este punto, no me sorprendería saber que es la alcaldesa de North Bear Shores.

Soltó una carcajada.

—¡Oh, no, no puedo decir que lo soy! Aunque tal vez podría hacer algunas mierdas por aquí, ¡si me aceptaran! Este pueblo es un bonito bolsillo de progresismo aquí en el Mitten, pero la gente que maneja el dinero sigue siendo una panda de golfistas que se aferran al conservadorismo.

Luché contra una sonrisa. Se parecía mucho a algo que habría dicho papá. El dolor me atravesó, como un atizador de fuego, agudo y caliente.

—De todos modos, no te preocupes por mí y mis O-PI-NIO-NES —enunció, levantando sus espesas cejas rubias cenizas—. Solo soy una emprendedora humilde. ¿Qué puedo hacer por ti, cariño?

—Solo quería presentarme —admití—. De hecho, soy escritora, con Sandy Lowe Books, y estoy aquí durante el verano, así que pensé en saludar, firmar algunos libros si los tienes.

—¡Ohhh, otro escritor en la ciudad! —chilló—. ¡Qué interesante! Sabes, North Bear trae muchos tipos de artistas. Creo que, es nuestra forma de vida. Y la universidad. Hay todo tipo de librepensadores por allí. Una hermosa comunidad pequeña. Te va a encantar estar aquí... —Por la forma en que sus palabras cayeron sugirió que estaba esperando que insertara mi propio nombre al final de su oración.

—January —intervine—. Andrews.

—Pete —dijo, estrechándome la mano con el vigor de una boina verde⁶ que acaba de decir: ¡Ponlo ahí, hijo!

—¿Pete? —pregunté—. ¿De la famosa Pete's Coffee?

—La mismísima. Mi nombre legal es Posy. ¿Qué tipo de nombre es ese? —Hizo una pantomima de arcadas—. En serio, ¿te parezco una Posy⁷? ¿Alguien parece una Posy?

⁵ **Roller Derby:** deporte femenino de contacto al que se juega con patines de paralelo sobre una pista oval.

⁶ **Green beret:** Boina verde. Miembro de las Fuerzas Especiales del Ejército de EE. UU.

⁷ **Posy:** un pequeño ramo de flores cortadas.

EMILY HENRY

BEACH

Negué con la cabeza.

—¿Quizás, como, un bebé con un disfraz de flor de poliéster?

—Lo dejé bien claro tan pronto como pude hablar. De todos modos, January Andrews. —Pete se acercó a la computadora y marcó mi nombre en el teclado—. Veamos si tenemos tu libro.

Nunca corregía a las personas cuando decían “libro” en singular en lugar de “libros” en plural, pero a veces la suposición se me clavaba en la piel. Me hacía sentir como si la gente pensara que mi carrera era una casualidad. Como si hubiera estornudado y salió una novela romántica.

Y luego estaban las personas que actuaban como si estuviéramos en una broma secreta juntas cuando, después de una conversación sobre arte o política, descubrían que escribí una ficción femenina optimista, decían: *Lo que pague las cuentas, ¿verdad?*, rogándome prácticamente que confirmara que *no quería* escribir libros sobre mujeres o amor.

—Parece que no tenemos ninguno en stock —dijo Pete, levantando la vista de la pantalla—. Pero te digo una cosa, más vale que creas que los estoy ordenando.

—¡Sería genial! —dije—. Quizás podríamos organizar un taller a finales de este verano.

Pete jadeó y me agarró del brazo.

—¡Gran idea, January Andrews! Deberías venir a nuestro *club de lectura*. Nos encantaría tenerte. Es una excelente manera de involucrarse en la comunidad. Son los lunes. ¿Puedes hacerlo el lunes? ¿Mañana?

—¿Sabes qué hizo que sucediera *La Chica del Tren*? Los clubes de lectura —dijo Anya en mi cabeza.

Eso era una exageración. Pero Pete me agradaba.

—Los lunes están bien.

—Fantástico. Te enviaré mi dirección. Siete de la tarde, mucho alcohol, siempre es divertidísimo. —Sacó una tarjeta de visita del escritorio y la pasó al otro lado del mostrador—. Utilizas correo electrónico, ¿no?

—Casi constantemente.

La sonrisa de Pete se ensanchó.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—Bueno, solo envíame un mensaje y nos aseguraremos de que estés lista para mañana.

Le prometí que lo haría y me volví para irme, casi chocando con la mesa de exhibición. Observé temblar la pirámide de libros, y mientras estaba allí, esperando a ver si caían, me di cuenta de que todo estaba compuesto del mismo libro, cada uno marcado con una etiqueta AUTOGRAFIADA.

Un cosquilleo extraño subió por mi columna.

Allí, en la cubierta abstracta en blanco y negro, en letras rojas cuadradas, debajo de *The Revelatories*, estaba su nombre. Todo se estaba juntando en mi mente, un rastro de dominó de realizaciones. No quise decirlo en voz alta, pero podría haberlo hecho.

Porque las campanas sobre la puerta de la librería tintinearón, y cuando miré hacia arriba, allí estaba él. Piel olivácea. Pómulos que podrían cortarte. Boca torcida y una voz ronca que nunca olvidaría. Oscuro cabello desordenado que podía imaginarme inmediatamente con un halo de luz fluorescente alrededor.

Augustus Everett. Gus, como lo conocí en la universidad.

—¡Everett! —llamó Pete cariñosamente desde detrás del escritorio.

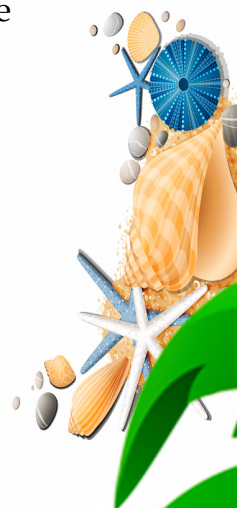
Mi vecino, el Gruñón.

Hice lo que cualquier mujer adulta razonable haría cuando se enfrentaba a su rival universitario convertido en vecino de al lado. Me zambullí detrás de la estantería más cercana.

35



EMILY HENRY
BEACH



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

La boca

¿Cuál es la peor parte de ser rivales universitarios contra Gus Everett? Probablemente el hecho de que no estaba segura de que él supiera que lo éramos. Era tres años mayor, un desertor de la secundaria que había conseguido su diploma después de pasar unos años trabajando literalmente como sepulturero. Sabía todo esto porque cada historia que presentó durante nuestro primer semestre era parte de una colección centrada en el cementerio donde había trabajado.

El resto de nosotros en el programa de escritura creativa estuvimos sacando ideas de nuestros traseros (y de nuestra infancia: partidos de fútbol ganados al último instante, peleas con los padres, viajes por carretera con amigos), y Gus Everett estaba escribiendo sobre los ocho tipos de viudas en duelo, analizando los epitafios más comunes, los más divertidos, los que delatan sutilmente una relación tensa entre el fallecido y la persona pagando la factura de la lápida.

Como yo, Gus estaba en la universidad con una gran cantidad de becas, pero no estaba claro cómo las había conseguido, ya que no practicaba deportes y técnicamente no se había graduado de la secundaria. La única explicación era que era terriblemente bueno en lo que hacía.

Para colmo, Gus Everett era estúpida y exasperantemente atractivo. Y no el tipo universal de apuesto que con objetividad es casi banal. Era más un magnetismo que emanaba. Claro, estaba apenas en el lado alto del promedio, con la musculatura esbelta de alguien que nunca dejaba de moverse pero que nunca se ejercitaba intencionalmente, una clase de textura perezosa que provenía de la genética y la inquietud más que de los buenos hábitos, pero era más que eso.

Era la forma en que hablaba y se movía, cómo veía las cosas. No, algo así como, cómo veía el mundo. Literalmente, cómo veía las cosas, sus ojos.

EMILY HENRY

BEACH

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

pareciendo oscurecerse y abrirse cada vez que se enfocaba, sus cejas frunciéndose sobre su nariz abollada.

Por no hablar de su boca torcida, que debería haber sido prohibida.

Antes de dejar la universidad y medicina para convertirse en niñera (algo que pronto abandonó), Shadi me pediría todas las noches en la cena sobre actualizaciones del Sexy y Diabólico Gus, a veces abreviado como SDG. Estaba un poco enamorada de él y su prosa.

Hasta que finalmente hablamos por primera vez en clase. Estaba pasando mi último relato corto para la crítica, y cuando se lo entregué, me miró directo a los ojos, con la cabeza inclinada con curiosidad, y dijo:

—Déjame adivinar: todos viven felices para siempre. De nuevo.

Aún no estaba escribiendo romance, ni siquiera me había dado cuenta de lo mucho que amaba *leer* romance hasta el segundo diagnóstico de mamá dos años después, cuando necesité una buena distracción, pero definitivamente estaba escribiendo *románticamente*, sobre un *mundo bueno*, donde sucedían cosas por alguna razón, donde el amor y la conexión humana eran todo lo que importaban en realidad.

Y Gus Everett me había mirado con esos ojos, profundizándose y oscureciéndose como si estuvieran absorbiendo toda la información de mí en su cráneo, y había determinado que era un globo que necesitaba explotar.

Déjame adivinar: todos viven felices para siempre. De nuevo.

Pasamos los siguientes cuatro años turnándonos para ganar los premios y concursos de escritura de nuestra escuela, pero apenas volvimos a hablar, a menos que contaras los talleres, durante los cuales rara vez criticaba las historias de nadie excepto la mía y casi siempre llegaba tarde sin la mitad de sus cosas y pedía prestados mis bolígrafos. Y hubo una noche salvaje en una fiesta de fraternidad en la que... no hablamos del todo, pero definitivamente interactuamos.

Francamente, nos cruzamos en nuestro camino *constantemente*, en parte porque salió con dos compañeras de cuarto mías y muchas otras chicas en mi piso, aunque uso el término salir de manera vaga. Gus era conocido por tener una vida útil de dos a cuatro semanas, y aunque la primera compañera de cuarto había comenzado las cosas con él con la esperanza de ser la excepción, la segunda (y muchas de las otras) entró plenamente consciente de que Gus Everett era simplemente alguien con quien podías divertirte, hasta por treinta y un días.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

A menos que escribieras historias cortas con finales felices, en cuyo caso aparentemente era mucho más probable que pasaras cuatro años como rivales, pasaras otros seis buscándolo ocasionalmente en Google para comparar tus carreras, y luego te lo encontraras aquí vestida como una animadora adolescente en una recaudación de fondos de lavado de autos.

Como en, aquí. Ahora. Entrando en Pete's Books.

Ya estaba planeando lo que le escribiría a Shadi a medida que avanzaba por el costado de la tienda, con la barbilla doblada y la cara inclinada hacia los estantes como si estuviera hojeando casualmente (mientras prácticamente corría, como una solo puede hacerlo).

—¿January? —Estaba llamando Pete—. January, ¿a dónde fuiste? Quiero que conozcas a alguien.

No me enorgullece admitir que cuando me quedé paralizada, estaba mirando hacia la puerta, juzgando si podía salir de allí sin responder.

Es importante señalar que sabía con certeza que había campanillas sobre la puerta, y *aun así* no podía tomar una decisión inmediata.

Finalmente, respiré hondo,forcé una sonrisa, y salí de entre los estantes, aferrando mi horrible café con leche como si fuera una pistola.

—Hoolaaaaa —dije, luego saludé de una manera que claramente parecía un títere animado electrónicamente.

Tuve que obligarme a mirarlo directamente. Tenía el mismo aspecto que tenía en su foto de autor: pómulos afilados, ojos furiosamente oscuros y los esbeltos brazos musculosos de un sepulturero convertido en novelista. Llevaba una camiseta azul arrugada (o negro desteñido) y jeans azules oscuros arrugados (o negros descoloridos), y su cabello había comenzado a teñirse de gris, junto con la barba incipiente alrededor de su boca torcida.

—Esta es January Andrews —anunció Pete—. Es *escritora*. Acaba de mudarse aquí.

Prácticamente pude ver la misma comprensión que acababa de chocar conmigo apareciendo en su rostro, sus ojos clavados en mí mientras reconstruía las partes de mí que había captado anoche en la oscuridad.

—De hecho, nos conocemos —dijo. El fuego de mil soles se precipitó a mi cara, y probablemente a mi cuello, pecho, piernas y cada centímetro expuesto de mi cuerpo.

EMILY HENRY

BEACH

38

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—Ah, ¿sí? —dijo Pete, encantada—. ¿Cómo?

Mi boca se abrió en silencio, la palabra *universidad* de alguna manera eludiendo la comprensión, a medida que mis ojos volvían a los de Gus.

—Somos vecinos —respondió—. ¿Creo?

Oh, Dios. ¿Era posible que no me recordara en absoluto? Mierda, mi nombre era January, por el amor de Dios. No era como si fuera una Rebecca o una Christy/Christina/Christine. Intenté no pensar demasiado en cómo Gus podía haberse olvidado de mí, porque hacerlo solo haría que mi cutis pasase de langosta sobrecoída a berenjena.

—Cierto —creo que dije. El teléfono junto a la caja registradora empezó a sonar, y Pete levantó un dedo para disculparse a medida que se volvía para contestar, dejándonos solos.

—Entonces —dijo Gus finalmente.

—Entonces —repetí como un loro.

—¿Qué tipo de cosas escribes, January Andrews?

Hice lo mejor que pude para no mirar de reojo al castillo de *The Revelatories* rodeando toda la mesa detrás de mí.

—Sobre todo, romance.

La ceja de Gus se arqueó.

—Ah.

—Ah, ¿qué? —dije, ya a la defensiva.

Se encogió de hombros.

—Solo “ah”.

Me crucé de brazos.

—Ese fue un terrible “solo ah”.

Se apoyó en el mostrador y también se cruzó de brazos, frunciendo el ceño.

—Bueno, eso fue rápido —dijo.

—¿Qué fue rápido?

—Ofenderte. Una sílaba. Ah. Muy impresionante.

EMILY HENRY

BEACH

39

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—¿Ofenderme? Este no es mi rostro ofendido. Me veo así porque estoy cansada. El rarito de mi vecino estuvo escuchando toda la noche su banda sonora de llanto.

Asintió pensativo.

—Sí, debe haber sido la “música” lo que también te debe haber hecho tan difícil caminar anoche. Oye, si crees que podrías tener un problema con la “música”, no te avergüences de buscar ayuda.

—De todos modos —dije, todavía luchando contra un rubor—. Nunca me dijiste lo que *tú* escribes, *Everett*. Estoy segura de que es algo realmente innovador e importante. Totalmente nuevo y fresco. Como una historia sobre un chico blanco desilusionado, vagando por el mundo, incomprendido y fríamente cachondo.

Se le escapó una risa.

—¿“Fríamente cachondo”? ¿A diferencia de las inclinaciones sexuales manejadas con mucha habilidad de tu género? Dime, ¿qué te parece más fascinante de escribir: piratas enamorados o hombres lobo enamorados?

Y ahora otra vez estaba furiosa.

—Bueno, en realidad no se trata tanto de *mí* como de lo que quieren mis *lectores*. ¿Cómo es escribir fan fiction de Hemingway para tu círculo de idiotas? ¿Conoces a todos tus lectores por su nombre? —Había algo en cierto modo liberador en la January nueva.

La cabeza de Gus se inclinó de esa manera familiar y frunció el ceño a medida que sus ojos oscuros me estudiaban, la intensidad en ellos haciendo que mi piel hormigueara. Sus labios carnosos se separaron como si estuviera a punto de hablar, pero justo en ese momento Pete colgó el teléfono y se deslizó en nuestro círculo, interrumpiéndolo.

—Cuáles son las probabilidades, ¿eh? —preguntó Pete, aplaudiendo—. ¡Dos escritores publicados en la misma callecita de North Bear Shores! Apuesto a que ustedes dos estarán pasando el rato a lo grande todo el verano. Te dije que este pueblo estaba lleno de artistas, ¿cierto, January? ¿Qué te parece? —Se rio de buena gana—. ¡Tan pronto como lo he dicho, Everett entra directamente! Parece que el universo está hoy de mi lado.

El timbre de mi teléfono en mi bolsillo me salvó de tener que contestar. Por una vez, me apresuré a contestar la llamada, ansiosa por.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

escapar de esta conversación. Estaba esperando a Shadi, pero en la pantalla apareció ANYA, y mi estómago se hundió.

Alcé la vista para encontrar los ojos oscuros de Gus ardiendo sobre mí. El efecto era intimidante. Miré a Pete.

—Lo siento, tengo que contestar esto, pero fue un placer conocerte.

—¡Lo mismo digo! —me aseguró Pete a medida que me retiraba a través del laberinto de estantes—. ¡No olvides enviarme un correo electrónico!

—Nos vemos en casa —llamó Gus.

Respondí a la llamada de Anya y salí.

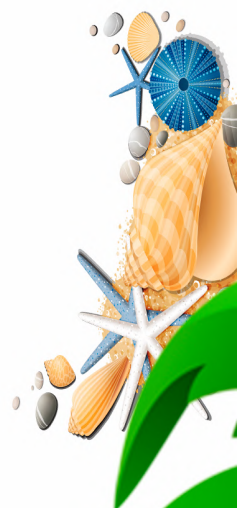


41



EMILY HENRY

BEACH



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
i. hen*

ways have
didn't you know!

Los labradores

—Juro que puedes hacer esto, January —estaba diciendo Anya mientras me alejaba de la ciudad a toda prisa—. Si prometo un libro a Sandy para el primero de septiembre, debemos *tener un libro* escrito para el primero de septiembre.

—He escrito libros en la mitad de ese tiempo —grité por encima del viento.

—Ah, sé que lo has hecho. Pero estamos hablando de *este* manuscrito. Estamos hablando específicamente del que ahora llevas quince meses y sigue contando. ¿Qué tan lejos estás?

Mi corazón estaba acelerado. Iba a saber que le estaba mintiendo.

—No está escrito —dije—. Pero está planeado. Solo necesito algo de tiempo para resolverlo, sin distracciones.

—Puedo dejar de distraerte. Puedo ser la Reina de Sin Distraerte, pero por favor. Por favor, por favor, por favor, no me mientas sobre esto. Si quieres un descanso...

—No quiero un descanso —dije. Y no podía permitirme uno. Tenía que hacer lo que fuera necesario. Vaciar la casa de playa para poder venderla. Escribir un romance a pesar de haber perdido recientemente casi toda la fe en el amor y la humanidad—. De hecho, va muy bien.

Anya fingió estar satisfecha, y yo fingí creer que estaba satisfecha. Estábamos a dos de junio y tenía poco menos de tres meses para escribir algo parecido a un libro.

Así que, por supuesto, en lugar de ir directamente a casa a trabajar, estaba conduciendo hasta la tienda de comestibles. Había tomado dos sorbos del café con leche de Pete's, y estaba a tres sorbos de ser demasiado.

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

Lo arrojé a la basura de camino a Meijer y lo reemplacé con un gigante americano helado del quiosco de Starbucks en el interior antes de abastecerme de suficiente comida preparada (macarrones, cereales, cualquier cosa que no requiriera mucha preparación) para durarme un par de semanas.

Cuando llegué a casa, el sol estaba alto, el calor espeso y pegajoso, pero al menos el expreso helado había suavizado los latidos en mi cráneo. Cuando terminé de descargar las provisiones, llevé mi computadora a la terraza, solo para darme cuenta de que había dejado que la batería se agotara anoche. Volví adentro para enchufarla y escuché mi teléfono zumbando sobre la mesa. Un mensaje de texto de Shadi: **Ni HABLAR. ¿El Sexy y Diabólico GUS? ¿Preguntó por mí? Dile que lo extraño.**

Tecleé en respuesta. **Aún sexy. Aún DIABÓLICO. NO le diré nada ya que NO volveré a hablar con él mientras ambos vivamos. No me recordaba.**

Shadi respondió de inmediato. **Mmmmm, LITERALMENTE imposible que eso sea verdad. Eres su princesa de hadas. Su sombra. O él la tuya, o lo que sea.**

Se refería a otro momento humillante de Gus que había intentado olvidar. Él había terminado en una clase de matemáticas generales con Shadi y mencionó que se había dado cuenta que éramos amigas. Cuando ella lo confirmó, le preguntó cuál era mi "problema". Cuando ella le pidió que explicara qué diablos significaba eso, él se encogió de hombros y murmuró algo sobre cómo yo actuaba como una princesa de hadas que había sido criada por criaturas del bosque.

Shadi le dijo que en realidad era una emperatriz que había sido criada por dos espías muy sexis.

Verlo en la naturaleza después de todo este tiempo fue horrible, le dije. Estoy traumatizada. Por favor, ven a cuidarme para que me recupere.

Pronto, habibi, respondió ella.

Mi objetivo era escribir mil quinientas palabras ese día. Solo llegué a cuatrocientas, pero en el lado positivo, también gané veintiocho juegos consecutivos de solitario araña antes de detenerme a sofreír algunas verduras para la cena. Después de comer, me senté en la oscuridad, doblada en la mesa de la cocina, con una copa de vino tinto reflejada en el resplandor de mi computadora portátil. Todo lo que necesitaba era un primer borrador malo. Había escrito docenas de esos, los escupía más.

EMILY HENRY
BEACH

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refresh*

rápido de lo que podía mecanografiar y luego los reescribía minuciosamente en los meses siguientes.

Entonces, ¿por qué no podía obligarme a *escribir este libro malo*?

Dios, extrañaba los días en que las palabras se derramaban solas. Cuando escribir esos finales felices, esos besos bajo la lluvia y música conmovedora, así como las escenas de propuestas de rodillas habían sido la mejor parte de mi día.

En aquel entonces, el amor verdadero parecía el gran premio, lo único que podía capear cualquier tormenta, salvarte tanto de la fatiga como del miedo, y escribir sobre ello se había sentido como el regalo más significativo que podía ofrecer.

E incluso si esa parte de mi concepción del mundo se estaba tomando un año sabático breve, *tenía* que ser cierto que a veces, las mujeres con el corazón roto encontraban sus finales felices, sus momentos de felicidad pura llenos de lluvia y música.

Mi computadora emitió una señal de correo electrónico. Mi estómago comenzó a dar vueltas y no se detuvo hasta que confirmé que solo era una respuesta de Pete, con la dirección de su club de lectura y un mensaje de una frase: **siéntete libre de traer tu bebida favorita o solo tu presencia :)))**

Sonreí. Tal vez alguna versión de Pete lograría estar en el libro.

—Un día a la vez —dije en voz alta, luego bebí mi vino y me dirigí hacia la puerta trasera.

Acuné mi mano alrededor de mis ojos para bloquear el resplandor del vidrio y miré hacia la terraza de Gus. El humo había estado saliendo antes de la hoguera, pero ahora se había ido, la terraza estaba desierta.

Así que, abrí la puerta y salí. El mundo se proyectó en tonos de azul y plata, el torrente suave de la marea rompiendo en la arena haciéndose más fuerte por el silencio del resto del mundo. Una ráfaga de viento sopló desde las copas de los árboles, haciéndome temblar, y apreté la bata a mi alrededor, vaciando mi copa de vino, luego me volví hacia la casa.

Al principio, pensé que el resplandor azul que me llamó la atención venía de mi propia computadora portátil, pero la luz no estaba proviniendo de mi casa. Relucía desde las ventanas oscuras de la casa de Gus, lo suficientemente brillante como para que pudiera verlo paseando frente a su mesa. Se detuvo de repente y se inclinó por un momento para

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

escribir, luego tomó una botella de cerveza de la mesa y comenzó a caminar de nuevo, pasando la mano por su cabello.

Reconocía muy bien esa coreografía. Podía encasillarme con *amores de piratas y hombres lobo* todo lo que quisiera, pero cuando se trataba de eso, Augustus Everett aún seguía paseando en la oscuridad, inventando mierdas como el resto de nosotros.



Pete vivía en una casa estilo victoriano rosa en las afueras del campus universitario. Incluso en la tormenta que había azotado el lago ese lunes por la noche, su hogar parecía dulce como una casa de muñecas.

Estacioné junto al bordillo y miré hacia sus ventanas invadidas por hiedra y sus torrecillas encantadoras. El sol aún no se había puesto del todo, pero las suaves nubes grises que llenaban el cielo difuminaban cualquier luz hasta un resplandor tenue verdoso, y el jardín extendiéndose desde el porche de Pete hasta su valla blanca parecía exuberante y mágico bajo su manto de niebla. Este era el escape perfecto de la cueva de escritura en la que me había estado escondiendo todo el día.

Agarré la bolsa llena de marcadores firmados y pines con notas de *Southern Comfort* del asiento del pasajero y salté del auto, cerrando la puerta a medida que corría bajo la lluvia y abría la puerta para deslizarme por el camino empedrado.

El jardín de Pete era, muy posiblemente, el lugar más pintoresco en el que hubiera estado, pero la mejor parte podría haber sido que, sobre el retumbar del trueno, "*Another Brick in the Wall*" de Pink Floyd sonaba tan fuerte que el porche estaba temblando cuando me subí a él.

Antes de que pudiera tocar, la puerta se abrió y Pete, con una copa de plástico azul muy llena de vino en la mano, canturreó:

—¡Jaaaaaaaaaaaaanuary Andrews!

En algún lugar detrás de ella, un coro de voces cantó:

—¡January Annnnnndrews!

—Peeeeete —canté en respuesta, sosteniendo la botella de chardonnay que había comprado en la tienda de camino—. Muchas gracias por invitarme.

—Ohhhh. —Aceptó la botella de vino y arrugó los ojos mientras examinaba la etiqueta, luego se rio entre dientes. Se llamaba PUÑADOS DE POSIES, pero había tachado POSIES y escrito PETES en su lugar—. ¡Suena francés! —bromeó—. ¡Qué es la palabra holandesa para *elegante*! —Me hizo señas para que la siguiera por el pasillo, hacia la música—. Entra y conoce a las chicas.

Había un montón de zapatos, en su mayoría sandalias y botas de montaña, dispuestas cuidadosamente sobre una alfombra junto a la puerta, así que me quité las botas de lluvia verdes con tacón y seguí el rastro de pies descalzos que Pete recortó por el pasillo. Las uñas de sus pies estaban pintadas de color lavanda para combinar con su manicura fresca, y con sus jeans descoloridos y su camisa de lino blanco, lograba una imagen más delicada que la que tenía en la tienda.

Pasamos por delante de una cocina cuyas encimeras de granito estaban llenas de botellas de licor y entramos en la sala de estar en la parte trasera de la casa.

—Habitualmente, usamos el jardín, pero normalmente Dios no está jugando a los bolos ahí arriba, así que esta noche tendrá que servir estar adentro. Solo estamos esperando uno más.

La habitación era lo suficientemente pequeña como para sentirse abarrotada con el total de cinco personas dentro. Por supuesto, los tres labradores negros dormitando en el sofá (dos de ellos) y el sillón (el tercero) no ayudaban. Habían arrastrado sillas de madera verde brillante, aparentemente para que los humanos se sentaran, y se habían dispuesto para formar un semicírculo pequeño. Uno de los perros se levantó de un salto y vagó, agitando la cola, a través del mar de patas para saludarme.

—Chicas —dijo Pete, tocándome la espalda—, esta es January. ¡January trajo vino!

—Vino, ¡qué lindo! —dijo una mujer de largo cabello rubio, adelantándose para darme un abrazo y un beso en la mejilla. Cuando la rubia se apartó, Pete le pasó la botella de vino y luego avanzó por la habitación hacia el sistema de sonido.

—Soy Maggie —dijo la rubia. Su alta estatura esbelta se hacía más llamativa por el mar de las blancas cosas drapeadas con las que se había.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

vestido. Me sonrió, a partes iguales Galadriel Lady of the Golden Wood y Stevie Nicks, y las esquinas arrugadas de sus ojos marrones se arrugaron dulcemente—. Encantada de conocerte, January.

La voz de Pete llegó un poco demasiado fuerte cuando la música bajó un poco:

—Ella es la señora Pete.

La sonrisa serena de Maggie pareció ser una versión de un gesto afectuoso de poner los ojos en blanco.

—Servirá solo Maggie. Y esta es Lauren. —Abrió un brazo para dejarme espacio para estrechar la mano de la mujer con rastas en un vestido naranja—. Y allá atrás, en el sofá, está Sonya.

Sonya. El nombre golpeó mi estómago como un martillo. Se me secó la boca incluso antes de verla. Mi visión se nubló en las esquinas.

—Hola, January —dijo Esa Mujer dócilmente desde debajo de los labradores roncando. Forzó una sonrisa—. Me alegra verte.

47



EMILY HENRY
BEACH



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
i. hen

ways have
didn't you know!

El club de lectura

¿Había una forma digna de encontrarse con la amante de tu padre muerto? Si es así, supuse que no era soltando de golpe que *tenía que orinar*, sacando de un tirón la botella de vino que le entregaste a tu anfitriona, y corriendo por el pasillo en busca de un baño. Pero eso fue lo mejor que se me ocurrió.

Retorcí la tapa del vino y lo vertí en mi garganta, allí mismo, en el baño de temática náutica. Consideré irme, pero por alguna razón, parecía la opción más vergonzosa. Aun así, se me ocurrió que podía salir escondida por la puerta, subir al auto y conducir hasta Ohio sin detenerme. No tendría que volver a ver a ninguna de estas personas. Podría conseguir un trabajo en Ponderosa Steakhouse. ¡La vida podía ser grandiosa! O podía quedarme en este baño, para siempre. Tenía vino; tenía un inodoro; ¿qué más podía necesitar?

Es cierto que, no fue mi buena actitud y fuerza de espíritu lo que me sacó del baño. Fue el ruido de pasos y la conversación moviéndose al pasillo, el sonido de Pete diciendo:

—Oh, ¿estás *segura* de que no puedes quedarte? —con una voz que lo hizo sonar mucho más como *¿Qué diablos, Sonya? ¿Por qué esa chica rara te tiene miedo?*

Y a Sonya diciendo:

—No, desearía poder hacerlo, pero olvidé por completo esta llamada de trabajo; mi jefe no dejará de enviar correos electrónicos hasta que esté en el automóvil y con mi Bluetooth.

—Bluetooth shmootooth —estaba diciendo Pete.

—Así es —dije contra mi botella de vino. El chardonnay me estaba golpeando rápido. Pensé en el transcurso del día, contando mis comidas

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

en un intento de comprender mi borrachera inmediata. Lo único que podía estar *segura* de haber comido era el puñado de mini malvaviscos que había agarrado de camino a una pausa para orinar que tanto necesitaba.

¡Ups!

La puerta de entrada se estaba abriendo. Se estaban despidiendo por encima del repiqueteo de la lluvia contra el techo, y yo aún estaba encerrada en un baño.

Dejé la botella en el lavabo, me miré en el espejo, y señalé ferozmente mis pequeños ojos marrones.

—Esta será la noche más difícil que tendrás en todo el verano —susurré. Era una mentira, pero me lo creí totalmente. Me alisé el cabello, me quité la chaqueta, escondí la botella de vino en mi bolso, y salí al pasillo.

—Sonya tuvo que retirarse —dijo Pete, pero sonó más como *¿Qué diablos, January?*

—Ah, ¿sí? —dije—. Qué terrible. —Pero sonó más como *¡Alabado sea el Bluetooth Shmootooth!*

—Ciertamente —dijo Pete.

La seguí de regreso a la sala de estar, donde los labradores se habían reorganizado, junto con las señoras. Uno de los perros se había movido hacia el lado más alejado del sofá, Maggie había ocupado el lugar vacío dejado atrás, mientras que el segundo se había trasladado al sillón, principalmente encima del tercero. Lauren estaba sentada en una de las sillas verdes de respaldo alto, y Pete me hizo un gesto para que tomara la que estaba junto a ella mientras se deslizaba en una tercera. Pete miró la hora en su reloj de cuero.

—Debería estar aquí en cualquier momento. ¡Debe haber quedado atrapado en la tormenta! Estoy segura de que podremos empezar pronto.

—Genial —dije. La habitación seguía girando un poco. Apenas podía mirar hacia donde había estado Sonya acurrucada en el sofá, esbelta y relajada con sus rizos blancos amontonados en su cabeza, lo opuesto a mi madre diminuta con su cabello liso. Aproveché la oportunidad para buscar en mi bolso (cuidando no volcar el vino) en busca de los marcadores.

Alguien llamó a la puerta, y Pete se levantó de un salto. Mi corazón tartamudeó al pensar que Sonya podría haber cambiado de opinión y retroceder. Pero entonces una voz baja resonó por el pasillo, y Pete regresó.

EMILY HENRY

BEACH

49

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

trayendo consigo a un Augustus Everett empapado y despeinado. Se pasó una mano por su cabello ligeramente canoso, sacudiéndose la lluvia. Parecía que se había levantado de la cama y había vagado hasta aquí a través de la tormenta, bebiendo de una bolsa de papel. No es que fuera quien para juzgar a nadie en este preciso momento.

—Chicas —dijo Pete—, creo que todas conocen al único Augustus Everett.

Gus asintió, saludó. ¿Sonrió? Parecía una palabra demasiado generosa para lo que estaba haciendo. Su boca *reconoció* a la habitación, diría yo, y luego sus ojos se encontraron con los míos, y la parte superior de las dos comisuras de su boca se torció en alto. Asintió hacia mí.

—January.

Mi mente empezó a girar sus débiles ruedas resbaladizas por el vino intentando averiguar lo que me estaba molestando tanto del momento. Claro, estaba el presumido Gus Everett. Estaba encontrarme con Esa Mujer y el vino en el baño. Y...

La diferencia en las presentaciones de Pete.

Esta es January era como un padre obligaba a un niño de jardín de infancia a hacerse amigo de otro.

El único Augustus Everett era cómo un club de lectura presentaba a su invitado especial.

—Por favor, por favor. Siéntate aquí, con January —dijo Pete—. ¿Quieres una bebida?

Oh, Dios. Lo había entendido mal. No estaba aquí como una invitada. Estaba aquí como miembro potencial del club de lectura.

Había venido a un club de lectura que estaba discutiendo *The Revelatories*.

—¿Te gustaría algo de beber? —preguntó Pete, regresando a la cocina.

Gus examinó los vasos de plástico azul en las manos de Lauren y Maggie.

—¿Qué están tomando, Pete? —preguntó por encima del hombro.

—Oh, la primera ronda en el club de lectura siempre es White Russians, pero January trajo algo de vino, si eso suena mejor.

EMILY HENRY

BEACH

50

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Me sorprendí ante la idea de *empezar* una noche con un White Russian y ante la perspectiva de tener que pescar vergonzosamente mi vino del bolso para Gus.

Podía decir por la sonrisa enorme en su rostro que nada deleitaría más a Pete.

Gus se inclinó hacia delante, apoyando los codos en los muslos. La manga izquierda de su camisa se levantó con el movimiento, revelando un delgado tatuaje negro en la parte posterior de su brazo, un círculo retorcido pero cerrado. Una cinta de Möbius⁸, pensé que se llamaba.

—Un White Russian suena estupendo —respondió Gus.

Por supuesto que sí.

A la gente le gustaba imaginarse a sus autores masculinos favoritos sentados frente a una máquina de escribir con el sabor del whisky más fuerte del mundo y un hambre de conocimiento. No me sorprendería que el hombre desarreglado que estaba sentado a mi lado, aquel que se había burlado de *mi* carrera, estaba llevando ropa interior sucia al revés y alimentándose gracias a bollos de queso de la marca Meijer.

Podría aparecer luciendo como el traficante de marihuana de respaldo de un estudiante universitario (para cuando el primero estuviera en Myrtle Beach) y aun así ser tomado más en serio de lo que yo lo haría con mi aburrido vestido Michael Kors. Podría hacer que el editor de fotografía senior en *Bloomberg Businessweek* tomara mis fotos de autor y él podría usar la cámara digital de su madre de 2002 para tomar una foto de sí mismo con el ceño fruncido en su terraza y aun así conseguir más respeto que yo.

Bien podría haber enviado una foto de un pene. Lo habrían impreso en la solapa de la portada, justo encima de esa biografía de dos líneas que le dejaron cagar. *Cuanto más corto, más elegante*, diría Anya.

Sentí los ojos de Gus sobre mí. Supuse que *sintió* que mi cerebro lo estaba destrozando. Supuse que Lauren y Maggie sintieron que esta noche había sido un terrible error.

Pete regresó con otra copa de vino azul llena de vodka con leche, y Gus se lo agradeció. Respiré hondo a medida que Pete se sentaba en una silla.

⁸ **Cinta de Möbius:** creada por el matemático y astrónomo alemán August Ferdinand Möbius en 1858. Su representación más común y conocida es como símbolo del infinito.

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

¿Acaso esta noche podía empeorar?

El labrador más cercano a mí se tiró un pedo audiblemente.

—¡Muy bien, entonces! —dijo Pete, aplaudiendo.

Qué demonios. Saqué el vino de mi bolso y bebí un sorbo. Maggie se rio en el sofá y el labrador se dio la vuelta y metió la cara entre los cojines.

—El club de lectura Rusos Blancos, Rojos y Azules está en sesión, y me muero por escuchar lo que todos pensaron del libro.

Maggie y Lauren intercambiaron una mirada mientras tomaban un sorbo de sus White Russians. Maggie puso el suyo sobre la mesa y le dio una ligera palmada en el muslo.

—Diablos, me encantó.

La risa de Pete fue ronca pero cálida.

—Mags, todo te encanta.

—No es cierto. No me gustó el hombre espía, no el principal, sino el otro. Era sarcástico.

¿Espías? ¿Había espías en *The Revelatories*? Miré a Gus, quien parecía tan desconcertado como yo. Tenía la boca entreabierta y su White Russian descansaba contra su muslo izquierdo.

—A mí tampoco me gustó —acordó Lauren—, especialmente al principio, pero se recuperó al final. Comencé a entenderlo cuando nos enteramos de la historia de fondo sobre los vínculos de su madre con la URSS.

—Ese fue un buen toque —coincidió Maggie—. Está bien, lo retiro. Al final, también me gustó. Sin embargo, aún no me gustó la forma en que trató al agente Michelson. No pondré excusas para eso.

—Bueno, no, por supuesto que no —intervino Pete.

Maggie agitó la mano ligeramente.

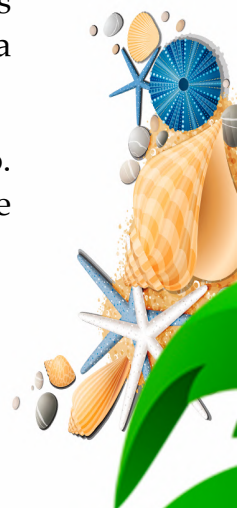
—Total misógino.

Lauren asintió.

—¿Cómo se sintieron todos acerca de la revelación de los gemelos?



52



EMILY HENRY
BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Honestamente, me aburrió un poco, y te diré por qué —dijo Pete. Y luego nos dijo por qué, pero apenas lo escuché porque estaba tan absorta en la gimnasia sutil que la expresión de Gus estaba realizando.

No era posible que estuvieran hablando de su libro. No parecía tanto horrorizado como desconcertado, como si pensara que alguien le estaba gastando una broma, pero no estaba seguro lo suficiente como para proclamarlo. Ya había apurado su White Russian y estaba mirando hacia la cocina como si estuviera esperando que otro pudiera servirse por sí solo.

—¿Alguien más lloró cuando la hija de Mark cantó “Amazing Grace” en el funeral? —preguntó Lauren, aferrando su corazón—. Eso me afectó. En serio lo hizo. ¡Y *saben* que mi corazón es de piedra! Doug G. Hanke es un escritor fenomenal.

Miré alrededor de la habitación, hacia el aparador, las estanterías para libros en el lado más alejado del sofá, el revistero debajo de la mesa de café. Los nombres y títulos me llamaron la atención desde docenas, si no cientos, de libros de bolsillo oscuros.

Operación Skyforce. El juego Moscú. Encubierto. Bandera roja. Oslo After Dark.

Club de lectura Rusos Blancos, Rojos y Azules.

Yo, January Andrews, escritora de romance, y el prodigio literario Augustus Everett, habíamos tropezado con un club de lectura traficando principalmente con novelas de espías. Me costó un poco reprimir mi risa, e incluso entonces no hice un trabajo increíble.

—¿January? —preguntó Pete—. ¿Está todo bien?

—Espectacular —respondí—. Creo que he bebido demasiado vino. Augustus, será mejor que lo saques de aquí. —Le ofrecí la botella. Levantó una oscura ceja severa.

Supuse que no estaba sonriendo del todo, pero me las arreglé para parecer victoriosa de todos modos mientras esperaba a que aceptara los dos tercios restantes del chardonnay.

—Lo he pensado un poco más —dijo Maggie alegremente—. Y creo que me *gustó* lo del giro del gemelo idéntico.

Y en algún lugar, un labrador se tiró un pedo.

*ways have
didn't you know!*

El camino

—Muuuuchísimas gracias por invitarnos, Pete —dije mientras la abrazaba en el vestíbulo.

Ella palmeó mi espalda.

—Cuando quieras. ¡Especialmente, cualquier lunes! Diablos, todos los lunes. A los Rusos Rojos, Blancos y Azules les vendría bien sangre fresca. Ya ves cómo se ponen insípidas las cosas allí dentro. A Maggie le gusta complacerme, pero no es una gran persona de ficción, y creo que Lauren viene a socializar. Es otra esposa catedrática, como yo.

—¿Esposa catedrática? —pregunté.

Pete asintió.

—Maggie trabaja en la universidad con el esposo de Lauren —respondió rápidamente, luego dijo—: Querida, ¿cómo vas a llegar a casa?

En ese momento no estaba sintiendo el vino tanto como me habría gustado, pero sabía que de todos modos no debía arriesgarme a conducir.

—Yo la llevaré —dijo Gus, severo y sin gracia.

—Iré en Uber —dije.

—¿Uber? —repitió Pete—. No lo creo, no en North Bear Shores. Tenemos uno de esos, ¡y dudo que salga conduciendo después de las diez!

Fingí mirar mi teléfono.

—De hecho, está aquí, así que debería irme. Gracias de nuevo, Pete. En serio, fue... extremadamente interesante.

Me dio unas palmaditas en el brazo y me dirigí bajo la lluvia, abriendo la aplicación Uber a medida que avanzaba. Bajo la lluvia, escuché

EMILY HENRY

BEACH

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

a Gus y Pete intercambiando despedidas silenciosas en el porche detrás de mí, y luego la puerta se cerró y supe que él y yo estábamos solos en el jardín.

Así que caminé más rápido, atravesé la puerta y recorrí la valla, a medida que miraba el mapa en blanco en mi aplicación Uber. Cerré la aplicación y la abrí de nuevo.

—Déjame adivinar —dijo Gus—. Es exactamente como dice la persona que de hecho vive aquí: no hay Ubers.

—Está a cuatro minutos —mentí. Me miró fijamente. Me subí la capucha y me di la vuelta.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Te preocupa que sea una pendiente resbaladiza desde subir a mi auto hasta bajar por el tobogán en mi techo y competir en mis muy publicitados combates de lucha libre en gelatina?

Crucé mis brazos.

—No te conozco.

—A diferencia del conductor de Uber en North Bear Shores, con quien eres bastante cercana.

No dije nada, y después de un momento, Gus subió a su auto, su motor chisporroteando a la vida, pero no se alejó. Me entretuve con mi teléfono. ¿Por qué no se iba? Hice lo mejor que pude para no mirar hacia su auto, aunque se veía mucho más atractivo cada momento que estuve allí, bajo la lluvia fría.

Revisé la aplicación nuevamente. Aún nada.

La ventanilla del pasajero bajó, y Gus se inclinó sobre el asiento, agachando la cabeza para verme.

—January —llamó y suspiró.

—Augustus.

—Han pasado cuatro minutos. No viene ningún Uber. ¿Podrías entrar en el auto?

—Caminaré.

—¿Por qué?

—Porque necesito el ejercicio —dije.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—Por no hablar de la neumonía.

—Estamos como a dieciocho grados —dije.

—Estás temblando literalmente.

—Tal vez estoy temblando por la anticipación de un paseo emocionante a casa.

—Tal vez la temperatura de tu cuerpo está cayendo en picado y tu presión arterial y frecuencia cardíaca están disminuyendo y el tejido de tu piel se está rompiendo a medida que te congelas.

—¿Estás bromeando? Mi corazón está absolutamente *acelerado*. Acabo de estar sentada en la reunión de un club de lectura *durante tres horas* sobre *novelas de espías*. *Necesito* drenar parte de esta adrenalina. —Empecé a bajar por la acera.

—Camino equivocado —llamó Gus.

Giré sobre mis talones y comencé a avanzar en la otra dirección, pasando de regreso junto al auto de Gus. Su boca se torcía bajo la luz tenue de la consola.

—Te das cuenta de que vivimos a once kilómetros de aquí. A tu ritmo actual eso deja tu llegada aproximadamente en... nunca. Te caerás en un arbusto y es muy posible que pases el resto de tu vida allí.

—Esa es en realidad la cantidad de tiempo perfecta que necesitaré para recuperar la sobriedad —dije. Gus avanzó lentamente por la carretera junto a mí—. Además, *no* puedo arriesgarme a despertar mañana con otra resaca. Prefiero caminar hacia el tráfico.

—Sí, bueno, me preocupa que vayas a hacer ambas cosas. Déjame llevarte a casa.

—Me quedaré dormida estando ebria. No es bueno.

—Está bien, entonces no te llevaré a casa hasta que estés sobria. Conozco el mejor truco para eso en todo North Bear Shores.

Dejé de caminar y me enfrenté a su auto. Él también se detuvo, esperando.

—Solo para estar claros —dije—, no estarás hablando de cosas de sexo, ¿verdad?

Su sonrisa se torció.

EMILY HENRY
BEACH

56

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—No, January, no estoy hablando de cosas de sexo.

—Será mejor que no lo hagas. —Abrí la puerta del pasajero y me deslicé en el asiento, presionando mis dedos contra las cálidas rejillas de ventilación—. Porque llevo gas pimienta en este bolso. Y una pistola.

—¿Qué *carajo*? —gritó, estacionando el auto—. ¿Estás ebria con una *pistola* flotando junto a tu vino en tu bolso?

Me abroché el cinturón de seguridad.

—Era una broma. La parte del arma, no la parte de “matarte si intentas algo”. A eso me refería.

Su risa fue más sorprendida que divertida. Incluso en la oscuridad del vehículo, pude ver que sus ojos estaban totalmente abiertos y su boca torcida estaba tensa. Sacudió la cabeza, se secó la lluvia de la frente con el dorso de la mano, y volvió a poner el auto en marcha.



57

—¿Este es el truco? —dije cuando llegamos al estacionamiento. La lluvia había disminuido, pero los charcos en los baches del asfalto agrietado brillaban con el reflejo del letrero de neón sobre el bajo edificio rectangular—. El truco para recuperar la sobriedad es... donas. —Eso era todo lo que decía el letrero. A todos los efectos, era el nombre de la cafetería.

—¿Qué esperabas? —preguntó Gus—. ¿Se suponía que debía *casi* conducir a un precipicio, o contratar a alguien para fingir secuestrarte? O espera, ¿ese comentario sobre el sexo era sarcástico? ¿*Quieres* que te seduzca?

—No, solo digo que, la próxima vez que intentes convencerme de que entre en tu auto, te ahorrarás mucho tiempo si pasas directamente a la parte de las *donas*.

—Espero no tener que persuadirte para que subas a mi auto muy a menudo —dijo.

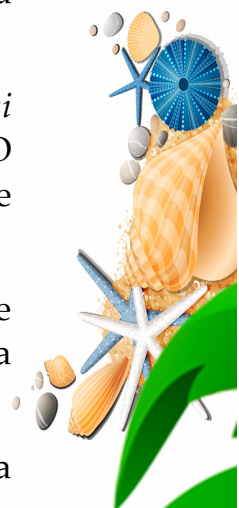
—No, no muy a menudo —dije—. Solo los lunes.

Esbozó otra sonrisa, débil, como si prefiriera no revelarla. Al instante hizo que el auto se sintiera demasiado pequeño, él algo demasiado cerca.

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment



*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

Aparté la mirada y salí del vehículo con la cabeza despejada de inmediato. El edificio resplandecía como un mata insectos, sus cabinas vacías de color naranja de los setenta visibles a través de las ventanas junto con una pecera llena de koi.

—Sabes, deberías considerar conducir para Uber —le dije.

—Ah, ¿sí?

—Sí, tu calefacción funciona estupendo. Apuesto a que tu aire acondicionado también es decente. No hueles a Axe, y no me dijiste ni una palabra en todo el camino hasta aquí. Cinco estrellas. Seis estrellas. Mejor que cualquier conductor Uber que haya tenido antes.

—Mmm. —Gus tiró de la puerta manchada para abrirme, las campanas tintineando en lo alto—. Quizás la próxima vez que te subas a un Uber, deberías intentar anunciar que tienes un arma cargada. Tal vez podrías conseguir un mejor servicio.

—De verdad.

—Ahora no te alarmes —dijo en voz baja cuando pasé junto a él.

—¿Qué? —Me volví para preguntar.

—¡Hola! —gritó una voz alegremente por encima de la canción de los Bee Gees crepitando por todo el lugar.

Me giré para enfrentar al hombre detrás de la vitrina iluminada. La radio estaba en el mostrador, produciendo al menos tanto ruido estático como una discoteca.

—Hola —respondí.

—Holis —dijo el hombre asintiendo profundamente. Era por lo menos tan mayor como mis padres y delgado como un alambre, sus lentes gruesos sujetos a su cara con cordones de color amarillo neón.

—Hola —dije otra vez. Mi cerebro estaba atrapado en una rueda de hámster, la misma comprensión repitiéndose una y otra vez: este caballero anciano estaba en ropa interior.

—¡Bueeeenooo, hooool! —chilló, aparentemente decidido a no perder este juego. Apoyó los codos en la parte superior de la vitrina. Su ropa interior, afortunadamente, incluía una camiseta blanca, y afortunadamente había optado por bóxer blancos en lugar de calzoncillos cortos.

EMILY HENRY

BEACH

58

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

—Hola —dije una última vez.

Gus pasó a un lado entre mi mandíbula abierta y el mostrador.

—¿Puedes darnos una docena del día?

—¡Seguroooo! —El panadero en ropa interior recorrió la longitud del expositor y agarró una caja para llevar de la pila que había encima. La llevó hasta la caja registradora de la vieja escuela y marcó un par de números—. Cinco dolaritos, mi amigo.

—¿Y café? —dijo Gus.

—Mi consciencia no me permite cobrarte por esa cosa. —El hombre señaló la jarra con la cabeza—. Esa mierda ha estado ahí chisporroteando durante tres buenas horas. ¿Quieres que te prepare algo nuevo?

Gus me miró intencionadamente.

—¿Qué? —pregunté.

—Es para ti. ¿Qué piensas? ¿Gratis y malo? O un dólar y... —No se atrevió a decir *bueno*, lo que me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Esa mierda —que llevaba una *eternidad* ahí, chisporroteando—. Gratis —dije.

—Entonces, cinco exactos, como discutimos —dijo el hombre.

Alcancé mi billetera, pero Gus me detuvo, colocando un billete de cinco dólares en el mostrador. Incluyó la cabeza, haciéndome un gesto para que aceptara la taza de espuma y la caja de donas que sostenía el hombre. Para caber doce en esta caja, se habrían compactado en una masa frita en forma de caja. Los acepté y me dejé caer en una cabina.

Gus se sentó frente a mí, se inclinó sobre la mesa, y abrió la caja. Miró las tripas de donas entre nosotros.

—Dios, esos se ven repugnantes.

—Finalmente —dije—. Algo en lo que estamos de acuerdo.

—Apuesto a que estamos de acuerdo en muchas cosas. —Sacó una dona de nuez de arce destrozada y se recostó, examinándola a la luz fluorescente.

—¿Tal como?

EMILY HENRY

BEACH

—Todas las cosas importantes —respondió Gus—. La composición química de la atmósfera de la Tierra, si el mundo necesita seis películas de Piratas del Caribe, que los White Russians solo deberían emborracharte cuando ya estás seguro de que vas a vomitar de todos modos.

Se las arregló para meterse toda la dona en la boca. Luego, sin una pizca de ironía, me miró directo a los ojos. Me eché a reír.

—¿Fffquéu? —dijo.

Negué con la cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo?

Masticó y tragó lo suficiente para responder.

—No, January, no voy a decirle a este tipo que le baje a la música. — Se acercó y sacó otro grupo de donas de la caja—. Ahora tengo una pregunta para ti, Andrews. ¿Por qué te mudaste aquí?

Puse mis ojos en blanco e ignoré su pregunta.

—Si te pidiera que animes a este tipo a hacer un pequeño cambio en sus prácticas comerciales, definitivamente no sería el volumen de la radio.

La sonrisa de Gus se extendió de par en par, e incluso ahora, mi estómago dio un vuelco traidor. No estaba segura de haberlo visto sonreír antes así, y había algo embriagador en ello. Sus ojos oscuros revolotearon hacia el mostrador y seguí su mirada. El hombre en ropa interior estaba seguramente bailando de un lado a otro entre sus hornos. Los ojos de Gus volvieron a los míos, hiperconcentrados.

—¿Vas a decirme por qué te mudaste aquí?

Me metí un trozo de dona en la boca y negué con la cabeza.

Se encogió de hombros a medias.

—Entonces, no puedo responder a tu pregunta.

—Las conversaciones no funcionan así —le dije—. No son solo intercambios.

—Eso es exactamente lo que son —dijo—. Al menos, cuando no te dedicas a trabajos a pie.

Me cubrí la cara con las manos, avergonzada, incluso cuando dije:

—Por cierto, fuiste extremadamente grosero conmigo.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Guardó silencio durante un minuto. Me estremecí cuando sus dedos ásperos agarraron mis muñecas y apartaron mis manos de mi cara. Su sonrisa burlona se había desvanecido, y su frente estaba arrugada, su mirada oscura como la tinta y seria.

—Lo sé. Lo siento. Fue un mal día.

Mi estómago dio otro vuelco feroz. No esperaba una disculpa. Ciertamente nunca había recibido una disculpa por ese comentario de *felices para siempre*.

—Estabas dando una tremenda fiesta —dije, recuperándome—. Me encantaría ver cómo es un buen día para ti.

La comisura de su boca se crispó con incertidumbre.

—Si eliminas la fiesta, estarías mucho más cerca. De todos modos, ¿me perdonas? Me han dicho que causo una mala primera impresión.

Me crucé de brazos y, envalentonada por el vino o su disculpa, dije:

—Esa no fue mi primera impresión.

Algo inescrutable pasó por su rostro, desapareciendo antes de que pudiera ubicarlo.

—¿Cuál era tu pregunta? —dijo—. Si la contesto, ¿me perdonas?

—Así tampoco es cómo funciona el perdón —dije. Cuando comenzó a frotarse la frente, agregué—: Pero sí.

—Bien. Una pregunta —dijo.

Me incliné sobre la mesa.

—Pensaste que ellas iban a discutir tu libro, ¿cierto?

Sus cejas se fruncieron.

—¿“Ellas”?

—Espías y Pasteles Licuados —dije.

Fingió estar horrorizado.

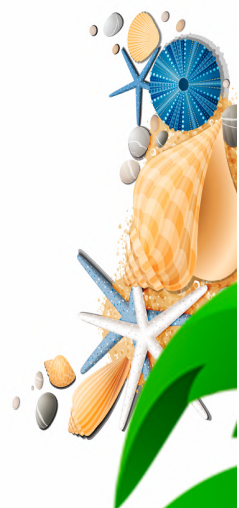
—¿Quizás te refieres al club de lectura Rusos Rojo, Blanco y Azul? Porque ese apodo que le acabas de poner es una afrenta a los salones de literatura de todo el mundo, por no hablar de la Libertad y América.

Sentí la sonrisa estallar en mi rostro. Me recosté, satisfecha.

EMILY HENRY
BEACH



61



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Definitivamente lo hacías. Pensaste que iban a leer *The Revelatories*.

—En primer lugar —dijo Gus—, he vivido aquí cinco años y Pete nunca me invitó a ese club de lectura, así que sí, parecía una suposición bastante razonable en ese momento. En segundo lugar —sacó una dona glaseada de la caja—, quizás quieras tener cuidado, January Andrews. Acabas de revelar que conoces el título de mi libro. ¿Quién sabe qué otros secretos están a punto de salir de tu boca?

—¿Cómo sabes que no solo lo busqué en Google? —contraataqué—. Quizás nunca había oído hablar de eso.

—¿Cómo sabes que buscarme en Google no sería aún más divertido para mí? —preguntó Gus.

—¿Cómo sabes que no te estaba buscando en Google por sospechar que tenías antecedentes penales?

—¿Cómo sabes que no seguiré respondiendo a tus preguntas con otras preguntas hasta que ambos muramos? —respondió Gus.

—¿Cómo sabes que me importará?

Gus negó con la cabeza, sonriendo y dio otro mordisco.

—Vaya, esto es terrible.

—¿Las donas o esta conversación? —pregunté.

—Definitivamente, esta conversación. Las donas son buenas. Por cierto, también te busqué en Google. Deberías considerar en buscarte un nombre más raro.

—Pasaré esa sugerencia a los superiores, pero no puedo prometer nada —dije—. Hay todo tipo de trámites y tonterías burocráticos que atravesar.

—*Southern Comfort* suena bastante sexy —comentó—. ¿Tienes algo por los chicos sureños? ¿Qué no tengan dientes y siempre anden en overol en serio aceleran tu motor?

Puse los ojos en blanco.

—Eso me hace creer que nunca has estado en el sur y posiblemente no podrías ubicar el “sur” ni en una brújula. Además, ¿por qué todo el mundo juzga que los escritos de las mujeres sean semiautobiográficos? ¿La gente generalmente asume que eres un hombre blanco, solitario...

EMILY HENRY

BEACH

—Fríamente cachondo —insertó Gus.

—... *fríamente cachondo* como tus protagonistas?

Asintió pensativamente, sus ojos oscuros clavados en mí.

—Buena pregunta. ¿*Asumes* que soy fríamente cachondo?

—Definitivamente.

Esto pareció divertirlo a él y su boca torcida.

Miré por la ventana.

—Si Pete no estaba planeando usar ninguno de nuestros libros, ¿cómo olvidó decirnos cuál era la elección del club de lectura? Quiero decir, si solo quería que nos uniéramos, pensarías que nos daría la oportunidad de leer el libro.

—Esto no fue un accidente —dijo Gus—. Fue una manipulación intencionada de la verdad. Sabe que de ninguna manera habría ido esta noche si hubiera sabido lo que en realidad estaba sucediendo.

Resoplé.

—¿Y cuál era el objetivo final de este plan nefasto? ¿Convertirse en un personaje secundario excéntrico en la próxima novela de Augustus Everett?

—¿Qué es exactamente lo que tienes en contra de *mis* libros, que supuestamente no has leído? —preguntó.

—¿Qué tienes en contra de mis libros —dije—, que *ciertamente* no has leído?

—¿Qué te hace estar tan segura?

—La referencia pirata. —Clavé mi dedo en la cubierta de fresa con chispas—. No es el tipo de romance que escribo. De hecho, técnicamente, mis libros ni siquiera están catalogados como romance. Están catalogados como ficción para mujeres.

Gus se dejó caer contra la cabina y estiró sus esbeltos brazos bronceados sobre su cabeza, haciendo girar las muñecas para hacerlas crujir.

—No entiendo por qué tendría que haber un género entero que sea solo libros para mujeres.

EMILY HENRY

BEACH

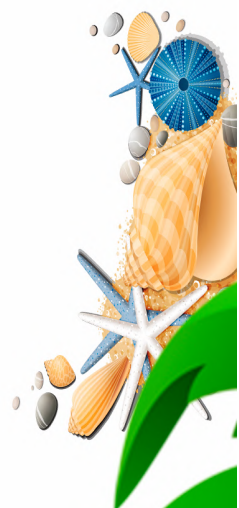
Resoplé. Y ahí estaba, esa ira siempre lista surgiendo como si hubiera estado esperando una excusa.

—Sí, bueno, no eres el único que no lo entiende —le dije—. Sé cómo contar una historia, Gus, y sé cómo encadenar una oración. Si cambiaras todas mis Jessica por John, ¿sabes lo que tendrías? *Ficción*. Solo ficción. Lista y dispuesta a ser leída por cualquiera, pero de alguna manera al *ser* una mujer quien *escribe* sobre mujeres, he eliminado a la mitad de la población de la Tierra de mis lectores potenciales, ¿y sabes qué? No me *avergüenzo* de eso. Me siento *cabreada*. Que la gente como tú asuma que mis libros no pueden valer la pena ni un momento de tiempo, mientras que por otra parte podrías publicar en la televisión en vivo y el *New York Times* elogiaría tu demostración audaz de humanidad.

Gus me estaba observando con seriedad, la cabeza ladeada, una línea rígida entre sus cejas.

—¿Ahora puedes llevarme a casa? —dije—. Me siento bastante sobria.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
the heart

ways have
didn't you know!

La apuesta

Gus salió de la cabina, y lo seguí, recogiendo la caja de donas y mi taza de mierda chisporroteante. Había dejado de llover, pero ahora una niebla densa colgaba en cúmulos. Nos subimos al auto sin otra palabra, y nos alejamos de DONAS, la palabra verde azulado resplandeciendo en el espejo retrovisor.

—Son los finales felices —dijo Gus de repente mientras avanzaba por la calle principal.

—¿Qué? —Se me encogió el estómago. *Todos viven felices para siempre. Otra vez.*

Gus se aclaró la garganta.

—No es que no me tome en serio el romance como género. Y me gusta leer sobre mujeres. Pero me cuesta mucho los finales felices. —Sus ojos se desviaron cautelosamente en mi dirección, luego regresaron a la carretera.

—¿Te cuesta mucho? —repetí, como si eso hiciera que las palabras tuvieran sentido para mí—. ¿Te cuesta... *leer los finales felices?*

Se frotó la curva de su bíceps, un tic ansioso que no recordaba.

—Supongo.

—¿Por qué? —pregunté, ahora más confundida que ofendida.

—La vida es más o menos una serie de momentos buenos y malos justo hasta el momento en que mueres —dijo con rigidez—. Lo que podría decirse que es realmente malo. El amor no cambia eso. Me cuesta suspender mi incredulidad. Además, ¿puedes pensar en un solo romance de la vida real que terminó como la jodida Bridget Jones?

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
i. hen

Allí estaba, el Gus Everett que conocía. Aquel que había pensado que era irremediablemente ingenua. E incluso si tuviera alguna evidencia de que él tenía razón, no estaba lista para dejar que tirara a la basura lo que alguna vez significó más para mí que cualquier otra cosa, el género que me mantuvo a flote cuando mamá recayó y todo nuestro futuro imaginado desapareció como el humo en una brisa.

—En primer lugar —dije—. “La jodida Bridget Jones” es una serie en curso. Es, literalmente, el peor ejemplo que podías haber elegido para demostrar ese punto. Es la antítesis del estereotipo simplificado e inexacto del género. Hace *exactamente* lo que pretendo: hace que sus lectores se sientan reconocidos y comprendidos, como si sus historias, *las historias de las mujeres*, fueran importantes. Y, en segundo lugar, ¿estás diciendo honestamente que no crees en el amor?

Me sentí un poco desesperada, como si dejaba que ganara esta pelea, sería la gota que colmara el vaso: no podría volver a mi ser anterior, a creer en el amor y ver el mundo y las personas en él como hermosas cosas puras: amar la escritura.

Gus frunció el ceño, sus ojos oscuros disparándose de mí a la carretera con esa intensa mirada absorbente que Shadi y yo habíamos pasado tanto tiempo intentando poner en palabras.

—Claro, el amor sucede —dijo finalmente—. Pero es mejor ser realista de modo que la mierda no esté explotando en tu cara constantemente. Y es *mucho más* probable que el amor te explote en la cara a que te traiga la felicidad eterna. Y si no *te* lastima, entonces eres tú quien lastimas a otra persona. Entrar en una relación es casi sadomasoquista. Especialmente cuando puedes conseguir *todo* lo que obtendrías de una relación romántica de una amistad, sin destruir la vida de nadie cuando termina inevitablemente

—¿Todo? —pregunté—. ¿Sexo?

Arqueó una ceja.

—Ni siquiera necesitas *amistad* para tener sexo.

—¿Y qué, nunca se convierte en más para ti? —pregunté—. ¿Puedes mantener las cosas tan separadas?

—Si eres realista —contestó—. Necesitas una póliza. No se convierte en más si solo sucede una vez.

Guau. La vida útil se había acortado.

—¿Ves? —dije—. Eres fríamente cachondo, Gus.

Me miró de reojo, sonriendo.

—¿Qué?

—Es la segunda vez que esta noche me llamas Gus.

Mis mejillas se sonrojaron. Cierto, *Everett* parecía ser su preferencia en estos días.

—¿Y?

—Vamos, January. —Sus ojos volvieron a la carretera, los haces gemelos de los faros extendiéndose sobre el asfalto y captando destellos de los árboles de hoja perenne que pasaban rápidamente—. Te recuerdo. — Su mirada se posó en mí nuevamente, sus ojos casi tan sólidos y pesados como si fueran manos.

Agradecí la oscuridad cuando el calor se apoderó de mi rostro.

—¿De?

—Para ya. No fue hace tanto tiempo. Y estuvo esa noche.

Oh, Dios. No íbamos a hablar *de esa noche*, ¿verdad? La única noche que hablamos fuera de clase. Bueno, no hablamos. Habíamos estado en la misma fiesta de fraternidad. El tema había sido un “clásicos” muy vago.

Gus y su amigo Parker habían ido como Ponyboy y Johnny y pasaron la noche siendo llamados “Greased Lightning” por chicos de fraternidad borrachos. Shadi y yo habíamos ido como Thelma (ella) y Louise (yo) camioneras.

Tessa, la chica de turno de Gus, se había ido a casa durante el fin de semana. Ella y yo vivíamos en los mismos apartamentos de estudiantes y terminábamos en muchas de las mismas fiestas. Ella era la última razón por la que Gus y yo nos habíamos cruzado, pero *esa* noche fue diferente.

Era el comienzo del año escolar, no del todo otoño. Shadi y yo habíamos estado bailando en el sótano, cuyas paredes de cemento sudaban. Había estado mirando a Gus toda la noche, echando un poco de humo porque su último cuento había sido tan bueno y todavía era ridículamente atractivo y sus críticas seguían siendo acertadas y estaba harta de que me pidiera prestados mis bolígrafos, y, además, me había pillado observándolo, y desde entonces, había sentido, o pensé (¿esperaba?) sentir que él también me observaba.

EMILY HENRY

BEACH

En el bar improvisado de la habitación contigua. En la mesa de beer pong⁹ de arriba. En la cocina en el barril. Y luego se quedó parado entre la multitud de cuerpos saltando y bailando espasmódicamente al son de "Sandstorm" (Shadi había secuestrado el iPod, como solía hacer), a solo unos metros de mí, y ambos nos estábamos mirando el uno al otro, y de alguna manera me sentí reivindicada por eso, segura de que todo este tiempo, él después de todo me había visto como su competencia.

No sabía si había hecho mi camino hacia él, o si él se había dirigido hacia mí, o si nos habíamos encontrado en el medio. Todo lo que sabía era que habíamos terminado bailando el uno con (¿sobre?) el otro. Tenía recuerdos fugaces de esa noche que aún me hacía vibrar: sus manos en mis caderas, mis manos en su cuello, su rostro contra mi garganta, sus brazos alrededor de mi cintura.

¿Fríamente cachondo? No, Gus Everett había sido puro aliento caliente y toques chispeantes.

Con rivalidad o sin ella, había sido palpable cuánto nos deseamos esa noche. Ambos habíamos estado dispuestos a tomar una mala decisión.

Y entonces Shadi había salvado el día al afeitarse la cabeza en el baño con unas tijeras que había encontrado debajo del lavabo y haciendo que nos echaran a las dos y nos prohibieran de por vida a las fiestas de esa fraternidad en particular. Aunque no habíamos intentado volver en los últimos años y sospechaba que las fraternidades tenían una memoria bastante corta. Cuatro años, máximo.

Al parecer, tenía una memoria mucho más larga.

—¿January?

Alcé la vista y me sobresalté por la mirada oscura que había estado recordando, ahora aquí en el auto conmigo. Había olvidado la diminuta cicatriz blanca a la derecha de su arco de Cupido y ahora me preguntaba cómo se la había hecho.

Aclaré mi garganta.

—Le dijiste a Pete que solo nos conocimos la otra noche.

—Le dije que éramos vecinos —admitió. Sus ojos de nuevo en la carretera. Devuelta a mí. Se sintió como un ataque personal, la forma en

⁹ **Beer pong:** juego de beber de origen norteamericano en el que los jugadores tratan de encestar desde el extremo de una mesa, con pelotas de ping-pong en vasos llenos de cerveza.

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

que siguió mirándome y luego se alejó después de un segundo de más. Su boca se crispó—. No estaba seguro de que me recordaras.

Algo en eso hizo que mis entrañas se sintieran como una cinta que se dibuja a través de unas tijeras hasta que se enrosca. Continuó:

—Pero nadie me llama Gus, excepto las personas que conocí antes de publicar.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque no me gusta que todos los lunáticos vecinos de al lado que alguna vez he tenido sean capaces de buscarme en Google y me dejen críticas mordaces —dijo—. O me pidan libros gratis.

—Oh, no necesito libros gratis —le aseguré.

—¿En serio? —bromeó—. ¿No quieres agregar un quinto nivel a tu santuario?

—No vas a distraerme —le dije—. No he terminado con esta conversación.

—Mierda. Honestamente, no quise ofenderte —prometió—. Otra vez.

—No me ofendiste —dije con incertidumbre. O tal vez lo había hecho, pero su disculpa me tomó con la guardia baja una vez más. Aún más, estaba desconcertada—. Solo creo que estás siendo tonto.

Habíamos llegado a nuestras casas sin que me diera cuenta, y Gus estacionó junto a la acera y me miró de frente. Por segunda vez noté lo pequeño que era el auto, lo cerca que estábamos, cómo la oscuridad parecía magnificar la intensidad de sus ojos al fijarse en los míos.

—January, ¿por qué viniste aquí?

Me reí, incómoda.

—¿Al auto en el que me rogaste que entrara?

Sacudió la cabeza, frustrado.

—Ahora eres diferente.

Sentí la sangre correr por mis mejillas.

—Quieres decir que, ya no soy una princesa de hadas.

EMILY HENRY

BEACH

69

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

ways have
didn't you know!

La confusión recorrió su rostro.

—Así es cómo me llamabas —dije—, en ese entonces. Quieres que te diga que tenías razón. Recibí mi llamado de atención y las cosas no funcionan como en mis libros, ¿verdad?

Inclinó la cabeza, el músculo de su mandíbula tensándose.

—Eso no es lo que estaba diciendo.

—Es exactamente lo que estabas diciendo.

Volvió a negar con la cabeza.

—Bueno, no es lo que quise decir —dijo—. Quería decir... siempre fuiste tan... —Resopló—. No lo sé, estás bebiendo vino de tu bolso. Supongo que hay una razón para eso.

Mi boca se cerró con fuerza, y mi pecho se apretó. Probablemente Gus Everett era la última persona que esperaba que me leyera así de fácil.

Miré por la ventana hacia la casa de la playa como si fuera una señal de salida de emergencia roja brillante, un salvador de esta conversación. Podía escuchar las olas rompiendo en la orilla detrás de las casas, pero la niebla era demasiado espesa para que pudiera ver algo.

—No te estoy pidiendo que me lo digas —dijo Gus después de un segundo—. Simplemente... no lo sé. Es extraño verte así.

Me volví hacia él y crucé las piernas sobre el asiento a medida que lo estudiaba, evaluando su expresión en busca de ironía. Pero su rostro estaba serio, sus ojos oscuros entrecerrados y su ceño fruncido, su cabeza haciendo esa particular media inclinación que me hacía sentir como si estuviera bajo un microscopio. La Sexy Mirada Diabólica que sugería que estaba leyendo tu mente.

—No estoy escribiendo —dije. No estaba segura de por qué lo estaba admitiendo, y menos ante Gus, pero mejor él que Anya o Sandy—. No tengo dinero, y mi editora está *desesperada* por comprarme algo, y todo lo que tengo es un puñado de páginas malas y tres meses para terminar un libro en el que alguien que no sea mi madre gastará dólares estadounidenses. Eso es lo que está pasando.

Desterré los pensamientos de mi relación hecha jirones con mamá y la conversación que habíamos tenido después del funeral para enfocarme en el mal menor de mi situación.

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—Lo he hecho antes —dije—. Cuatro libros, no hay problema. Y ya es bastante malo que me sienta incapaz de hacer lo *único* en lo que soy buena, *la* cosa que me hace sentir como *yo*, y luego está el hecho añadido de que estoy totalmente sin dinero.

Gus asintió pensativo.

—Siempre es difícil escribir cuando *tienes* que hacerlo. Es como... la presión lo convierte en un trabajo, como cualquier otra cosa, y bien podrías estar vendiendo seguros. La historia pierde repentinamente la urgencia de ser contada.

—Exactamente —coincidió.

—Pero lo resolverás —dijo con frialdad después de un segundo—. Estoy seguro de que hay un millón de Felices Para Siempre flotando en ese cerebro tuyo.

—Está bien, A: no, no los hay —dije—. Y B: no es tan fácil como crees, Gus. Los finales felices no importan si apestas en *llegar ahí*.

Incliné mi cabeza contra la ventana.

—Honestamente, a estas alturas podría ser más fácil para mí empacar todo de la ficción femenina optimista y subirme al tren de la Ficción Literaria Sombría. Al menos me daría una excusa para describir las tetas de una nueva forma horrible. Como *suculentos bulbos de carne y tendones*. Nunca llego a decir *suculentos bulbos de carne* en mis libros.

Gus se apoyó contra la puerta del lado del conductor y soltó una carcajada, lo que me hizo sentir mal al mismo tiempo por burlarme de él y ridículamente victoriosa por haberlo hecho reír una vez más. En la universidad, apenas lo había visto esbozar una sonrisa. Claramente no era la única que había cambiado.

—*Jamás* podrías escribir eso —dijo—. No es tu estilo.

Me crucé de brazos.

—¿No crees que sea capaz?

Gus puso los ojos en blanco.

—Solo digo que no es lo que eres.

—No es lo que *era* —corregí—. Pero como has señalado, ahora soy diferente.

EMILY HENRY

BEACH

71

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Estás pasando por algo —dijo, y nuevamente, sentí un cosquilleo incómodo al verlo parecer radiografiarme de esa manera, y ante la chispa de la vieja llama competitiva que Gus siempre encendía en mí—. Pero apuesto a que es tan probable que escribas algo oscuro y lúgubre como que yo haga algo similar a *Cuando Harry Conoció a Sally*.

—Puedo escribir lo que quiera —dije—. Aunque puedo ver cómo escribir un Felices Para Siempre podría ser difícil para alguien cuyos finales felices suelen ocurrir durante las aventuras de una sola noche.

Los ojos de Gus se oscurecieron, y su boca se extendió en una sonrisa desigual.

—¿Me estás desafiando, Andrews?

—Solo estoy diciendo —repetí como un loro—, no es lo que eres.

Gus se rascó la mandíbula, sus ojos nublándose a medida que se sumergía en sus pensamientos. Su mano se posó sobre el volante y su atención se centró bruscamente en mí.

—Está bien —dijo—. Tengo una idea.

—¿Una séptima película de Piratas del Caribe? —dije—. ¡Es tan loco que podría funcionar!

—En realidad —dijo Gus—, pensé que podríamos hacer un trato.

—¿Qué tipo de trato, Augustus?

Se estremeció visiblemente al escuchar su nombre completo y se inclinó hacia mi lado del auto. Una chispa de anticipación (de qué, no estaba segura) me invadió. Pero solo estaba abriendo la caja en mi regazo y agarrando otra dona. De coco.

La mordió.

—Intenta escribir ficción literaria sombría, ve si eso es lo que eres ahora, si eres capaz de ser esa persona... —puse los ojos en blanco y le arrebaté el último bocado de la dona en su mano. Continuó sin molestarse—, y escribiré un Felices Para Siempre.

Mis ojos se clavaron de golpe en los suyos. Los bordes de la luz del porche ahora se estaban abriendo paso a través de la niebla, rozando la ventana del auto y captando el ángulo agudo de su rostro y la onda oscura que caía sobre su frente.

—Estás bromeando.

—No lo hago —dijo—. No eres la única que ha estado estancada. Me vendría bien un descanso de lo que estoy haciendo...

—Porque escribir un romance será *tan* fácil que esencialmente será una siesta para ti —bromeé.

—Y *tú* puedes apoyarte en tu nueva perspectiva sombría y ver cómo encaja. Si *esta* es la nueva January Andrews. Y quien venda primero su libro, con un seudónimo nuevo, si lo prefieres, gana.

Abrí la boca para decir algo, pero no salieron palabras. La cerré y lo intenté de nuevo.

—¿Qué gana?

La ceja de Gus se arqueó.

—Bueno, en primer lugar, habrás vendido un libro, para poder pagar tus facturas y mantener tu bolso lleno de vino. En segundo lugar... —Pensó por un momento—. El perdedor promocionará el libro del ganador, redactará un endoso para la portada, lo recomendará en entrevistas, lo elegirá como invitado a juzgar por clubes de lectura, y todo eso, garantizando ventas. Y, en tercer lugar, si ganas, podrás restregármelo en la cara para siempre, lo que sospecho que considerarías casi invaluable.

No pude acercarme a ocultar la sonrisa floreciendo en mi rostro.

—Cierto. —Todo lo que estaba diciendo tenía al menos *algún* sentido. Las ruedas estaban girando en mi cabeza... ruedas que habían estado fuera de servicio durante el último año. En realidad, *creía* que podía escribir el tipo de libro que escribía Gus, que podía imitar La Gran Novela Americana.

Era diferente con las historias de amor. Significaban demasiado para mí, y mis lectores habían esperado demasiado para que les diera algo en lo que no creía de todo corazón.

Todo estaba empezando a sumarse. Todo menos un detalle. Entrecerré mis ojos. Gus entrecerró los suyos exageradamente en respuesta.

—¿Qué ganarías *tú* aquí? —pregunté.

—Oh, todo lo mismo —respondió—. Quiero restregarte algo en cara. Y dinero. El dinero siempre es útil.

EMILY HENRY

BEACH

—Oh-oh —dije—. ¿Hay problemas en el Paraíso Fríamente Cachondo?

—Mis libros tardan mucho en escribirse —dijo Gus—. Los avances han sido buenos, pero incluso con mis becas, tenía muchos préstamos estudiantiles y algunas deudas antiguas, y luego puse mucho en esta casa. Si puedo vender algo rápido, me ayudará.

Jadeé y apreté mi corazón.

—¿Y te rebajarías a vender el sueño americano sadomasoquista del amor duradero?

Gus frunció el ceño.

—Si no estás en el plan, olvídalo.

Pero ahora no podía olvidarlo. Ahora necesitaba demostrarle a Gus que lo que hacía era más difícil de lo que parecía, que era tan capaz como él. Además, que Augustus Everett promocionara un libro mío tendría beneficios que no podía permitirme dejar pasar.

—Me apunto —dije.

Sus ojos se clavaron en mí, esa sonrisa malvada subiendo por las esquinas de su labio superior.

—¿Estás segura? Esto podría ser realmente humillante.

Una risa involuntaria brotó de mí.

—Oh, cuento con eso —dije—. Pero te lo haré un *poco* más fácil. Te daré un curso intensivo de comedia romántica.

—Bien —dijo Gus—. Entonces, te llevaré a través de mi proceso de investigación. Te *ayudaré* a apoyarte en tu nihilismo latente, y me *enseñarás* a cantar como si nadie estuviera escuchando, a bailar como si nadie estuviera mirando, y a amar como si nunca me hubieran lastimado.

Su sonrisa leve era contagiosa, aunque demasiado confiada.

—¿En serio crees que puedes hacer esto? —pregunté.

Levantó un hombro.

—¿Crees que *tú* puedes?

Sostuve su mirada mientras pensaba.

—¿Y respaldarás el libro? Si gano y vendo el libro, escribirás una cita brillante para colocar en la portada, sin importar lo malo que sea.

Sus ojos volvían a hacer lo mismo. La cosa sexy / malvada donde se dilataban y oscurecían mientras se perdía en sus pensamientos.

—Recuerdo cómo escribías cuando tenías veintidós —dijo con cuidado—. No será malo.

Luché contra un sonrojo. No entendía cómo podía hacer eso, saltar entre ser grosero, casi condescendiente, e irresistiblemente halagador.

—Pero sí —agregó, inclinándose hacia adelante—. Incluso si me das una novelización de la secuela de *Gigli*, si la vendes, la respaldaré.

Me recosté para poner algo de distancia entre nosotros.

—Está bien. Entonces, ¿qué hay de esto? Pasamos nuestros días de semana escribiendo, y dejamos el final de semana para la *educación*.

—Educación —repitió.

—Los viernes, iré contigo para hacer cualquier investigación que normalmente hagas. Lo que incluiría... —Le hice un gesto para que llene el espacio en blanco.

Sonrió torcidamente. Fue extremadamente diabólico.

—Oh, todo tipo de cosas fascinantes —suministró—. Y luego, los sábados, haremos cualquier cosa que normalmente hagas para investigar: viajes en globo aerostático, lecciones de navegación, paseos en bicicletas para dos personas, restaurantes a la luz de las velas con asientos en el patio y bandas sonora patéticas, y *toda esa mierda*.

El calor se extendió por mi cuello. Me acababa de precisar, otra vez. Quiero decir, no había hecho los paseos en bicicleta para dos personas (no tenía ganas de morir), pero *había* dado un paseo en globo aerostático para prepararme para mi tercera novela, *Northern Light*.

La comisura de su boca se crispó, aparentemente encantado con mi expresión.

—Entonces. ¿Tenemos un trato? —Me tendió la mano.

Mi mente dio vueltas en círculos vertiginosos. No era como si tuviera *otras* ideas. Quizás un escritor deprimido solo podía hacer un libro deprimente.

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—De acuerdo. —Deslicé mi mano en la suya, fingiendo no sentir las chispas saltando de su piel directamente a mis venas.

—Solo una cosa más —dijo con seriedad.

—¿Qué?

—Promete no enamorarte de mí.

—¡Oh *Dios* mío! —Empujé su hombro y me dejé caer en mi asiento, riendo—. ¿Me estás citando ligeramente mal *Un Paseo Para Recordar*?

Gus esbozó otra sonrisa.

—Excelente película —dijo—. Lo siento, *filme*.

Puse los ojos en blanco, aun temblando de risa.

Una media carcajada también escapó de él.

—Lo digo en serio. Creo que llegué a segunda base en el cine durante esa.

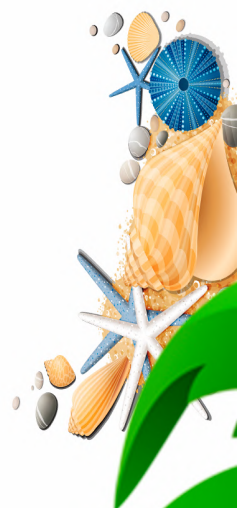
—Me niego a creer que alguien rebajaría la mayor historia de amor involucrando a Mandy Moore jamás contada, dejando que un Gus Everett adolescente la toque.

—Cree lo que quieras, January Andrews —dijo—. Jack Reacher arriesga su vida todos los días para garantizarte esa libertad.

76



EMILY HENRY
BEACH



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

El manuscrito

Cuando desperté, *no* tenía resaca, pero sí tenía un mensaje de texto de Shadi, diciendo: **¡¡¡Tiene un ESTANTE lleno de sombreros vintage!!!**

¿Y cómo sabrías eso?, respondí el mensaje de texto.

Me levanté del sofá y fui a la cocina. Si bien aún no había reunido el valor suficiente para subir las escaleras, o incluso comenzar a dormir en el dormitorio de invitados de la planta baja, había comenzado a encontrar mi camino entre los armarios. Sabía que la tetera con rosas grabadas ya estaba en la estufa, que no había cafetera en la cocina y había una prensa francesa y un molinillo en la bandeja giratoria. Esto, tenía que asumir, era una de las contribuciones de Sonya, porque nunca había visto a papá beber nada más que las tazas de Starbucks Keurig que mamá compraba al por mayor o el té verde que le rogaba que tomara en su lugar.

Ni yo era una esnob del café, podía acostumbrarme a los jarabes de sabores y crema batida, pero comenzaba la mayoría de las mañanas con algo lo suficientemente bebible como para tomarlo negro. Llené la tetera y encendí la estufa, ese cálido olor terroso a gas cobrando vida con la llama. Enchufé el molinillo y miré por la ventana mientras trabajaba. La niebla de la noche anterior había persistido, cubriendo la franja de bosque entre la casa y la playa en grises y azules profundos. La casa también se había enfriado. Me estremecí, apretando aún más mi bata.

Mientras esperaba a que el café se colara, mi teléfono vibró contra la encimera.

BUENO, comenzó Shadi, **un grupo de nosotros salimos después del trabajo, y COMO ES NORMAL**, él me estaba ignorando por completo **EXCEPTO** cuando no estaba mirando y entonces pude sentirlo mirándome absolutamente. Así que, finalmente fue al baño y yo también tuve que ir, así que estaba de vuelta en el pasillo esperando y entonces

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

él salió y dijo “hola, Shad” y yo dije “guau, honestamente pensé que no hablabas hasta este momento” y él simplemente se encogió de hombros. Así que continué con, “DE TODOS MODOS estaba pensando en irme”. Y él estaba como “oh, mierda, ¿en serio?” Y estaba como, obviamente decepcionado, y luego dije: “Bueno, estaba pensando en irme contigo”. ¡Y estaba TAN nervioso!! Y como, emocionado tipo, “Ah, ¿sí? Eso suena bien. ¿Cuándo quieres irte?” y yo estaba como, “Duh. Ahora”. Y como ves, el resto es historia.

Vaya, escribí en respuesta. Es un cuento tan antiguo como el tiempo.

En serio, respondió Shadi. La chica se encuentra con el chico. El chico ignora a la chica excepto cuando no está mirando. La chica va a casa con el chico y lo ve colgar su sombrero embrujado en un estante lleno de ellos.

El temporizador sonó y colé el café y vertí un poco en una taza con forma de ballena orca de dibujos animados, luego lo llevé junto a mi computadora al porche, la niebla enfriando agradablemente cada centímetro desnudo de mi piel. Me acurruqué en una de las sillas y comencé a hacer una lista de verificación mental para el día, y el resto del verano.

En primer lugar, tenía que averiguar hacia dónde se dirigía exactamente este libro, si no en la dirección de un romántico romance de verano con un padre soltero. Después, tenía que planificar el escenario de comedia romántica para Gus del sábado.

Mi estómago dio un vuelco al pensarlo. Casi había esperado despertarme presa del pánico por nuestro acuerdo. En cambio, estaba emocionada. Por primera vez en años, iba a escribir un libro que *nadie* estaba esperando en absoluto. Y podría ver a Gus Everett intentar escribir una historia de amor.

O iba a hacer el ridículo y, peor aún, decepcionar a Anya. Pero no podía pensar en eso ahora mismo. Había trabajo por hacer.

Además de trabajar en el libro y programar con el conductor Uber (el real) para que me llevara a buscar mi auto en casa de Pete, hoy decidí conquistar el segundo dormitorio del piso de arriba y dividir lo que fuera a tirar, regalar y vender en montones.

EMILY HENRY

BEACH

También juré trasladar mis cosas al dormitorio de la planta baja. Me había ido bien en el sofá las primeras noches, pero esta mañana había despertado con algunos problemas graves en mi cuello.

Mi mirada vagó hacia la franja de ventanas a lo largo de la parte trasera de la casa de Gus. En ese preciso momento, entró en su cocina, poniéndose una (¡sorpresa!) oscura camiseta arrugada. Me giré hacia atrás en mi tumbona.

No podría haberme visto observándolo. Pero cuanto más lo pensé, más me preocupó haberme quedado mirando durante un par de segundos antes de apartar la vista. Podía imaginar vívidamente las curvas de los brazos de Gus mientras tiraba de la camisa sobre su cabeza, un tramo plano de estómago enmarcado por los ángulos agudos de los huesos de su cadera. Se veía un poco más blando de lo que había sido en la universidad (no es que fuera mucho), pero le sentaba bien. O tal vez simplemente me convenía.

Bueno. Definitivamente me había quedado mirando.

Eché un vistazo de vuelta rápidamente y me sobresalté. Gus estaba ahora de pie frente a las puertas de vidrio. Levantó su taza como para brindar por mí. Levanté la mía en respuesta, y solo se alejó arrastrando los pies.

Si Gus Everett ya se estaba poniendo a trabajar, también tenía que hacerlo. Abrí mi computadora y miré el documento que había estado revisando durante los últimos días. Un encuentro lindo. Pero no había encuentros lindos en las novelas de Augustus Everett, eso era jodidamente seguro.

Entonces, ¿qué había? No había leído ninguno de sus libros, ni *Rochambeau* ni *The Revelatories*, pero había leído suficientes reseñas sobre ellos para saciar mi curiosidad.

Personas haciendo lo incorrecto por las razones correctas. Personas haciendo lo correcto por razones equivocadas. Únicamente consiguiendo lo que querían si eso finalmente los destruyera.

Retorcidas familias reservadas.

Bueno, ¡no tenía experiencia en eso! El dolor me atravesó. Se sintió como los primeros segundos de una quemadura, cuando no podías saber si era calor o frío enterrándose en tu piel, pero sabías que de cualquier manera dejaría daño.

EMILY HENRY

BEACH

El recuerdo de mi pelea con mamá después del funeral se elevó en mi mente como un maremoto.

Jacques se había ido al aeropuerto al momento en que terminó el servicio para regresar al trabajo, perdiéndose por completo el enfrentamiento con Sonya, y una vez que *ella* se fue, mamá y yo tampoco nos quedamos mucho tiempo alrededor.

Peleamos todo el camino de regreso a casa. No, eso no es cierto. Peleé. Años de sentimientos que había elegido no sentir. Años de traición obligándonos a salir.

—¿Cómo pudiste ocultarme esto? —grité a medida que conducía.

—¡No se suponía que vendría aquí! —había dicho mamá, luego enterró su rostro entre sus manos—. No puedo hablar de esto —sollozó, sacudiendo la cabeza—. *No puedo.*

A partir de entonces, todo lo que dije fue respondido con esto: *no puedo hablar de esto. No puedo hablar de él así. No voy a hablar de eso. No puedo.*

Debí haberlo entendido. Debí haberme preocupado más por lo que estaba sintiendo mamá.

Este debía ser el momento en que yo me convirtiera en la adulta, abrazándola fuerte, prometiendo que todo estaría bien, tomando su dolor. Eso es lo que hacían las hijas maduras por sus madres. Pero de vuelta en la iglesia, me había roto por la mitad y todo se había derramado fuera de mí a plena vista por primera vez.

Cientos de noches que había elegido no llorar. Miles de momentos en los que me había preocupado por *preocuparme*. Que, si lo hacía, empeoraría las cosas para mis padres. Que necesitaba ser fuerte. Que *necesitaba* ser feliz para no arrastrarlos conmigo.

Todos esos años en los que estuve *aterrorizada* de que mi madre muriera, había escondido cada cosa fea fuera de vista para transformar mi vida en un escaparate brillante para su beneficio.

Había hecho reír a mis padres. Los había hecho sentir orgullosos. Había llevado a casa notas buenas, luché con uñas y dientes para mantener el ritmo de Gus Everett. Me quedé hasta tarde leyendo con papá y me levanté temprano para fingir que me gustaba el yoga con mamá. Les hablé de mi vida, les pregunté interminablemente sobre la de ellos para no arrepentirme nunca de perder el tiempo con ellos. Y oculté los sentimientos

EMILY HENRY

BEACH

complicados que conlleva intentar memorizar a alguien que amabas, solo por si acaso.

Me enamoré a los veintidós años, al igual que ellos, de un chico llamado Jacques que era la persona singularmente más querida e interesante que había conocido, y exhibí nuestra felicidad frente a ellos tan a menudo como pude. Renuncié a la escuela de posgrado para estar cerca de ellos, pero resultó que *en realidad* no me había perdido de nada al publicar a los veinticinco años.

¡Ven! ¡Estoy bien! ¡Ven! ¡Tengo todas las cosas hermosas que querían para mí! ¡Ven! ¡Esto no me ha afectado en absoluto!

Ven, todos viven felices para siempre. Otra vez.

Hice todo lo que pude para demostrar que estaba bien, que no me preocupaba. Hice todo lo que pude por *esa* historia. Aquella en la que los tres éramos inquebrantables.

En el camino a casa después del funeral, ya no quise estar bien.

Quise ser una niña. Quise gritar, dar portazos, gritar: “¡Te odio! ¡Estás arruinando mi vida!” como nunca lo había hecho.

Quise que mamá me castigara, luego entrara sigilosamente en mi habitación y besara mi frente, susurrando:

—Entiendo lo asustada que estás.

En cambio, se secó las lágrimas, respiró hondo y repitió:

—No voy a hablar de esto.

—Bien —dije, derrotada, rota—. No hablaremos de eso.

Cuando volé de regreso a Nueva York, cambió todo. Las llamadas de mamá se tornaron raras, e incluso cuando *sucedieron*, golpearon como un tornado. Había repasado cada detalle de su semana, luego me preguntaba cómo estaba, y si dudaba demasiado, entraba en pánico y se excusaba con alguna clase de ejercicios de la que se había olvidado.

Había pasado años preparándose para su propia muerte sin tiempo para prepararse para *esto*. Para que él nos dejara y para que la fea verdad entrara caminando en su funeral y destrozara todos nuestros recuerdos bonitos por la mitad. Estaba sufriendo. Lo sabía.

Pero también estaba sufriendo, tanto que por una vez no pude reírme ni bailar en absoluto. Ni siquiera podía escribirme un final feliz.

EMILY HENRY

BEACH

No quería sentarme aquí frente a mi computadora portátil fuera de esta casa llena de secretos y exorcizar los recuerdos de mi padre de mi corazón. Pero aparentemente había encontrado lo único que *podía* hacer. Porque ya había empezado a escribir.

La primera vez que conoció al amor de la vida de su padre fue en su funeral.



Mi relación de amor con las novelas románticas había comenzado en la sala de espera del consultorio del radiólogo de mi madre. A mamá no le gustaba que entrara con ella (insistía en que la hacía sentir senil), así que me sentaba con un libro de bolsillo muy gastado del estante, intentando distraerme del tic-tac siniestro del reloj fijado sobre la ventana de recepción.

Había esperado mirar una página durante veinte minutos, atrapada en la rueda del hámster de la ansiedad. En su lugar, leí 150 páginas y luego accidentalmente metí el libro en mi bolso cuando llegó el momento de irme a casa.

Fue la primera ola de alivio que había sentido en semanas y, a partir de ahí, leí todas las novelas románticas que pude conseguir. Y entonces, sin ningún plan verdadero, comencé a escribir una, y esa sensación, *ese* sentimiento de enamorarme perdidamente de una historia y sus personajes a medida que brotaban de mí, fue diferente a cualquier otra cosa.

El primer diagnóstico de mamá me enseñó que el amor era una cuerda de escape, pero fue su segundo diagnóstico el que me enseñó que el amor puede ser un chaleco salvavidas cuando te estás ahogando.

Cuanto más trabajé en mi historia de amor, menos impotente me sentí en el mundo. Puede que haya tenido que deshacerme de mi plan para ir a la escuela de posgrado y encontrar un trabajo de profesora, pero aún podía ayudar a la gente. Podía darles algo *bueno*, divertido y esperanzador.

Funcionó. Tuve un propósito durante años, algo bueno en lo que concentrarme. Pero cuando murió papá, escribir (lo único que siempre me había tranquilizado, un verbo que se sentía más como un lugar solo para mí, aquello que me había liberado de mis momentos más oscuros y trajo esperanza a mi pecho en mi corazón más pesado que nunca) de repente había parecido imposible.

EMILY HENRY

BEACH

Hasta ahora.

Y está bien, esto era más un diario escrito en tercera persona que una novela, pero las palabras estaban saliendo de mis manos y había pasado tanto tiempo desde que eso había sucedido que me habría regocijado de encontrar *TODO TRABAJO Y NINGÚN JUEGO HACE A JACK UN CHICO ABURRIDO* llenando el documento Word mil veces.

Esto tenía que ser mejor que eso (????):

No tenía idea si su padre había amado en realidad a Esa Mujer. Tampoco sabía si él había amado a su madre. Las tres cosas que sabía, sin duda alguna era, que él había amado los libros, los barcos y enero.

No solo era que yo hubiera nacido entonces. Él siempre había actuado como si hubiera nacido en enero *porque* era el mejor mes del año y no al revés.

En Ohio, lo había considerado en gran medida como el peor mes del año. A menudo no nevaba hasta febrero, lo que significaba que enero solo era una época gris, fría y sin luz en la que ya no tenías unas fiestas importantes que esperar.

—Es diferente al oeste de Michigan —siempre decía papá. Allí estaba el lago, y la forma en que se congelaría, cubierto de capas de nieve. Aparentemente, podías cruzarlo como si fuera una tundra marciana. En la universidad, Shadi y yo habíamos planeado conducir un fin de semana y verlo, pero recibió una llamada de que su sheltie había muerto, y pasamos el fin de semana viendo *Masterpiece Classic* y haciendo sándwiches de malvaviscos en la estufa.

Volví a escribir.

Si las cosas hubieran sido diferentes, podría haber ido a la ciudad junto al lago en invierno en lugar de verano, sentada detrás de la pared de ventanas mirando los azules cubiertos de blanco y los extraños verdes helados de la playa nevada.

Pero había tenido este sentimiento inquietante, un miedo de encontrarse cara a cara con su fantasma si se hubiera presentado allí en el momento justo.

Lo habría visto en todas partes. Me habría preguntado cómo se había sentido con cada detalle, recordando una nevada en particular que había

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

descrito de su infancia: *Todos estos orbes diminutos, January, como si el mundo entero estuviera hecho de Dippin 'Dots.*¹⁰ Azúcar pura.

Tenía una forma maravillosa de describir las cosas. Cuando mamá leyó mi primer libro, me dijo que podía verlo en él. En la forma en que escribía.

Tiene sentido. Después de todo, había aprendido a amar las historias gracias a él.

Solía enorgullecerse de todas las cosas que tenía en común con él, consideraba las similitudes con afecto. Noctámbulos. Desordenados. Siempre retrasados, siempre llevando un libro.

Descuidado con los bloqueadores solares y adicto a todas las formas de papas. Vivo cuando estábamos en el agua. Con los brazos abiertos, las chaquetas crujiendo, los ojos entrecerrados al sol.

Ahora le preocupaba que esas similitudes delataran la maldad terrible que vivía en ella. Tal vez ella, como su padre, era incapaz del amor que había perseguido durante toda su vida.

O tal vez ese amor simplemente no existía.

84

¹⁰ **Dippin'Dots:** helado inventado por Curt Jones en 1988. El dulce se crea congelando instantáneamente una mezcla de helado en nitrógeno líquido.

EMILY HENRY
BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

La entrevista

Había leído en alguna parte que se necesitaban diez mil horas para ser experto en algo. Escribir era diferente, un “algo” demasiado vago para que diez mil horas sumaran mucho. Tal vez diez mil horas estando acostada en una bañera vacía con una lluvia de ideas te convertía en una experta en las lluvias de ideas en una bañera vacía. Tal vez diez mil horas paseando al perro de tu vecino, resolviendo un problema de la trama en voz baja, te convertían en una profesional en resolver los enredos de la trama.

Pero esas cosas eran parte de un todo.

Probablemente había pasado más de diez mil horas *mecanografiando novelas* (aquellas publicadas, así como las descartadas), y aún no era experta en *mecanografía*, y mucho menos una experta escribiendo libros. Porque incluso cuando pasabas diez mil horas escribiendo ficción para sentirte bien y otras diez mil horas leyéndolas, eso no te convertía en una experta escribiendo ningún otro tipo de libro.

No sabía lo que estaba haciendo. No podía estar segura de estar haciendo *algo*. Había una buena posibilidad de que le enviara este borrador a Anya y recibiera un correo electrónico como: *¿por qué me enviaste el menú de Red Lobster?*

Pero tanto si estaba teniendo *éxito* en este libro como si no, lo *estaba* escribiendo. Llegó en flujos y reflujos dolorosos y desesperados, como si estuviera sincronizado con las olas rompiendo en algún lugar detrás de esa pared de niebla.

No era mi vida, pero estaba cerca. La conversación entre las tres mujeres (Ellie, su madre y la sustituta de Sonya, Lucy) podría haber sido palabra por palabra, aunque sabía que no debía confiar mucho en mi memoria en estos días.

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Si mi memoria fuera precisa, papá *no podía* haber estado aquí, en esta casa, cuando regresó el cáncer de mamá. No podía haberlo hecho porque, hasta que él murió, tenía recuerdos de ellos bailando descalzos en la cocina, de él alisándole el cabello y besando su cabeza, llevándola al hospital conmigo en el asiento trasero y la lista de reproducción que me había entregado en una lista para ayudarlo a reunir reproduciéndose en el estéreo del automóvil.

"Always on My Mind" de Willie Nelson.

Las manos de mamá y papá unidas con fuerza en la consola central.

Por supuesto, también recordaba los "viajes de negocios". Pero ese era el punto. Recordaba las cosas como había pensado que habían sido, y entonces la verdad, Esa Verdad, había roto los recuerdos por la mitad con tanta facilidad como si hubieran sido imágenes en papel de impresora.

Los siguientes tres días fueron un fervor por escribir, limpiar y poco más. Aparte de una caja de papel de regalo, un puñado de juegos de mesa y una gran cantidad de toallas y sábanas de repuesto, no había nada remotamente personal en el dormitorio de invitados del piso de arriba. Podría haber sido cualquier casa vacacional en Estados Unidos, o tal vez una casa modelo, una promesa a medias de que tu vida también podía ser tan bonita genéricamente.

Me gustó mucho menos la decoración de la planta superior que el cálido ambiente boho¹¹ de la planta baja. No podía decidir si me sentía aliviada o engañada por eso.

Si hubiera habido más de él, o de *ella*, aquí, ya había hecho el trabajo pesado de sacarlo.

El miércoles, fotografié los muebles y los publiqué en Craigslist. El jueves, empaqué las sábanas adicionales, los juegos de mesa y el papel de regalo en cajas para la caridad. El viernes, quité todas las sábanas y toallas de los estantes en el segundo baño de arriba y las bajé al armario de lavandería en el primer piso, arrojándolas a la lavadora antes de sentarme a escribir.

La niebla finalmente se había disipado y la casa estaba caliente y pegajosa una vez más, así que abrí las ventanas y puertas, y encendí todos los ventiladores.

¹¹ **Boho:** nació en París de la mano de los artistas, intelectuales y escritores que no dudaron en inspirarse en el estilo de los gitanos nómadas venidos de la región de Bohemia al este de Europa.

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Había vislumbrado a Gus durante los últimos tres días, pero habían sido pocos momentos. Por lo que pude ver, se movía mientras redactaba. Si estaba trabajando en la mesa de la cocina por la mañana, nunca estaba allí cuando me servía mi segunda taza de café. Si no se lo veía por ningún lado en todo el día, aparecía repentinamente en la terraza por la noche, escribiendo solo con la luz de su computadora portátil y el enjambre de polillas revoloteando a su alrededor.

Siempre que lo vi, perdí la concentración al instante. Era demasiado divertido imaginar lo que podría estar escribiendo, haciendo una lluvia de ideas sobre las posibilidades. Estaba rezando por vampiros.

El viernes por la tarde, coincidimos por primera vez, sentados en nuestras mesas frente a nuestras ventanas a juego.

Se sentaba a la mesa de su cocina, frente a mi casa.

Me sentaba a la mesa de mi cocina, frente a la suya.

Cuando nos dimos cuenta de esto, levantó su botella de cerveza de la misma manera que había hecho un brindis con su taza de café. Levanté mi vaso de agua.

Ambas ventanas estaban abiertas. Podríamos haber hablado, pero habríamos tenido que gritar.

En lugar de eso, Gus sonrió y tomó el marcador y el cuaderno a su lado. Garabateó en él por un segundo, luego levantó el cuaderno para que pudiera leerlo:

LA VIDA ES UN SIN SENTIDO, JANUARY. MIRA AL ABISMO.

Reprimí una carcajada, luego saqué un marcador de mi mochila, arrastré mi propio cuaderno hacia mí, y pasé a una página en blanco. En grandes letras cuadradas, escribí:

ESTO ME RECUERDA A CIERTO VIDEO DE TAYLOR SWIFT.

Su sonrisa apareció en su rostro. Sacudió la cabeza y luego volvió a escribir. Ninguno de los dos dijo una palabra más, y ninguno de los dos se fue a otro lugar. No hasta que llamó a la puerta de mi casa para nuestra primera salida de investigación, con una taza viajera de acero en cada mano.

Le dio a mi vestido y botas una lenta mirada de arriba abajo, la misma prenda negra irritante que llevé al club de lectura, y luego negó con la cabeza.

EMILY HENRY
BEACH

87

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

—Eso... no funcionará.

—Me veo genial —respondí.

—Seguro. Sería perfecto si fuéramos a ver el American Ballet Theatre. Pero January, te lo digo, esta noche *no* funcionará.



—Va a ser una noche larga —advirtió Gus. Estábamos en su auto, dirigiéndonos hacia el norte a lo largo del lago, el sol colgando bajo en el cielo, sus últimos rayos febriles pintando todo para que pareciera algodón de azúcar a contraluz. Cuando le exigí que eligiese mi atuendo nuevo y me ahorrara los problemas, había esperado que se sintiera incómodo. En lugar de eso, me siguió a la habitación de invitados de la planta baja, miró el puñado de cosas colgando en el armario, y eligió los mismos pantalones cortos de mezclilla que había usado en la librería de Pete y mi camiseta de Carly Simon, y con eso nos marchamos.

—Siempre y cuando no me hagas escucharte cantar “*Everybody Hurts*” dos veces seguidas —dije—, creo que puedo lidiar con una noche larga.

Su sonrisa fue débil. Hizo que sus párpados se hundieran pesadamente.

—No te preocupes. Esa fue una ocasión especial en la que dejé que un amigo me convenciera. No volverá a suceder.

Estaba dando golpecitos inquietos contra el volante cuando nos detuvimos en un semáforo en rojo, y mis ojos se deslizaron por las venas de sus antebrazos, a lo largo de la parte posterior de sus bíceps hasta donde se unían con su manga. Jacques había sido apuesto como un modelo de ropa interior, perfectamente tonificado con una sonrisa encantadora y cabello castaño dorado que caía exactamente de la misma manera todos los días. Pero eran todas las imperfecciones menores de Gus (sus cicatrices y surcos, líneas torcidas y bordes afilados) y cómo se complementaban lo que siempre me hacía difícil dejar de mirarlo, y me hacía querer ver más.

Se inclinó hacia adelante para jugar con los controles de temperatura, sus ojos desplazándose rápidamente hacia mí. Aparté mi mirada a la ventana, intentando despejar mi mente antes de que él pudiera leerla.

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—¿Quieres que te sorprenda? —preguntó.

Mi corazón pareció tropezar con su siguiente latido.

—¿Qué?

—Sobre adónde vamos.

Me relajé.

—Mmm. Sorprenderme por algo tan inquietante que *crees* que pertenece a un libro. No, gracias.

—Eso probablemente es sabio —coincidió—. Vamos a entrevistar a una mujer cuya hermana estaba en una secta suicida.

—Estás bromeando.

Sacudió la cabeza.

—Oh, Dios mío —dije a través de una carcajada sorprendida. De repente, la tensión que había imaginado se disipó—. Gus, ¿estás escribiendo una *comedia romántica* sobre un culto suicida?

Puso los ojos en blanco.

—Programé esta entrevista antes de nuestra apuesta. Además, el objetivo de esta excursión es *ayudarte* a aprender a escribir ficción literaria.

—Bueno, de cualquier manera, no estabas bromeando en cuanto a mirar fijamente al abismo —le dije—. Entonces, el objetivo de esta lección es básicamente, *¿todo es una mierda, ahora ponte a escribir sobre ello?*

Gus sonrió.

—No, sabelotodo. Los puntos en esta lección son el personaje y los detalles.

Jadeé falsamente.

—¡Nunca vas a creer esta coincidencia tan loca, pero también los tenemos en ficción de mujeres!

—Sabes, eres quien inició todo este elemento del “plan de lecciones” del trato —dijo Gus—. Si vas a burlarte de mí todo el tiempo, estoy más que feliz de dejarte en el club de comedia suburbano más cercano y recogerte en el camino de regreso.

EMILY HENRY
BEACH

89

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Está bien, está bien. —Le indiqué que continuara—. Personaje y detalles. Estabas diciendo...

Gus se encogió de hombros.

—Me gusta escribir sobre escenarios extravagantes. Personajes y eventos que *parecen* demasiado absurdos para ser reales, pero aun así funciona. Tener especificidad ayuda a hacer creíble lo increíble. Entonces, hago muchas entrevistas. Es interesante lo que la gente recuerda sobre una situación. Así cuando voy a escribir sobre un fanático líder de un culto que cree que es una conciencia alienígena reencarnada como todo gran líder mundial durante siglos, también necesito saber qué tipo de zapatos usa y qué come en el desayuno.

—Pero *¿en serio* lo necesitas? —bromeé—. ¿Los lectores están suplicando honestamente por eso?

Él rio.

—Sabes, quizás la razón por la que no has podido terminar tu libro es que sigues preguntando lo que quiere leer otra persona en lugar de lo que quieres escribir.

Me crucé de brazos, erizándome.

—Entonces, dime, Gus. ¿Cómo vas a darle un giro romántico a tu libro de culto suicida?

Su cabeza se inclinó contra el reposacabezas, sus pómulos afilados como cuchillos proyectando sombras sobre su rostro. Se rascó la mandíbula.

—En primer lugar, ¿cuándo dije que esta entrevista era para mi comedia romántica? Podría fácilmente dejar a un lado todas mis notas de esto hasta que gane nuestra apuesta, y luego volver a trabajar en mi próxima novela *oficial*.

—¿Y eso es lo que estás haciendo? —pregunté.

—Aún no lo sé —admitió—. Estoy intentando averiguar si puedo combinar las ideas.

—Quizás —dije dudosa—. Dime los detalles. Veré si puedo ayudar.

—De acuerdo. Entonces. —Ajustó su agarre en el volante—. La premisa original era básicamente que este periodista se entera de que su novia del instituto, una exdrogadicta, se ha unido a una secta, de modo que.

EMILY HENRY

BEACH

él decide infiltrarse y acabar con ella. Pero mientras está allí, comienza a ascender de rango muy rápido, muuuuuucho más que la mujer a la que fue a *salvar*. Y mientras lo hace, comienza a ver todas estas cosas, esta prueba, de que el líder tiene razón. Sobre todo. Eventualmente, la chica se asustaría y trataría de salirse, intentaría convencerlo de que *él* se vaya con ella.

—Así que, supongo —dije—, se van de luna de miel en París, y se establecen en una villa pequeña al sur de Francia. Probablemente se conviertan en enólogos.

—Iba a asesinarla —dijo Gus rotundamente—. Para salvar su alma. No había decidido si eso iba a ser lo que finalmente derribaría al culto, que arrestaran a todos los líderes y todo eso, o si él se convertiría en el nuevo profeta. Me gustó la primera opción porque se siente más como un circuito cerrado: él quiere sacarla del culto; lo hace. Quiere derribar el culto; lo hace. Pero la segunda alternativa se siente más cíclica de alguna manera. Como si toda persona dañada con un complejo de héroe pudiera terminar haciendo exactamente lo que hace el líder original del culto. No sé. Tal vez al final haga que aparezca un hombre o una mujer joven con adicción a las drogas.

—Lindo —dije.

—Exactamente lo que estaba buscando —respondió.

—Entonces. ¿Alguna idea para la versión no terrible de este libro?

—Quiero decir, me gustó ese campo al sur de Francia. Esa mierda es fuego.

—Me alegra que veas las cosas a mi manera.

—De todos modos —dijo—. Lo resolveré. Una comedia romántica de culto *suen*a como una cosa. ¿Y qué hay de ti? ¿De qué va tu libro?

Fingí vomitar en mi regazo.

—Lindo —repitió, dándome una sonrisa. Hablando de fuego, a veces sus ojos parecían reflejarlo, aunque no hubiera ninguno alrededor. Por Dios, el auto estaba casi a oscuras. No se debería permitir a sus ojos, física o moralmente, fulgurar así. Sus pupilas eran irrespetuosas con las leyes de la naturaleza. Mi piel comenzó a arder debajo de ellas.

—No tengo idea de qué iba mi libro —dije cuando finalmente miró hacia la carretera—. Y tengo poca idea de lo que será. Creo que se trata de una chica.

EMILY HENRY

BEACH

Esperó durante unos segundos a que continuara y entonces dijo:

—Guau.

—Lo sé. —Había más. Estaba el padre al que adoraba. Estaba su amante y su casa de playa en la ciudad en la que él creció, y las citas de radiación de su esposa. Pero incluso si las cosas entre Gus Everett y yo se habían calentado (culpa de sus ojos), no estaba preparada para las preguntas de seguimiento que esta conversación podría producir.

—De todos modos, ¿por qué te mudaste aquí? —pregunté después de un silencio largo.

Gus se movió incómodo en su asiento. Claramente, había muchas cosas de las que tampoco quería hablar *conmigo*.

—Por el libro —dijo—. Leí sobre este culto aquí. En los años noventa. Tenía este gran recinto en el bosque antes de que lo destruyeran. Había todo tipo de mierda ilegal sucediendo allí. Llevo aquí unos cinco años, entrevistando gente e investigando y todo eso.

—¿En serio? ¿Has estado trabajando en esto durante cinco años?

Miró en mi dirección.

—Es una investigación pesada. Y durante parte de ese tiempo estaba terminando mi segundo libro y haciendo giras para eso y todo lo demás. No fue como, cinco años ininterrumpidos en una máquina de escribir con una sola botella de agua vacía para orinar.

—Tu médico se sentirá aliviado al escuchar eso.

Condujimos en silencio tenso por un rato antes de que Gus abriera su ventana, lo que me dio permiso para bajar la mía. El látigo cálido del aire contra las ventanas abiertas disolvió cualquier malestar del silencio en el que hubiéramos caído. Podríamos haber sido dos extraños en la misma playa, autobús o ferry.

Mientras conducíamos, el sol se desvaneció centímetro a centímetro. Finalmente, Gus jugueteó con la radio, deteniéndose para poner en marcha una estación de música antigua reproduciendo Paul Simon.

—Me encanta esta canción —me dijo por encima del viento atravesando el auto.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—¿En serio? —pregunté sorprendida—. Pensé que me harías escuchar todo el tiempo la versión de “Hurt” de Elliott Smith o Johnny Cash.

Gus puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo.

—Y yo pensé que *traerías* una lista de reproducción de Mariah Carey.

—Maldita sea, desearía haber pensado en eso.

Su risa ronca se perdió en su mayor parte en el viento, pero escuché lo suficiente como para calentar mis mejillas.

Pasaron dos horas antes de que saliéramos de la autopista y luego otros treinta minutos de carreteras secundarias dañadas por el hielo, iluminadas solo por las luces del automóvil y las estrellas en el cielo.

Finalmente, salimos de la carretera sinuosa a través del bosque hacia el lote de grava de un bar con un techo de hojalata ondulado. Su marquesina resplandeciente decía: LA RUTA DEL AGUA. Aparte de algunas motocicletas y una camioneta pickup Toyota, el estacionamiento estaba vacío, pero las ventanas, iluminadas por letreros brillantes de BUDWEISER y MILLER, revelaban una multitud densa en el interior.

—Sé honesto —le dije—. ¿Me trajiste aquí para asesinarme?

Gus apagó el vehículo y subió las ventanillas.

—Por favor. Manejamos tres horas. Tengo un lugar de asesinato perfectamente bueno en North Bear Shores.

—¿Todas tus entrevistas son en bares espeluznantes en el bosque? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Solo las buenas.

Salimos del auto. Sin el viento a ochenta kilómetros por hora, hacía calor y estaba pegajoso, cada poco metro salpicado por una nube nueva de mosquitos o luciérnagas. Pensé que tal vez podía escuchar el “agua” al que se refería el nombre del bar en algún lugar del bosque detrás de él. No el lago en sí, no creía. Probablemente, un arroyo.

Siempre me sentía un poco ansiosa por ir a lugares del vecindario como este cuando no era parte del vecindario, pero Gus parecía estar a gusto, y casi nadie levantó la vista de sus cervezas, mesas de billar o citas

EMILY HENRY

BEACH

93

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

contra la pared junto a la rocola antigua. Era un lugar lleno de gorros de camuflaje, camisetas sin mangas y chaquetas Carhartt.

Estaba extremadamente agradecida que Gus me hubiera animado a cambiar mi atuendo.

—¿Con quién nos vamos a encontrar? —pregunté, acercándome a él mientras observaba a la multitud. Incluyó la barbilla hacia una mujer solitaria en una cabina cerca de la parte de atrás.

Grace estaba en sus cincuenta y tantos, y tenía los hombros redondeados de alguien que había pasado mucho tiempo sentada, pero no necesariamente relajada. Lo cual tenía sentido. Era una camionera con cuatro hijos en la secundaria y ninguna pareja romántica en quien apoyarse.

—No es que eso importe —dijo, tomando un sorbo de su cerveza—. No estamos aquí para hablar de eso. Quieren saber de Hope.

Hope, su hermana. Hope y Grace. Gemelas del norte de Michigan, no del todo de la Península Superior, ya nos lo había dicho.

—Queremos hablar sobre lo que creas que es relevante —dijo Gus.

Ella quería asegurarse que no fuera para una noticia. Gus sacudió su cabeza.

—Es una novela. Ninguno de los personajes tendrá sus nombres ni se parecerán a ustedes, ni serán como tú. El culto no será el mismo culto. Esto es para ayudarnos a entender a los personajes. ¿Qué hace que alguien se una a una secta, cuando notaste por primera vez algo extraño con Hope? Esa clase de cosas.

Sus ojos se desviaron de la puerta y luego volvieron a mirarnos, con una expresión de incertidumbre.

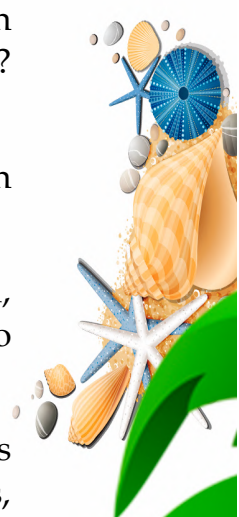
Me sentí culpable. Sabía que vendría aquí por su propia voluntad, pero esto no podía ser fácil, sacar la oscuridad de su corazón y ofrecérselo a un par de extraños.

—No tienes que decírnoslo —solté, y sentí la fuerza total de los ojos de Gus cortándome, pero mantuve mi atención en Grace, sus ojos llorosos, sus labios entreabiertos—. Sé que hablar de eso no deshará nada de ello. Pero no hablar de eso tampoco lo hará, y si hay algo que necesites decir, puedes hacerlo. Incluso si es lo que más te gusta de ella, puedes decirlo.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

Sus ojos se afilaron en astillas de zafiro y su boca se apretó en un nudo. Por un segundo, estuvo inmóvil y sombría, una Madonna del medio oeste en una Pietà de piedra, algún recuerdo sagrado acunado en su regazo donde no podíamos verlo del todo.

—Su risa —dijo finalmente—. Resoplaba cuando reía.

La comisura de mi boca se elevó poco a poco, pero una pesadez nueva se instaló en mi pecho.

—Me encanta cuando la gente hace eso —admití—. Mi mejor amiga lo hace. Siempre siento que se está ahogando en vida. En el buen sentido. Como si le subiera por la nariz, ¿sabes?

Una suave y tenue sonrisa se formó en los labios delgados de Grace.

—En el buen sentido —dijo en voz baja. Luego su sonrisa se estremeció con tristeza, y se rascó la barbilla quemada por el sol, levantando los hombros inclinados mientras apoyaba los antebrazos sobre la mesa. Se aclaró la garganta.

—No —dijo con voz ronca—, sabía que algo estaba mal. ¿Eso es lo que querían saber? —Sus ojos brillaron y negó con la cabeza una vez—. No tenía ni idea hasta que ella ya se había ido.

La cabeza de Gus se inclinó.

—¿Cómo es posible?

—Porque... —Las lágrimas estaban corriendo por sus ojos incluso cuando se encogió de hombros—. Aún se estaba riendo.



Estuvimos en silencio durante la mayor parte del viaje a casa. Las ventanas abiertas, la radio apagada, los ojos en la carretera. Imaginaba que, Gus estaba clasificando mentalmente la información que había recibido de Grace.

Estaba perdida en pensamientos sobre papá. Podía verme fácilmente evitando las preguntas que tenía sobre él hasta que tuviera la edad de Grace. Hasta que Sonya se fuera, y también mamá, y no quedara nadie para darme respuestas, incluso si las quería.

EMILY HENRY
BEACH

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

No estaba preparada para pasar mi vida evitando pensar en el hombre que me había criado, sintiéndome enferma cada vez que recordaba el sobre en la caja encima del refrigerador.

Pero también estaba cansada del dolor dentro de mi caja torácica, el peso presionando mis clavículas y el sudor ansioso que brotaba cada vez que consideraba la verdad durante demasiado tiempo.

Cerré los ojos y me presioné contra el reposacabezas mientras el recuerdo avanzaba. Intenté luchar contra ello, pero estaba demasiado cansada, así que ahí estaba. El chal de ganchillo, la expresión del rostro de mamá, la llave en mi palma.

Dios, no quería volver a esa casa.

El auto se detuvo y mis ojos se abrieron de golpe.

—Lo siento —balbuceó Gus. Había presionado los frenos de golpe para evitar chocar con un tractor en una parada oscura de cuatro vías—. No estaba prestando atención.

—¿Estabas perdido en ese hermoso cerebro tuyo? —bromeé, pero salió vacío, y si Gus escuchó, no dio ninguna indicación. La esquina más animada de su boca estaba firmemente torcida hacia abajo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

Se quedó callado por otro segundo.

—Eso fue bastante intenso. Si quieres hablar de eso...

Recordé la historia de Grace. Había pensado que Hope estaba mejor que nunca cuando se unió por primera vez a su grupo nuevo. Por un lado, había dejado la heroína, un desafío casi insuperable—. Recuerdo que su piel se veía mejor —había dicho Grace—. Y sus ojos. No sé muy bien qué había en ellos, pero también eran diferentes. Pensé que había recuperado a mi hermana. Cuatro meses después, estaba muerta.

Había muerto por accidente, hemorragia interna por “castigos”. El resto del complejo del remolque que era New Eden se había incendiado cuando la investigación del FBI se acercó a su objetivo.

Todo lo que Grace nos había dicho probablemente era genial para la trama original de Gus. No dejaba mucho espacio para las citas y encuentros. Pero ese era el punto. La investigación de esta noche había sido.

EMILY HENRY

BEACH

para *mí*, para llevar mi cerebro por los senderos que conducían al tipo de libro que se suponía que debía estar escribiendo.

No podía entender cómo la gente hacía esto. Cómo podía soportar Gus seguir caminos tan oscuros por el simple hecho de contar una historia. Cómo podía seguir haciendo preguntas cuando *todo* lo que había querido toda la noche era agarrar a Grace y abrazarla con fuerza, disculparme por lo que el mundo le había quitado, encontrar alguna manera, cualquier manera, de hacer la pérdida una pizca más ligera.

—Tengo que parar para cargar gasolina —dijo Gus, y salió de la autopista para una estación Shell desierta. No había nada más que campos secos por kilómetros en todas direcciones.

Salí del auto para estirar las piernas mientras Gus bombeaba el gas. La noche había enfriado el aire, pero no mucho.

—¿Este es uno de tus lugares de asesinato? —le pregunté, rodeando el auto hacia él.

—Me niego a responder eso con el argumento de que podrías intentar quitármelo.

—Sólidas razones —contesté. Después de un momento, no pude contener la pregunta por más tiempo—. ¿No te molesta? ¿Tener que vivir con la tragedia de otra persona? Cinco años. Eso es mucho tiempo para ponerte en ese lugar.

Gus volvió a meter la boquilla en la bomba, todo su enfoque en cerrar el tapón de la gasolina.

—January, todo el mundo pasa por mierdas. A veces, pensar en la de otra persona es casi un alivio.

—Está bien, de acuerdo —le dije—. Déjame escucharte.

Las cejas de Gus se arquearon y su Sexy Boca Diabólica se relajó.

—¿Qué?

Crucé los brazos y presioné la cadera contra la puerta del lado del conductor. Estaba cansada de ser la persona más delicada en el lugar. La chica ebria con vino en el bolso, la que intentaba no temblar cuando alguien más vertía su dolor en una cabina de un bar de mala muerte.

EMILY HENRY

BEACH

—Escuchemos esta mierda misteriosa tuya. Veamos si me da un descanso efectivo de la mía. —Y ahora de la de Grace, que pesaba igual de fuerte en mi pecho.

Los oscuros ojos líquidos de Gus se deslizaron por mi rostro.

—No —dijo finalmente, y se dirigió hacia la puerta, pero permanecí apoyada en ella—. Estás en mi camino —dijo.

—¿Lo estoy?

Alcanzó la manija de la puerta, y me deslicé hacia un lado para bloquearla. En su lugar, su mano conectó con mi cintura, y una chispa de calor me atravesó.

—Aún más en mi camino —dijo, en una voz baja que sonó más como en *te desafío a quedarte ahí*.

Me hormiguearon las mejillas. Su mano aún estaba colgando contra mi cadera como si hubiera olvidado que estaba allí, pero su dedo se movió, y supe que no.

—Me acabas de llevar a la cita más deprimente del mundo —le dije—. Lo mínimo que puedes hacer es contarme una sola cosa de ti, y por qué te importan todas estas cosas de New Eden.

Su ceja se arqueó con diversión y sus ojos encandilaron de esa manera iluminada por la hoguera.

—No era una cita.

De alguna manera, se las arregló para que sonara sucio.

—Cierto, no tienes citas —dije—. ¿Por qué? ¿Parte de tu oscuro pasado misterioso?

Su Sexy Boca Diabólica se apretó.

—¿Qué gano?

Se acercó un poco más, y me volví muy consciente de cada molécula de espacio entre nosotros. No había estado tan cerca de un hombre desde Jacques. Jacques había olido a colonia de alta gama de *Commodity*; Gus olía ahumado y dulce, como incienso nag champa mezclado con playa salada. Jacques tenía ojos azules que brillaban sobre mí como una brisa de verano a través de campanillas. La mirada oscura de Gus me penetraba como un sacacorchos: ¿Qué gano?

EMILY HENRY

BEACH

—¿Una conversación animada? —Mi voz salió extrañamente baja.

Sacudió la cabeza levemente.

—Dime por qué te mudaste aquí, y te diré *una* cosa sobre mi oscuro pasado misterioso.

Consideré la oferta. Decidí que, la recompensa valía la pena.

—Mi papá murió. Me dejó su casa en la playa.

La verdad, si no toda.

Una expresión desconocida revoloteó por segunda vez (¿simpatía? ¿Tal vez, decepción?) en su rostro demasiado rápido para que pudiera analizar su significado.

—Ahora es tu turno —insistí.

—Bien —dijo, con voz rasposa—, una cosa.

Asentí.

Gus se inclinó hacia mí y dejó caer su boca junto a mi oreja con complicidad, su aliento caliente poniéndome la piel de gallina a un lado de mi cuello. Sus ojos destellaron de lado a través de mi cara, y su otra mano tocó mi cadera con tanta ligereza que podría haber sido una brisa. El calor en mis caderas se extendió hacia mi centro, curvándose alrededor de mis muslos como kudzu¹².

Era una locura que recordara esa noche en la universidad tan vívidamente que supe que él me había tocado así. Ese primer toque cuando nos encontramos en la pista de baile, ligero como una pluma y un punto de fusión caliente, cuidadoso, intencional.

Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración, y cuando me obligué a respirar, la subida y bajada de mi pecho fue ridícula: material erótico de la era de la Regencia.

¿Cómo me estaba *haciendo* esto? ¿Otra vez?

Después de la noche que habíamos tenido hoy, este sentimiento, esta hambre en mí no debería haber sido posible. Después del *año* que había tenido, ya no lo habría pensado posible.

¹² **Kudzu:** planta trepadora de rápido crecimiento de Asia oriental con flores de color púrpura rojizo, utilizada como cultivo forrajero y para el control de la erosión.

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—Mentí —susurró contra mi oído—. *He leído tus libros.*

Sus manos se apretaron en mi cintura y me apartó del auto, abrió la puerta y entró, dejándome jadeando por el frío repentino del estacionamiento.



100



EMILY HENRY

BEACH



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

La no cita

Pasé demasiado tiempo del sábado intentando elegir un destino perfecto para la primera Aventura de Gus en el Romance. A pesar de que había estado sufriendo un bloqueo crónico del escritor, aún era experta en mi campo, y mi lista de escenarios posibles para su introducción a las citas y los Felices Para Siempre era interminable.

Había escrito otras mil palabras a primera hora de la mañana, pero desde entonces había estado yendo de un lado a otro y buscando en Google, intentando elegir el lugar *perfecto*. Cuando aún no podía decidirme, conduje hasta el mercado de agricultores de la ciudad y caminé por el pasillo soleado entre los puestos, en busca de inspiración. Revolví entre cubos de flores cortadas, añorando los días en que podía permitirme un manojo de margaritas para la cocina, lirios cala para la mesita de noche del dormitorio. Por supuesto, eso había sido cuando Jacques y yo compartíamos apartamento. Cuando alquilabas sola en Nueva York, no había mucho dinero para cosas que olieran bien durante una semana, y luego murieran frente a ti.

En el puesto de una granja local, llené mi bolsa con tomates regordetes, anaranjados y rojos, junto con un poco de albahaca y menta, pepinos y una cabeza de lechuga fresca. Si no podía elegir algo que hacer con Gus esta noche, tal vez cocinaríamos la cena.

Mi estómago gruñó ante la idea de una buena comida. No me gustaba mucho cocinar, me llevaba demasiado tiempo que nunca sentía que tenía, pero definitivamente había algo romántico en servir dos copas de vino tinto y moverse por una cocina limpia, picando y enjuagando, removiendo y probando sabores de una cuchara de madera. A Jacques le había encantado cocinar; podía seguir una receta bien, pero él prefería un enfoque más intuitivo cocinando toda la noche, y la intuición en la cocina y la paciencia con la comida eran justo las dos cosas que me faltaban.

EMILY HENRY

BEACH

101

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Pagué mis verduras y me subí las gafas de sol cuando entré en la parte cerrada del mercado en busca de pollo o bistec y volví a la lluvia de ideas.

Los personajes pueden enamorarse en cualquier lugar (un aeropuerto, un taller de carrocería o un hospital) pero para un antiromántico, probablemente se necesitaría algo más obvio que eso para poner en marcha las ideas. Para mí, lo mejor suele venir de lo inesperado, de errores y contratiempos. No necesitaba inspiración para sacar una lista de puntos de la trama, pero para encontrar ese momento, el momento perfecto que definía un libro, que lo hacía cobrar vida como algo más grande que la suma de sus palabras, eso requería una alquimia que no se podía falsificar.

El último año de mi vida lo había probado. Podía tramar todo el día, pero no importaba si no caía de cabeza en la historia, si la historia misma no giraba como un ciclón, arrastrándome completamente hacia ella. *Eso* era lo que siempre me había gustado de leer, lo que me había llevado a escribir en primer lugar. Esa sensación de que un mundo nuevo estaba girando como una telaraña a tu alrededor y no podías moverte hasta que todo se te hubiera revelado.

Si bien la entrevista con Grace no me había dado ninguno de esos tornados evocadores de inspiración, me *había* despertado con un atisbo de ello. Había historias que merecían ser contadas, algunas que nunca había considerado, y sentí una chispa de emoción al pensar que tal vez podía contar una de ellas, y me *gustaría* hacerlo.

También quería darle a Gus ese sentimiento. Quería que se despertara mañana con ganas de escribir. Demostrar lo difícil que era escribir una comedia romántica era una cosa, y estaba segura de que Gus lo vería, pero conseguir que entendiera lo que me gustaba del género: que leer y escribir era casi tan absorbente y transformador como enamorarse *de verdad*, sería un desafío totalmente diferente.

Estaba demasiado distraída para escribir cuando llegué a casa, así que me puse en mejor uso. Me retorcí el cabello en un moño, me puse pantalones cortos y una camiseta sin mangas de Todd Rundgren, y fui al baño de visitas en el segundo piso con cajas y bolsas de basura.

Papá o Esa Mujer habían mantenido el armario lleno de toallas y artículos de tocador de repuesto, que amontoné en cajas de donaciones y las llevé al vestíbulo de una en una. En mi tercer viaje, me detuve ante la ventana de la cocina que daba a la casa de Gus. Estaba sentado a la mesa,

EMILY HENRY

BEACH

102

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

sosteniendo una nota inmensa para que la viera. Como si hubiese estado esperando.

Balanceé la caja contra la mesa y pasé mi antebrazo por mi sien para atrapar las gotas de sudor allí mientras leía:

JANUARY, JANUARY, ¿DÓNDE ESTÁS, JANUARY?

El mensaje era irónico. Las mariposas en mi pecho no lo eran. Empujé la caja sobre la mesa y agarré mi cuaderno, garabateando en él. Levanté la nota.

Teléfono nuevo, ¿quién es?

Gus se rio, y luego se volvió hacia su computadora. Agarré la caja y la llevé al Kia, después volví por el resto. La humedad de los últimos días había vuelto a bajar, dejando atrás nada más que una brisa cálida. Cuando terminé de cargar el auto, me serví una copa de vino rosado y me senté en la terraza.

El cielo era de un azul brillante, algunos cúmulos esponjosos ocasionalmente pasaban perezosamente, y la luz del sol pintaba las copas de los árboles de un verde pálido. Si cerraba los ojos, cerrándome a lo que podía ver, podía escuchar chillidos de risa junto al agua.

En casa, el jardín de mamá y papá estaba junto al de otra familia, una con tres niños pequeños. Tan pronto como se mudaron, papá había plantado una arboleda de árboles de hoja perenne a lo largo de la cerca para crear algo de privacidad, pero siempre le había encantado eso en las últimas noches de verano, mientras nos sentábamos alrededor de la hoguera, oíamos los chillidos y risas de los niños jugando a las atrapadas, saltando en el trampolín, o acostados en una carpa detrás de su casa.

A papá le encantaba su espacio, pero también siempre decía que le gustaba que le recordaran que había otras personas viviendo sus vidas. Personas que no lo conocían o no les importaba.

Sé que sentirse pequeño afecta a algunas personas, me había dicho una vez, pero en cierto modo me gusta. Quita la presión cuando solo eres una vida de seis mil millones en un momento dado. Y cuando estás pasando por algo difícil, en ese entonces, mamá estaba haciendo quimioterapia; es bueno saber que ni siquiera estás cerca de ser el único.

Sentía lo contrario. Estaba albergando una angustia privada. Sobre el universo, sobre el cuerpo de mamá traicionándola otra vez. Sobre la vida que había soñado disiparse como niebla. Había visto a mis compañeros de

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

clase de la universidad en Facebook mientras pasaban a la escuela de posgrado y a sus viajes internacionales (financiados misteriosamente). Los había visto publicar homenajes adorados por el Día de la Madre desde rincones lejanos del mundo. Había escuchado a los niños que vivían detrás de la casa de mis padres chillar y reír mientras jugaban *Ghost in the Graveyard*.

Y había sentido en secreto el corazón roto porque el mundo podía hacernos esto nuevamente, y lo que es peor, porque sabía que decir eso solo haría las cosas más difíciles para mamá.

Y entonces, lo venció por segunda vez. Y había estado muy agradecida. Más aliviada de lo que imaginaba que podría sentirse una persona. Nuestra vida volvía a encarrilarse, los tres más fuertes que nunca. Nada podía destrozarnos nunca más, estaba segura.

Pero, aun así, estaba de luto por esos años perdidos por las visitas al médico y la caída del cabello y mamá, la hacedora, enferma en el sofá. Esos sentimientos no encajaban con nuestra vida hermosa después del cáncer, lo sabía, no agregaban nada útil o bueno, así que los reprimí una vez más.

Cuando me enteré de Sonya, todos brotaron, fermentados en ira con el tiempo, como una caja sorpresa demasiado entusiasta apuntando directamente a papá.

—Pregunta.

Alcé la vista y encontré a Gus apoyado contra la barandilla de su terraza. Su camiseta gris estaba tan arrugada como todo lo demás que le hubiera visto usando. Es muy probable que su ropa nunca pasara de la canasta a los cajones, asumiendo que llegaban a la lavandería en primer lugar, pero el desorden de su cabello también sugería que podría haber acabado de despertar de una siesta.

Fui a pararme contra la barandilla de mi lado de la división de tres metros.

—Espero que se trate del significado de la vida. Eso o qué libro es el primero de la serie de Bridget Jones.

—Eso, definitivamente —dijo—. Y también, ¿necesito usar un esmoquin esta noche?

Luché contra una sonrisa.

—Pagaría cien dólares para ver cómo se ve un esmoquin bajo tu régimen de lavado. Y estoy muy arruinada, así que eso dice mucho.

EMILY HENRY

BEACH

104

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
the heart

ways have
didn't you know!

Puso los ojos en blanco.

—Me gusta pensar en ello como mi *democracia* de lavado.

—Verás, si dejas que algo inanimado vote sobre si quiere ser lavado, no va a responder.

—January, ¿vas a llevarme a una recreación del baile de *La Bella y la Bestia* o no? Estoy intentando planificar.

Lo estudié.

—Está bien, voy a responder a esa pregunta, pero con la condición de que me digas, honestamente, ¿*tienes* un esmoquin propio?

Me devolvió la mirada. Después de una pausa larga, suspiró y se inclinó hacia la barandilla. El sol había comenzado a ponerse y las venas flexionadas y los músculos de sus brazos esbeltos proyectaron sombras a lo largo de su piel.

—Bien. Sí. Tengo un esmoquin propio.

Me eché a reír.

—¿En serio? ¿Eres en secreto un Kennedy? Nadie *tiene* un esmoquin propio.

—Accedí a responder una pregunta. Ahora dime qué ponerme.

—Teniendo en cuenta que solo te he visto en variaciones casi imperceptiblemente diferentes de un atuendo, puedes asumir con seguridad que no planearía nada que requiera un esmoquin. Quiero decir, hasta ahora, cuando me enteré de que tenías un esmoquin. Ahora todas las apuestas están echadas. Pero por esta noche, tu disfraz de barman gruñón debería servir.

Sacudió la cabeza y se enderezó.

—Fenomenal —dijo, y entró.

En ese momento, supe exactamente dónde iba a llevar a Gus Everett.



—Guau —dijo Gus.

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

La “feria” que había encontrado a unos trece kilómetros de nuestra calle estaba en un estacionamiento de Big Lots, y encajaba allí con demasiada facilidad.

—Acabo de contar las atracciones —dijo Gus—. Siete.

—Estoy muy orgullosa de ti por llegar tan alto —bromeé—. Tal vez la próxima vez veamos si puedes llegar hasta diez.

—*Ojalá* estuviera drogado —se quejó Gus.

—Es perfecto —respondí.

—¿Para qué? —dijo.

—Umm, duh —dije—. Enamorarse.

Gus soltó una carcajada, y una vez más me sentí demasiado orgullosa de mí para mi propio gusto.

—Vamos. —Sentí una punzada de pesar cuando entregué mi tarjeta de crédito en la taquilla a cambio de nuestras pulseras para subir a todas las atracciones posibles, pero me sentí aliviada cuando Gus interrumpió para insistir en comprar la suya. Esa era una de las muchas partes horribles de estar en quiebra: tener que pensar si podías permitirte el lujo de compartir apestaba.

—Supongo que, eso no fue muy romántico de mi parte —dije a medida que deambulábamos entre la multitud de cuerpos agrupados alrededor de una lata de leche.

—Bueno, por suerte para ti, *esa* es mi definición exacta de romance. —Señaló la fila verde azulado de orinales portátiles al borde del estacionamiento. Un adolescente con la gorra al revés se agarraba el estómago y se movía de un pie a otro mientras esperaba que uno de los baños se abriera a medida que la pareja a su lado se besaba.

—Gus —dije rotundamente—. Esa pareja está tan enamorada que se besan a un metro de una hilera literal de montones de mierda. *Esa* yuxtaposición es básicamente toda la lección de comedia romántica de la noche. ¿En serio no le hace nada a tu corazón helado?

—¿Corazón? No. Estómago, un poco. Estoy teniendo diarrea por simpatía por su amigo. ¿Te imaginas pasar tan *mal* rato con tus amigos que un orinal portátil se convierte en un faro de esperanza? ¡Un lecho de roca! Un lugar para descansar tu cabeza cansada. Definitivamente estamos

EMILY HENRY

BEACH

106

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

mirando a un futuro existencialista. Tal vez incluso un novelista fríamente cachondo.

Puse los ojos en blanco.

—La noche de ese chico fue prácticamente toda mi experiencia en la secundaria, y gran parte de la universidad, y de alguna manera sobreviví, con mi tierno corazón humano intacto.

—¡No me jodas! —gritó Gus.

—¿Qué quieres decir?

—January, te conocí en la universidad.

—Parece la más grande de una serie de exageraciones enormes que has hecho esta noche.

—Está bien, sabía *de* ti —dijo—. El caso es que tú no eras la tercera rueda con diarrea. Saliste con muchos. Marco, ¿verdad? Ese tipo de nuestro taller Ficción 400. ¿Y no estuviste con ese chico rubio de premedicina? El que era adicto a estudiar en el extranjero y dar clases particulares a jóvenes desfavorecidos y, como, escalar en roca sin camisa.

Resoplé.

—Parece que estabas más enamorado de él que yo.

Algo agudo y apreciativo brilló en los ojos de Gus.

—Pero *estabas* enamorada de él.

Por supuesto que lo estaba. Lo conocí durante una pelea improvisada de bolas de nieve en el campus. No podía imaginar nada más romántico que ese momento, cuando me sacó del montón de nieve en el que había caído, sus ojos azules resplandeciendo, y me ofreció su sombrero seco para reemplazar el mío empapado de nieve.

Me tomó diez minutos mientras me acompañaba a casa para determinar que era la persona más interesante que hubiera conocido. Estaba trabajando para obtener su licencia de piloto y había querido trabajar en la sala de emergencias desde que perdió a un primo en un accidente automovilístico cuando era niño. Había hecho semestres en Brasil, Marruecos y Francia (París, donde vivían sus abuelos paternos), y también había viajado como mochilero una parte importante del Camino de Santiago solo.

EMILY HENRY

BEACH

107

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Cuando le dije que nunca había salido del país, sugirió inmediatamente un viaje espontáneo por carretera a Canadá. Pensé que estaba bromeando básicamente hasta que llegamos a la tienda libre de impuestos al otro lado de la frontera alrededor de la medianoche.

—Listo —dijo con su sonrisa modelo, toda brillante y sin malicia—. Después, tenemos que llevarte a algún lugar donde de hecho sellarán tu pasaporte.

Toda esa noche había adquirido una cualidad de enfoque suave y brumoso como si solo lo estuviéramos soñando. En retrospectiva, pensé que en cierto modo lo habíamos sido: él fingiendo ser infinitamente interesante; yo fingiendo ser espontánea y despreocupada, como siempre. Exterioirmente éramos tan diferentes, pero cuando se trataba de eso, ambos queríamos lo mismo. Una vida proyectada en un resplandor mágico, cada momento más grande, brillante y sabroso que el anterior.

Durante los siguientes seis años, habíamos tenido la intención de brillar el uno por el otro.

Aparté los recuerdos.

—Nunca estuve con Marco —le respondí Gus—. Fui a *una* fiesta con él, y se fue con otra persona. Gracias por recordarme.

La risa de Gus se convirtió en un exagerado y compasivo “*oooh*”.

—Está bien. Perseveré.

La cabeza de Gus se ladeó, sus ojos clavándose en los míos como palas.

—¿Y Rubiecito?

—Estuvimos juntos —admití.

Había pensado que iba a casarme con él. Y luego papá murió y todo cambió. Habíamos sobrevivido mucho junto con la enfermedad de mamá, pero siempre había mantenido las cosas en una sola pieza, había encontrado formas de dejar de preocuparme y divertirme con él, pero esto era diferente. Jacques no había sabido qué hacer con esta versión de mí, que se quedaba en la cama y no podía escribir ni leer sin desmoronarse, que andaba dando tumbos en casa dejando que la ropa se amontonara y la fealdad se filtrara en nuestro apartamento de ensueño, quien nunca quiso organizar fiestas o caminar por el puente de Brooklyn al atardecer o reservar una escapada de último minuto a Joshua Tree.

EMILY HENRY

BEACH

108

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh

Me dijo una y otra vez que no era la misma. Pero estaba equivocado. Era la misma que siempre había sido. Simplemente había dejado de intentar brillar en la oscuridad para él, o para cualquier otra persona.

Era nuestra hermosa vida juntos, unas vacaciones increíbles y grandes gestos y flores recién cortadas en jarrones hechos a mano, lo que nos había mantenido juntos durante tanto tiempo.

No era que no pudiera tener suficiente de él. O que era el mejor hombre que hubiera conocido. (Pensé que era mi padre, pero ahora era el padre de mi drama adolescente favorito de la década de 2000, *Veronica Mars*). O que era mi persona favorita. (Esa era Shadi.) O porque él me hacía reír tanto que lloraba. (Se reía con facilidad, pero rara vez bromeaba). O que cuando sucedía algo malo, él era la primera persona a la que quería llamar. (No lo era).

Fue por habernos conocido a la misma edad que habían tenido mis padres, que la pelea de bolas de nieve y el viaje improvisado por carretera se habían sentido como el destino, que mi madre lo adoraba. Había encajado tan perfectamente en la historia de amor que me había imaginado que lo confundí con el amor de mi vida.

Romper aúnapestaba de todas las formas imaginables, pero una vez que el dolor inicial se disipó, los recuerdos de nuestra relación empezaron a parecer una historia más que había leído. Odiaba pensar en eso. No porque lo extrañara, sino porque me sentía mal por perder tanto de su tiempo, y el mío, intentando ser la chica de sus sueños.

—Estuvimos juntos —repetí—. Hasta el año pasado.

—Guau. —Gus se rio con torpeza—. Es un largo tiempo. Ahora... en serio estoy arrepintiéndome de burlarme de su escalada en roca sin camisa.

—Está bien —dije, encogiéndome de hombros—. Me dejó en un jacuzzi. —Afuera de una cabaña en Catskills, tres días antes de que terminara nuestro viaje con su familia. La espontaneidad no siempre era tan sexy como parecía. *Simplemente ya no eres la misma*, me había dicho. *Así no funcionamos*, January.

Partimos a la mañana siguiente, y en el camino de regreso a Nueva York, Jacques me había dicho que llamaría a sus padres cuando regresáramos para darles la noticia.

Mamá va a llorar, dijo. También Brigitte.

Incluso en ese momento, probablemente me sentí más devastada por perder a los padres y la hermana de Jacques, una estudiante de secundaria luchadora con un estilo impecable de la década de 1970, que el propio Jacques.

—¿En un jacuzzi? —repitió Gus—. Maldita sea. Honestamente, ese tipo era siempre tan egocéntrico que dudo que pudiera siquiera verte a través del resplandor de su propio cuerpo reluciente.

Esboqué una sonrisa.

—Estoy segura de que era así.

—Oye —dijo Gus.

—Oye, ¿qué?

Inclinó la cabeza hacia un puesto de algodón de azúcar.

—Creo que deberíamos comer eso.

—Y ahí está finalmente —dije.

—¿Qué? —preguntó Gus.

—La segunda cosa en la que estamos de acuerdo.

Gus pagó el algodón de azúcar y no discutí.

—No, está bien —bromeó cuando no dije nada—. Puedes simplemente deberme. Puedes devolverme el dinero cuando quieras.

—¿Cuánto era? —pregunté, arrancando un pedazo enorme y bajándolo dramáticamente en mi boca.

—Tres dólares, pero está bien. Solo pásame el dólar cincuenta más tarde.

—¿Estás seguro de que no es demasiado problema? —pregunté—. Estoy feliz en ir a buscar un cheque de caja.

—¿Sabes dónde está el Western Union más cercano? —dijo—. Probablemente podrías transferirlo ahí.

—¿Qué tipo de interés estabas pensando? —pregunté.

—Puedes darme tres dólares cuando te lleve a casa, y luego, si alguna vez descubro que necesito un órgano, podemos repetir.

—Seguro, seguro —coincidí—. Deberíamos anotarlo.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—Sí, de todos modos, probablemente deberíamos contar con nuestros abogados.

—Buen punto —dije—. Hasta entonces, ¿qué quieres montar?

—¿Montar? —preguntó Gus—. ¿Aquí? Absolutamente nada.

—Bien —dije—. ¿Qué estás dispuesto a montar?

Habíamos estado caminando, hablando y comiendo a un ritmo alarmante, y Gus se detuvo de repente, ofreciéndome el último trozo de algodón de azúcar.

—Eso —respondió mientras yo comía, y señaló un carrusel patéticamente pequeño—. Parece que le costaría *mucho* matarme.

—¿Cuánto pesas, Gus? ¿Tres latas de cerveza, algunos huesos y un cigarrillo? —Y todas esas líneas duras y esas crestas esbeltas de músculos que definitivamente no había mirado boquiabierto—. Cualquiera de esos animales pintados podría matarte con un estornudo.

—Guau —dijo—. En primer lugar, puede que solo pese tres latas de cerveza, pero siguen siendo tres latas de cerveza más que tu exnovio. Parecía que no hacía nada más que masticar pasto de trigo mientras corría. Peso fácilmente el doble de lo que él pesaba. En segundo lugar, no tienes derecho a hablar: ¿mides qué, un metro cincuenta?

—De hecho, mido un buen metro sesenta y tres —dije.

Entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—Eres tan pequeña como ridícula.

—Entonces, ¿no mucho?

—Carrusel, oferta final —dijo Gus.

—Este es el lugar perfecto para nuestro montaje —dije.

—¿Nuestro qué?

—Una joven, extremadamente hermosa y *muy alta para su estatura*, mujer con zapatos deportivos radiantes le enseña a un temeroso cascarrabias odioso cómo disfrutar de la vida —dije—. Habría muchas sacudidas de cabeza. Mucho de mí arrastrándote de una atracción a otra. De ti arrastrándome fuera de la fila. Yo arrastrándote de vuelta a ella. Sería adorable y, lo que es más importante, te ayudará con tu libro súper romántico de culto al suicidio. Es la parte de la novela de la promesa de la

EMILY HENRY

BEACH

111

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

premisa, cuando tus lectores están sonriendo de oreja a oreja. *Necesitamos un montaje.*

Gus se cruzó de brazos y me estudió con los ojos entrecerrados.

—Vamos, Gus. —Golpeé su brazo—. Puedes hacerlo. Sé adorable.

Sus ojos se dirigieron hacia donde lo había golpeado, luego volvieron a mi cara, y frunció el ceño.

—Creo que me has malentendido. Dije *adorable*.

Su expresión hosca se quebró.

—Bien, January. Pero no será un montaje. Elige *una* trampa mortal. Si sobrevivo a eso, puedes dormir bien esta noche sabiendo que me acercaste un paso más a creer en los finales felices.

—Oh, Dios mío —dije—. Si escribieras esta escena, ¿moriríamos?

—Si escribiera esta escena, no se trataría de nosotros.

—Guau. Uno, estoy ofendida. Dos, ¿de quién se trataría?

Escudriñó a la multitud y yo seguí su mirada.

—Ella —dijo finalmente.

—¿Quién?

Se acercó detrás de mí, su cabeza flotando sobre mi hombro derecho.

—Allí. En la parte inferior de la noria.

—¿La chica de la camiseta de *Screw Me, I'm Irish*? —pregunté.

Su risa fue cálida y áspera en mi oído. Estar tan cerca de él me traía recuerdos de la noche en la casa de fraternidad que preferiría no volver a visitar.

—La mujer trabajando en la máquina —dijo en mi oído—. Tal vez cometería un error y vería a alguien lastimarse por eso. Este trabajo era probablemente su última oportunidad, el único lugar que la contrataría después de que cometiera un error aún mayor. Quizás en una fábrica. O violó la ley para proteger a alguien que le importaba. Algún tipo de error casi inocente que podría llevar a errores menos inocentes.

Me giré para enfrentarlo.

EMILY HENRY
BEACH

112

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

—O tal vez tendría la oportunidad de ser una heroína. Este trabajo era su última oportunidad, pero le encanta y es buena en eso. Viaja, e incluso si en su mayoría solo ve estacionamientos, puede conocer gente. Y es una persona sociable. El error no es de ella: la maquinaria funciona mal, pero ella toma una decisión rápida y salva la vida de una niña. Esa chica se convierte en congresista o cirujana cardíaca. Las dos se cruzan de nuevo más adelante en el camino. La operadora de la noria es demasiado mayor para viajar con la feria. Ha estado viviendo sola, sintiendo que desperdició su vida. Entonces, un día, está sola. Tiene un infarto. Casi muere, pero se las arregla para llamar al nueve uno uno. La ambulancia la apresura, y quién es su médico, sino la misma niña.

—Por supuesto, Ferris no la reconoce, ya ha crecido. Pero la doctora nunca podría haber olvidado el rostro de Ferris. Las dos mujeres entablan una amistad. Ferris aún no viaja, pero dos veces al mes la doctora va a la caravana de Ferris y ven películas. Películas ambientadas en países diferentes. Ven *Casablanca* y comen comida para llevar marroquí. Ven *El Rey y yo* y comen comida siamesa, sea lo que sea. Incluso ven, ¡jadeo! *El Diario de Bridget Jones* mientras se dan atracones de pescado y patatas fritas. Pasan por veinte países antes de que Ferris fallezca, y cuando lo hace, la Doctora se da cuenta de que su vida fue un regalo que casi no consiguió. Toma algunas de las cenizas de Ferris (su imbécil hijo ingrato no vino a recogerlas) y emprende un viaje alrededor del mundo. Está agradecida de estar viva. El fin.

Gus me miró fijamente, solo una esquina de su boca muy torcida apenas involucrada. Estaba bastante segura de que estaba sonriendo, aunque los surcos profundos entre sus cejas parecían no estar de acuerdo.

—Entonces escríbelo —dijo finalmente.

—Quizás lo haga —dije.

Eché un vistazo a la mujer de cabello gris trabajado en la maquinaria.

—Ese —dijo—. Estoy dispuesto a montar en ese. Pero solo porque confío muchísimo en Ferris.

ways have
didn't you know!

El Olive Garden

No hubo montaje. Fue una noche lenta sobre el asfalto cálido, bajo el resplandor de neón y el metal chirriante de las atracciones baratas. Horas de comer alimentos fritos y beber cerveza con infusión de limón en latas pegajosas entre visitas a cada una de las siete atracciones. No hubo arrastre dentro y fuera de las filas. Solo fue deambular. Contar historias.

Gus señaló a una chica embarazada con un tatuaje de alambre de púas.

—Ella se une al culto.

—No lo hace —no estaba de acuerdo.

—Sí, lo hace. Pierde al bebé. Es horrible. Lo único que comienza a devolverle la vida es esta estrella en ascenso de YouTube que sigue. Se entera de New Eden por él, luego va a un seminario de fin de semana y nunca se va.

—Está allí durante dos años —contrarresté—. Pero luego su hermano pequeño va a buscarla. No quiere verlo y los de seguridad están intentando sacarlo de allí, pero luego él saca una ecografía. Su novia, May, está embarazada. Un niño. Fecha probable de parto en un mes. Ella no se va con él, pero esa noche...

—Intenta irse —continuó Gus—. No la dejarán. La encierran en una habitación blanca para descontaminarla. Dicen que, su exposición a la energía de su hermano ha alterado la química de su cerebro temporalmente. Tiene que completar los cinco pasos de purificación. Si aún quiere irse después de eso, la dejarán.

—Los completa —dije—. El lector cree que la han perdido. Que está estancada. Pero la última línea del libro es una pista. Algo que solían decir su hermano y ella. Alguna señal de que mantuvo a salvo una parte secreta

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

de sí misma, y la única razón por la que aún no se va es porque hay personas atrapadas allí a las que quiere ayudar.

Estuvimos yendo y viniendo así toda la noche, y cuando finalmente nos detuvimos, solo fue porque montar el “scrambler” me dejó tan mareada que corrí hasta el bote de basura más cercano y vomité con ganas.

Incluso aunque el perrito caliente cubierto con chili recién comido volvió a subir, pensé que la noche había sido un éxito. Después de todo, Gus agarró mi cabello y lo apartó de mi cara mientras vomitaba.

Al menos hasta que refunfuñó:

—Mierda, odio el vómito —y salió corriendo con náuseas.

Odio, descubrí en el camino a casa, era una forma menos vergonzosa de decir *temo*.

El nominado al Premio Nacional del Libro, Augustus Everett, tenía fobia a los vómitos, y lo había sido desde que una niña llamada Ashley en su clase de cuarto grado vomitó en la parte posterior de su cabeza.

—No he vomitado fácilmente en quince años —me dijo—. Y he tenido la gripe estomacal dos veces en ese tiempo.

Luché contra las risitas mientras conducía. En general, las fobias no me parecían graciosas, pero Gus era un antiguo sepulturero convertido en investigador de cultos suicidas. Nada de lo que dijo Grace en nuestra entrevista lo había hecho pestañear y, sin embargo, los paseos baratos y el vómito casi lo habían superado.

—Dios, lo siento —dije, recuperando el control. Lo miré, me recosté en mi asiento del pasajero con un brazo doblado detrás de su cabeza—. No puedo creer que mi primera lección sobre historias de amor en realidad te haya desenterrado múltiples traumas. Al menos no terminaste también... ya sabes qué... —No dije la palabra, por si acaso.

Sus ojos se posaron en mí y la comisura de su boca se curvó.

—Créeme, me fui justo a tiempo. Un segundo más y *tú* habrías conseguido un Ashley Phillips.

—Guau —dije—. Y sin embargo, sostuviste mi cabello. Tan noble. Tan valiente. Tan desinteresado. —Estaba bromeando, pero en realidad fue bastante dulce.

EMILY HENRY

BEACH

—Sí, bueno, si no tuvieras un cabello tan bonito, no me habría molestado. —Sus ojos volvieron a la carretera—. Pero aprendí mi lección. Nunca más intentaré ser un héroe.

—Mis padres se conocieron en una feria. —No quise decirlo; solo salió.

Me miró con expresión inescrutable.

—Ah, ¿sí?

Asentí. Tenía la intención de dejar el tema por completo, pero los últimos días habían aflojado algo en mí, y las palabras salieron a raudales.

—Durante su primer año, en la Estatal de Ohio.

—Oh, no *La* Universidad Estatal de Ohio —bromeó. Los habitantes de Michigan y Ohio tenían una gran rivalidad que a menudo olvidaba debido a mi total ignorancia de los deportes. Los hermanos de papá se habían referido cariñosamente a él como el *Gran Desertor*, y él se burló de mí con el mismo apodo cuando elegí la Universidad de Michigan.

—Sí, la misma —seguí el juego.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos.

—Entonces —pidió—, cuéntame sobre eso.

—No —dije, dándole una sonrisa sospechosa—. No quieres escuchar eso.

—Estoy legalmente obligado a hacerlo —dijo—. ¿De qué otra manera voy a aprender sobre el amor?

Un dolor atravesó mi pecho.

—Quizás no de ellos. Él la engañó. Mucho. Mientras ella tenía cáncer.

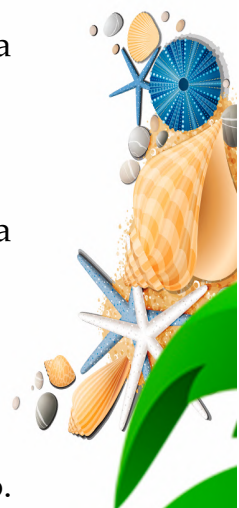
—Maldita sea —dijo—. Eso es una mierda.

—Dice el hombre que no cree en las citas.

Pasó una mano por su cabello ya desordenado, dejándolo devastado. Sus ojos se posaron en mí y luego volvieron a la carretera.

—La fidelidad nunca fue mi problema.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—La fidelidad en un lapso de dos semanas no es exactamente impresionante —señalé.

—Te haré saber que salí con Tessa Armstrong durante un mes —dijo.

—¿De forma monogámica? Porque me parece recordar una noche sórdida en una casa de fraternidad que sugeriría lo contrario.

La sorpresa salpicó su cara.

—Había roto con ella cuando eso sucedió.

—Te vi esa mañana con ella —dije. Probablemente debería haber sido vergonzoso admitir que recordaba todo eso, pero Gus no pareció darse cuenta de eso. De hecho, pareció un poco insultado por la observación.

Volvió a revolver su cabello y dijo con irritación:

—Rompí con ella en la fiesta.

—No estaba en la fiesta —dije.

—No. Pero como no era el siglo XVII, tenía un teléfono.

—¿Llamaste desde una fiesta y dejaste a tu novia? —exclamé—. ¿Por qué harías eso?

Miró en mi dirección con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué crees, January?

Estaba agradecida por la oscuridad. De repente mi cara estaba en llamas. Mi estómago se sentía como si lava derretida se derramara en él. ¿Estaba entendiendo mal? ¿Debería preguntar? ¿*Importaba*? Eso fue hace casi una década, e incluso si las cosas *hubieran* ido de manera diferente esa noche, a la larga no habría significado nada.

Aun así, estaba ardiendo.

—Bueno, mierda —dije. No pude sacar nada más.

Se rio.

—De todos modos, tus padres —dijo—. No pudo haber sido del todo malo.

Aclaré mi garganta. No podría haber sonado menos natural. Bien podría haber gritado *NO QUIERO HABLAR DE MIS TRISTES PADRES*.

MIENTRAS TENGO PENSAMIENTOS ARDIENTES SOBRE TI y haber terminado de una vez.

—No lo fue —dije, concentrándome en el camino—. No creo.

—¿Y la noche en que se conocieron? —presionó.

Una vez más, las palabras salieron a borbotones de mí, como si hubiera tenido que decirlas durante todo el año, o tal vez fueron solo una distracción bienvenida de la otra conversación que estábamos teniendo.

—Fueron a esta feria en una iglesia católica local —dije—. No juntos. De hecho, fueron por separado a la misma feria. Y luego terminaron haciendo fila uno al lado del otro por esa cosa Esmeralda. Ya sabes, ¿la psíquica animatrónica en una caja?

—Oh, la conozco bien —dijo—. Ella fue uno de mis primeros enamoramientos.

No había ninguna razón por la que debería haber enviado nuevos fuegos artificiales de calor a mis mejillas y, sin embargo, aquí estábamos.

—Así que, de todos modos —continué—. Mi mamá era la quinta rueda en esto, como una descarada cita doble intentando disfrazarse de Cita Casual. Entonces, cuando los demás se fueron a atravesar el Túnel del Amor, ella fue a buscar su fortuna. Mi papá dijo que *él* dejó su grupo cuando vio a esta hermosa chica pelirroja con un vestido azul de lunares.

—¿Betty Crocker¹³? —adivinó Gus.

—Es morena. Haz que te revisen los ojos —dije.

Una sonrisa curvó sus labios.

—Perdón por interrumpir. Sigue. Tu papá acaba de ver a tu mamá.

Asentí.

—De todos modos, pasó todo el tiempo que estuvo en la fila intentando averiguar cómo entablar una conversación con ella, y finalmente, cuando ella pagó por su predicción, comenzó a maldecir como un marinero.

Se rio.

—Me encanta ver de dónde sacas tus cualidades admirables.

¹³ **Betty Crocker:** marca y personaje ficticio utilizado en campañas publicitarias de alimentos y recetas.

Le mostré mi dedo medio y seguí.

—Su predicción se había quedado atascada a medio camino fuera de la máquina. Así que, papá da un paso al frente para salvar el día. Se las arregla para arrancar la mitad superior del boleto, pero el resto todavía está atascado en la máquina, de modo que mamá no puede entender las palabras. Entonces él le dijo que sería mejor que se quedara a ver si su fortuna salía con la suya.

—Oh, *esa* vieja línea —dijo, sonriendo.

—Funciona todo el tiempo —coincidí—. De todos modos, puso su moneda de cinco centavos y salieron los dos boletos. El de ella decía: *Conocerás a un apuesto extraño*, y el suyo decía: *Tu historia está a punto de comenzar*. —Aún las tenían enmarcadas en la sala de estar. O al menos, cuando estuve en casa por Navidad, aún estaban.

Ese dolor profundo me atravesó. Se sintió como una rebanadora de queso de metal, atravesada directamente por mi centro, dejada allí a la mitad de mi cuerpo. Pensé que extrañar a mi padre sería lo más difícil que haría en mi vida. Pero lo peor, lo más difícil, resultó ser estar enojada con alguien con quien no podías pelear.

Alguien a quien amabas lo suficiente como para *querer* desesperadamente superar la mierda y encontrar una manera de tener una normalidad nueva. Nunca obtendría una explicación real de papá. Mamá nunca recibiría una disculpa. Nunca podríamos ver las cosas “desde su punto de vista” o elegir activamente no hacerlo. Se había ido, y todo lo que habíamos planeado retener de él fue borrado.

—Se casaron tres meses después —dije a Gus—. Unos veinticinco años después de eso, el primer libro de su única hija, *Kiss Kiss, Wish Wish* salió con Sandy Lowe Books, con una dedicatoria que decía...

—“A mis padres” —dijo Gus—. “Quienes son prueba de la mano fuerte, aunque animatrónica, del destino”.

Mi boca se abrió. Casi había olvidado lo que me había dicho en la gasolinera, que había leído mis libros. O tal vez no me había permitido pensar en eso, porque me preocupaba que eso significara que los odiaba, y de alguna manera todavía estaba compitiendo con él, necesitando que me reconociera como su rival e igual.

—¿Recuerdas eso? —Salió como un susurro.

Sus ojos saltaron hacia mí y mi corazón se elevó en mi garganta.

READ

Bookzinga

—Es por eso por lo que pregunté por ellos —dijo—. Pensé que era la dedicatoria más agradable que jamás hubiera leído.

Hice una mueca. Viniendo de él, eso podría no haber sido un cumplido.

—“Más agradable”.

—Bien, January —dijo en voz baja—. Pienso que fue bonita. ¿Eso es lo que quieres que admita?

Otra vez mi corazón se elevó a través de mi pecho.

—Sí.

—Pensé que fue bonita —dijo de inmediato, con sinceridad.

Giré mi rostro hacia la ventana.

—Sí, bueno. Resultó ser mentira. Pero supongo que mamá pensó que era bastante agradable. Sabía que la estaba engañando y se quedó con él.

—Lo siento. —Ninguno de los dos habló durante varios minutos. Gus se aclaró la garganta, finalmente. Lo hizo sonar tan natural—. Preguntaste por qué New Eden. ¿Por qué quería escribir sobre ello?

Asentí, contenta por el cambio de tema, aunque sorprendida por su transición.

—Supongo... —Se tiró del cabello con ansiedad—. Bueno, mi madre murió cuando yo era un niño. No sé si lo sabías.

No estaba segura de cómo lo habría hecho, pero incluso si no lo supiera por completo, encajaba con la imagen de él que había tenido en la universidad.

—Creo que no.

—Sí —dijo—. Así que, mi papá era una basura, pero mamá, era increíble. Y cuando era niño, pensaba, como, *está bien*, somos nosotros contra el mundo. Estamos atrapados en esta situación, pero no es para siempre. Y seguí esperando que ella lo dejara. Quiero decir, yo mantenía un bolso lleno de cómics, calcetines y barras de granola. Tuve esta visión de nosotros subiéndonos a un tren, viajando hasta el final de la línea, ¿sabes? —Cuando sus ojos se movieron hacia mí, la comisura de su boca estaba curvada, pero la sonrisa no era real.

EMILY HENRY

BEACH

120

Decía: *¿No es ridículo? ¿No era ridículo?* Y supe leerlo porque era una sonrisa que había estado practicando durante un año: *¿Puedes creer que fui tan estúpida? No te preocupes. Ahora lo sé mejor.*

Un peso presionó bajo en mi estómago ante la imagen: Gus, antes de que fuera el Gus que conocía. Un Gus que soñaba despierto con escapar, que creía que alguien lo rescataría.

—¿A dónde iban a ir? —pregunté. Salió como poco más que un susurro.

Sus ojos volvieron a la carretera y el músculo de su mandíbula se crispó, luego se relajó, su rostro sereno una vez más.

—Las secuoyas —dijo—. Estoy bastante seguro de que pensé que podríamos construir una casa en el árbol allí.

—Una casa en el árbol en las secuoyas —repetí en voz baja, como si fuera una oración, un secreto. En cierto modo, lo era. Era una pieza pequeña de un Gus que nunca había imaginado, uno con nociones románticas y esperanza de lo improbable—. Pero ¿qué tiene eso que ver con New Eden?

Tosió, miró por el espejo retrovisor y volvió a mirar hacia la carretera.

—Supongo... hace unos años, me di cuenta de que mi madre no era una niña. —Se encogió de hombros—. Pensé que estábamos esperando el momento perfecto para irnos, pero ella nunca lo haría. Ella nunca lo iba a hacer. Podría habernos sacado de allí, y no lo hizo.

Negué con la cabeza.

—Dudo que fuera tan simple.

—Por eso —murmuró—. Sé que no fue simple, y cuando hablo de este libro, le digo a la gente que es porque quiero “explorar las razones por las que la gente se queda, sin importar el costo”, pero la verdad es que solo quiero entender *sus* razones. Sé que eso no tiene sentido. Esta cosa de culto no tiene nada que ver con ella.

No importa el costo. ¿Qué le había costado a su madre quedarse? ¿Cuánto le había costado a Gus? El peso en mi estómago se había extendido, estaba presionando contra el interior de mi pecho y palmas. Empecé a publicar romances porque quería vivir en mis momentos más felices, en el lugar seguro donde siempre había estado el amor de mis

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

padres. Me habían reconfortado tanto los libros con la promesa de un final feliz, y quería darle a otra persona ese mismo regalo.

Gus estaba escribiendo para intentar entender algo horrible que le había sucedido. No es de extrañar que lo que escribíamos fuera tan diferente.

—Tiene sentido —dije finalmente—. A nadie le gusta “buscar respuestas parentales post mortem” como yo. Si mirara la película *300* en este momento, probablemente encontraría la manera de hablar de mi papá.

Me dio una sonrisa leve.

—Gran película. —Obviamente fue un *Gracias y Sigamos adelante*. Tan diferentes como pensaba que éramos, se sentía un poco como si Gus y yo fuéramos dos extraterrestres que nos habíamos encontrado en la Tierra solo para descubrir que compartíamos un idioma nativo.

—Deberíamos tener un club de cine —dije—. Siempre estamos en la misma página sobre este tema.

Se quedó callado por un momento, pensativo.

—En realidad, fue una dedicatoria hermosa —dijo—. No se sintió como una mentira. Quizás una verdad complicada, pero no una mentira.

El calor me llenó hasta que me sentí como una tetera intentando no silbar.

Cuando llegué a casa, encendí mi computadora y pedí mi propia copia de *The Revelatories*.



Y aquí llegó el verdadero montaje.

Hice una cirugía en el libro. Lo rompí y guardé las piezas en archivos separados. Ellie se convirtió en Eleanor. Pasó de ser una agente de bienes raíces con mala suerte a una equilibrista con una mancha de vino de Oporto con la forma de una mariposa en la mejilla, por Detalles Absurdamente Específicos. Su padre se convirtió en un traga espadas y su madre en una mujer barbuda.

EMILY HENRY
BEACH

122

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

READ

Bookzinga

Pasaron del siglo XXI a principios del XX. Formaban parte de un circo ambulante. Esa era su familia: un grupo muy unido que terminaba todas las noches fumando cigarrillos enrollados a mano alrededor de una fogata. Era el único mundo que ella había conocido.

Pasaron cada momento juntos, pero de alguna manera se dijeron muy poco. No había mucho tiempo para hablar en su línea de trabajo.

Cambié el nombre del archivo, de *BEACH_BOOK.docx* a *FAMILY_SECRETS.docx*.

Quería saber si alguna vez podrías conocer completamente a alguien. Si saber *cómo* eran (cómo se movían y hablaban, las caras que hacían y las cosas que intentaban no mirar) equivalía a conocerlos. O si saber cosas sobre ellos (dónde habían nacido, todas las personas que habían sido, a quienes habían amado, los mundos de los que venían) significaba algo.

Les di a cada uno un secreto. Esa parte fue la más fácil.

La madre de Eleanor se estaba muriendo, pero no quería que nadie lo supiera. Los payasos que todos creían hermanos eran en realidad amantes. El traga espadas todavía estaba enviando cheques por correo a una familia en Oklahoma.

Se volvieron cada vez menos como las personas que conocía, pero de alguna manera, sus problemas y secretos se volvieron más personales. No podía poner a mi padre ni a mi madre en un papel. Nunca podría hacerlo bien. Pero estos personajes llevaban la verdad de las personas que amaba.

Me gustó especialmente escribir un mecánico llamado Nick. Me encantaba saber que nadie excepto yo reconocería el esqueleto de Augustus Everett alrededor del cual había construido el personaje.

Gus y yo teníamos el hábito de escribir en nuestras respectivas mesas de la cocina alrededor del mediodía, y la mayoría de los días nos turnábamos para mostrarnos notas. Se volvieron cada vez más elaboradas. Era obvio que si bien algunas eran espontáneas, otras estaban planificadas, escritas más temprano en el día o incluso la noche anterior. Toda vez que llegaba la inspiración. Aquellas escritas al momento especialmente se volvían absurdas cuando la locura de la escritura se apoderaba de nosotros. A veces me reía tanto que perdía el control de los músculos de mis manos y no podía escribir más notas. Nos reíamos hasta que ambos

EMILY HENRY

BEACH

123

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

recostáramos nuestras cabezas en nuestras mesas. Él resoplaría en su café. Yo casi me ahogaría en el mío.

Comenzó con trivialidades como *ES MEJOR HABER AMADO Y PERDIDO QUE NUNCA HABER AMADO EN ABSOLUTO* (yo) y *EL UNIVERSO NO PARECE NI BENIGNO NI HOSTIL, SIMPLEMENTE INDIFERENTE* (él), pero por lo general terminaba con cosas como *A LA MIERDA ESCRIBIR* (yo) y *¿DEBERÍAMOS SIMPLEMENTE ABANDONAR ESTO Y CONVERTIRNOS EN MINEROS DE CARBÓN?* (él).

Una vez me escribió para decirme que *LA VIDA ES COMO UNA CAJA DE CHOCOLATES. REALMENTE NO SABES LO QUE ESTÁS COMIENDO Y LA IMAGEN DEL CHOCOLATE EN LA TAPA SIEMPRE ESTÁ JODIDAMENTE MAL.*

Le escribí para decirle que *SI ERES UN PÁJARO, YO SOY UN PÁJARO.*

Me hizo saber que *EN EL ESPACIO, NADIE PUEDE ESCUCHARTE GRITAR*, y le respondí, *NO TODOS LOS QUE DEAMBULAN ESTÁN PERDIDOS.*

Revisar las cosas de papá cayó en un segundo plano, pero no me importaba postergar las cosas. Por primera vez en meses, no me estremecía cada vez que mi teléfono o mi computadora portátil sonaban. Estaba progresando. Por supuesto, gran parte de ese progreso fue la investigación, pero por cada nuevo dato que obtenía sobre la cultura circense del siglo XX, parecía que una nueva bombilla de trama se iluminada sobre mi cabeza.

Por la noche, Gus y yo nos sentábamos en nuestras terrazas separadas, tomando una copa y viendo cómo el sol se deslizaba hacia el lago. La mayoría de las noches hablábamos desde el otro lado de la brecha, principalmente sobre lo productivos que habíamos sido o no, sobre las personas que podíamos ver desde nuestras terrazas y las historias que podíamos imaginar para ellos. Hablábamos de los libros (y películas) que habíamos amado (y odiado), la gente con la que habíamos ido a la escuela (ambos juntos en la Universidad de Michigan y antes de eso: Sara Tulane, que solía tirarme del pelo en el jardín de infantes; Mariah Sjogren, quien rompió con Gus, de dieciséis años (después de tres meses completos de relación, estaba demasiado orgulloso para decírmelo) porque fumaba un cigarrillo en el auto con ella y “besar a un fumador es como lamer un cenicero”).

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Hablamos sobre nuestros terribles trabajos (mi puesto de lavado de autos a tiempo parcial en la escuela secundaria, donde los clientes me acosaban sexualmente con regularidad y tenía que fregar el túnel antes de poder ir a casa por la noche; su trabajo en el centro de llamadas en una fábrica de uniformes, donde le gritaban por bordados incorrectos y retrasos en los envíos). Hablamos sobre los álbumes más vergonzosos que habíamos tenido y los conciertos en los que habíamos estado (eliminados en aras de la dignidad).

Y otras veces, nos sentábamos en silencio, no del todo juntos, pero definitivamente no solos.

—Entonces, ¿qué piensas? —pregunté una noche—. ¿El romance y la felicidad son más difíciles de lo que parecen?

—Nunca dije que fueran fáciles —dijo después de un momento.

—Lo insinuaste —señalé.

—Dije que eran fáciles para *ti* —dijo—. Para mí, son tan desafiantes como estoy seguro de que estás imaginando.

La posibilidad flotaba en el aire: en cualquier momento, uno de nosotros podría haber invitado al otro y cualquiera de los dos habría aceptado. Pero ninguno de los dos preguntó, y las cosas siguieron como hasta ahora.

El viernes, partimos para nuestra excursión de investigación un poco antes de lo que hicimos la semana anterior y nos dirigimos hacia el este, tierra adentro.

—¿Con quién nos reuniremos esta vez? —pregunté.

—Dave —solo respondió Gus.

—Ah, sí, Dave. Soy una gran admiradora de su restaurante, Wendy's.

—Lo creas o no, Dave diferente —dijo. Estaba perdido en sus pensamientos, apenas jugando con nuestras bromas habituales.

Esperé a que continuara pero no lo hizo.

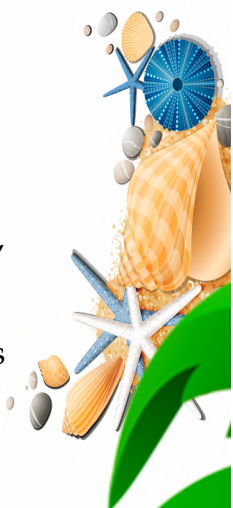
—¿Gus?

Su mirada se movió hacia mí, como si se hubiera olvidado de que estaba allí y mi presencia lo había sobresaltado. Se rascó la mandíbula. Su

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

sombra habitual de las cinco se había acercado más hacia el crepúsculo de las siete.

—¿Todo bien? —pregunté.

Sus ojos se movieron entre la carretera y yo tres veces antes de asentir. Casi pude verlo: tragándose todo lo que había estado considerando decir.

—Dave era parte de New Eden —dijo en su lugar—. Solo era un niño en ese entonces. Su madre lo sacó de allí unos meses antes del incendio. Su papá se quedó atrás. Estaba demasiado metido.

—Entonces, su padre...

Asintió.

—Murió en el fuego.

Nos íbamos a encontrar con Dave en un Olive Garden, y al entrar, Gus me advirtió que Dave era un alcohólico en recuperación.

—Tres años sobrio —dijo mientras esperábamos en el puesto del anfitrión—. Le dije que no beberíamos nada.

Llegamos antes que Dave a la mesa y pedimos un par de refrescos. No habíamos tenido ningún problema en hablar en el auto, pero sentarnos uno frente al otro en una cabina de Olive Garden era una historia diferente.

—¿Sientes que tu mamá nos acaba de dejar aquí antes del baile de bienvenida? —pregunté.

—Nunca fui al baile de bienvenida —dijo.

Fingí tocar un violín, momento en el que me di cuenta de que no tenía idea de cómo una persona sostenía realmente un violín.

—¿Qué es eso? —preguntó rotundamente—. ¿Qué estás haciendo?

—Creo que estoy sosteniendo un violín —respondí.

—No —dijo—. No, puedo decir con seguridad que no lo estás.

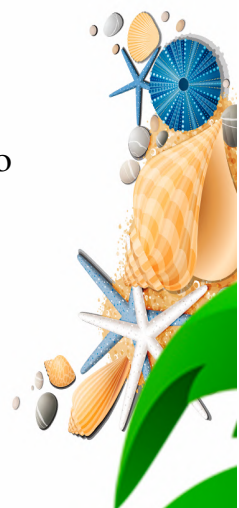
—¿En serio?

—Sí, en serio. ¿Por qué tu brazo izquierdo está tan estirado? ¿Se supone que el violín debe equilibrarse sobre él? Necesitas esa mano en el cuello.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh*

—Solo estás intentando distraerme de la tragedia de tu pérdida del baile de bienvenida.

Se rio, puso los ojos en blanco y se deslizó hacia adelante en su banco.

—Sobreviví de alguna manera, con mi tierno corazón humano intacto —dijo, repitiendo mis palabras de la feria.

Ahora *yo* puse mis ojos en blanco. Gus sonrió y chocó mi rodilla con la suya debajo de la mesa. Le devolví el golpe. Nos sentamos allí por un minuto, sonriéndonos el uno al otro sobre una canasta de palitos de pan en Olive Garden. Sentí un poco como si tuviera agua hirviendo en mi pecho. Pude sentir de inmediato sus manos callosas recogiendo mi cabello de mi cuello mientras vomitaba en un bote de basura de la feria. Pude sentir las en mis caderas y cintura, apretándome aún más a medida que bailábamos en el sótano sudoroso de la fraternidad. Pude sentir el costado de su mandíbula raspando mi sien.

Fue el primero que rompió el contacto visual y revisó su teléfono.

—Veinte minutos tarde —dijo sin mirarme—. Le daré diez más antes de llamar.

Pero Dave no respondió a la llamada de Gus. Y no respondió los mensajes de texto de Gus, o su buzón de voz, y pronto estábamos una hora y veinte minutos en los palitos de pan sin fondo, y nuestra camarera, Vanessa, había comenzado a evitar seriamente nuestra mesa.

—A veces sucede esto —dijo Gus—. Se asustan. Cambian de parecer. Piensan que están listos para hablar de algo cuando en realidad no lo están.

—¿Qué hacemos? —pregunté—. ¿Deberíamos seguir esperando?

Abrió uno de los menús de la mesa. Lo hojeó por un minuto, luego señaló una foto de una bebida azul congelada con un paraguas rosa brotando de ella.

—Eso —dijo—. Creo que eso es lo que hacemos.

—Bueno, mierda —dije—. Si bebemos nuestras cosas azules, congeladas *ahora*, tendré que repensar totalmente mi plan para mañana por la noche.

Enarcó una ceja.

—Vaya, estaba viviendo el estilo de vida de un escritor de romance todo el tiempo y ni siquiera lo sabía.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—¿Ves? Naciste para esto, Augustus Everett.

Se estremeció.

—¿Por qué haces eso?

—¿Qué? —dijo.

Repetí:

—Augustus Everett. —Sus hombros se levantaron, aunque un poco más discretamente esta vez—. *Eso*.

Gus levantó el menú mientras Vanessa intentaba pasar y se detuvo chirriando como Wile E. Coyote al borde de un acantilado.

—¿Podríamos conseguir dos de estas cosas azules? —preguntó.

Sus ojos estaban haciendo la cosa de rayos X sexy e intimidante. El color se apoderó de las mejillas de la chica. O tal vez estaba proyectando lo que me estaba pasando en ella.

—Claro que sí. —Se alejó a toda velocidad y Gus volvió a mirar el menú.

—Augustus —dije.

—Mierda —dijo, estremeciéndose de nuevo.

—En serio no te gusta compartir cosas sobre ti con otras personas, ¿verdad?

—No particularmente —respondió—. Ya sabes sobre la fobia a los vómitos. Algo más que eso y tendrás que firmar un acuerdo de confidencialidad.

—Felizmente —dije.

Suspiró y se inclinó hacia adelante, con los antebrazos apoyados en la mesa. Su rodilla rozó la mía debajo de la mesa, pero ninguno de los dos se apartó y todo el calor de mi cuerpo pareció concentrarse allí.

—La única persona que me llamaba así era mi padre. —Se encogió de hombros—. Ese nombre se solía decir con un tono de desaprobación. O se gritaba con rabia.

Mi estómago se retorció y un sabor amargo se deslizó por la parte posterior de mi boca al tiempo que buscaba algo que decir. No pude evitar buscar en sus pupilas signos de la historia que había estado

EMILY HENRY
BEACH

128

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

reconstruyendo durante días. Su madre se había quedado con su padre, *sin importar el costo*, y parte de eso había sido que su hijo había aprendido a odiar su propio nombre.

La mirada de Gus se levantó del menú. Parecía tranquilo, serio. Pero era una mirada practicada, a diferencia de las abiertamente seductoras que a veces se apoderaba de su rostro cuando estaba absorto en sus pensamientos, trabajando para comprender alguna información nueva.

—Lo siento —dije con impotencia—. Que tu papá fuera un idiota.

Soltó una carcajada sin aliento.

—¿Por qué la gente siempre dice eso? No es necesario que lo lamentos. Está en el pasado. No te lo dije para que lo lamentaras.

—Bueno, me lo dijiste porque te lo pedí. Así que, al menos déjame lamentar eso.

Se encogió de hombros.

—Está bien.

—Gus —dije.

Me miró de nuevo a los ojos. Sentí como una marea cálida precipitándose sobre mí, de los pies a la cabeza. Su expresión se había convertido en curiosidad abierta.

—¿Cómo *eras*? —preguntó.

—¿Qué?

—Sabes lo suficiente sobre mi infancia. Quiero saber sobre la bebé January.

—Oh, Dios —dije—. Era demasiado.

Su risa vibró a través de la mesa y mi interior comenzó a burbujear como champán.

—Déjame adivinar. Escandalosa. Precoz. Sala llena de libros, organizados de una manera que solo tú entendías. Cercana a tu familia y un par de amigos muy unidos, con todos los cuales probablemente todavía hablas con regularidad, pero amigos casuales con cualquier otra persona con algo de pulso. Una super dotada en secreto, que tenía que ser la mejor en algo incluso si nadie más lo sabía. Ah, y propensa a hacer malabares o bailar claqué para llamar la atención en cualquier multitud.

EMILY HENRY

BEACH

READ

Bookzinga

—Guau —dije un poco aturdida—. Me clavaste y criticaste, aunque las lecciones de claqué fueron idea de mi madre. Solo quería los zapatos. De todos modos, pasaste por alto que tuve brevemente un santuario para Sinéad O'Connor, porque pensé que me hacía parecer interesante.

Se rio y negó con la cabeza.

—Apuesto a que eras una pequeña friki adorable.

—Era una friki —dije—. Creo que ser hija única hizo eso. Mis padres me trataban como a un televisor vivo. Como si fuera un bebé genio divertido e interesante. En serio, pasé la mayor parte de mi vida confiando ilusoriamente en mí y en mi futuro.

Y que sin importar lo demás, el hogar siempre sería un lugar seguro, donde los tres pertenecíamos. Una sensación de ardor estalló en mi pecho. Cuando levanté la vista y me encontré con los ojos de Gus, recordé dónde estaba, con quién estaba hablando, y casi esperé que se regodeara. La ingenua de ojos brillantes con todos los finales felices finalmente había sido masticada, las gafas de color rosa molidas hasta convertirse en polvo.

En cambio, dijo:

—Hay cosas peores que una ilusión de confianza.

Estudí sus oscuros ojos concentrados y su torcida boca relajada: una mirada de total sinceridad. Estaba más convencida que nunca de que no era la única que había cambiado desde la universidad, y no estaba segura de qué decirle a este nuevo Gus Everett.

En algún momento los cócteles azules congelados habían aparecido sobre la mesa, como por arte de magia. Aclaré mi garganta y levanté mi vaso.

—Por Dave.

—Por Dave —coincidió Gus, chocando su vaso de plástico con el mío.

—La mayor decepción de esta noche, de lejos —dije—, es que en realidad no incluyeron los paraguas de papel.

—Ves —dijo—. Es una mierda como esta que me hace imposible creer en los finales felices. Nunca obtienes los paraguas de papel que te prometieron en este mundo.

EMILY HENRY

BEACH

130

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—Gus —dije—. Debes *ser* los paraguas de papel que deseas ver en este mundo.

—Gandhi era un hombre sabio.

—En realidad, estaba citando a mi poeta favorito, Jewel.

Su rodilla presionó contra la mía y el calor se acumuló entre mis piernas. Presioné en respuesta. Sus ásperas yemas de los dedos tocaron tentativamente mi rodilla, se deslizaron hacia arriba hasta que encontró mi mano. Lentamente, volví la palma hacia él y su pulgar dibujó círculos gruesos en ella durante un minuto.

Cuando la acerqué, entrelazó sus dedos con los míos y nos sentamos allí, tomados de la mano debajo de la mesa, fingiendo que no lo estábamos. Fingiendo que no estábamos actuando como si tuviéramos dieciséis años y estuviéramos un poco obsesionados el uno por el otro.

Dios, ¿qué estaba pasando? ¿Qué estaba haciendo y por qué no podía detenerme? ¿Qué estaba *él* haciendo?

Cuando llegó la cuenta, Gus se apartó de mí y sacó su billetera.

—Yo me encargo —dijo, sin mirarme.

131



EMILY HENRY
BEACH



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

El sueño

Soñé con Gus Everett y desperté necesitando una ducha.



ways have
didn't you know!

La regla

Había planeado el sábado durante tres días, lo que me permitió pasar la mañana trabajando en el libro. Fue lento, no porque no tuviera ideas, sino porque requirió una investigación tan minuciosa para confirmar que cada escena fuera históricamente posible.

Empecé a trabajar a las ocho y me las había arreglado para escribir unas quinientas palabras cuando Gus vino a sentarse a la mesa de su cocina, frente a la mía. Escribió su primera nota del día y la sostuvo en alto. Entrecerré los ojos para leer.

LO SIENTO, ANOCHE ME PUSE RARO.

Mi cuaderno y marcador ya estaban listos. Siempre lo estaban. No sabía exactamente a qué se refería, pero imaginé que tenía algo que ver con ser adultos que no estaban saliendo, pero se tomaban de la mano debajo de una mesa en Olive Garden. Luché contra una sensación de hundimiento en mi estómago. Sí, había sido extraño.

También me había encantado.

Al ver la vida amorosa de Shadi, supe cómo reaccionaban los fóbicos a las relaciones como Gus Everett cuando los límites se rompían, cuando las cosas iban de lo amistoso a lo íntimo, o de lo sexual a lo romántico. Los tipos como Gus *nunca* eran los que frenaban cuando el tren del enredo emocional comenzaba a moverse, y *siempre* eran los que saltaban y rodaban fuera de las vías una vez que se daban cuenta de que habían alcanzado la velocidad máxima.

Necesitaba mantener la cabeza recta y los ojos despejados: *no tienes permitido romantizar*. Tan pronto como las cosas se complicaran, Gus se iría, y en este momento, me estaba dando cuenta de lo *poco* preparada que estaba para eso. Era mi único amigo aquí. Tenía que proteger eso. Además,

EMILY HENRY

BEACH

133

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

estaba la apuesta, de la que no podría beneficiarme por completo si me engañaba incluso antes de que ganara.

Le respondí:

GUS, NO SEAS RIDÍCULO. SIEMPRE FUISTE RARO.

La comisura de su boca se torció en una sonrisa. Sostuvo mi mirada durante un segundo demasiado tiempo, luego volvió a concentrarse en el cuaderno. Cuando lo sostuvo en alto a continuación, mostró una serie de números. Reconocí los tres primeros como el código de área local.

Mi estómago dio un vuelco. Garabateé los números pequeños en la parte superior de la página, luego escribí mi propio número de teléfono mucho más grande debajo, seguido de: *TODAVÍA ESCRIBIRÉ ESTAS NOTAS.*

Gus respondió: *BIEN.*

Escribí otras quinientas palabras para las tres y media de la tarde, momento en el que conduje hasta la tienda de donaciones para dejar la carga de cajas que había llenado en la habitación y el baño de arriba. Cuando regresé, limpié el baño de arriba y bajé las escaleras para ducharme en el baño que había estado usando durante las últimas dos semanas. La foto de mi papá y Sonya todavía colgaba de la pared, con la foto hacia adentro.

Me había sentido demasiado culpable para destruirla, pero pensé que era solo cuestión de tiempo hasta que reuniera el valor. Por ahora, era un recordatorio triste de que aún tenía por delante el trabajo más duro: el sótano al que ni siquiera había echado un vistazo y el dormitorio principal que había evitado por completo.

Aún no había bajado a la playa, lo que parecía una pena, así que después de haber hecho una olla de macarrones para sacarme de apuros hasta esta noche, me dirigí por el sendero boscoso hasta el agua. La luz que rebotaba sobre las olas desde el sol poniente era increíble, tonos rojos y dorados resplandecían sobre el lomo del lago. Me quité los zapatos y los llevé al borde del agua, soltando una maldición cuando la marea helada se precipitó sobre mis pies. Me arrastré hacia atrás, riendo sin aliento por la conmoción pura.

El aire era cálido, pero ni siquiera lo suficientemente caliente como para hacer que el frío fuera agradable. La mayoría de las personas que quedaban en la playa se habían puesto sudaderas o se habían envuelto en toallas y mantas. Todos y cada uno de esos rostros azotados por el viento

EMILY HENRY

BEACH

134

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

y quemados por el sol, todos esos cabellos enredados en el lago, esos ojos entrecerrados en la luz feroz. Mirando el mismo sol poniente.

Me causó dolor. De repente me sentí más sola que nunca. No había ningún Jacques romántico y de cabello maleable esperándome en Queens, nadie que me preparara una comida de verdad o me alejara de la computadora. Ni llamadas perdidas o los mensajes de texto de mamá de *Solo estaba pensando en Karyn y Sharyn y casi me oriné de nuevo*, y no había forma de que yo le enviara una foto de la luz del sol extendiéndose sobre el lago sin abrir la herida que era la casa del lago.

Solo había visto a Shadi dos veces desde el funeral y, con su horario de trabajo, la mayoría de los mensajes de texto de ella llegaban mucho después de que me hubiera ido a la cama, y la mayoría de mis respuestas salían mucho antes de que ella despertara.

Mis amigos escritores también habían dejado de reportarse, como si sintieran que cada nota de ellos, cada llamada y mensaje de texto, solo era un recordatorio más de lo terriblemente rezagada que me había quedado. Estaba cayendo. En cada momento de cada día, estaba retrocediendo mientras el resto del mundo avanzaba.

Honestamente, incluso extrañaba a Sharyn y Karyn: sentados en su colorida alfombra de trapo bebiendo el desagradable licor casero del que estaban tan orgullosos mientras vendían aceites esenciales caseros que olían muy bien, incluso si en realidad no curaban el cáncer.

Mi mundo se sentía vacío. Como si no hubiera nadie en él, excepto a veces Gus, y nada en él excepto este libro y la apuesta. Y sin importar lo mucho mejor que se sienta *este* libro en comparación con cada versión que haya aparecido en los últimos doce meses, no era suficiente.

Estaba en una playa hermosa, en un lugar hermoso, y estaba sola. Peor aún, no estaba segura si volviese a dejar de estar sola. Quería a mi mamá, y extrañaba a mi padre mentiroso.

Me senté en la arena, atraje mis piernas contra el pecho, apoyé la frente en las rodillas, y lloré. Lloré hasta que mi cara estaba caliente, roja y empapada, y habría seguido llorando si una gaviota no se hubiera cagado en mi cabeza, pero, por supuesto, lo hizo.

Así que, me paré y me volví hacia el camino solo para encontrar a alguien congelado en el medio, mirándome llorar feo como Tom Hanks en *Cast Away*.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refresh

Era como algo sacado de una película, la forma en que Gus estaba parado allí, excepto que no había nada romántico o mágico en ello. Aunque había estado llorando por estar sola, él era una de las últimas personas que hubiera elegido para verme así. Olvidando momentáneamente el montón de excrementos de pájaro en mi cabeza, me limpié la cara y los ojos, intentando hacerme ver más... algo.

—Lo siento —dijo, visiblemente incómodo. Miró de reojo hacia la playa—. Te vi venir aquí, y yo solo...

—Un pájaro hizo caca en mi cabeza —dije entre lágrimas. Al parecer, no había nada más para decir que *eso*.

Su mirada de empatía dolorosa se quebró bajo una risa silenciosa. Cerró la brecha entre nosotros y me dio un abrazo fuerte. La acción pareció incómoda, si no dolorosa, al principio para él, pero aun así fue un alivio ser abrazada.

—No tienes que decírmelo —dijo—. Pero solo para que sepas... puedes hacerlo.

Enterré mi cara en su hombro, y las palmaditas torpes de sus manos en mi espalda se establecieron en lentos círculos suaves, antes de que dejaran de moverse, simplemente se acurrucaron contra mi columna, acercándose más. Me permití hundirme en él. El llanto se había detenido tan rápido como había comenzado. Todo en lo que podía pensar era en la presión de su estómago y pecho duros, las crestas afiladas de sus caderas y su olor casi ahumado. El calor de su cuerpo y su aliento.

Era una mala idea estar aquí así con él, tocarlo así, pero también era embriagador. Decidí contar hasta tres y luego soltarme.

Llegué a dos antes de que su mano se deslizara por mi cabello, acunando la parte posterior de mi cabeza, luego se despejó de repente cuando dio un brusco paso hacia atrás.

—Guau. Eso es mucha mierda.

Estaba mirando su mano y la sustancia pegajosa que goteaba de ella.

—Sí, dije “pájaro” pero muy bien podría haber sido un dinosaurio.

—En serio. Supongo que deberíamos limpiarnos antes de despegar esta noche.

Sorbí y limpié las lágrimas residuales de mis ojos.

—¿Despegar fue un juego de palabras de pájaro intencional o...?

—Diablos, no —dijo, volviéndose hacia el sendero conmigo—. Dije eso porque asumí que íbamos a dar un paseo en helicóptero sobre el lago.

Una oleada de risa tímida me atravesó, rompiendo el nudo residual de emoción y calor en mi pecho.

—¿Esa es tu última suposición?

Me miró de arriba abajo, como si comparase mi atuendo con un uniforme ampliamente reconocido para mis citas en helicóptero.

—Sí, eso creo.

—Tan cerca.

—¿En serio? —dijo—. Entonces, ¿qué es? ¿Un avión pequeño sobre el lago? ¿Un submarino pequeño *bajo* el lago?

—Tendrás que esperar y averiguarlo.

Nos separamos entre nuestras casas y acordamos encontrarnos en mi auto en veinte minutos. Cuando me lavé el cabello por segunda vez ese día, me lo recogí en un moño y me puse el mismo atuendo (sin caca). Había empacado la mayoría de los suministros para nuestro viaje ese mismo día, así que todo lo que me quedaba por hacer era sacar el resto del refrigerador y meterlo en la conservadora que había encontrado en uno de los estantes inferiores de la cocina.

Eran las 7:30 cuando Gus y yo finalmente salimos y las 8:40 cuando finalmente llegamos a la Noche de Meg Ryan Night en el Autocine Big Boy Bobby.

—Oh, Dios mío —dijo Gus mientras conducíamos hasta la cabina para entregar los boletos que había comprado en línea—. Esta es una presentación triple. —Estaba leyendo la marquesina brillante a nuestra derecha: *Cuando Harry Conoció a Sally, Sintonía de Amor y Tienes un E-mail*—. ¿La mitad de esas películas no son navideñas?

El asistente levantó la puerta y yo salí.

—La mitad de tres es uno y medio, así que no, la mitad de estas películas no son películas navideñas.

—¿He mencionado que la cara de Meg Ryan me cabrea?

Me burlé.

—Uno, no. Dos, eso es imposible. Su rostro es adorable y perfecto.

—Quizás eso es lo que es —dijo Gus—. No podría decírtelo, y sé que no es lógico, pero yo... simplemente no puedo soportarla.

—Todo eso va a cambiar esta noche —prometí—. Confía en mí. Solo tienes que abrir tu corazón. Si puedes hacer eso, tu mundo será un lugar mucho más brillante a partir de ahora. Y *tal vez* incluso tengas la oportunidad de escribir una comedia romántica que se pueda vender.

—January —dijo solemnemente a medida que retrocedía hacia un lugar de estacionamiento abierto—, *imagina* lo que me harías si te llevara a una lectura de Jonathan Franzen de seis horas de duración.

—No puedo y no lo haré —dije—. Y si eliges usar uno de nuestros viernes por la noche de esa manera, no hay nada que pueda hacer para detenerte, pero es sábado y, por lo tanto, soy el capitán de este barco. Ahora, ven y ayúdame a averiguar dónde podemos comprar el Helado Sorpresa de Big Bobby del que leí en línea. De acuerdo con el sitio web, es “¡Vale TAAANTO la pena!”

—Más vale que así sea. —Gus suspiró, saliendo del Kia para unirse a mí. Mientras las vistas previas destellaban torpemente a través de la pantalla, nos abrimos paso a través del campo hasta los puestos de concesión. Me dirigí directamente hacia el letrero de madera pintado que parecía un helado, pero Gus me tocó el brazo, impidiéndome hacer fila de inmediato—. ¿Me prometes una sola cosa?

—Gus, no me enamoraré de ti.

—Una cosa más —dijo—. Por favor, haz todo lo posible por no vomitar.

—Si empiezo a hacerlo, me lo tragaré.

Gus se tapó la boca con la mano y tuvo arcadas.

—¡Es una broma! No vomitaré. Al menos no hasta que me lleves a esa lectura de seis horas. Ahora, ven. Me he pasado toda la semana deseando comer algo más que Pop-Tarts fríos.

—No creo que esta sea la mezcla heterogénea rica en vitaminas y nutrientes que parece estar imaginando.

—No necesito vitaminas. Necesito queso nacho y salsa de chocolate.

—Ah, en ese caso, planeaste la noche perfecta.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Como había comprado los boletos, Gus pagó por las palomitas de maíz y los Helados Sorpresa (6\$ cada uno, decididamente no vale la pena), y trató de comprarnos refrescos antes de que lo interrumpiera indiscretamente, haciendo todo lo posible para señalar que teníamos otras opciones en el auto.

Cuando regresamos, abrí la puerta trasera y puse los asientos del medio planos, revelando la disposición de almohadas y mantas que había empacado antes, junto con la hielera llena de cerveza.

—¿Impresionado? —pregunté.

—¿Por el espacio del maletero de tu auto? Absolutamente.

—Ja, ja, ja —dije.

—Ja, ja, ja —respondió.

Subimos por el maletero abierto y encendí el auto, sintonizando la radio en el canal correcto para escuchar el audio de la película antes de colocarme junto a Gus justo cuando comenzaron los créditos iniciales. A pesar de lo que había dicho sobre el espacio del maletero, el Kia no era exactamente grande. Tumbados bocabajo, con la barbilla apoyada en las manos, casi nos tocábamos en varios lugares y nuestros codos se *tocaban*. Esta posición no sería cómoda por mucho tiempo, y reorganizarnos con los dos en el auto iba a ser un desafío. Estar tan cerca de él también iba a ser un desafío.

Tan pronto como Meg Ryan apareció en pantalla, se inclinó un poco más cerca y susurró:

—¿Su cara en serio no te molesta?

—Creo que deberías ver a un médico —siseé—. Esa no es una reacción normal. —Tan pronto como obtuve el adelanto de mi primer libro, nos compré a Shadi y a mí como veinte películas de Meg Ryan para que pudiéramos verlas juntas a larga distancia cuando quisiéramos, comenzando en el mismo momento exacto para que pudiéramos enviar mensajes de texto sobre lo que estaba sucediendo en tiempo real y haciendo una pausa cada vez que una de nosotras tenía que orinar.

—Solo espera a escuchar cómo Meg Ryan pronuncia *caballos* cuando canta “Paseo en Trineo” —susurré a Gus—. Tu vida cambiará irrevocablemente.

Me miró como si no estuviera ayudando en mi caso.

EMILY HENRY
BEACH

139

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—Se ve tan jodidamente *presumida* —dijo.

—Mucha gente me ha dicho que me parezco a ella —dije.

—No hay forma de que eso sea cierto.

—Está bien, no lo han hecho, pero *deberían* haberlo hecho.

—Eso es ridículo —dijo—. No te pareces en nada a ella.

—Por un lado, estoy ofendida. Por otro lado, me alivia que probablemente no odies mi cara.

—No hay nada que odiar en tu cara —dijo con total naturalidad.

—Tampoco hay nada que odiar en el rostro de Meg Ryan.

—Bien, lo retiro. Amo su rostro. ¿Eso te hace feliz?

Me volví hacia él. Tenía la cabeza apoyada en la mano, el cuerpo inclinado hacia mí y la luz de la pantalla apenas alcanzaba sus ojos, dibujando en ellos franjas líquidas de color. Su cabello oscuro estaba tan desordenado como siempre, pero su vello facial había vuelto a estar bajo control, y ese olor a humo todavía colgaba de él.

—¿January? —murmuró.

Maniobré hacia mi lado, enfrentándolo y asentí.

—Me hace feliz.

Su rodilla chocó con la mía. Le di un golpe en respuesta.

La sombra de una sonrisa pasó por su rostro serio, allí y desapareció tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Bien —dijo.

Nos quedamos así durante mucho tiempo, fingiendo ver la película desde un ángulo en el que ninguno de los dos podía ver más de la mitad de la pantalla, con las rodillas juntas.

Siempre que uno de nosotros se reorganizaba, el otro lo seguía. Siempre que uno de nosotros ya no podía soportar la incomodidad de una posición, ambos cambiábamos. Pero nunca dejamos de tocarnos.

Estábamos en territorio peligroso.

No me había sentido así en años, ese peso casi doloroso de *querer*, ese miedo paralizante de que cualquier movimiento en falso lo arruinaría todo.

EMILY HENRY

BEACH

140

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Levanté la vista cuando sentí su mirada en mí, y él no apartó la mirada. Quería decir algo para romper la tensión, pero mi mente estaba despiadadamente en blanco. No en blanco como el cursor parpadeante en una pantalla blanca de intentar inventar una novela de la nada. En blanco como el color estallando en la oscuridad que te hace cerrar los ojos con fuerza. De mirar las llamas demasiado tiempo.

El vacío palpitante de *sentir* tanto que eres incapaz de *pensar* en nada.

La competencia de miradas se extendió una distancia incómoda sin que ninguno de los dos la rompiera. Sus ojos parecían casi negros, y cuando la luz de la pantalla golpeó en ellos, la ilusión de llamas chispeó en ellos, luego se desvaneció.

En algún lugar profundo de mi mente, un instinto de autoconservación gritaba: *ESOS SON LOS OJOS DE UN DEPREDADOR*, pero esa era exactamente la razón por la que la naturaleza le daba a los depredadores ojos así. Así los conejitos tontos como yo no tendrían ninguna posibilidad.

January, ¡no seas un conejito tonto!

—Tengo que ir al baño —dije abruptamente.

Gus sonrió.

—Acabas de ir al baño.

—Tengo una vejiga muy pequeña —dije.

—Iré contigo.

—¡Está bien! —chillé y, olvidándome de que estaba en un auto, me senté tan rápido que golpeé mi cabeza contra el techo.

—¡Mierda! —dijo Gus al mismo tiempo que yo siseé un confundido—: ¿QUÉ?

Se enderezó y se arrastró de rodillas hacia donde yo estaba sentada, agarrándose la cabeza.

—Déjeme ver. —Sus manos acunaron los lados de mi cara, inclinando mi cabeza hacia abajo para que pudiera ver la coronilla de mi cráneo—. No está sangrando —me dijo, luego inclinó mi cara hacia la suya, sus dedos se enredaron suavemente en mi cabello. Sus ojos se posaron en mi boca, y sus labios torcidos se separaron.

Oh, demonios.

EMILY HENRY
BEACH

141

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Era un conejito.

Me incliné hacia él, y sus manos fueron a mi cintura, atrayéndome a su regazo de modo que me senté a horcajadas sobre él donde estaba arrodillado. Su nariz rozó el costado de la mía, y levanté mi boca debajo de la suya, intentando cerrar la brecha entre nosotros. Nuestras respiraciones lentas nos presionaron el uno contra el otro y sus manos apretaron mis costados, mis muslos tensándose contra él en reacción.

Una vez, una vez, una vez era todo lo que podía pensar. Esa era su política, ¿verdad? ¿En serio sería tan malo si algo pasara entre nosotros, solo una vez? Podríamos volver a ser amigos, vecinos que hablaban todos los días. ¿Podría ser *casual*, esta única vez, con mi enamorado de la universidad convertido en némesis, siete años después del hecho? No podía pensar con la claridad suficiente para entenderlo. Mi respiración era temblorosa y superficial; la suya era inexistente.

Nos quedamos ahí por un minuto, como si ninguno de los dos quisiera aceptar la culpa.

¡Tú me tocaste primero!, diría yo.

¡Te inclinaste!, respondería él.

¡Y luego me recogiste en tu regazo!

¡Y alzaste tu boca hacia la mía!

Y entonces...

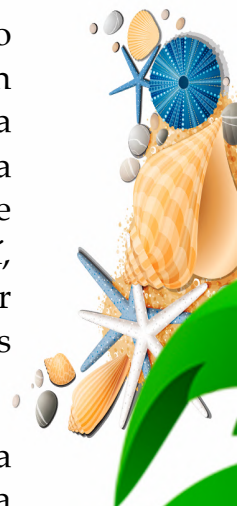
Su boca arrastró un aliento cálido a través de mi mandíbula y luego hasta mis labios. Sus dientes patinaron sobre mi labio inferior y un zumbido pequeño de placer me recorrió. Su boca se curvó en una sonrisa incluso cuando se hundió caliente y ligera contra mi boca, obligándola a abrir. Sabía a vainilla y canela sobrantes del Helado Sorpresa, solo que mejor que el postre en sí. Su calor se precipitó en mi boca, dentro de mí, hasta que me inundó, corriendo como la corriente de un río calentada por el sol. El deseo se deslizó a través de mí, reuniéndose en todos los rincones que se formaron entre nuestros cuerpos.

Alcancé un puñado de su camisa, sintiendo el calor de su piel a través de la tela fina. Lo necesitaba más cerca, para recordar cómo se sentía estar presionada contra él, estar envuelta alrededor de él. Una de sus manos se deslizó por el costado de mi cuello, sus dedos se enroscaron bajo mi cabello. Suspiré en su boca mientras me besaba de nuevo, más lento, más profundo, más duro. Inclino mi boca hacia él pidiendo más, y lo agarré.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

por las costillas, intentando acercarme. Se inclinó hacia mí hasta que mi espalda se encontró con el costado del auto, hasta que presionó con fuerza contra mí.

Un jadeo estúpido se me escapó al sentir su pecho inflexible contra el mío, y apreté mis caderas contra las suyas. Apoyó una mano en la ventana detrás de mí, y sus dientes aferraron nuevamente mi labio inferior, un poco más fuerte esta vez. Mi respiración se tornó rápida y temblorosa cuando su mano se deslizó por la ventana del auto hasta mi pecho, sintiéndome a través de mi camisa.

Pasé mis manos por su cabello, me arqueé en la presión de su mano, y un gemido bajo e involuntario se elevó en su garganta. Se inclinó y me tiró de espaldas, y con avidez lo atraje sobre mí. Un escalofrío me recorrió al sentirlo duro contra mí, y traté de acercarlo más de lo que la ropa me permitía. Ese sonido escapó entrecortado de nuevo de él.

No podía recordar la última vez que había estado tan encendida.

De hecho, podía. Fue hace siete años en el sótano de una fraternidad.

Su mano se deslizó por debajo de mi camiseta, su pulgar trazando la longitud de mi cadera y pareciendo derretirla a medida que avanzaba. Su boca rozó caliente y húmeda por mi cuello, hundiéndose pesadamente contra mi clavícula. Todo mi cuerpo estaba rogándole por más sin ninguna sutileza, levantándose hacia él como atraído por un imán. Me sentía como una adolescente, y era maravilloso, y era horrible, y...

Se tensó contra mí cuando la luz nos golpeó, tan fría y aleccionadora como si alguien nos hubiera arrojado un balde de agua helada. Nos separamos de un salto al ver a la hosca mujer de mediana edad con la linterna apuntando hacia nosotros. Tenía un rizado triángulo de cabello gris y una chaqueta deportiva azul brillante serigrafiada con el logotipo de BIG BOY BOBBY.

Se aclaró la garganta.

Gus todavía estaba apoyado sobre mí con una mano enredada en el dobladillo de mi camisa.

—Este es un establecimiento *familiar* —siseó la mujer.

—Bueno, estás haciendo un gran trabajo. —La voz de Gus sonó gruesa y ronca. La aclaró de nuevo y le dio a la mujer su mejor Sonrisa Diabólica—. Mi esposa y yo justo decíamos que deberíamos traer a los niños aquí alguna vez.

Ella se cruzó de brazos, aparentemente inmune a los encantos de su boca. Debe ser agradable.

Gus se apoyó sobre sus talones, y me bajé la camiseta.

—Lo siento —dije, mortificada.

La mujer señaló con el pulgar el pasillo oscuro y cubierto de hierba entre los autos.

—Fuera —ladró.

—Por supuesto —dijo Gus rápidamente y cerró de un tirón la puerta trasera, dejándonos fuera de su vista. Estallé en una carcajada humillada y trastornada, y Gus se volvió hacia mí con una sonrisa ligera, sus labios magullados e hinchados, su cabello desastroso.

—Esa fue una mala idea —susurré con impotencia.

—Sí. —Su voz volvió a convertirse en un ronquido peligroso. Se inclinó hacia adelante a través de la oscuridad y me atrapó en un último beso salvajemente lento y dementemente caliente, sus dedos extendiéndose por ambos lados de mi cara—. No volverá a suceder —me dijo, y todas las chispas que despertaron en mi torrente sanguíneo se apagaron un poco.

Una vez. Esa era su regla. ¿Pero *esto* contaba? Mi estómago se retorció por la decepción. No podía. No había hecho nada para satisfacerme. En todo caso, me había dejado peor que antes, y por la forma en que Gus me miraba, creía que él debía sentir lo mismo.

La mujer golpeó la ventana trasera, y ambos saltamos.

—Deberíamos irnos —dijo Gus.

Trepé desde la parte trasera del auto hasta el asiento delantero. Gus salió por la puerta trasera y volvió al asiento del pasajero.

Nos llevé a casa, sintiendo que mi cuerpo era un mapa de calor y todos los lugares que había tocado, todos los lugares a los que miraba cuando echaba un vistazo desde el asiento del pasajero, brillaban en rojo.



EMILY HENRY

BEACH

READ

Bookzinga

Gus no apareció en la mesa de la cocina al mediodía del domingo. Pensé que era una mala señal, que lo que había sucedido había destruido la única amistad que tenía en esta ciudad. En realidad, una de las pocas amistades que tenía en todo el mundo, ya que resultó que Jacques y mis pocos amigos no tenían ningún uso para Solo Yo.

Intenté sacar a Gus de mi mente, trabajar en el libro con un enfoque singular, pero volví a saltar cada vez que sonó mi teléfono.

Un mensaje de texto de Anya: **¡Hola, amor! Solo quería reportarme. A la casa en serio le gustaría ver algunas páginas iniciales, para dar alguna información.**

Un correo electrónico de Pete: ¡Hola! ¡Buenas noticias! Tus libros estarán disponibles mañana. ¿Hay algún día de esta semana en el que puedas pasar a firmar?

Un correo electrónico de Sonya, que no abrí pero cuya primera oración pude ver: Por favor, no dejes que te asuste del club de lectura. Estoy totalmente feliz de quedarme en casa los lunes por la noche si quieres quedarte...

Un texto de Shadi: **January. Ayuda. No puedo tener SUFICIENTE de ese sombrero embrujado. Ha venido las últimas TRES noches y anoche lo dejé QUEDARSE.**

Le respondí el mensaje de texto. **Sabes exactamente a dónde va esto. ¡¡Estás ENAMORADA de él!!**

ODIO enamorarme, respondió. **¡¡Siempre está arruinando mi reputación de solo chicos malos!!**

Le envié una cara triste. **Lo sé, pero debes perseverar. Por el bien de Sombrero Embrujado y así puedo vivir indirectamente a través de ti.**

Los recuerdos de la noche anterior pasaron por mi mente tan brillantes y calientes como fuegos artificiales, las chispas aterrizaron y ardieron en todos los lugares que él había tocado. Podía sentir el fantasma de sus dientes en mi clavícula, y mi omóplato estaba un poco magullado por la puerta del auto.

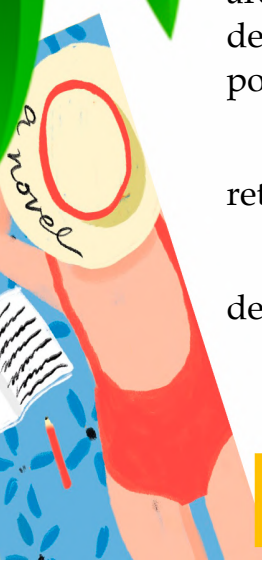
El hambre y la vergüenza corrieron a través de mí en una trenza retorcida.

Dios, ¿qué había hecho? Debí haberlo sabido. Y luego estaba la parte de mí que no podía dejar de pensar: *¿Voy a poder hacerlo otra vez?*

EMILY HENRY
BEACH

145

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

No *tenía* por qué significar nada. Tal vez esto era todo: finalmente aprendería a tener una relación casual.

O tal vez el trato se canceló y, literalmente, nunca volvería a saber de Gus Everett.

Me había quedado sin cereal y ramen, así que después de escribir trescientas palabras dolorosamente, decidí hacer un viaje de compras y, al salir por la puerta, vi que el auto de Gus no estaba en su lugar habitual en la calle. Forcé el pensamiento de mi cabeza. Esto no tenía por qué ser un gran problema.

En la tienda de comestibles, volví a revisar mi cuenta bancaria, luego deambulé por los pasillos con la calculadora de mi teléfono abierta, sumando el precio del cereal y latas de sopa. Me las arreglé para reunir un botín decente por dieciséis dólares cuando doblé la esquina hacia la caja y la vi allí.

Cabello blanco y rizado, cuerpo esbelto, ese mismo chal de ganchillo.

El pánico me recorrió tan rápido que sentí como si me hubieran inyectado adrenalina en el corazón. Abandoné mi carrito allí mismo en el pasillo y, con la cabeza hacia abajo, pasé más allá de ella hacia las puertas. Si me vio, no dijo nada. O si lo hizo, mi corazón latía demasiado fuerte para que yo lo oyera. Salté de nuevo a mi auto sintiéndome como si hubiera robado un banco y conduje veinte minutos hasta otra tienda de comestibles, donde estaba tan conmocionada y paranoica por otro encontronazo que apenas pude conseguir nada.

Para cuando llegué a casa, aún estaba temblando, y no ayudó que el vehículo de Gus no hubiera reaparecido. Una cosa era tener que esquivar a Sonya en mis viajes bimensuales de comestibles. Si terminaba teniendo que evitar a mi vecino de al lado, estaba bastante segura de que el *Plan B: Mudarse a Duluth* tendría que surtir efecto.

Antes de meterme en la cama esa noche, miré por las ventanas delanteras una vez más, pero el auto de Gus aún faltaba. El miedo se infló en mi pecho como el globo menos divertido del mundo. Finalmente había encontrado un amigo, alguien con quien podía hablar, que parecía querer estar conmigo tanto como yo quería estar con él, y ahora simplemente se había ido. Porque nos habíamos besado. La ira creció en mí, forzando mi humillación y soledad fuera del camino por un tiempo antes de que salieran a flote nuevamente a la superficie.

EMILY HENRY

BEACH

READ

Bookzinga

Pensé en enviarle un mensaje de texto, pero parecía el momento más extraño posible para empezar, así que en lugar de eso me fui a dormir, con una sensación de malestar y ansiedad en el estómago.

Aún no había regresado para el lunes por la mañana. *Esta noche*, decidí. Si su auto no estaba junto a la acera esta noche, podría enviarle un mensaje de texto. Eso no sería extraño.

Lo saqué de mi mente y tecleé dos mil palabras nuevas, luego le envié un mensaje de texto a Anya: **Va bien (de hecho (en serio (¡lo digo de verdad esta vez!))) pero me gustaría hacer un poco más antes de que alguien lea el parcial. Creo que va a ser difícil saber a dónde voy con esto sin la imagen completa y temo que si salto hacia adelante para describirlo, acabará con todo el impulso que finalmente he acumulado.**

A continuación, le respondí a Pete: ¡Genial! ¿Qué tal el miércoles? La verdad es que, podría haber ido el domingo cuando recibí el correo electrónico o el lunes cuando envié la respuesta. Pero no quería otra invitación al club de lectura Red Blood, White Russians y Blue Jeans. Posponer mi parada en la librería hasta el miércoles eliminaba una semana potencial más de toda esa experiencia sin tener que rechazar la invitación.

A las once de la noche, el auto de Gus aún no había regresado y me convencí de que debía enviarle un mensaje de texto cinco veces. Finalmente, puse mi teléfono en el cajón de la mesita auxiliar, apagué la lámpara y me fui a dormir.

El martes desperté empapada en sudor. Había olvidado de poner mi alarma, y el sol atravesaba las persianas con toda su fuerza, calentándome con su luz pálida. Debían ser cerca de las once. Me deslicé de debajo del edredón grueso y me quedé allí un minuto más.

Aún me sentía un poco enferma. Y luego un poco furiosa porque me sentía mal. Era tan tonto. Era una mujer adulta. Gus me había dicho con exactitud cómo operaba, exactamente lo que pensaba sobre el romance, y nunca había dicho ni hecho nada que sugiriera que había cambiado de opinión. Sabía que no importaba cuán atraída por él me sintiera ocasionalmente, el único lugar al que podía llegar nuestra relación era a través de una puerta giratoria que entraba y salía de su dormitorio.

O la parte trasera de mi auto, profundamente anticuado.

E incluso si las cosas hubieran ido más lejos esa noche, no le habría impedido desaparecer durante días. Había exactamente una forma en que

147

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refresh

teóricamente podría *tener* a Gus Everett, y me dejaría sintiéndome así tan pronto como terminara.

Necesitaba sacarlo de mi cabeza.

Me di una ducha fría. O, al menos, me di un segundo de una ducha fría, durante la cual grité la palabra con M y casi me rompo el tobillo al alejarme del chorro de agua. ¿Cómo diablos la gente de los libros siempre se duchaba con agua fría? Volví a calentar el agua y echó humo mientras me lavaba el cabello.

No estaba enojado con *él*. No podía estarlo. Estaba furiosa conmigo misma por vagar por este camino. Lo *sabía*. Gus no era Jacques. Chicos como Jacques querían peleas de bolas de nieve y besos en la cima de la Torre Eiffel y paseos al amanecer en el Puente de Brooklyn. Los tipos como Gus querían bromas sarcásticas y sexo casual encima de la ropa sin doblar.

En la parte trasera de tu automóvil profundamente anticuado en un establecimiento familiar.

Aunque no podía estar segura de que no hubiera sido idea *mía*.

Era concebible que me hubiera arrojado sobre él. No sería la primera vez que veía a través de lentes de color rosa, asignando un significado donde no lo había.

Estaba siendo estúpida. Después de todo con mi papá, debí haberlo sabido mejor. Apenas había comenzado a sanar, y salí corriendo y me enamoré de la única persona que estaba *garantizado* a demostrar que tenía razón en todos los miedos que tenía sobre las relaciones.

Necesitaba dejar pasar esto.

Decidí que escribir sería mi consuelo. Al principio fue lento, cada palabra fue una decisión de no pensar en la desaparición de Gus, pero después de un tiempo encontré un ritmo, casi tan fuerte como el de ayer.

El circo familiar terminó en Oklahoma, cerca de donde vivía la segunda familia secreta del padre de Eleanor. Una semana, decidí. La mayor parte de este libro iba a tener lugar durante la semana en que el circo estuvo estacionado en Town TBD (¿Tulsa?), Oklahoma. Escribir en una época diferente presentaba un desafío completamente nuevo. Dejé muchas notas para mí, como *Descubrir qué bebidas eran populares entonces* o *Insertar insultos históricamente precisos*.

Sin embargo, lo que importaba era que tenía una visión.

Todos los secretos saldrían a la superficie, casi ganarían, y luego volverían a ser empaquetados cuidadosamente. Así sería una novela de Augustus Everett, ¿no? Él diría que tenía una buena cualidad cíclica cuando se lo dije.

(Si tuviera la oportunidad de decírselo).

Quería que los lectores estuvieran animando, suplicando que la familia encontrada de Eleanor dijera la verdad al final, mientras observaban a través de sus dedos, temerosos de cómo la situación se derrumbaría. Alguien necesitaba un arma, me di cuenta, y una razón para tener una reacción disparatada. Miedo, por supuesto. Necesitaba cocinar a presión la situación.

Construir y construir, solo para volver a apisonarlo a tiempo para que los personajes se muevan hacia su próximo destino.

El padre de Eleanor les debería dinero a hombres peligrosos en su ciudad natal, aparentemente la razón por la que se había ido en primer lugar, por qué había abandonado a su familia.

La madre de Eleanor tendría el arma. Parecía justo darle algo con lo que luchar. Pero con eso, tendría que cargar con el peso de un trastorno de estrés postraumático, los restos de un antiguo empleador al que le gustaba ponerse violento con las chicas que trabajaban para él. Necesitaba estar tensa, lista para romperse, como me había estado sintiendo el año pasado.

Como quise que estuviera mamá después de que saliera a la luz todo el alcance de las mentiras de papá.

Eleanor, por su parte, se iba a enamorar de un lugareño. O al menos se imagina haberlo hecho la noche de su primera actuación en Tulsa. Pasaría la semana acercándose a escapar de la vida en la que había crecido, solo para tener una horrible revelación de último minuto de que, sin importar cómo a veces despreciara este mundo, era el único al que ella pertenecía.

O tal vez se daría cuenta de que el mundo que había deseado, el que había visto desde detrás de las carpas del circo y encima de la cuerda floja, que se filtraba mientras trabajaba duro, era tan ilusorio como el que ella conocía.

El chico se enamoraría de otra persona, tan rápido como lo había hecho con ella.

O el chico se iría a la universidad, al ejército.

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh*

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

O sus padres descubrirían lo de Eleanor y lo convencerían de su imprudencia.

Sería un anti-romance. Y era completamente capaz de escribirlo.



150



EMILY HENRY
BEACH



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment*

ways have
didn't you know!

El pasado

—¡Y ahí está la autora en persona! —llamó Pete cuando entré en la cafetería—. ¿Un ojo rosa para ti, cariño?

Probablemente se refería a ojos rojos. De cualquier manera, negué con la cabeza.

—¿Qué más me recomiendas?

—El té verde es bueno para ti —reflexionó Pete.

—Bueno, apúntame. —Mi cuerpo podría usar algunos antioxidantes. O lo que sea que haya en el té verde que lo haga “bueno para ti”. Mamá me lo había dicho, pero el punto había sido complacerla, no purificarme, así que no lo recordaba del todo.

Pete me entregó el vaso de plástico, y esta vez me dejó pagar. Ignoré el hundimiento en mi estómago. ¿Cuánto dinero me quedaba en mi cuenta bancaria? ¿Cuánto tiempo hasta que tuviera que arrastrarme de regreso a la casa de mi infancia ahora arruinada con el rabo entre las piernas?

Me recordé que *FAMILY_SECRETS.docx* estaba convirtiéndose rápidamente en algo parecido a un libro. Incluso uno que me gustaría leer. Puede que Sandy Lowe no terminara queriéndolo, pero seguramente alguien lo haría.

De acuerdo, no seguramente. Pero con suerte.

Pete se quitó el delantal mientras conducía el camino a la librería.

—Tal vez debería comprar una gabardina de Clark Kent —le dije—. Parece menos complicado que los lazos y los nudos.

—Sí, y quién no quiere comprar su café a una chica con gabardina —dijo Pete.

EMILY HENRY

BEACH

151

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Touché.

—Muy bien, aquí vamos. —Pete se detuvo en la exhibición de *The Revelatories*, que ahora solo era la mitad de una pirámide de *Revelatories*. La otra mitad estaba compuesta por libros de color rosa chicle, amarillo brillante y azul cielo. Pete sonrió—. Pensé que sería genial hacer esta exhibición de autores locales. Mostrar todo el espectro de lo que tenemos aquí en North Bear. ¿Qué opinas? Por cierto, toma una pila. —Pete ya estaba cargando un montón hacia el mostrador, donde aguardaban un rollo de pegatinas AUTOGRAFICADAS y un par de marcadores.

—Es genial —le dije, siguiéndola con otra pila.

—¿Y Everett? —preguntó.

—Estupendo —respondí, aceptando el marcador destapado que estaba empujando en mi mano. Comenzó a hojear las páginas de título y deslizar libros para que yo los firmara, uno a la vez.

—Parece que ustedes dos han pasado mucho tiempo juntos.

Me sorprendí.

—¿Parece?

Pete se echó a reír a carcajadas.

—Ya sabes, por lo privado que es ese chico, tengo que sacar mucho del contexto de nuestras conversaciones. Pero sí, he reunido las pistas de que ustedes dos han formado una amistad.

Intenté ocultar mi sorpresa.

—¿Hablan a menudo?

—Probablemente responde alrededor de un tercio de mis llamadas. Claro, lo vuelvo loco llamando tanto como lo hago, pero me preocupo. Somos la única familia que tenemos aquí.

—¿Familia? —La miré, sin ocultar más mi confusión.

Sus propias facciones parecieron subir de golpe en su rostro, sorprendida. Se rascó la nuca.

—Pensé que sabías. Nunca *puedo* decir lo que él piensa que es privado y lo que no lo es. Mucho de eso aparece en sus libros que uno pensaría que se sentiría cómodo quitándose la piel y desfilando por Times Square. Por supuesto, podría ser solo yo proyectándome. Sé cómo son.

EMILY HENRY

BEACH

ustedes los artistas. Él insiste en que es ficción, así que debería leerlo como tal.

Apenas estaba siguiendo lo que decía. Aparentemente mi rostro reveló eso, porque Pete explicó:

—Soy su tía. Su madre era mi hermana.

Una ola de mareo me golpeó. La tienda pareció estremecerse. Esto no tenía sentido. Dos semanas y media de comunicación casi constante (aunque no tradicional), y Gus ni siquiera había compartido las partes más básicas de su vida conmigo.

—Pero lo llamas Everett —dije—. Eres su tía y no usas su nombre de pila.

Me miró por un momento, confundida.

—¡Oh! Eso. Un viejo hábito. Cuando era pequeño, entrenaba a su equipo de fútbol. No podía mostrar favoritismo, así que lo llamaba por su apellido como cualquier otro jugador, y solo quedó. La mitad del tiempo olvido que *tiene* un nombre. Demonios, ya lo he presentado como Everett a la mitad de la ciudad.

Sentí como si acabara de dejar caer una muñeca de madera solo para ver caer seis más y descubrir que había sido una matrioska. Estaba el Gus que conocía: divertido, desordenado, sexy. Y luego estaba el otro Gus, que desapareció durante días, que había jugado al fútbol de niño y vivía en el mismo pueblo que su tía, quien no decía más de lo que era absolutamente necesario sobre sí mismo, su familia, su pasado mientras yo derramaba vino, lágrimas y mis tripas sobre él.

Incliné la cabeza y seguí firmando en silencio. Pete siguió deslizando libros por el mostrador hacia mí, apilando los firmados ordenadamente en mi otro lado. Después de unos cuantos segundos, dijo:

—January, ten paciencia con él. En serio le gustas.

Seguí firmando.

—Creo que estás malinterpretando el...

—No lo hago —dijo.

Miré sus ojos azules feroces, sostuve su mirada.

—Me contó sobre el día en que te mudaste. No fue una primera impresión maravillosa. Es un tema recurrente.

—Eso es lo que escuché.

—Pero, por supuesto, tienes que darle un respiro en eso —dijo—. Su cumpleaños es realmente difícil para él desde la separación.

—¿Cumpleaños? —repetí como un loro, alzando la vista. ¿Separación?, pensé.

Pete pareció sorprendida, luego insegura.

—Ya sabes, ella lo dejó ese día. Y todos los años desde entonces, su amigo Markham organiza esta gran fiesta para intentar que no piense en ello. Y, por supuesto, Gus *odia* las fiestas, pero no quiere que Markham piense que está molesto, así que deja que la fiesta suceda.

—¿Disculpa? —pregunté atragantada. ¿Era una especie de broma? ¿Pete se había despertado esta mañana y había pensado: *Hum, tal vez hoy debería soltar fragmentos de información impactante a January sobre Gus en un orden aleatorio pero críptico?*

—¿Ella lo dejó en su cumpleaños? —repetí.

—¿No te dijo que eso era lo que le había puesto malhumorado esa noche que te mudaste? —dijo—. Bueno, eso en realidad me sorprende. Si te hubiera dicho que había estado pensando en su divorcio, por supuesto, habría explicado lo grosero que fue contigo.

—Divorcio —dije, todo mi cuerpo se enfrió—. Se trataba de... su divorcio.

Gus estaba divorciado.

Gus estuvo *casado*.

Pete se movió incómoda.

—Me sorprende que no te lo haya dicho. Se sintió tan mal por ser grosero.

Mi cerebro se sentía como una peonza girando en mi cráneo. No tenía sentido. Nada. Gus no podía haber estado casado. Ni siquiera tenía citas. La tienda pareció tambalearse a mi alrededor.

—No quise molestarte —dijo Pete—. Solo pensé que podría explicar...

—No, está bien —dije, y luego estaba sucediendo otra vez: la verborrea. La sensación de que había retenido todo en un momento.

demasiado tiempo y ahora no tenía elección sobre cuánto soltaba—. Probablemente estoy exagerando. Yo solo... este año ha sido extraño para mí. En mi opinión, el matrimonio siempre ha sido algo sagrado, ¿sabes? Como el epítome del amor, del tipo que puede resistir cualquier cosa. Y odio pensar que algunas experiencias malas justifican que la gente se esté cagando en todo el concepto.

Gus cagando en el concepto. Llamar a las relaciones sadomasoquistas sin siquiera decirme que había estado casado. Casi haciéndome sentir estúpida por querer y creer en el amor duradero, solo porque su propio intento no había funcionado. Escondiéndome ese intento.

Pero, aun así, ¿por qué me importaba lo que él pensaba? No debería necesitar que todo el mundo crea o quiera las cosas en las que yo creía y quería.

Al final, me molestaba el hecho de que una parte de él pensara que yo era estúpida por seguir creyendo en algo que mi propio padre había refutado. Y más allá de eso, me resentía *conmigo* por no dejarlo pasar. Por seguir queriendo ese amor que siempre me había imaginado para mí.

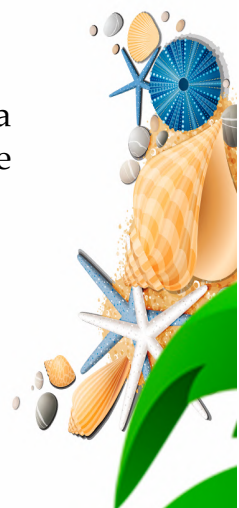
Y una pequeña parte estúpida de mí incluso estaba resentida porque Gus había amado en secreto a alguien lo suficiente como para casarse con ella, mientras que una sesión breve de besos conmigo aparentemente había sido suficiente para que se mudara a la Antártida sin siquiera un ¡*Nos vemos!*

—No lo sé —dije, negando con la cabeza—. ¿Tiene sentido?

—Claro que lo hace. —Pete dio un apretón a mi brazo.

Tenía el presentimiento de que habría dicho eso incluso si no fuera así. Como si tal vez supiera que era lo que necesitaba escuchar en ese momento.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
the heart

ways have
didn't you know!

Los muebles del porche

El jueves al mediodía, Gus estaba de vuelta en la mesa de la cocina, luciendo menos “desaliñado seximente” y más como si lo hubieran arrastrado detrás de un camión de basura con la puerta trasera suelta. Él sonrió y saludó con la mano, y le devolví el gesto, a pesar del malestar en mi estómago.

Garabateó una nota: *LO SIENTO, HE ESTADO DESAPARECIDO ESTA SEMANA.*

Deseé que eso no hubiera reemplazado las náuseas con el subidón de gravedad cero propios de una montaña rusa. Miré a mi alrededor: hoy no había traído mi cuaderno. Fui al dormitorio y lo agarré, escribiendo, *NO TIENES QUE DISCULPARTE*, mientras caminaba de regreso a la habitación. Sostuve la nota en alto. La sonrisa de Gus vaciló. Él asintió, luego volvió a centrar su atención en su computadora portátil.

Era más difícil concentrarme en escribir ahora que había vuelto, pero hice lo mejor que pude. Estaba aproximadamente a una cuarta parte de la totalidad del libro, y necesitaba mantener el ritmo.

Alrededor de las cinco, vi a Gus levantarse y moverse por la cocina (discretamente, al menos eso esperaba), haciendo algo parecido a una comida. Cuando terminó, volvió a sentarse frente a su computadora. A eso de las ocho y media, me miró e inclinó la cabeza hacia la terraza. Esta había sido nuestra señal, lo más parecido a una invitación que recibimos, cualquiera de nosotros antes de pasar a nuestras respectivas terrazas y pasando el rato por la noche, aunque no del todo.

Ahora eso parecía una metáfora descaradamente obvia: él manteniendo un abismo literal entre nosotros, yo encontrándolo fácilmente cada noche. No es de extrañar que me hubiera confundido tanto. Él había mantenido límites cuidadosos y yo los había estado

EMILY HENRY

BEACH

156

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ignorando. Era tan mala en esto, tan poco preparada para sentirme atraída por alguien que no estaba emocionalmente disponible.

Negué con la cabeza a la invitación de Gus, luego agregué una nota escrita a mi rechazo: *LO SIENTO, TENGO DEMASIADO QUE HACER. ANYA ESTÁ SOBRE MI CUELLO.*

Gus asintió entendiendo. Se puso de pie, articulando algo parecido a *Si cambias de opinión...* luego desapareció de la vista por un momento y reapareció en su terraza.

Caminó hasta su punto más lejano y se inclinó sobre la barandilla. La brisa revoloteó a través de su camisa, levantando su manga izquierda contra la parte posterior de su brazo. Al principio pensé que se había hecho un tatuaje nuevo, un gran círculo negro, sólidamente relleno, pero luego me di cuenta de que estaba exactamente donde había estado su tira de Möbius, solo que había sido borrado por completo desde la última vez que lo vi. Se quedó así hasta que el sol se puso y la noche lo envolvió todo en azules ricos, las luciérnagas cobrando vida a su alrededor, un millón de diminutas luces nocturnas encendidas por una mano cósmica.

Miró por encima del hombro hacia las puertas de mi terraza, y miré bruscamente hacia mi pantalla, escribiendo las palabras *FINGIENDO ESTAR OCUPADA, MUY OCUPADA Y ENFOCADA* para completar la ilusión.

En realidad, había estado en mi computadora durante casi doce horas y solo había escrito mil palabras nuevas. Aunque me las había arreglado para abrir catorce pestañas en mi navegador web, incluyendo dos pestañas de Facebook separadas.

Necesitaba salir de la casa. Cuando Gus miraba nuevamente hacia otro lado, me escabullí de la mesa hacia el porche delantero. El aire estaba denso por la humedad, pero no incómodamente caliente. Me senté en el sofá de mimbre y contemplé las casas al otro lado de la calle. No había pasado mucho tiempo aquí, ya que el agua estaba *detrás* de Gus y mi lado de la calle, pero las cabañas y casitas de muñecas del otro lado eran lindas y coloridas, cada porche estaba lleno de su propia variación en el tema de los muebles de jardín. Ninguno era tan hogareño o ecléctico como el conjunto que había elegido Sonya.

Si no hubiera tenido vínculos negativos con estos muebles, me entristecería tener que venderlos, pero supuse que ahora era un momento tan bueno como cualquier otro. Sería una cosa menos de la que preocuparse más tarde. Me paré y encendí la luz del porche, tomando fotos

EMILY HENRY

BEACH

de cada pieza individual y algunas de todo el conjunto, luego abrí craigslist en mi teléfono.

Lo miré por un momento, luego salí del navegador y abrí mi correo electrónico. Aún podía ver las palabras en negrita del último mensaje de Sonya. No había borrado ninguno de ellos, pero tampoco quería leerlos. Abrí un correo electrónico nuevo y se lo dirigí a ella.

TEMA: Mobiliario de porche.

Hola,

Estoy empezando a arreglar las cosas en la casa. ¿Querías los muebles del porche, o debería venderlos?

Probé tres firmas distintas, pero ninguna pareció correcta. Al final, decidí no dejar más que una *J* atrás. Pulsé *ENVIAR*.

Eso fue todo. Todo el trabajo emocional que tenía en mí para el día. Así que, me lavé la cara, me lavé los dientes y me metí en la cama, donde miré a *Veronica Mars* hasta que salió el sol.



158

El viernes, llamaron a mi puerta horas antes de lo que esperaba. Eran las dos y media de la tarde y, como me había quedado dormida a las cinco de la mañana, para entonces solo había estado despierta un par de horas.

Agarré mi bata del sofá y me la puse sobre mi atuendo (bóxer robado a Jacques y mi camisa gastada de David Bowie sin sujetador). Descorrí la cortina de lino que cubría la ventana colocada en la puerta y vi a Gus paseando por el porche, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y tirando de ella hacia abajo, como si estirara el cuello.

Se detuvo con los ojos totalmente abiertos y se volvió hacia mí cuando abrí la puerta.

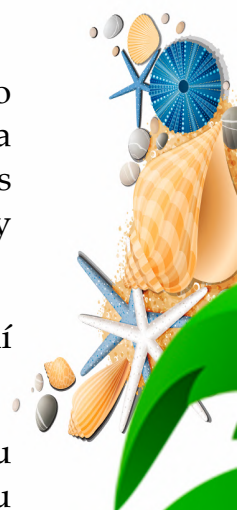
—¿Qué ocurre? —pregunté. En ese momento, vi la parte de su acervo genético que se superponía con la de Pete en la forma en que su expresión pasó de la confusión a la sorpresa.

Sacudió la cabeza rápidamente.

—Dave está aquí.

EMILY HENRY
BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
the heart

—¿Dave? —pregunté—. ¿Dave como en... *Dave*? ¿Del famoso Olive Garden?

—Definitivamente no es Dave de *Wendy's* —confirmó Gus—. Me llamó hace un minuto y dijo que estaba en la ciudad. Supongo que, condujo por impulso, está en mi casa ahora mismo. ¿Puedes venir?

—¿Ahora? —pregunté tontamente.

—¡Sí, January! ¡Ahora! ¡Porque está en mi casa! ¡Ahora!

—Sí —dije—. Déjame vestirme.

Cerré la puerta y corrí de regreso al dormitorio. Me había retrasado en la lavandería esta semana. Lo único limpio que tenía era el estúpido vestido negro. Así que, naturalmente, usé una camiseta sucia y unos jeans.

La puerta de Gus estaba desbloqueada, y entré sin pensar. Cuando estuve dentro, todo me golpeó. Habíamos sido amigos casi un mes y finalmente estaba en la casa que había mirado con curiosidad esa primera noche. Estaba metida entre esos estantes oscuros, abarrotado de libros, el olor a incienso ahumado de Gus en el aire. El espacio lucía habitado (libros abiertos sobre mesas, pilas de correo encima de antologías y revistas literarias, una taza aquí o allá en una montaña) pero comparado con su nivel habitual de descuido, el lugar estaba meticulosamente ordenado.

—¿January? —El pasillo estrecho que daba directamente a la cocina pareció tragarse su voz—. Estamos aquí.

Lo seguí como si se tratara de migas de pan conduciendo a un lugar fantástico. Eso o una trampa.

Me detuve en la cocina, una imagen refleja de la mía: a la izquierda, un rincón de desayuno, donde la mesa detrás de la que había visto a Gus sentarse con tanta frecuencia estaba casi a ras de la ventana, y los mostradores y alacenas a la derecha. Gus me saludó desde la habitación contigua, una oficina pequeña.

Quería tomarme mi tiempo, examinar cada centímetro de esta casa llena de secretos, pero Gus me estaba observando de esa manera concentrada que parecía que podría estar leyendo mis pensamientos, así que me apresuré a entrar en la oficina. Un escritorio minimalista, puras elegantes líneas escandinavas y completamente libre de desorden, estaba empujado contra la ventana trasera.

Donde estaba la casa de Gus, su terraza daba al bosque, pero los árboles se encontraban en el lado derecho más alejado del edificio, y aquí

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

la vista de la playa estaba despejada, la luz plateada filtrándose a través de las nubes, rebotando a lo largo de las copas de las olas como piedras saltadas.

Dave vestía una camiseta roja y un sombrero de malla. Bolsas colgaban debajo de sus ojos, dándole el aspecto de un San Bernardo somnoliento. Se quitó el sombrero y se puso de pie cuando entré en la habitación, pero no extendió la mano, lo que me dio la sensación desorientadora de haber entrado en una novela de Jane Austen.

—Hola —saludé—. Soy January.

—Un placer —dijo Dave asintiendo. Había una silla de escritorio (alejada del escritorio de modo que Gus pudiera mirar hacia el resto de la habitación pequeña), un sillón encajado en la esquina (que Dave había evacuado cuando se puso de pie) y una silla de cocina que Gus de manera clara había traído especialmente para la ocasión. Dave se sentó en esa y me hizo un gesto para que tomara el sillón.

—Gracias. —Me senté, insertándome en el triángulo de sillas y rodillas—. Y muchas gracias por hablar con nosotros.

Dave volvió a ponerse el sombrero y giró el billete con ansiedad.

—Antes no estaba listo. Perdón por hacerlos perder el tiempo, esquivándolos. Me siento muy mal.

—No es necesario —le aseguró Gus—. Sabemos lo sensible que es todo esto.

Él asintió.

—Y mi sobriedad, solo quería estar seguro de poder manejarlo. Fui a una reunión esa noche, cuando se suponía que íbamos a encontrarnos en el Olive Garden, ahí fue donde estuve.

—Totalmente comprensible —dijo Gus—. Esto solo es un libro. Eres una persona.

Solo un libro. La frase me pilló desprevenida viniendo de la boca de Gus. Gus “Los Libros con Finales Felices son Deshonestos” Everett. Gus “Bebe el Maldito Kool-Aid Literario” Everett había dicho las palabras “solo un libro” y, por alguna razón, eso me deshizo un poco.

Gus estuvo casado.

Me sorprendió observándolo. Aparté la mirada.

EMILY HENRY
BEACH

160

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Eso es —dijo Dave—. Es un libro. Es una oportunidad para contar una historia que podría ayudar a personas como yo.

La comisura de la boca de Gus se torció incómoda. Aún no había leído mi nuevo ejemplar de *The Revelatories*, tenía miedo de cómo podría atenuar o exacerbar mi enamoramiento por él, pero por todo lo que Gus había dicho, sabía que no estaba escribiendo para salvar vidas tanto como para entender lo que las había destruido.

Se suponía que la comedia romántica de Gus sería diferente, pero no podía imaginarlo usando nada de lo que Dave hubiera dicho para contar una historia con un encuentro lindo y un Feliz Para Siempre. El contenido de esta entrevista daría mucho más cerca del blanco en su próxima obra maestra literaria.

Por otra parte, este era Gus. Cuando comenzamos por este camino, pensé que estaría escribiendo tonterías, simplemente imitando lo que había visto hacer a otras personas, pero en realidad, mi proyecto nuevo era tan esencialmente *mío* como cualquier otra cosa que hubiera escrito; tal vez la comedia romántica de Gus de hecho *tendría* como telón de fondo un lugar como New Eden, con todo tipo de cosas horribles sucediendo entre besos y confesiones de amor.

Tal vez finalmente iba a darle a alguien el final feliz que se merecían, en un libro sobre una secta.

O tal vez Dave estaba ladrando al árbol equivocado.

—Será honesto —le dijo Gus—. Pero no será New Eden. No serás tú. *Con suerte*, será un lugar en el que puedas imaginar que existen personajes que crees que podrían ser reales. —Se detuvo un momento, pensando—. Y si tenemos suerte, tal vez ayudará a alguien. Se sentirán conocidos y comprendidos, como si *sus* historias importaran.

Gus me miró tan rápido que casi me lo pierdo. Mi estómago dio un vuelco cuando comprendí que me estaba citando, algo que había dicho esa noche que hicimos nuestro trato, y no pensé que se estuviera burlando de mí. Pensé que lo decía en serio.

—Pero incluso si no —continuó, centrándose en Dave—, el solo hecho de saber que lo dijiste podría ayudarte.

Dave tiró de un hilo suelto desprendiéndose del agujero en la rodilla de sus jeans.

—Sé eso. Solo tenía que asegurarme de que mamá entendiera. Aún se siente mal. Como si tal vez hubiera podido convencer a mi padre de que no se quedara, hacer que se fuera con nosotros. Piensa que, aún estaría vivo.

—¿Y tú? —preguntó Gus.

Dave frunció los labios.

—Augustus, ¿crees en el destino?

Gus ocultó su mueca ante el nombre.

—Creo que algunas cosas son... inevitables.

Dave se desplomó hacia adelante, tiró de la visera del sombrero.

—Solía caminar sonámbulo cuando era niño. Un muy mal hábito. Una cosa aterradora. Una vez, antes de ir a New Eden, mi mamá me encontró de pie al borde de la piscina de nuestro apartamento con un cuchillo de mantequilla en la mano. Desnudo. Ni siquiera dormía desnudo.

»Dos semanas antes de unirnos a New Eden, estábamos en un parque, solo mamá y yo, cuando comenzó una tormenta. A ella siempre le gustaba la lluvia, así que nos quedábamos fuera demasiado tiempo. Los truenos empezaron. Unos grandes rayos aterradores. Así que empezamos a correr a casa. Había una cerca de tela metálica alrededor del parque, y cuando llegamos, me gritó que esperara. No estaba segura de cómo funcionaban los rayos, pero pensó que era una mala idea dejar que su hijo de seis años agarre un puñado de metal. Envolvió su mano en su camisa y me abrió la puerta.

»Corrimos todo el camino a casa. Estábamos en los escalones de la entrada cuando sucedió. Un crujido como un hacha gigante había golpeado al mundo. Honestamente, pensé que el sol se estrelló contra la Tierra. Así de brillante fue la luz.

—¿Qué luz? —preguntó Gus.

—El rayo que me golpeó —contestó Dave—. Augustus, no éramos gente religiosa. Especialmente no mi papá. Pero eso asustó a mamá. Decidió hacer un cambio. Fuimos a la iglesia la semana siguiente, la más estricta que pudo encontrar, y al salir, alguien le entregó un volante. Decía, *NEW EDEN. Dios te invita a un comienzo nuevo. ¿Vas a responder?*

Gus estaba escribiendo notas, asintiendo mientras lo hacía.

—Entonces, ¿lo tomó como una señal?

—Pensó que Dios me había salvado la vida —respondió Dave—. Solo para llamar su atención. Una semana más tarde nos íbamos a mudar al complejo, y papá aceptó. No creía, pero consideraba que la “educación espiritual” de un niño era el trabajo de la madre. No sé lo que lo atrapó. Qué le hizo cambiar de opinión. Pero durante los dos años siguientes se sumergió aún más profundamente de lo que nunca lo hubiera hecho mamá. Y luego, una noche, ella despertó en nuestro remolque con un mal presentimiento. Afuera se desataba una tormenta y asomó la cabeza a la sala de estar donde yo dormía y el sofá estaba vacío, solo un montón de mantas arrugadas.

»Intentó despertar a mi papá, pero él dormía como una piedra. Así que salió a la tormenta. Me encontró allí de pie, desnudo como se puede estar, en medio del bosque, relámpagos cayendo a mi alrededor como fuegos artificiales. ¿Y sabes qué pasó después?

Dave me miró, hizo una pausa.

—Golpeó el tráiler. Todo se incendió. Ese fue el primer incendio en New Eden, y no fue malo, no como el que mató a papá. Apagaron ese primero antes de que pudiera hacer mucho daño. Pero mi mamá me sacó de allí al día siguiente.

—¿Lo tomó como otra señal? —confirmó Gus.

—Mira, aquí está la cosa —dijo Dave—. Mi mamá cree en la suerte, en el destino, en la mano divina de Dios. Pero no tanto como para que no haya lugar para culparse a sí misma por lo que le pasó a papá. Fue quien nos llevó allí. Y fue ella quien me sacó. No le dijo, porque sabía que él estaba demasiado involucrado. Él no se habría negado simplemente a irse: nos habría expiado.

—¿Expiado? —pregunté.

—Pura jerga —explicó Dave—. Es una confesión en nombre de otra persona. No querían que lo consideráramos como un informe, vigilando a sus vecinos. Era “expiación”. Era hacer el sacrificio desinteresado de poner una cuña en tu propia relación con una persona para salvarla del pecado. En el fondo, ella sabía que, si le decía a papá que quería salirse, ambos habríamos sido castigados. Habría tenido al menos dos semanas de aislamiento. Me habrían golpeado, y luego me habrían dejado con otra familia hasta que “su fe vacilante hubiera sido restaurada”. Decían que no

les gustaba la violencia. Que era su propio sacrificio disciplinarnos por amor. Pero siempre se podía decir quiénes lo hacían.

»Ella sabía todo eso. Tan predestinado o no, mi mamá vio el futuro. No podría haberlo salvado. Pero hizo lo que tenía que hacer para salvarme.

Gus guardó silencio, pensativo. Perdido en sus pensamientos, de repente parecía más joven, un poco más delicado. Sentí una oleada de ira en mi estómago. *¿Por qué nadie te salvó?, pensé. ¿Por qué nadie te recogió y te sacó en medio de la noche?*

Sabía que era complicado. Sabía que debía haber razones, pero aun así me provocó una punzada. No era la historia que le hubiera escrito. Para nada.



Gus cerró la puerta detrás de Dave con un clic silencioso y se volvió hacia mí. No dijimos nada por un momento, ambos exhaustos por la entrevista de cuatro horas. Nos miramos el uno al otro.

Se apoyó contra la puerta.

—Hola —dijo finalmente.

—Hola —respondí.

El atisbo de una sonrisa asomó sigilosamente por la comisura de su boca.

—Es bueno verte.

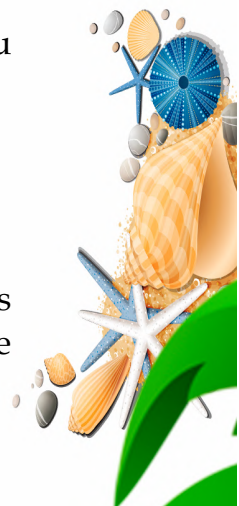
—Sí. —Me moví inquieta entre mis pies—. Lo mismo digo.

Se enderezó y fue hacia el aparador de nogal del rincón, sacó dos vasos de cristal de abajo y los colocó junto a la disposición cuidadosa de botellas de licor oscuro.

—¿Quieres una bebida?

Por supuesto que quería un trago. Acababa de escuchar la historia desgarradora de un niño golpeado por crímenes imaginarios y, aparte de eso, estaba a solas con Gus por primera vez desde nuestro beso. Incluso desde el otro lado de la habitación, el calor de la casa parecía un sustituto.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

de nuestra tensión. Porque el revoltijo espinoso de sentimientos de hoy se había agitado en mí. Ira con todos los padres rotos, angustia porque ellos también deben haberse sentido como niños: indefensos, inseguros de cómo tomar las decisiones correctas, aterrorizados de tomar las incorrectas. Me sentí enferma por Dave y por lo que había pasado, triste por mi madre y lo perdida que sabía que debía sentirme sin papá, y aún con todo eso, estar en la misma habitación que Gus me hacía sentir un poco caliente y pesada, como si desde el otro lado de la habitación él aún fuera una fuerza física presionando dentro de mí.

Escuché el tintineo suave del hielo contra los vasos. (¿Tenía hielo en un balde en una bandeja con su licor? ¡Cuán acaudalado de su parte!)

Quería respuestas sobre Pete, y sobre los padres de Gus y su matrimonio, pero ese era el tipo de curiosidades que una persona tenía que ofrecer, y Gus no lo había hecho. Ni siquiera me había dejado entrar a su casa hasta que uno de sus sujetos de investigación apareció aquí sin previo aviso. No es que tampoco hubiera estado en mi casa, pero mi casa no era parte de mí. Ni siquiera era realmente mía, solo era equipaje. La casa de Gus era su *hogar*.

Y Dave había estado dentro antes que yo.

Gus se volvió entonces para mirarme con el ceño fruncido.

—Te hiciste un tatuaje. —Fue lo primero que se me ocurrió decir cuando habíamos estado en silencio demasiado tiempo.

Sus ojos se dirigieron hacia su brazo.

—Así es.

Eso fue todo. Sin explicación, sin información sobre dónde había estado. Podía sentarme aquí, tomar una copa con él y hablar sobre libros y recuerdos sin sentido de chicas vomitando en la parte posterior de nuestras cabezas, pero eso era todo.

Mi corazón se hundió. No quería eso, no ahora que había vislumbrado más. Si quisiera charlas informales a nivel superficial y minas terrestres conversacionales, llamaría a mi madre. Con él, quería más. Era quien era.

—¿Escocés? —preguntó Gus.

—Hoy no hice mucho. Debería volver a eso.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Sí. —Comenzó a asentir, lenta y distraídamente—. Sí, de acuerdo. Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana —dije.

Por una vez estaba temiendo planear nuestro sábado por la noche. Dejé los vasos en el aparador y vino a abrirme la puerta. Salí al porche, pero dudé al oír mi propio nombre. Cuando miré hacia atrás, su sien izquierda descansaba contra el marco de la puerta.

Siempre estaba apoyado en algo, como si no pudiera soportar sostener todo su peso en posición vertical durante más de un segundo o dos. Se apoyaba, se tumbaba, se encorbaba y se reclinaba. Nunca permanecía simplemente de pie o sentado. En la universidad, pensé que era un holgazán en todo menos en escribir. Ahora me preguntaba si simplemente estaba cansado, si la vida lo había dejado encorvado permanentemente, doblado sobre sí para que nadie pudiera llegar a ese centro blando, el niño que soñaba con huir en trenes y vivir en las ramas de una secuoya.

—¿Sí? —pregunté.

—Es bueno verte —contestó.

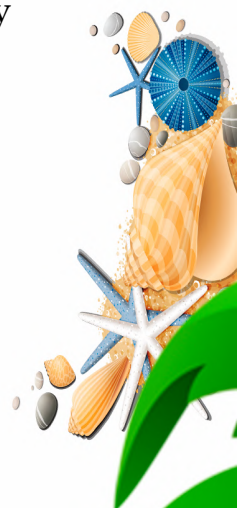
—Ya dijiste eso.

—Sí —respondió—. Lo hice.

Luché contra una sonrisa, reprimí el aleteo en mi estómago. Una sonrisa y un aleteo no eran suficientes para mí. Terminé con los secretos y las mentiras, sin importar lo bonito que sea.

—Buenas noches, Gus.

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
i. hen*

ways have
didn't you know!

El baile

¿TRAJE ESTA NOCHE?, escribió GUS al mediodía del sábado.

La ansiedad aumentaba cada vez que pensaba en estar a solas en el auto con él, pero también había planeado esta noche desde el sábado pasado, y no estaba lista para salirme de nuestro trato, no cuando finalmente estaba escribiendo por primera vez en meses. OH, DEFINITIVAMENTE, le respondí.

¿EN SERIO?, preguntó Gus.

NO, escribí. ¿TIENES BOTAS DE VAQUERO?

¿QUÉ PIENSAS?, dijo Gus. DE TODO LO QUE SABES DE MÍ, ADIVINA SI TENGO BOTAS DE VAQUERO.

Me quedé mirando la página en blanco y luego fui a por ello: ERES UN HOMBRE DE MUCHOS SECRETOS. PODRÍAS TENER UN ARMARIO COMPLETO LLENO DE SOMBREROS DE VAQUEROS. Y SI LO TIENES, LLEVA UNO. 6 P.M.

Cuando Gus apareció en mi puerta esa noche, vestía su uniforme habitual, además de una camisa negra arrugada. Su cabello estaba recogido en su frente de una manera que sugería que lo había forzado hasta ahí pasando ansiosamente la mano por él mientras escribía.

—¿Sin sombrero? —dije.

—Sin sombrero. —Sacó su otra mano de detrás de su espalda. Llevaba dos frascos del tipo delgados y plegables que se pueden meter debajo de la ropa—. Pero los traje en caso de que me lleves a un servicio religioso en Texas.

Me agaché junto a la puerta principal y me puse los botines bordados.

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Y una vez más, revelas que sabes *mucho* más sobre el romance de lo que dijiste anteriormente.

Incluso mientras lo decía, mi estómago se apretó.

Gus estuvo casado.

Gus está divorciado.

Por eso estaba tan seguro de que el amor nunca podría durar, y no me había dicho ninguno de estos detalles clave, porque en *realidad* no me había dejado entrar.

Si mi comentario le recordó algo de eso, no lo dejó ver.

—Para que lo sepas —dijo—, si realmente tengo que usar un sombrero de vaquero en algún momento esta noche, probablemente moriré.

—Alergia al sombrero de vaquero. —Tomé mis llaves de la mesa—. Entendido. Vamos.

Esta cita hubiera sido perfecta, si hubiera sido una cita.

El estacionamiento del Black Cat Saloon estaba atascado y el interior tallado toscamente estaba igualmente lleno.

—Mucha franela —reflexionó Gus mientras entramos.

—¿Qué esperabas en la noche de baile de cuadrilla, Gus?

—Estás bromeando, ¿verdad? —dijo Gus, congelado. Negué con la cabeza—. Esta ha sido una pesadilla recurrente exacta de la que apenas me estoy dando cuenta de que en realidad era una premonición.

En el escenario bajo en la parte delantera de la habitación similar a un granero, la banda se levantó de nuevo, y una masa de cuerpos pasó a nuestra izquierda, golpeándome contra él. Me sujetó por las costillas y me enderezó mientras el grupo avanzaba hacia la pista de baile.

—¿Estás bien? —gritó por encima de la música, sus manos todavía en mis costillas.

Mi cara estaba caliente, mi estómago dando un vuelco traidor.

—Bien.

Se inclinó para que pudiera escucharlo.

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—Este parece un entorno peligroso para alguien de tu tamaño. Tal vez deberíamos irnos... literalmente irnos a cualquier otro lugar.

Cuando se echó hacia atrás para mirarme a la cara, sonreí y negué con la cabeza.

—De ninguna manera. La ronda ni siquiera *comienza* hasta dentro de diez minutos.

Sus manos se deslizaron fuera de mí, dejando puntos pulsantes en mi piel.

—Supongo que sobreviví a Meg Ryan.

—*Apenas* —bromeé, luego me sonrojé cuando los destellos de memoria atravesaron mi mente. La boca de Gus abriendo la mía. Los dientes de Gus en mi clavícula. Las manos de Gus apretando contra mis caderas, su pulgar rozando la protuberancia del hueso.

El momento se extendió entre nosotros. O más bien, pareció tensarse entre nosotros, y como no nos acercamos más, el aire se tensó. La canción estaba terminando ahora y un hombre larguirucho con cara de caballo saltó al escenario con un micrófono, convocando a los principiantes al piso para la siguiente canción.

Agarré la muñeca de Gus y abrí un camino entre la multitud hacia la pista de baile. Por una vez, tenía las mejillas enrojecidas y la frente llena de arrugas de preocupación.

—Honestamente, tienes que ponerte en tu testamento por esto —dijo.

—Es posible que no quieras hablar mientras dan las instrucciones —respondí, inclinando la cabeza hacia la persona que llamaba con cara de caballo, que estaba usando a un voluntario de la multitud para demostrar algunos movimientos clave, todo a medida que hablaba con la velocidad de un subastador—. Tengo la sensación de que este tipo no repetirá mucho.

—Tu última voluntad y testamento, January —susurró Gus con fiereza.

—Y a Gus Everett —susurré—, ¡un armario lleno de sombreros de vaquero!

Su risa crepitó como un estallido de aceite. Pensé en su sonido contra mi oído esa noche en la fiesta. No habíamos dicho nada mientras bailamos en ese sótano resbaladizo, ni una sola palabra, pero él se rio contra mi oído.

EMILY HENRY
BEACH

169

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

y yo sabía, o al menos sospechaba, que era porque era vagamente consciente de que deberíamos haber estado avergonzados de estar uno encima del otro de esa manera. Deberíamos haberlo estado, pero había sentimientos más urgentes que sentir esa noche. Como en el autocine.

El calor llenó mi abdomen y reprimí el pensamiento.

En el escenario, el violín se puso en marcha y pronto toda la banda empezó a rebotar entre las notas. Los expertos pululaban por el piso, llenando los espacios entre los principiantes que esperaban ansiosamente, de los cuales formábamos al menos el veinte por ciento. Gus se acercó a mi lado, sin querer ser separado de la manta de seguridad sensible en la que me convertiría tan pronto como atravesamos las puertas dobles de metal, y la persona que llamaba gritó por el micrófono.

—¿Están listos? ¡Aquí vamos!

A su primera orden, la multitud se empujó hacia la derecha, llevándonos a Gus y a mí. Agarró mi mano cuando la masa de botas y tacones cambió de dirección. Chillé cuando Gus me sacó del camino de un hombre girando, ya sea que eso significara pisotear mi pie o no.

No había letras cantadas, solo las instrucciones de la persona que llamaba con su ritmo extraño de subastador y el sonido de zapatos raspando el suelo. Me eché a reír cuando Gus avanzó en lugar de retroceder, provocando una desagradable mirada de la rubia con la que chocó.

—Lo siento —gritó por encima de la música, levantando las manos en señal de disculpa, solo para chocar con su pecho cubierto de encaje rosa mientras la multitud se movía una vez más.

—Oh, Dios —dijo, tropezando hacia atrás—. Lo siento...

—¡Dios no tiene nada que ver con eso! —espetó la mujer, hundiendo las manos en las caderas.

—Lo siento —intercedí, agarrando a Gus de la mano—. No puedo llevarlo a ningún lado.

—¿A mí? —gritó, medio riendo—. Me golpeaste en...

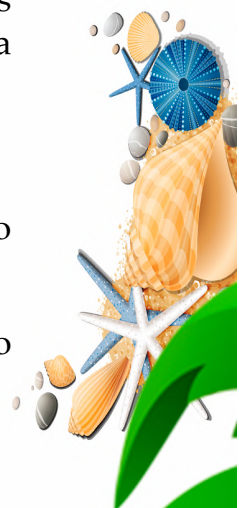
Lo arrastré entre la multitud hasta el otro extremo de la pista de baile. Cuando miré por encima del hombro, la mujer había reanudado sus botas de patinaje y su rostro tan pétreo como el de un sarcófago.

EMILY HENRY

BEACH

170

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

—¿Debería darle mi número? —bromeó Gus, con la boca cerca de mi oído.

—Creo que preferiría tener tu tarjeta de seguro.

—O un buen dibujo de la policía.

—O una palanca —respondí.

—Está bien. —La sonrisa de Gus se extendió lo suficiente como para que se le escapara una risa—. Eso es suficiente de tu parte. Solo buscas una excusa para no bailar.

—¿Yo solo estoy buscando una excusa? —dije—. Agarraste las tetas de esa mujer para intentar que te echaran de aquí.

—De ninguna manera. —Sacudió la cabeza, me agarró del brazo y tiró de mí mientras caía torpemente hacia los escalones—. Ahora estoy en esto a largo plazo. Será mejor que despejes tus horarios de los sábados desde aquí hasta la eternidad.

Me reí, tropezando con él, pero mi estómago estaba luchando contra una serie de subidas y bajadas simultáneas. No quería sentir estas cosas. Ya no era divertido, ahora que lo pensaba todo, dónde terminaría: conmigo apegada y celosa y él habiendo compartido tanto sobre su vida conmigo como lo harías con un peluquero.

Pero luego diría cosas como esa: *Despeja tus horarios de los sábados desde aquí hasta la eternidad*. Me agarraría por la cintura para evitar que me estrellara contra una viga de soporte que no había notado en mi estado de fuga danzante. Riendo, me giraría contra él y me haría voltear mientras el resto de la multitud bailaba frenéticamente, mucho más anchos que sus caderas, con los pulgares enganchados en trabillas de cinturón reales e imaginarias.

Este era un Gus diferente al que había visto (¿el que había jugado al fútbol? ¿El Gus que respondió a un tercio de las llamadas telefónicas de su tía? ¿El Gus que se había casado y divorciado?), y no estaba segura de qué hacer con él o su repentina aparición.

Algo había cambiado en él, otra vez, y estaba (intencionalmente o no) dejando que se notara. Parecía de alguna manera más ligero que antes, menos cansado. Estaba siendo atractivo y coqueto, lo que solo me hizo sentir más frustrada después de lo de la semana pasada.

—Necesitamos un trago —dijo.

EMILY HENRY

BEACH

—Está bien —concordé. Tal vez un trago eliminaría el borde extraño en el que me sentía. Caminamos de regreso a la barra y él apartó un plato de maní aún en su cáscara para pedir dos dobles de whisky—. Salud —dijo, levantando el suyo.

—¿Por qué? —pregunté.

Sonrió.

—Por tus finales felices.

Pensé que éramos amigos, que me respetaba, y ahora sentí que me estaba llamando princesa de hadas una vez más, riéndose para sí de lo ingenua y tonta que era mi visión del mundo, sosteniendo su matrimonio fallido como una carta de triunfo secreta que demostraba, una vez más, que sabía más que yo. Una mecha feroz y enojada se encendió en mi estómago, y tragué el whisky sin chocar su trago levantado. Gus pareció pensar que fue un descuido. Todavía estaba bebiendo su whisky cuando me dirigí de regreso a la pista de baile.

Tuve que admitir que había algo singularmente divertido en bailar en cuadrilla con enojo, pero eso no me impidió hacerlo. Terminamos dos canciones más, tomamos dos tragos más.

Cuando volvimos a escuchar la cuarta canción, un baile más complejo para que lo disfrutaran los expertos mientras la persona que dirigía usaba el baño y descansaba las cuerdas vocales, no teníamos ninguna esperanza de seguir el ritmo de la coreografía, incluso si no estuviésemos borrachos para entonces. Durante un doble giro a la derecha, mi zapato se enganchó en una tabla irregular del piso y Gus me agarró por la cintura para evitar que me cayera. Su risa se desvaneció cuando vio mi rostro, y se inclinó (por supuesto) contra la viga de soporte, mi némesis de antes, empujándome hacia él por mis caderas. Su mano quemó a través de mis jeans hasta mi piel y luché por mantener la cabeza despejada mientras me sostenía así.

—Oye —murmuró, dejando caer su boca hacia mi oído para que pudiera escucharlo por encima de la música—. ¿Qué ocurre?

Lo que estaba mal era que sus pulgares giraban en círculos en mis caderas, su aliento a whisky contra la comisura de mi boca y lo estúpida que me sentía por su efecto en mí. Era ingenua.

Siempre había confiado en mis padres, nunca sentí las piezas que faltaban entre Jacques y yo, y ahora comenzaba a apegarme

emocionalmente a alguien que había hecho todo lo posible para convencerme de que no lo hiciera.

Me aparté de él. Quise decir, *creo que necesito irme a casa*, o tal vez *no me siento bien*.

Pero nunca había sido buena para ocultar cómo me sentía, especialmente el año pasado.

No dije nada. Corrí hacia la puerta.

Irrumpí en el aire fresco del estacionamiento y me dirigí directamente hacia el Kia. Pude escucharlo gritar mi nombre mientras me seguía, pero estaba demasiado *avergonzada*, frustrada y no sabía qué más, como para darme la vuelta.

—¿January? —llamó Gus de nuevo, trotando hacia mí.

—Estoy bien. —Busqué las llaves en mi bolsillo—. Solo... necesito irme a casa. Yo no... yo no... —me detuve, buscando a tientas la llave contra la cerradura.

—No podemos ir a ningún lado hasta que estemos sobrios —señaló.

—Entonces, me quedaré sentada en el auto hasta entonces. —Me temblaban las manos y la llave volvió a rebotar en la cerradura.

—Ven. Permíteme. —Gus me las quitó y las deslizó, abriendo la puerta del lado del conductor, pero no se apartó para dejarme abrir.

—Gracias —le dije sin mirarlo.

Me estremecí cuando su mano rozó mi rostro, quitando el cabello de mi mejilla. Lo colocó detrás de mi oreja.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo.

Ahora lo miré, ignorando la pesada *sacudida* de mi estómago cuando lo miré a los ojos.

—¿Por qué?

Levantó las cejas.

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué puedo decirte? —dije—. ¿Por qué iba a decirte algo?

Apretó sus labios. El músculo de su mandíbula saltó.

EMILY HENRY

BEACH

—¿Qué es esto? ¿Qué hice?

—Nada. —Me volví hacia el auto, pero el cuerpo de Gus siguió bloqueando la puerta—. Muévete, Gus.

—Esto no es justo —dijo—. ¿Estás enojada conmigo y ni siquiera puedo intentar arreglarlo? ¿Qué podría tener yo posiblemente...?

—No estoy enojada contigo —le dije.

—Lo *estás* —argumentó. Intenté de nuevo abrir la puerta. Esta vez se hizo a un lado para dejarme—. Por favor, dímelo, January.

—No lo estoy —insistí, con la voz temblando peligrosamente—. No estoy molesta contigo. Ni siquiera estamos lo suficientemente cerca para eso. Solo soy tu conocida. No es como si fuéramos amigos.

Surcos gemelos se elevaron desde el interior de sus cejas y su boca torcida se frunció.

—Por favor —dijo, casi sin aliento—. No hagas esto.

—¿Hacer *qué*? —exigí.

Extendió los brazos a los costados.

—¡No sé! —dijo—. Sea lo que sea *esto*.

—¿Qué tan estúpida crees que soy?

—¿De qué estás *hablando*? —demandó.

—Supongo que no debería sorprenderme que no me digas nada —dije—. No es que me respetes a mí ni a mis opiniones.

—Por supuesto que te respeto.

—Sé que estabas casado —espeté—. Sé que estabas casado y que te separaste el día de tu cumpleaños, y no solo no me dijiste nada de eso, sino que me escuchaste hablar sobre por qué hago lo que hago y qué significa todo para mí, y... y hablar sobre mi *padre* y lo que hizo, y tú te sentaste allí, en tu pequeño y petulante caballo alto...

Gus soltó una risa exasperada.

—¿“Petulante caballo alto”?

—... pensando que soy estúpida o ingenua...

—Por supuesto que no...

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—... manteniendo en secreto tu propio matrimonio fallido, como todo lo demás en tu vida, para que puedas menospreciar a todas las personas *cliché* como yo que todavía creen...

—Detente —espetó.

—... mientras tú...

—*Detente*. —Se apartó de mí, caminó a lo largo del auto y luego se volvió con cara de enfado—. No me conoces, January.

Me reí sin humor.

—Soy muy consciente.

—No. —Sacudió la cabeza, se precipitó hacia mí y se detuvo a no más de quince centímetros de distancia—. ¿Crees que mi matrimonio es una broma para mí? Estuve casado dos años. *Dos años* antes de que mi esposa me dejara por el padrino de nuestra boda. ¿Qué te parece ese cliché? Conozco peces de colores que vivieron más que eso. Ni siquiera quería el divorcio. Me habría quedado con ella, incluso después de la aventura, pero ¿adivina qué, January? Los finales felices no le suceden a todo el mundo. No hay nada que puedas *hacer* para que alguien te siga amando.

»Lo creas o no, no me quedo sentado durante *horas* de conversaciones contigo juzgándote en silencio. Y si me toma un tiempo decirte cosas como "Oye, mi esposa me dejó por mi compañero de cuarto de la universidad", tal vez no tenga nada que ver contigo, ¿de acuerdo? Tal vez sea porque no me gusta decir esa frase en voz alta. Quiero decir, tu mamá no se fue cuando tu papá la engañó, y *mi* mamá no dejó a *mi* papá cuando rompió mi jodido brazo y, sin embargo, yo no pude hacer *nada* para que mi esposa se quedara.

Mi estómago tocó fondo. Mi garganta se apretó. El dolor me atravesó el pecho. Todo cobró sentido a la vez: la vacilación y la evasión, la desconfianza en la gente, el miedo al compromiso.

Nadie había elegido a Gus. Desde que era un niño, nadie lo había elegido, y estaba *avergonzado* por eso, como si significara algo sobre él. Quería decirle que no. Que no era porque *él* estuviera roto, sino porque *todos los demás* lo estaban. Pero no pude pronunciar ninguna palabra. No pude hacer nada más que mirarlo, parado allí, sin energía, su pecho subiendo y bajando con respiraciones profundas, y sentir dolor por él y odiar un poco al mundo por acabarlo.

EMILY HENRY

BEACH

175

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

En ese momento, honestamente, no me importaba por qué había desaparecido o adónde había ido.

El brillo intenso había desaparecido de sus ojos y su barbilla cayó mientras se frotaba la frente.

Había millones de cosas que quería decirle, pero lo que salió fue.

—¿Parker?

Volvió a levantar la vista, los ojos muy abiertos y la boca entreabierta.

—¿Qué?

—Tu compañero de cuarto de la universidad —murmuré—. ¿Te refieres a Parker?

La boca de Gus se cerró, los músculos a lo largo de su mandíbula saltaron.

—Sí —dijo apenas—. Parker.

Parker, el estudiante de arte con ropa excéntrica. Parker, que se había quitado la mayor parte de la ceja izquierda. Tenía unos bonitos ojos azules y una cierta locura que mis amigas y yo siempre habíamos imaginado que se traducían en una excitabilidad al estilo de un golden retriever cuando se trataba de sexo. De lo que todos estábamos bastante seguros que estaba *recibiendo mucho*.

Gus no me estaba mirando. Se estaba frotando la frente nuevamente, luciendo tan roto y avergonzado como yo me había sentido hace treinta segundos.

—En tu cumpleaños. Qué idiota.

No me di cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que respondió.

—Quiero decir, ese no era su plan. —Apartó la mirada, mirando vagamente a través del estacionamiento—. En cierto modo se lo saqué a la fuerza. Me di cuenta de que algo andaba mal y... de todos modos.

Todavía una idiota, pensé. Negué con la cabeza. No tenía ni idea de qué más decir. Di un paso adelante y envolví mis brazos alrededor de él, presionando mi rostro contra su cuello, sintiendo su respiración profunda empujar contra mí. Después de un momento, sus brazos se levantaron a mi

EMILY HENRY

BEACH

alrededor y nos quedamos allí, fuera del alcance del único foco de luz del estacionamiento, abrazados el uno al otro.

—Lo siento —susurré en su piel—. Ella debió haberte elegido. —Y lo decía en serio, incluso si no estaba segura exactamente a cuál *ella* me refería.

Sus brazos se apretaron alrededor de mi espalda. Su boca y nariz presionaron contra la coronilla de mi cabeza, y en el interior, una versión triste de Crosby, Stills, Nash & Young sonó, la guitarra tintineó como si sus cuerdas estuvieran llorando. Gus me mecía de lado a lado.

—Quiero conocerte —le dije.

—Quiero eso —murmuró en mi cabello. Nos quedamos allí un momento antes de que volviera a hablar—. Ya es tarde. Deberíamos tomar un poco de café para poder llegar a casa.

No quería volver a casa. No quería alejarme de Gus.

—Por supuesto.

Se apartó de mí y su mano recorrió mi garganta, descansando en el hueco entre mi cuello y hombro, su áspero pulgar aferrando el borde de mi clavícula. Sacudió la cabeza una vez.

—Nunca pensé que fueras estúpida.

Asentí. No estaba segura de qué decir, e incluso si lo hubiera estado, no estaba segura si mi voz saldría gruesa y pesada, como se sentía mi sangre, o temblorosa y alta, como lo hacía mi estómago.

Los ojos de Gus se posaron en mi boca y luego se elevaron a mis ojos.

—Pensé... *pienso* que es valiente creer en el amor. Quiero decir, del tipo duradero. Intentar eso, incluso sabiendo que puede lastimarte.

—¿Y qué hay de ti?

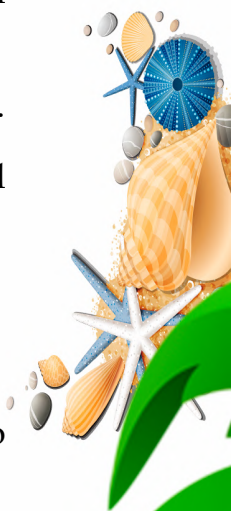
—¿Qué hay de mí? —murmuró.

Necesitaba aclararme la garganta, pero no lo hice. Sería demasiado obvio lo que estaba pensando, cómo me sentía.

—¿No crees que nunca lo volverás a hacer?

Gus dio un paso atrás y los zapatos crujieron contra la grava.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
the heart

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—No importa si creo que puede funcionar o no —dijo—. No creer en algo no te impide desearlo. Si no tienes cuidado.

Su mirada envió calor desplegándose sobre mí, el frío regresó dolorosamente a su lugar contra mi piel cuando finalmente se volvió hacia el bar.

—Ven —dijo—. Vamos a tomar ese café.

Cuidado. La precaución era algo de lo que tenía poco cuando se trataba de Gus Everett.

Caso en cuestión: mi resaca a la mañana siguiente.

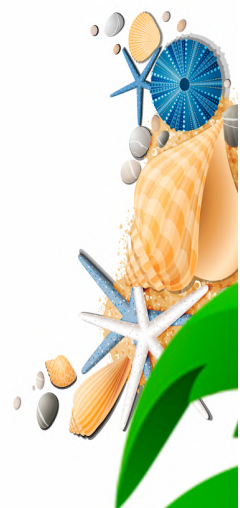
Me desperté con mi primer mensaje de texto de él.

Solo decía: **Ay.**

178



EMILY HENRY
BEACH



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

No hubo más noches en nuestras terrazas separadas. El domingo, Gus vino a mi casa luciendo como si hubiera comenzado a pasar por un compactador de basura solo para que lo escupiera a la mitad. Me sentía al menos tan mal como se veía.

Dejamos las tumbonas en el piso de la cubierta y nos acostamos con bolsas de hielo en la cabeza, bebiendo las botellas de Gatorade que había traído.

—¿Escribiste? —preguntó.

—Siempre que imagino palabras, tengo arcadas, literalmente.

A mi lado, Gus tosió.

—Esa *palabra* —dijo.

—Lo siento.

—¿Deberíamos pedir pizza? —preguntó.

—¿Estás bromeando? Tu casi...

—January —dijo Gus—. No digas esa palabra. Solo responde la pregunta.

—Por supuesto que deberíamos.

Para el lunes, casi nos habíamos recuperado. Al menos lo suficiente como para que ambos estuviéramos trabajando en nuestras propias mesas durante el día (dos mil palabras tecleadas por mi parte). Alrededor de la 1:40 p.m., Gus levantó la primera nota del día: *TE HE MANDADO UN MENSAJE*.

LO RECUERDO, le respondí. *UN MOMENTO HISTÓRICO EN NUESTRA AMISTAD.*

NO, dijo. *TE ENVIÉ UN MENSAJE DE TEXTO HACE UN MINUTO.*

Dejé mi teléfono cargando junto a la cama. Levanté mi dedo índice mientras salía apresuradamente de la habitación y agarraba mi teléfono. El mensaje solo decía: **¿Sabes cómo hacer una margarita?**

Gus, escribí de nuevo. **Son menos palabras que las notas que me escribiste para contarme sobre este mensaje.**

Respondió de inmediato: **Quería hacer una solicitud formal. Escribir notas es una forma de comunicación muy informal.**

No sé hacer una margarita, le dije. **Pero conozco a alguien que lo sabe.**

¿José Cuervo?, preguntó.

Abrí las persianas y me asomé por la ventana, gritando hacia la parte trasera de nuestras casas, donde estaban las ventanas de la cocina.

—GOOGLE.

Mi teléfono vibró con su respuesta: **Ven.** Intenté no notar lo que esas palabras me hacían, el escalofrío de todo el cuerpo, el calor.

Regresé por mi computadora y caminé descalza. Gus me recibió en su porche, apoyándose contra el marco de la puerta.

—¿Alguna vez te paras derecho? —pregunté.

—No, si se puede evitar —respondió, y me llevó a su cocina. Me senté en un taburete en la isla mientras sacaba las limas y luego fue a la sala del frente por su coctelera, tequila y triple seco—. Por favor, no te molestes en ayudar —bromeó.

—No te preocupes. Nunca lo haría.

Cuando terminó de preparar nuestras bebidas, salimos al porche delantero y trabajamos hasta que los últimos rayos de sol se desvanecieron en ese azul profundo de Michigan, las estrellas brillando a través de él como agujeros perforados, uno a la vez. Cuando nuestros estómagos empezaron a rugir, volví a mi casa por el resto de la pizza y la comimos fría, con las piernas estiradas y los pies apoyados en la barandilla del porche.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh*

—Mira —dijo Gus, y señaló el cielo azul profundo mientras dos rastros de luz plateada atravesaban las estrellas. Sus ojos estaban haciendo la cosa, la cosa de Gus, al verlos, y eso hizo que mi pecho palpitara casi dolorosamente. Me encantó esa emoción vulnerable cuando vio por primera vez algo que lo hizo sentir antes de que pudiera encubrirlo.

A veces me mira así.

Dirigí mi atención a las estrellas fugaces.

—Me puedo identificar con eso —dije rotundamente.

Gus soltó una risa a medio formar.

—Esos somos básicamente nosotros. En llamas y simplemente cayendo del cielo.

Me miró con una oscura mirada ferviente que deshizo la cuidadosa compostura que había estado reconstruyendo. Mis ojos se deslizaron hacia él y luché por algo que decir.

—¿De qué se trata la gran mancha negra? —Incliné mi barbilla hacia el tatuaje en la parte posterior de su bíceps, donde la piel estaba un poco más pálida que su aceitunado habitual.

Pareció confundido hasta que siguió mi mirada.

—Sí —dijo—. Solía ser otra cosa.

—Una tira de Möbius. Lo sé —dije, un poco demasiado rápido.

Sus ojos se clavaron en los míos durante unos segundos intimidantes mientras decidía qué decir.

—Naomi y yo las conseguimos. —Su nombre flotó en el aire, la imagen secundaria de un rayo. *Naomi*. La mujer con la que se había casado Gus Everett, supuse. No pareció darse cuenta de mi sorpresa. Quizás en su mente decía su nombre a menudo. Quizás, habiéndome dicho que ella existía, él sentía lo mismo que si me hubiera mostrado sus álbumes de fotos—. Justo después de la boda.

—Ah —dije estúpidamente. Mis mejillas se pusieron aún más calientes y comenzaron a picarme. Tenía la habilidad de sacar a colación cosas de las que él no tenía interés en hablar—. Lo siento.

Sacudió la cabeza una vez y sus ojos mantuvieron su enfoque afilado y feroz.

EMILY HENRY

BEACH

—Te dije que quería que me conocieras. Puedes preguntarme cualquier cosa que quieras.

Sonó algo así como: ¡Colócate encima de mí! ¡Ahora!

Esperaba verme *muy bonita*, para un tomate demasiado maduro.

Dejar el tema era la idea más inteligente, pero no pude evitar ponerlo a prueba, para ver si yo, January Andrews, *realmente* podía preguntarle algo al reservado Gus Everett.

Me decidí por:

—¿Qué significaba?

—Al final resultó que, muy poco —dijo. La decepción se retorció en mi estómago por lo rápido que se había deteriorado nuestra política de libro abierto.

Pero luego tomó aliento y continuó.

—Si comienzas en un punto de una franja de Möbius y la sigues en línea recta, cuando hayas completado el ciclo completo, no terminas de nuevo donde comenzaste. Terminas justo encima de él, pero al otro lado de la superficie. Y si *lo* sigues por segunda vez, finalmente terminarás donde empezaste. Así que este camino es el doble de largo de lo que debería ser. En ese momento, creo que pensamos que significaba que los dos sumamos algo más grande de lo que éramos por nuestra cuenta.

Encogió un hombro y luego rascó distraídamente la mancha negra.

—Después de que se fuese, parecía más una broma de mal gusto. Oh, aquí estamos, atrapados en lados opuestos de esta superficie, supuestamente en el mismo lugar y de alguna manera no juntos. Junto con estos tatuajes estúpidos que son un cinco mil por ciento más permanentes que nuestro matrimonio.

—Ay —dije. ¡Ay! Sonaba como una niñera adolescente intentando relacionarse con su caliente padre divorciado favorito. Que era algo así como me sentía.

Gus me dio una sonrisa torcida.

—Ay —concordó en voz baja.

Nos miramos el uno al otro durante demasiado tiempo.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—¿Cómo era? —Las palabras acababan de salir, y ahora me invadió una oleada de pánico por haber preguntado algo que no estaba segura de que Gus quisiera responder, o que yo disfrutaría escuchar.

Sus ojos oscuros me estudiaron durante varios segundos. Se aclaró la garganta.

—Era dura —dijo—. Algo... impenetrable.

Los chistes se escribían solos, pero no lo interrumpí. Había llegado tan lejos. Ahora tenía que saber qué tipo de mujer podría capturar el corazón de Gus Everett.

—Era una artista visual increíble —dijo—. Así fue como nos conocimos. Vi una de sus exposiciones en una galería cuando estaba en la escuela de posgrado y me gustó su trabajo antes de conocerla. E incluso una vez que estuvimos juntos, sentí que nunca podría conocerla realmente. Como si ella siempre estuviera fuera de su alcance. Por alguna razón, eso me emocionó.

¿Qué tipo de mujer podría capturar el corazón de Gus Everett?

Mi polo opuesto. *No* del tipo que siempre era grosera cuando estaba de mal humor, lloraba cuando estaba feliz, triste, abrumada. Que no podía evitar dejarlo todo en el aire.

—Pero también tuve este pensamiento, como... —Vaciló—. Aquí hay alguien a quien nunca podría romper. No me necesitaba. Y no era amable conmigo, ni se preocupó por salvarme, ni tampoco por dejarme entrar lo suficiente para ayudarla a resolver las cosas. Tal vez suene una mierda, pero nunca me he confiado a nadie... *suave*.

—Ah. —Mis mejillas ardieron y mantuve mi atención en su brazo en lugar de su cara.

—Vi eso con mis padres, ¿sabes? Este agujero negro y esta luz brillante que siempre estaba intentando tragarlos enteros.

Mi mirada se posó en su rostro, las líneas nítidas grabadas entre sus cejas.

—Gus. No eres un agujero negro. Y tú tampoco eres tu padre.

—Sí, lo sé. —Una sonrisa poco convincente apareció en una comisura de su boca—. Pero tampoco soy la luz brillante.

183

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Claro, no era una luz brillante, pero tampoco era el cínico que pensé. Era un realista que tenía demasiado miedo a la esperanza para ver las cosas con claridad cuando se trataba de su propia vida. Pero también era excepcionalmente bueno para acompañar a la gente a través de su mierda, haciéndoles sentir menos solos sin promesas o tópicos vacíos. A mí. Dave. Grace.

No tenía miedo de que las cosas se pusieran feas, de ver a alguien en su punto más débil, y no se derrumbaba tratando de disuadirme de mis propios sentimientos. Simplemente era testigo de ellos, y de alguna manera, eso permitía que finalmente salieran de mi cuerpo después de años de encarcelamiento.

—Seas lo que seas —dije—, eso es mejor que una lamparita de noche. Y por si sirve de algo, como ex princesa de las hadas y la mejor chica secreta y suave, creo que eres bastante gentil.

Sus ojos se sintieron tan cálidos e intensos sobre mí que estaba segura de que podía leer todos mis pensamientos, todo lo que sentía y pensaba sobre él, escrito en mis pupilas. El calor en mi cara se apoderó de todo mi cuerpo, y me concentré en su tatuaje una vez más, presionándolo con mi mano.

—Y también, si sirve de algo, creo que la mancha negra gigante te queda bien. No porque seas un agujero negro. Sino porque es divertido y extraño.

—Si crees que sí, entonces no me arrepiento —murmuró.

—Te hiciste un tatuaje —dije, todavía un poco sorprendida.

—Tengo varios, pero si quieres ver los demás, tienes que invitarme a cenar.

—No, quiero decir, tienes un *tatuaje de matrimonio*. —Me arriesgué a mirarlo y lo encontré observándome, como si esperara una gran revelación sobre mi significado—. Eso es una mierda romántica al nivel de Cary Grant.

—Humillante. —Fue a frotarlo otra vez, pero encontró mis dedos descansando allí.

—Impresionante —contrarresté.

Su palma callosa se deslizó sobre la mía, empequeñeciéndola. Instantáneamente, pensé en esa mano tocándome a través de mi camisa.

EMILY HENRY

BEACH

184

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

deslizándose sobre la piel desnuda de mi estómago. Su voz grave me sacó de la memoria.

—¿Qué pasa con el Chico Dorado?

Me sobresalté.

—¿Jacques?

—Lo siento —dijo Gus—. El Jacques. Seis años es mucho tiempo. Debes haber pensado que terminarías con tatuajes a juego y una pandilla de niños.

—Pensé... —Me detuve mientras revisaba la sopa de letras en mi cerebro. Los dedos de Gus eran cálidos y ásperos, cuidadosos y ligeros sobre los míos, y tuve que nadar a través de una piscina de resistencia llena de pensamientos como *apuesto a que los científicos podrían reconstruirlo exactamente a partir de esta mano* para llegar a cualquier recuerdo de Jacques—. Era un protagonista. ¿Sabes?

—¿Debería? —bromeó Gus.

—Si te estás tomando en serio nuestro desafío —respondí—. Quiero decir que era romántico. Dramático. Iluminaba todas las habitaciones y tenía una historia increíble para cualquier ocasión. Y me enamoré de él en todos estos momentos increíbles que tuvimos.

»Pero entonces, cuando estábamos sentados juntos, como desayunando en un apartamento sucio, sabiendo que tendríamos que limpiar después de una gran fiesta... no sé, cuando no estábamos brillando el uno por el otro, como que sentía que simplemente trabajamos bien juntos. Como si fuéramos coprotagonistas de una película y cuando las cámaras no estaban encendidas, no teníamos mucho de qué hablar. Pero queríamos la misma vida, ¿sabes?

Gus asintió pensativo.

—Nunca pensé en cómo la vida de Naomi y la mía funcionarían juntas, pero sabía que sería eso: dos vidas. Elegiste a alguien que quería una relación. Eso tiene sentido para ti.

—Sí, pero eso no es suficiente. —Negué con la cabeza—. ¿Conoces ese sentimiento cuando ves a alguien dormir y te sientes abrumado por la alegría de que exista?

Una sonrisa leve apareció en la esquina de su boca, y apenas asintió.

—Bueno, amaba a Jacques —dije—. Y amaba a su familia, nuestra vida y su cocina, y que fuera un apasionado de la sala de emergencias y leyera mucha no ficción como mi papá y... bueno, mi mamá estaba enferma. Lo sabías, ¿verdad?

La boca de Gus se apretó en una línea delgada y seria y frunció el ceño.

—De nuestra clase de no ficción —dijo—. Pero ella estaba en remisión.

Asentí.

—Solo que, después de graduarme, regresó. Y me convencí de que iba a superarlo nuevamente. Pero una parte de mí estaba realmente reconfortada por el hecho de que, si ella moría, al menos habría conocido al hombre con el que iba a casarme. Pensaba que Jacques era tan apuesto y asombroso, y papá confiaba en él para que me diera la vida que quería. Y me *encantó* todo eso. Pero cada vez que veía dormir a Jacques, no sentía nada.

Gus se movió en el sofá a mi lado y bajó la mirada.

—¿Y cuando murió tu papá? ¿No querías casarte con Jacques entonces? ¿Dado que tu papá lo conoció?

Tomé una respiración profunda. No se lo había admitido a nadie. Todo se sentía demasiado complicado, demasiado difícil de explicar hasta ahora.

—En cierto modo, creo que eso casi me liberó. Quiero decir, en primer lugar, mi padre no era quien pensé que era, por lo que su opinión sobre Jacques significó menos.

»Pero más que eso, cuando perdí a papá... quiero decir, papá era un mentiroso, pero lo amaba. En serio lo amaba, tanto que el simple hecho de saber que él no está en este planeta todavía me rompe a la mitad cada vez que lo pienso. —Incluso mientras lo decía, el dolor me presionó, un peso aplastante pero familiar en cada centímetro cuadrado de mi cuerpo—. Y con Jacques —continué—, amábamos las mejores versiones del otro, dentro de nuestra vida pintoresca, pero una vez que las cosas se pusieron feas, simplemente... no quedó *nada* entre nosotros. No me amó cuando no fui la princesa de hadas, ¿sabes? Y yo tampoco lo amaba más. Hubo miles de veces que pensé: *es el novio perfecto*. Pero una vez que papá se fue, y estaba furiosa con él, pero no podía dejar de extrañarlo, me di cuenta de que nunca había pensado, *Jacques es perfectamente mi persona favorita*.

Gus asintió.

—No te abrumaba verlo dormir.

Era el tipo de cosas que, si lo hubiera dicho hace unas semanas, podría haberlo tomado como una burla. Pero ahora conocía a Gus. Conocía esa inclinación de cabeza, esa expresión seria que significaba que estaba en el proceso de descubrir algo sobre mí.

Lo había visto en su rostro ese día en el campus cuando señaló que les di a todos un final feliz. Lo había vuelto a ver en la librería de Pete cuando le dije que estaba escribiendo ficción de Hemingway.

Ese día, en clase, había estado trabajando en algo sobre quién era yo y cómo veía el mundo. Ese día en Pete's se había dado cuenta de que lo detestaba.

Quise retractarme, mostrarle que ahora lo entendía a él, que confiaba en él. Quise darle algo secreto, como lo que me había dado cuando habló de Naomi. Quise contarle otra historia real, en lugar de una mentira hermosa.

Entonces dije.

—Una vez, para mi cumpleaños, Jacques me llevó a Nueva Orleans. Fuimos a todos estos increíbles bares de jazz y restaurantes cajún y tiendas de brujas. Y todo el tiempo, le estaba enviando mensajes de texto a Shadi sobre lo mucho que deseaba que pudiéramos estar juntas, bebiendo martini y viendo *Las Brujas de Eastwick*.

Gus se rio.

—Shadi —dijo con pesar—. Recuerdo a Shadi.

—Sí, bueno, ella *te* recuerda —dije.

—Entonces, hablas de mí. —La sonrisa de Gus se elevó un poco más y sus ojos brillaron—. ¿A tu perfecta persona favorita, Shadi?

—Le hablas de mí a Pete —lo desafié.

Asintió, confirmándolo.

—¿Y qué dices?

—Tú eres el que dijo que podía preguntar cualquier cosa —respondí—. ¿Qué dices *tú*?

EMILY HENRY

BEACH

—Es estrictamente necesario saberlo —dijo—. Lo último que le dije debe haber sido que nos pillaron besándonos en un autocine.

Me reí y lo empujé, cubriéndome la cara ardiente con las manos.

—¡Ahora nunca podré pedir otro ojo rosado!

Gus se rio y agarró mis muñecas, apartándolas de mi cara.

—¿Lo llamó así otra vez?

—¡Por supuesto que sí!

Sacudió la cabeza, sonriendo.

—Empiezo a sospechar que su experiencia en el café no es lo que la mantiene en el negocio.

Cuando finalmente nos levantamos para irnos a la cama esa noche, Gus no me dio las buenas noches. Dijo:

—Hasta mañana. —Y eso se convirtió en nuestro ritual nocturno.

A veces venía a mi casa. A veces iba a la suya. El muro entre el resto del mundo y él no había desaparecido, pero era más bajo, al menos entre nosotros.

El jueves por la noche, mientras estaba sentado en el sofá de Sonya y esperando que le entregaran nuestro pad thai, finalmente me habló de Pete. No solo que ella era su tía, y había sido su entrenadora de fútbol, en lo que me aseguró que era terrible, sino también que había sido la razón por la que se mudó aquí cuando Naomi lo dejó.

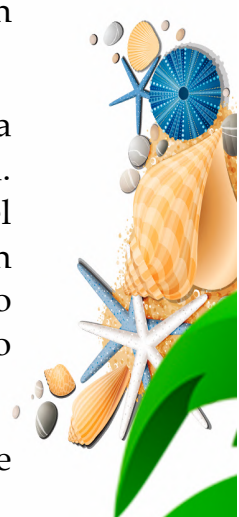
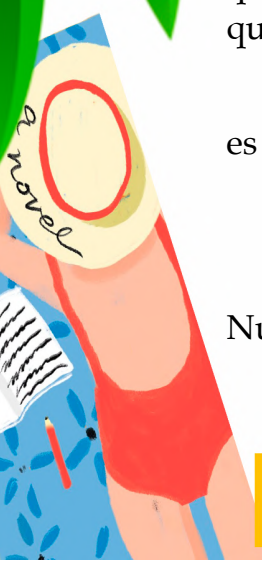
—Pete vivió cerca de mí cuando yo era niño, en Ann Arbor. Nunca iba a casa, no se llevaba bien con mi papá, pero siempre estuvo en mi vida. De todos modos, cuando estaba en la secundaria, Maggie consiguió el trabajo como profesora de geología en la escuela aquí, así que se mudaron y han estado aquí desde entonces. Ella me rogó que viniera. Conocía al tipo que estaba vendiendo esta casa y llegó a prestarme un anticipo. Me dijo que podría devolverle el dinero cuando pudiera.

—Guau —dije—. Todavía estoy atrapada en el hecho de que Maggie es profesora de geología.

Asintió.

—Nunca menciones una piedra frente a ella. Lo digo en serio. Nunca.

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

—Lo intentaré —dije—. Pero eso va a ser extremadamente difícil, con la frecuencia con la que surgen piedras en la conversación diaria.

—Te sorprenderías —prometió—. Conmocionada y consternada y, lo que es más importante, aburrida al borde de la muerte.

—Alguien debería inventar un EpiPen contra el aburrimiento.

—Creo que eso es esencialmente lo que son las drogas —dijo Gus—. De todos modos, January. Basta de piedras. Dime por qué *te* mudaste aquí, de verdad.

Las palabras se enredaron en mi garganta. Solo pude sacar unas pocas a la vez.

—Mi papá.

Gus asintió, como si eso fuera una explicación suficiente si no pudiera obligarme a continuar.

—¿Murió y querías escapar?

Me moví hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Creció aquí —dije—. Y cuando falleció, yo... descubrí que volvió aquí. Muy seguido.

Las cejas de Gus se fruncieron en el medio. Se pasó la mano por el cabello, que, como de costumbre, se apartó desordenadamente de la frente.

—¿Descubriste?

—Esta era su casa —respondí—. Su *segunda* casa. Con... la mujer. —No me atreví a decir su nombre. No quería que Gus la conociera, que tuviera una opinión sobre ella de cualquier manera, y probablemente era una ciudad lo suficientemente pequeña como para que la conociera.

—Oh. —Se pasó otra vez la mano por el cabello—. La mencionaste, algo así. —Se sentó de nuevo en el sofá, la botella de cerveza en su mano colgando a lo largo de la parte interior de su muslo.

—¿Alguna vez lo conociste? —solté, antes de decidir si quería la respuesta, y mi corazón comenzó a acelerarse mientras esperaba que él respondiera—. Llevas aquí cinco años. Debes *haberlos*... visto.

Gus me estudió con ojos oscuros y líquidos, con el ceño tenso. Sacudió la cabeza.

—Honestamente, no me gusta mucho el asunto del vecino. La mayoría de las casas de este bloque son de alquiler. Si lo hubiera visto, habría asumido que estaba de vacaciones. No lo recordaría.

Aparté la mirada rápidamente y asentí. Por un lado, era un alivio saber que Gus nunca los había visto asar a la parrilla en la terraza, o arrancar las malas hierbas uno al lado del otro en el jardín, o hacer cualquier otro par de cosas normales que pudieran haber hecho aquí, y que no parecía saber quién era Esa Mujer. Pero por otro lado, sentí un nudo en el estómago y me di cuenta de que una parte de mí había estado esperando, todo este tiempo, que Gus lo *hubiera* conocido. Que tendría una historia que contar que nunca había escuchado, una nueva pieza de mi padre aquí mismo, y el sobre miserablemente delgado burlándose de mí desde el estante de ginebra no era *realmente* todo lo que tenía que esperar de él.

—January —dijo Gus gentilmente—. Lo siento mucho.

Había comenzado a llorar sin darme permiso para hacerlo. Presioné mi rostro contra mis manos para ocultarlo, y Gus se acercó, puso un brazo alrededor de mis hombros y me acercó a él. Me atrajo a su regazo suavemente y me sostuvo allí, una mano anudada en mi cabello, acunando la parte de atrás de mi cabeza, mientras la otra se enroscaba alrededor de mi cintura.

Una vez que las lágrimas comenzaron, no pude detenerlas. La ira y la frustración. El dolor y la traición. La confusión que había estado obstruyendo mi cerebro desde que descubrí la verdad. Todo salió de mí.

La mano de Gus se movió suavemente por mi cabello, girando círculos lentos contra la parte posterior de mi cuello, y su boca presionó mi mejilla, mi barbilla, mi ojo, atrapando las lágrimas mientras caían hasta que, gradualmente, me acomodé. O tal vez simplemente se acabaron las lágrimas. Tal vez me di cuenta de que estaba sentada en el regazo de Gus como una niña pequeña, besando mis lágrimas. O que su boca se había detenido, presionada en mi frente, sus labios carnosos ligeramente separados.

Volví mi cara hacia su pecho y lo inhalé, el olor de su sudor y el incienso que ahora sabía que quemaba cuando comenzaba a escribir todos los días, su único ritual previo al trabajo y el ocasional cigarrillo de estrés (aunque en gran parte había dejado de fumar). Me aplastó contra él, con los brazos apretados, los dedos apretados contra la parte posterior de mi cabeza.

Todo mi cuerpo se calentó hasta que me sentí como lava, ardiente y líquida. Gus me acercó más, y me amoldé a él, me vertí en cada línea de él. Cada una de sus respiraciones nos acercó más hasta que finalmente se enderezó, tirándome sobre él para que mis rodillas se colocaran a horcajadas sobre sus caderas, su brazo apretado sobre mi espalda. La sensación de él debajo de mí envió una oleada nueva de calor a mis muslos. Su mano rozó mi cintura mientras nos miramos el uno al otro.

Fue como esa noche en el autocine por diez. Porque ahora sabía cómo se sentía encima de mí. Ahora sabía lo que me hacía el roce de su mandíbula contra mi piel, cómo su lengua probaría los espacios entre nuestras bocas, saborearía la piel suave en la parte superior de mi pecho. Estaba celosa de que hubiera tenido más de mí de lo que yo había tenido de él. Quería besar su estómago, hundir mis dientes en sus caderas, clavar mis dedos en su espalda y arrastrarlos a lo largo de él.

Sus manos se deslizaron hacia mi columna vertebral, deslizándose hacia arriba mientras yo me doblaba sobre él. Mi nariz se deslizó por la suya. Casi podía saborear el aliento a canela de su boca abierta. Su mano derecha regresó a un lado de mi cara, vagando suavemente hasta mi clavícula, luego de regreso a mi boca, donde sus dedos tensos presionaron mi labio inferior.

No tenía pensamientos de prudencia o sabiduría. Tenía pensamientos de él encima de mí, debajo de mí, detrás de mí. Sus manos prendiendo fuego a mi piel. Respiraba con dificultad. Él también.

La punta de mi lengua rozó su dedo, que se curvó por reflejo en mi boca, acercándome más hasta que nuestros labios se separaron solo por unos centímetros de aire eléctrico y vibrante.

Su barbilla se inclinó hacia arriba, el borde de su boca rozando la mía exasperantemente ligeramente. Sus ojos eran tan oscuros como el aceite, resbaladizos y calientes mientras me derramaban. Sus manos se deslizaron por mis costados, a lo largo de mis pantorrillas y retrocedieron hasta mis muslos para acunar mi trasero, apretando el agarre.

Respiré temblorosamente a medida que sus dedos subieron por debajo del dobladillo de mis pantalones cortos, ardiendo en mi piel.

—Mierda, January —susurró, sacudiendo la cabeza.

Sonó el timbre de la puerta y todo el movimiento, el impulso, se estrelló contra el muro de la realidad.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

Nos miramos el uno al otro, congelados por un momento. Los ojos de Gus me recorrieron y volvieron a subir, y su garganta palpitó.

—Comida para llevar —dijo con voz ronca.

Me levanté de un salto, la niebla desapareciendo de mi cabeza y me alisé el cabello, secándome la cara llorosa mientras cruzaba hacia la puerta principal. Firmé el recibo de la tarjeta de crédito, acepté la bolsa llena de envases y le di las gracias al repartidor con una voz tan gruesa y confusa como la de Gus.

Cuando cerré la puerta y me di la vuelta, Gus estaba de pie, inquieto, con el cabello desordenado y la camisa pegada en él donde había llorado. Se rascó la coronilla y su mirada se movió tentativamente hacia la mía.

—Lo siento.

Me encogí de hombros.

—No es necesario.

—Debería serlo —dijo. Lo dejamos en eso.

192



EMILY HENRY
BEACH



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh*

*ways have
didn't you know!*

La playa



El viernes, fuimos a la casa de Dave para la segunda parte de la entrevista. La primera había sido tan minuciosa que Gus no había planeado tener una segunda, pero Dave lo había llamado esa mañana. Después de pensarlo bien, su madre tenía cosas que decir sobre New Eden.

La casa era pequeña, de dos niveles, probablemente construida a finales de los sesenta, y olía como si alguien hubiera estado fumando un cigarrillo tras otro desde entonces. A pesar de eso, y su gastada decoración, estaba extremadamente ordenado: mantas dobladas sobre los brazos del sofá, plantas en macetas en una línea ordenada junto a la puerta, macetas colgando de ganchos en la pared y el fregadero restregado hasta relucir.

Dave Schmidt debía tener aproximadamente nuestra edad, más o menos unos años, pero Julie-Ann Schmidt parecía diez años mayor que mi madre. Era pequeña, su cara redonda y suave con arrugas. Me pregunté si había sido toda una vida siendo tratada como si fuera dulce, debido a su figura y su rostro, lo que le había dado el apretón de manos lleno de dientes que le ofreció.

Vivía allí con Dave.

—Soy dueña de la casa, pero él hace los pagos. —Se rio a carcajadas y le dio unas palmaditas en la espalda—. Es un buen chico. —Vi los ojos de Gus entrecerrarse, evaluando la situación. Pensé que podría estar buscando indicios de violencia en algún lugar de sus interacciones, pero, Dave estaba mayormente encorvado y sonriendo avergonzado—. Siempre fue un buen chico. Y deberías escucharlo en el piano.

—¿Puedo traerte algo de beber? —se apresuró a preguntar Dave.

—Agua sería genial —respondí, más para darle a Dave una excusa para esconderse que porque realmente tuviera sed. Cuando desapareció en.



EMILY HENRY

BEACH

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

la cocina, deambulé por la sala de estar, estudiando todos los marcos de cuadros de nogal montados en la pared. Era como si Dave se hubiera congelado a los ocho años, con un suéter con cuello en V y una camiseta verde opaca. Su padre estaba en la mayoría de las tomas, pero incluso en las que no aparecía, era fácil imaginar que había estado detrás de la cámara, fotografiando a la pequeña mujer sonriente y al bebé en su cadera, el niño pequeño sosteniendo su mano, el niño desgarrado sacando la lengua junto a la exhibición de gorilas en el zoológico.

El padre de Dave era larguirucho y de cabello castaño, cejas pobladas y barbilla hundida. Dave se parecía a él.

—Así que, tengo entendido que tienes más que decir —comenzó Gus—. Cosas que pensabas que Dave no podía ofrecer.

—Por supuesto que sí. —Julie-Ann se sentó en el sofá de dos plazas de cuadros azules, y Gus y yo nos sentamos uno al lado del otro en el sofá de tejido tostado—. Tengo una vista completa. Dave solo vio lo que le dejamos, y luego, cuando nos fuimos como lo hicimos, bueno, me temo que su opinión sobre el lugar probablemente cambió de un extremo al otro.

Gus y yo nos miramos. Me incliné hacia adelante, tratando de mantener una postura abierta y amistosa para combatir su postura defensiva.

—En realidad, parecía bastante justo.

Julie-Ann sacó un paquete de cigarrillos de la mesa y lo encendió, luego nos ofreció la caja. Gus tomó uno, y supe que era más para tranquilizarla que porque realmente quisiera uno, lo que me hizo sonreír. Aunque lo que escribimos y dijimos que creíamos era muy diferente, comencé a sentir que era capaz de conocer a Gus, leerlo, mejor que cualquier otra persona que hubiera conocido. Porque cada día que pasamos juntos, este sentimiento peculiar crecía en mí: *eres como yo*.

Julie-Ann le encendió el cigarrillo y luego se reclinó con las piernas cruzadas.

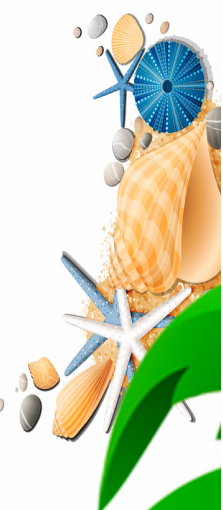
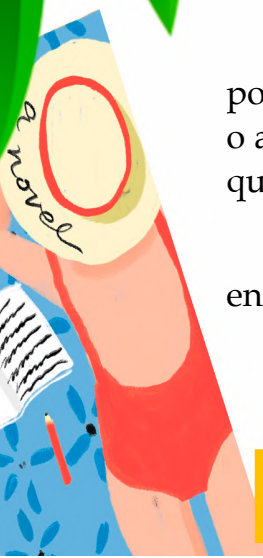
—No eran malas personas —dijo—. No la mayoría de ellos. Y no podía dejarte ir pensando que lo eran. Algunas veces, unas veces buenas, o al menos decentes, la gente hace cosas malas. Y a veces creen *al momento* que están haciendo lo correcto.

—¿Y no crees que solo es una excusa? —preguntó Gus—. No crees en ningún tipo de brújula moral interna.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

La forma en que lo dijo hizo que pareciera como si él mismo creyera en tal cosa, lo que me me hubiera sorprendido hace unas semanas, pero ahora tenía mucho sentido.

—Tal vez empieces con eso —dijo—. Pero si lo haces, se irá formando a medida que envejeces. ¿Cómo se supone que vas a creer que lo correcto es correcto y lo incorrecto está mal si todos los que te rodean dicen lo contrario? ¿Se supone que debes pensar que eres más inteligente que todos ellos?

Dave regresó con tres vasos de agua en equilibrio entre sus manos y los repartió uno por uno. Julie-Ann parecía reacia a seguir con su hijo en la habitación, pero ni ella ni Gus sugirieron que se fuera. Probablemente porque Dave tenía aproximadamente treinta años y estaba pagando la casa en la que estábamos.

—Muchas de estas personas —prosiguió Julie-Ann—, no tenían mucho. No me refiero solo al dinero, aunque eso también era cierto. Había muchos huérfanos. Personas alejadas de sus familias. Personas que habían perdido cónyuges e hijos. Al principio, New Eden me hizo sentir... como que la razón por la que todo había salido mal en mi vida hasta ese momento era que no había estado viviendo del todo bien. Era como si tuvieran las respuestas y todos parecían tan felices, realizados. Y después de toda una vida de querer, a veces ni siquiera querer nada específico sino simplemente *querer*, sentir que el mundo no era lo suficientemente grande o brillante, bueno, sentí que finalmente estaba abriendo la cortina.

»Estaba obteniendo mis respuestas. Era como esta gran ecuación científica que habían resuelto. ¿Y sabes qué? Hasta cierto punto, funcionó. Al menos un rato. Seguías sus reglas, hacías sus rituales, usabas sus ropas y comías su comida y era como si el mundo entero comenzara a iluminarse desde dentro. *Nada* se sentía mundano. Había oraciones por todo: mientras uno iba al baño, mientras se duchaba, pagaba las facturas. Por primera vez, me sentí agradecida de estar viva.

»Eso es lo que podrían hacer por ti. Entonces, cuando comenzaron los castigos, cuando comenzabas a fallar y a fallar, sentías como si hubiera una mano gigante en el tapón de la bañera, esperando a tirar de él y arrancarlo todo. Y mi esposo... Era un hombre *bueno*. Era un hombre bueno y perdido.

Su mirada se deslizó hacia Dave y dio una bocanada lenta.

—Iba a ser arquitecto. Construir estadios deportivos y rascacielos. Le encantaba dibujar y era muy bueno en eso. Y luego nos embarazamos en

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

la escuela secundaria, y él sabía que tenía que dejarlo ir. Teníamos que ser prácticos. Y ni una sola vez se quejó. —Una vez más, sus ojos señalaron a su hijo—. Por supuesto que no. Fuimos suertudos. Bendecidos. Pero a veces, cuando la vida arruina tus planes... no sé cómo explicarlo, pero tuve esta sensación cuando estuvimos allí. Como... como si mi esposo se aferrara a todo lo que pudiera agarrar. Como si tener la razón importara menos que estar... bien.

Pensé en mi padre y Sonya. En mi mamá que se quedó con él, incluso sabiendo lo que había hecho. Su insistencia de que había pensado que se había acabado.

Bueno, ¿por qué empezó? Pregunté en el auto antes de que ella siguiera su mantra: *No puedo hablar de eso; no hablaré de eso.*

Pero la verdad es que tuve una buena suposición de inmediato.

En séptimo grado, mis padres se habían separado. Brevemente, solo un par de meses, pero había ido tan lejos como para quedarse con algunos amigos de ellos mientras él y mamá esperaban para ver si podían resolver las cosas. No conocía toda la historia. Nunca habían llegado al nivel de gritos que la mayoría de los padres divorciados de mis amigos habían alcanzado, pero incluso a los trece, había visto el cambio en mi madre. Una nostalgia repentina, una propensión a mirar por las ventanas, escapar a los baños y regresar con los ojos hinchados.

La noche antes de que papá se mudara, abrí la puerta de mi dormitorio y escuché sus voces desde la cocina.

—No lo sé —decía mamá entre lágrimas—. No lo sé, solo siento que se acabó.

—¿Nuestro matrimonio? —había preguntado papá después de una larga pausa.

—Mi *vida* —le había dicho—. No soy más que tu esposa. La madre de January. No soy nada más, y no creo que puedas imaginar cómo se siente eso. Tener cuarenta y dos años y sentir que has hecho todo lo que vas a hacer.

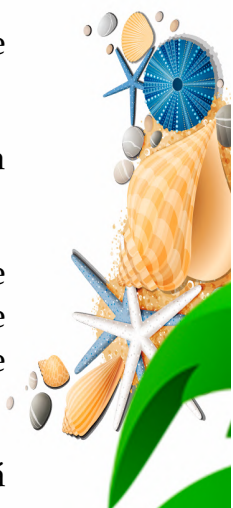
No había podido pensar en eso entonces, y obviamente papá tampoco, porque a la mañana siguiente me habían explicado todo mientras los tres nos sentamos en una fila en el borde de mi cama y luego había visto su auto alejarse con una maleta en el asiento trasero.

Creí que la vida como la conocía había terminado.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
the heart*

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Entonces, de repente, papá regresó a la casa: ¡prueba de que nada era irreparable! Que el amor podía vencer cualquier desafío, que la vida siempre, *siempre* saldría bien. Entonces, cuando mamá y él me sentaron para contarme sobre su diagnóstico, y todo lo demás en nuestras vidas cambió, supe que no sería permanente. Este fue solo otro giro de la trama en nuestra historia.

Después de eso, los dos parecían más enamorados que nunca. Hubo más baile. Más agarre de manos. Escapadas de fin de semana más románticas. Más de papá diciendo cosas como.

—Tu madre ha sido muchas personas en los veinte años que la conozco, y he tenido la oportunidad de enamorarme de todas y cada una de ellas, Janie. Esa es la clave del matrimonio. Tienes que seguir enamorándote de cada nueva versión del otro, y es la mejor sensación del mundo.

Su amor, pensé, había trascendido el tiempo, las crisis de la mediana edad, el cáncer, todo eso.

Pero esa separación *había* sucedido, y cuando le grité a mi madre ese día, me pregunté. Si esos tres meses fueron cuando comenzó. Cuando papá y Sonya se volvieron a conectar. Si, cuando la encontró, solo necesitase creer que todo podría volver a estar bien. Si, cuando mamá se lo llevo de vuelta después, *ella* solo necesitaba fingir que todo *estaba* bien.

Julie-Ann negó levemente con la cabeza cuando su mirada se posó en la mía.

—¿Tiene sentido? —preguntó—, Solo necesitaba estar bien, y podría hacer lo incorrecto si tuviera el final correcto.

Pensé en Jacques y nuestra determinación de tener una vida hermosa, mi desesperación por terminar con alguien que mamá había conocido y amado. Pensé en el diagnóstico de mi madre y en la infidelidad de mi padre, y en la historia que me había estado contando desde que tenía doce años para no aterrorizarme por lo que realmente podría suceder. Pensé en las novelas románticas que había devorado cuando el cáncer regresó y perdí mi oportunidad en la escuela de posgrado y pensé que mi vida se estaba desmoronando nuevamente. Las noches que pasé escribiendo hasta que salió el sol y me dolía la espalda por la necesidad de orinar pero no por dejar de trabajar porque nada se sentía más importante que el libro, que darles a estos amantes de la ficción el final que se merecían, darles a mis lectores el final que *ellos* se merecían.

EMILY HENRY

BEACH

197

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

¿Gente aferrada a cualquier cosa firme que pudieran encontrar?

Sí. Sí, eso tenía sentido. Tenía perfecto sentido.

Cuando nos fuimos esa noche, le envié un mensaje de texto a mi madre, algo que no había hecho mucho en meses: **Te amo. Incluso si nunca puedes volver a hablar de él, siempre te amaré, mamá. Pero espero que puedas.**

Veinte minutos después ella respondió: **Yo también, Janie. Todo ello.**



El sábado caminamos hasta la playa.

—No es muy creativo —dije mientras nos abríamos camino por el sendero lleno de raíces. Gus abrió la boca para responder y lo interrumpí—. No te atrevas a hacer una broma acerca de que mi género de elección no es original.

—Iba a decir que es una estupidez que no hayamos bajado más aquí —respondió Gus.

—Supuse que te habías cansado de eso, supongo.

Gus negó con la cabeza.

—Apenas he usado esta playa.

—¿En serio?

—Raíz —advirtió mientras lo miraba, y lo pasé con cuidado—. No soy el más grande chico de playa.

—Bueno, por supuesto que no —dije—. Si lo fueras, llevarías una camiseta o un sombrero que lo anunciara.

—Exactamente —concordó—. De todos modos, prefiero esta playa en invierno.

—¿De verdad? Porque en invierno, simplemente preferiría estar muerta.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

La risa de Gus traqueteó en su garganta. Salió del camino boscoso hacia la arena y me ofreció una mano mientras yo saltaba de la pequeña cornisa.

—Es asombroso. ¿Lo has visto alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Cuando estaba en la universidad, prácticamente me quedaba en la universidad. No exploraba mucho.

Gus asintió.

—Después de que Pete y Maggie se mudaron aquí, las visitaba para mis vacaciones de invierno. Compraban mis boletos de avión o autobús como regalo, y yo venía para las vacaciones.

—Supongo que a tu padre no le importó. —Un repentino estallido de ira al pensar en Gus cuando era un niño, solo, no deseado, me había obligado a hablar antes de que pudiera detenerme. Lo miré con cautela. Su mandíbula estaba un poco apretada, pero por lo demás su rostro estaba impasible.

Sacudió la cabeza. Nos habíamos puesto a caminar a lo largo del agua y él me miró de reojo y luego volvió a mirar a la arena.

—No tienes que preocuparte por mi crianza. No fue tan malo.

—Gus. —Me detuve y lo enfrenté—. El solo hecho de que tengas que decir *eso* significa que fue mucho peor de lo que debería haber sido.

Dudó un segundo y luego volvió a caminar.

—No fue así —dijo—. Después de la muerte de mamá, pude haber salido. Pete quería que me fuera a vivir con ella y Maggie. Siempre estaba intentando mediar las peleas en las que él y yo nos íbamos a meter, para que pudiera obtener la custodia, pero elegí no hacerlo. Tenía toda esta medicación para el corazón. Pastillas diarias. Solo las tomaría si le preguntaba, como, tres veces, pero Dios no lo quiera, le pedía una cuarta. Buscaba pelea. Una pelea real. A veces pensé... —Se calló—. Me pregunté, si quería que lo matara. O como, ponerse tan nervioso que su corazón se rindiera. Dejé la escuela para trabajar para poder pagar sus recetas, pero cuando salía, dejaba de hacer *cualquier cosa* por sí mismo. Comer, bañarse. Apenas pude mantenerlo con vida. Tal vez pensó que ese sería mi castigo.

—¿Tu castigo? —solté—. ¿Por qué?

EMILY HENRY

BEACH

199

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Gus se encogió de hombros.

—No sé. Quizás estar de su lado todo el tiempo.

—¿De tu mamá?

Asintió.

—Creo que sintió que éramos Nosotros contra Él. *Éramos* Nosotros contra Él. La culpaba por todo lo que salía mal, tonterías, como si se olvidara de poner gasolina en el auto una noche y se daría cuenta de que tenía que detenerse en su camino al trabajo, así que llegaría tarde. O si tiraba un recibo que quería conservar, tiraba las sobras de la nevera unas horas antes de que él finalmente decidiera que las quería.

»También se portaba mal conmigo, pero era un poco más aleatorio. Si sonaba el teléfono y lo despertaba, me golpeaba, o si tenía planes de salir pero tenía que cancelar por nieve, me golpeaba para quemar su ira. Siempre estaba buscando el código secreto, las reglas que podía seguir para que él no se molestara. Así es como te mantienes a salvo, ¿sabes? Prestas atención a cómo funciona el mundo. Pero no había ningún código secreto para él. Era como si nuestras acciones estuvieran completamente separadas de sus reacciones hacia nosotros. Actuaba como si yo fuera un mocosito egoísta y perezoso y como si mi madre pensara que era una reina. Como si tratara su dinero como papel higiénico. Constantemente se disculpaba por *nada*, y luego, cuando realmente la lastimaba a ella o a mí, *él se* disculpaba. Se calmaba unos días.

»Incluso con todo eso, creo que perderla rompió lo que quedaba en él. No sé. —Hizo una pausa, pensando—. Quizás no fue amor. Quizás tratarla como una mierda le hacía sentir que tenía poder. Él no tenía eso conmigo cuando crecí.

—Hacer que lo mantuvieras con vida era la única forma que quedaba de manipularte —dije.

—No lo sé —admitió—. Quizás. Pero si me hubiera ido, habría muerto antes.

—¿Y crees que habría sido tu culpa?

—No importa de quién haya sido la culpa. Habría estado muerto y yo sabría que podría haberlo detenido. Además, *ella* no se fue. ¿Cómo podría yo, sabiendo que no era lo que hubiera querido?

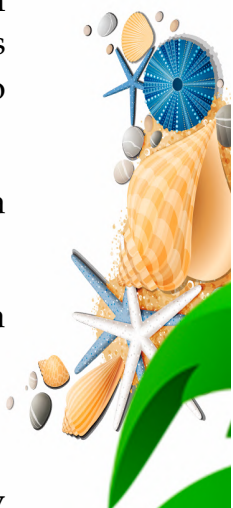
—No lo sabes —dije—. Eras un niño.

EMILY HENRY

BEACH

200

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—A Pete le gusta decir que nunca fui un niño.

—Eso es lo más triste que he escuchado.

—No actúes como si fuera lamentable —dijo—. Está en el pasado. Se acabó.

—¿Sabes cuál es tu problema? —pregunté, y esta vez cuando me detuve, él también lo hizo.

—Sí, soy consciente de varios.

—No sabes la diferencia entre lástima y simpatía —dije—. No te estoy compadeciendo. Me entristece pensar en que te traten así. Me enoja pensar que no tenías las cosas que todos los niños merecen. Y sí, me enoja y me entristece que mucha gente pase por las cosas por las que tú pasaste, pero es aún más perturbador porque eres tú. Y te conozco y me gustas y quiero que tengas una buena vida. Eso no es lástima. Eso es preocuparse por alguien.

Me miró fijamente y luego negó con la cabeza.

—No quiero que pienses así de mí.

—Así, ¿cómo? —pregunté.

—Como un saco de boxeo roto y enojado —dijo, con el rostro oscuro y tenso.

—*No lo hago.* —Di un paso más cerca, buscando las palabras adecuadas—. Solo pienso en ti como Gus.

Me estudió. La comisura de su boca se torció en una sonrisa poco convincente, luego se desvaneció, dejándolo luciendo agotado.

—Pero, lo soy —dijo en voz baja—. *Estoy* enojado y arruinado, y cada vez que intento acercarme a ti, es como si todas estas campanas de advertencia se apagaran y tratara de actuar como una persona normal, pero no puedo.

Mi estómago dio un vuelco. *Acercarme a ti.* Eché un vistazo al lago mientras me orientaba.

—Pensé que habías entendido que no existe una persona normal.

—Quizás no —dijo Gus—. Pero todavía hay una diferencia entre personas como yo y personas como tú, January.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—No me insultes. —Lo miré fijamente—. ¿No crees que estoy enojada? ¿No crees que me siento un poco rota? Tampoco es que mi vida haya sido perfecta.

—*Nunca* pensé que tu vida fuera perfecta —dijo.

—Tonterías. Me llamaste princesa de hadas.

Soltó una carcajada.

—¡Porque *eres* la luz brillante! ¿No lo entiendes? —Sacudió la cabeza—. No se trata de lo que pasó. Se trata de cómo afrontas las cosas, de quién eres. Siempre has sido tan feroz y jodidamente delicada, e incluso cuando estás en tu peor momento, cuando te sientes enojada y rota, todavía sabes cómo ser una persona. Cómo decirle a la gente que los amas.

—Basta —le dije. Comenzó a alejarse, pero lo agarré por los codos y lo sostuve frente a mí—. No vas a romperme, Gus.

Se quedó quieto, sus labios entreabiertos y sus ojos buscando algo en mi rostro. Su cabeza se inclinó ligeramente y esos surcos se elevaron desde las esquinas interiores de sus cejas.

Esperaba que lo que estaba entendiendo en ese momento fuera que lo vi. Que no tenía que hacer nada especial, descubrir un código misterioso para descubrir sus partes secretas. Que solo tenía que seguir estando aquí conmigo, dejándome descubrirlo poco a poco, como lo había estado haciendo conmigo desde que nos conocimos.

—No necesito que me digas que te preocupas por mí —dije finalmente—. Hace dos noches me abrazaste mientras lloraba. Creo que me soné la nariz con tu camisa. No te estoy pidiendo nada excepto que me devuelvas el favor en cualquier equivalente suave y decepcionante de llanto en el regazo que necesites.

Dejó escapar un suspiro largo y se inclinó hacia adelante, enterrando su rostro en el costado de mi cuello como un niño avergonzado incluso cuando su aliento caliente despertó algo debajo de mi piel. Mis manos rozaron los músculos curvos de sus brazos y se anudaron en sus dedos ásperos. El sol estaba bajo en el horizonte, los delgados mantos de nubes surcaban una pálida mandarina. Parecían figurines de querubín derretidos flotando en un mar de azul. Gus levantó la cara y volvió a mirarme a los ojos, la luz saltando en grandes olas a través de los huecos de las nubes en movimiento para pintarlo de color.

EMILY HENRY

BEACH

202

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Fue un momento desenfadado, un silencio cómodo. El tipo de cosas que, si lo hubiera estado escribiendo, podría haber pensado que podría pasar por alto.

Pero estaría equivocada. Porque aquí, en este momento en el que no pasaba nada y finalmente se nos acababan las cosas que decir, sabía lo mucho que me gustaba Gus Everett, lo mucho que estaba empezando a significar para mí. Dejamos salir tanto a la luz durante los últimos tres días, y sabía que con el tiempo aparecerían más burbujas, pero por primera vez en un año, no me sentí abrumada por las emociones atrapadas y las palabras sin decir.

Me sentí un poco vacía, una luz pequeña.

Feliz. No mareada o llena de alegría, sino ese nivel bajo y constante de felicidad que, en los mejores períodos de la vida, se encuentra debajo de todo lo demás, un amortiguador entre tú y el mundo sobre el que estás caminando.

Estaba feliz de estar aquí, sin hacer nada con Gus, e incluso si fuera temporal, era suficiente para creer que algún día estaría bien de nuevo. Tal vez no sea exactamente la misma marca que había tenido antes de que papá muriera, *probablemente* no, pero una nueva clase, casi tan sólida y segura.

Yo también podía sentir el dolor, el dolor leve que me dejaría si esta cosa entre Gus y yo colapsara. Podía imaginar perfectamente cada sensación, en la boca de mi estómago y las palmas de mis manos, los agudos pulsos de pérdida que me recordarían lo bien que se sentía estar aquí con él de esta manera, pero por una vez, no lo hice. Creo que dejar ir fue la respuesta.

Quería aferrarme a él, y a este momento, por un tiempo.

Como si estuviera de acuerdo, Gus apretó mis manos entre las suyas.

—Lo hago, ya sabes —dijo. Fue casi un susurro, algo tierno y áspero como el propio Gus—. Me importas.

—Lo sé —le dije—. Saber eso, quiero decir.

La luz mandarina brilló sobre sus dientes cuando sonrió, profundizando las sombras en sus hoyuelos raramente vistos, y nos quedamos allí, sin dejar que nada sucediera a nuestro alrededor.

ways have
didn't you know!

El sótano

Tengo malas noticias y malas noticias, Shadi me envió un mensaje de texto a la mañana siguiente.

¿Qué debería escuchar primero?, respondí. Me incorporé lentamente, con cuidado de no despertar a Gus. Decir que nos habíamos quedado dormidos en el sofá parecía una tergiversación de la verdad. Tuve que decidir activamente ir a dormir la noche anterior.

Por primera vez desde que empezamos a salir, nos aventuramos en el mundo de los maratones de películas y series.

—Tú eliges uno y luego yo elegiré uno —había dicho.

Así fue como terminamos viendo, o hablando sobre, *Mientras Dormías*, *Un Tranvía Llamado Deseo*, *Piratas del Caribe 3* (como castigo por hacerme ver *Un Tranvía Llamado Deseo*) y *El Brillo de una Estrella* (mientras descendíamos más en la locura). E incluso después de eso, había estado completamente despierto, conectado.

Gus había sugerido que pusiéramos la *Ventana Trasera* y, a la mitad, no mucho antes de que los primeros indicios de sol entraran por las ventanas, finalmente dejamos de hablar. Nos habíamos acostado muy quietos en los extremos opuestos del sofá, todo debajo de nuestras rodillas enredado en el medio y nos quedamos dormidos.

La casa estaba fría; había dejado las ventanas abiertas y se empañaron cuando la temperatura comenzó a subir lentamente con la mañana. Gus estaba casi arrugado en posición fetal, con una manta envuelta alrededor de él, así que lo cubrí con las dos mantas que había estado usando mientras me arrastraba hacia la cocina para encender el quemador debajo de la tetera.

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Era una mañana tranquila y azul. Si había salido el sol, estaba atrapado detrás de una capa de niebla. Tan silenciosamente como pude, saqué la bolsa de café molido y la prensa francesa de la perezosa Susan.

El ritual se sintió diferente de lo que se había sentido esa primera mañana, más ordinario y, por lo tanto, de alguna manera más sagrado.

En algún momento de la última semana, esta casa había comenzado a sentirse como mía.

Mi teléfono vibró en mi mano.

Me he enamorado, dijo Shadi.

¿Con el sombrero embrujado?, pregunté, con el corazón emocionado. Shadi siempre era la mejor, pero Shadi enamorada, no había nada como eso. De alguna manera, se volvía aún más ella misma. Incluso más salvaje, más divertida, más tonta, más sabia, más suave. El amor iluminaba a mi mejor amiga desde dentro, e incluso si cada uno de sus corazones rotos fue completamente devastador, nunca se cerró a sí misma. Cada vez que se enamoraba de nuevo, su alegría parecía desbordarse, en mí y en el mundo en general.

Por supuesto que sí, tecleé. Cuéntamelo TODO.

BIEN, comenzó Shadi. **¡¡No sé!!** Acabamos de pasar todas las noches juntos, y su mejor amigo me AMA y yo lo amo, y la otra noche nosotros solo, nos quedamos literalmente despiertos hasta el amanecer y luego, mientras estaba en el baño, su amigo me dijo: "Ten cuidado con él. Está loco por ti" y yo estaba como "LOL igual yo". En conclusión, tengo más malas noticias.

Así lo mencionaste, respondí. Continúa.

Quiere que visite a su familia...

Sí, eso es terrible, coincidí. ¿Y si son AGRADABLES? ¿¿¿Y si te hacen jugar Uno y beber Coca-Cola con whisky en su porche???

BIEN, dijo Shadi. **Quiero decir. Quiere que vaya esta semana. Para el cuatro de julio.**

Me quedé mirando las palabras, sin saber qué decir. Por un lado, había estado viviendo en una isla de Gus Everett durante un mes y no había caído en la locura de las praderas ni la fiebre de las cabañas.

EMILY HENRY

BEACH

Por otro lado, habían pasado meses desde que vi a Shadi y la extrañaba. Gus y yo teníamos esa forma de amistad embriagadora de liberación rápida que generalmente se reserva para los campamentos y la semana de orientación de la universidad, pero Shadi y yo teníamos años de historia. Podríamos hablar de cualquier tema sin tener que retroceder y explicar el contexto. No es que el estilo de comunicación de Gus requiera mucho contexto. Los fragmentos de la vida que compartía conmigo fueron construyendo su estructura a medida que avanzábamos. Tenía una imagen más clara de él todos los días, y cuando me iba a dormir cada noche, esperaba encontrar más de él por la mañana.

Pero aun así.

Sé que es un momento terrible, dijo Shadi, pero ya hablé con mi jefe, y salgo de nuevo para mi cumpleaños en agosto y PROMETO que empacaré toda la mazmorra sexual yo misma.

La tetera comenzó a silbar y dejé mi teléfono a un lado mientras vertía el agua sobre los granos y ponía la tapa en la prensa para dejarla reposar. Mi teléfono se iluminó con un nuevo mensaje y me incliné sobre el mostrador.

Obviamente no TENGO que ir, dijo. ¿¿¿Pero me siento como obligada??? TENGO que. Pero no lo hago. Si me necesitas ahora, puedo ir ahora.

No podía hacerle eso, alejarla de algo que claramente la hacía más feliz de lo que la había visto en meses.

Si vienes en agosto, ¿cuánto tiempo te quedarás?, pregunté, abriendo negociaciones.

Un correo electrónico *sonó* en mi bandeja de entrada y lo abrí con temor. Sonya finalmente respondió a mi consulta sobre los muebles del porche:

January,

Me encantaría el mobiliario del porche, pero me temo que no puedo permitirme el lujo de comprártelo. Así que, si te ofreces a dármelos, déjame saber cuándo podría traer un camión y amigos para que los recojan. Si te ofreces vendérmelos, gracias por la oferta, pero no puedo aceptarla.

De cualquier manera, ¿hay algún momento en el que podamos hablar? En persona sería bueno, yo...

—Oye.

EMILY HENRY

BEACH

Cerré mi correo electrónico y me di la vuelta para encontrar a Gus arrastrando los pies hacia la cocina, frotándose el ojo derecho con la palma de la mano. Su cabello ondulado se levantaba hacia un lado y su camiseta estaba arrugada como un pergamino antiguo detrás de un vidrio en un museo, una de las mangas retorcida sobre sí misma para revelar más de su brazo de lo que había visto antes. De repente me sentí codiciosa por sus hombros.

—Guau —dije—. Así es como se ve Gus Everett antes de ponerse la careta.

Con los ojos todavía somnolientos, extendió los brazos a los costados.

—¿Qué opinas?

Mi corazón se aceleró.

—Exactamente lo que imaginé. —Le di la espalda mientras buscaba entre los armarios un par de tazas—. En eso te ves exactamente como siempre.

—Elijo tomar eso como un cumplido.

—Ese es tu derecho, como ciudadano estadounidense. —Me volví hacia él con las tazas, esperando parecer más casual de lo que me sentía al despertarme en la misma casa que él.

Sus manos estaban apoyadas contra el mostrador mientras se inclinaba, como siempre, hacia él, su boca se curvó en una sonrisa.

—Gracias a Jack Reacher.

Crucé mi corazón.

—Amén.

—¿Ese café está listo?

—Muy pronto.

—¿Porche o terraza? —preguntó.

Intenté imaginarme la fiebre de la cabaña. Intenté imaginarme esto envejeciendo: esa sonrisa, esas ropas arrugadas, el idioma que solo Gus y yo hablábamos, las bromas, los llantos, las caricias y las no caricias.

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

Llegó un mensaje nuevo de Shadi: **Me quedaré al MENOS una semana.**

Le respondí un mensaje de texto. **Hasta luego, nena. Mantenme informada sobre las andadas de tu corazón.**



Era miércoles y habíamos pasado el día escribiendo en mi casa (ahora tenía un sólido treinta y tres por ciento del libro) mientras esperábamos a que el comprador viniera a recoger los muebles del dormitorio de arriba. Me había abstenido de vender los muebles del porche ahora que Gus y yo habíamos adquirido el hábito de usarlos algunas noches. Había empezado a empacar los adornos de toda la planta baja y a dejarlos en donación e incluso a vender los muebles menos necesarios de la planta baja. El sofá y el sillón de la sala de estar habían desaparecido, el reloj de la repisa de la chimenea había desaparecido, los manteles individuales, las velas y las votivas del armario junto a la mesa de la cocina habían sido donados.

Tal vez porque empezaba a sentirse menos como un hogar que como una casa de muñecas, se había convertido en nuestra oficina de facto, y cuando terminábamos de trabajar ese día, nos movíamos a la de Gus.

Estaba en la cocina, tomando más hielo, y aproveché la oportunidad para examinar detenidamente (husmear) sus estanterías de libros tan a fondo como hubiera querido desde la noche en que me mudé y las vi iluminadas a través de la ventana de mi sala de estar. Tenía bastante colección, tanto clásicos como contemporáneos. Toni Morrison, Gabriel García Márquez, William Faulkner, George Saunders, Margaret Atwood, Roxane Gay. En su mayor parte, los había ordenado alfabéticamente, pero obviamente no había seguido guardando las nuevas compras durante un tiempo, y éstas estaban apiladas delante y encima de otros libros, los recibos aún sobresalían de bajo sus cubiertas.

Me agaché para ver mejor la fila inferior en el estante más alejado de la puerta, que estaba completamente fuera de orden, y jadeé audiblemente al ver una columna delgada que decía ESCUELA SECUNDARIA GREGORY L. WARNER.

Abrí el anuario y busqué los apellidos con E. Una risa salió de mí cuando mis ojos se posaron en la foto en blanco y negro de un Gus de

EMILY HENRY
BEACH

*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment*

cabello desgreñado parado con un pie a cada lado de un conjunto de vías de tren en ruinas.

—Oh, Dios mío. Gracias. Gracias, Señor.

—Oh, vamos —dijo Gus mientras regresaba a la habitación—. January, ¿no hay nada sagrado para ti? —Dejó el cubo de hielo en el aparador y trató de quitarme el libro de las manos.

—No he terminado con esto —protesté, retirándolo—. De hecho, dudo que alguna vez termine con esto. Quiero que esto sea lo primero que vea cuando despierte y lo último que mire antes de irme a la cama.

—Está bien, pervertida, apégate a tus catálogos de ropa interior. —Intentó quitármelo de nuevo de las manos, pero me di la vuelta y lo apreté contra mi pecho, lo que lo obligó a rodearme a ambos lados.

—Puedes quitarme la vida —grité, esquivando sus manos—. Puedes quitarme la libertad, pero nunca me quitarás este maldito anuario, Gus.

—Preferiría tener el anuario —dijo, lanzándose a por él de nuevo. Agarró ambos lados del libro y me rodeó con los brazos, pero aun así no lo solté.

—No estaba bromeando. Esta es una luz demasiado brillante para esconderse debajo de un celemín o una pantalla de lámpara. El *New York Times* necesita ver esto. *GQ* necesita ver esto. Debes enviar esto al concurso de hombres más sexis de *Forbes* para su consideración.

—Y de nuevo, tengo diecisiete años en esa foto —dijo—. Por favor, deja de cosificar a mi yo adolescente.

—Me hubiera obsesionado contigo —dije—. Parece que, literalmente, compraste ese atuendo en un disfraz de Adolescente Rebelde en una tienda de Halloween. Vaya, es cierto lo que dicen. Algunas cosas realmente nunca cambian. Te juro que hoy estás usando exactamente el mismo atuendo que en esa foto.

—Eso es cien por ciento falso —argumentó, todavía presionado contra mi espalda, sus brazos cruzados alrededor de mí para descansar sobre el libro. Me las había arreglado para mantener la página marcada con mi dedo, y cuando abrí el libro de nuevo, su agarre se relajó. Se inclinó sobre mi hombro para ver mejor, sus manos rozaron mis brazos para descansar en mis caderas.

Como para mantener el equilibrio. Como para no caer sobre mi hombro.

EMILY HENRY

BEACH

¿Cuántas veces podríamos terminar en situaciones como esta? ¿Y cuánto tiempo hasta que perdiera el poco autocontrol que había logrado mantener?

Tan pronto como sucediera algo concreto entre nosotros, eso sería todo. Lo iba a perder. Estaría asustado, temiendo que yo estuviera demasiado interesada en él, que quisiera demasiado de él, que estaba destinado a destruirme. Y mientras tanto yo estaría... demasiado metida en él, destinada a ser destruida.

Era demasiado romántica para que nada se mantuviera casual, e incluso si éramos totalmente incompatibles, ya estaba más profundamente involucrado con Gus que una atracción puramente física.

Y parecía que ninguno de los dos podía dejar de traspasar los límites.

Mientras miramos el anuario, o pretendíamos hacerlo, sus manos recorrieron suavemente mis caderas de un lado a otro, atrayéndome hacia él y luego alejándome, en una metáfora terriblemente apropiada. Podía sentir la opresión de su estómago contra mi espalda, y elegí concentrarme en su foto en su lugar.

Mi aturdimiento inicial se desvaneció y la imagen me sorprendió de nuevo. Probablemente el treinta por ciento de los chicos en mi propio anuario de la escuela secundaria habían optado por la misma mirada angustiada, pero la de Gus era diferente. La línea torcida de su boca estaba tensa y sin sonreír. La cicatriz blanca que dividía en dos su labio superior era más oscura, más fresca, y sus ojos estaban rodeados de círculos cansados. Incluso si Gus constantemente me sorprendía en pequeñas formas, también había un nivel instintivo en el que sentí que lo conocía, lo reconocía. En el club de lectura, Gus sabía que algo me había cambiado, y al mirar esta foto, yo supe que algo le había sucedido poco antes de que se tomara la foto.

—¿Esto fue después de que tu mamá...? —me detuve, incapaz de pronunciar las palabras.

La barbilla de Gus asintió contra mi hombro.

—Murió cuando era estudiante de segundo año. Esa es mi foto de último año.

—Pensé que habías dejado la escuela —dije, y asintió de nuevo.

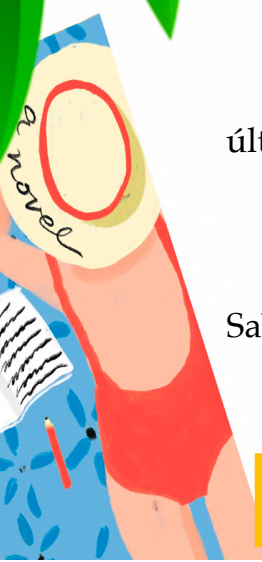
—El hermano de papá era jardinero en este cementerio enorme. Sabía que iba a contratarme a tiempo completo en cuanto cumpliera los.

EMILY HENRY

BEACH

210

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

dieciocho, con seguro y todo, pero mi amigo Markham insistió en que tomáramos la foto y de todos modos la enviáramos.

—Gracias, Markham —susurré, intentando mantener las cosas ligeras, a pesar de la tristeza que brotaba de mi pecho. Me pregunté si mis ojos se veían así ahora, tan perdidos y vacíos, si después del funeral de papá mi rostro había estado así de ahuecado—. Ojalá te hubiera conocido —dije con impotencia. No podría haber cambiado nada, pero podría haber estado allí. Podría haberlo amado.

Mi padre pudo haber sido un mentiroso, un mujeriego y un hombre de negocios ambulante, pero no tenía ni un solo recuerdo de sentirme realmente sola cuando era niña. Mis padres siempre estuvieron ahí y el hogar siempre fue mi lugar seguro.



No es de extrañar que a Gus le pareciera una princesa de hadas, saltando por la vida con mis zapatos relucientes y una profunda confianza en el universo, mi insistencia en que *cualquiera* podría *ser* quien quisiera, *tener* lo que quisiera. Me dolía no poder volver atrás y verlo con claridad, tener más paciencia. Debería haber visto la soledad de Gus Everett. Debería haber dejado de contarme una historia y haber mirado el mundo a mi alrededor.

Sus manos seguían moviéndose. Me di cuenta de que me estaba moviendo con ellas, como si fuera una ola con la que me balanceaba. Cada vez que me atraía hacia él, me encontraba presionando la espalda contra él, arqueándome para sentirlo contra mí. Sus manos se deslizaron por mis piernas, apretando en mi piel, e hice todo lo que pude para mantener mi respiración uniforme.

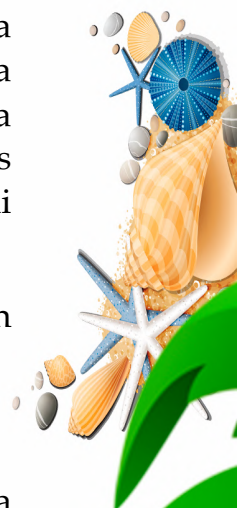
Estábamos jugando a un juego: ¿hasta dónde podemos llegar sin admitir que hemos ido?

—Se me ocurrió algo —dijo.

—¿En serio? —bromeé, aunque mi voz todavía estaba llena de media docena de emociones en conflicto—. ¿Quieres que tome la cámara de video para documentar?

Las manos de Gus se apretaron contra mí y me recosté contra él.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Hilarante —dijo rotundamente—. Como decía, tuve una idea, pero afecta nuestra investigación.

Ah. Investigación. El recordatorio de que todavía teníamos que expresar lo que fuera en los términos de nuestro trato. Que, en última instancia, esto todavía era una especie de juego.

—Está bien, ¿qué pasa? —Me volví hacia él y sus manos se deslizaron por mi piel mientras me movía, pero no me soltó.

—Bien. —Hizo una mueca—. Les dije a Pete y Maggie que iría al cuatro de julio, pero eso es el viernes.

—Oh. —Me aparté de él. Había algo desorientador en recordar que existía el resto del mundo cuando sus manos estaban sobre mí—. Entonces, ¿necesitas saltarte una de nuestras noches de investigación?

—Bueno, la cosa es que también necesito salir a ver New Eden pronto si voy a seguir redactando —dijo—. Así que como no puedo ir el viernes, esperaba poder hacerlo el sábado.

—Lo tengo —dije—. ¿Así que nos saltamos Comedia Romántica para principiantes esta semana y hacemos una excursión de Ficción?

Gus negó con la cabeza.

—No tienes que ir, puedo hacer esto por mi cuenta.

Arquee una ceja.

—¿Por qué no iba a ir?

Los dientes de Gus mordieron su labio inferior, la cicatriz junto al arco de Cupido se volvió aún más blanca de lo habitual.

—Va a ser terrible —dijo—. ¿Seguro que quieres verlo?

Suspiré. Esto de nuevo. La vieja princesa de las hadas no puede con el ritmo de este mundo cruel.

—Gus —dije lentamente—, si tú vas, también voy. Ese es el trato.

—¿A pesar de que me estoy saltando el campamento de entrenamiento de Héroe Romántico de la semana?

—Creo que has bailado en línea más que suficiente este mes —dije—. Te mereces un descanso y una fiesta del cuatro de julio.

—¿Qué hay de ti? —dijo.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—Siempre merezco un descanso —dije—. Pero mis descansos *consisten* principalmente en baile en línea.

Se aclaró la garganta.

—Me refiero al viernes.

—¿El viernes qué?

—¿Quieres ir a donde Pete el viernes?

—Sí —respondí de inmediato. Gus me dio su típica sonrisa con la boca cerrada—. Espera. Quizás. —Su expresión decayó y me apresuré a agregar—. ¿Hay alguna manera de...? —Pensé y reconsideré cómo expresarlo—. Pete es amiga de la amante de mi papá.

—Oh. —La boca de Gus se abrió con un temblor—. Yo... desearía que lo hubiera mencionado cuando le pregunté si podía invitarte. No habría estado de acuerdo si me hubiera dado cuenta...

—No estoy segura de que ella lo sepa.

—O estaba intentando obtener una promesa de mi parte al omitir información importante —dijo.

—Bueno, *deberías* ir —dije—. No estoy segura si *yo* puedo.

—Lo averiguaré —dijo Gus rápidamente—. ¿Pero si no va?

—Iré —dije—. Pero *definitivamente* voy a mencionar las piedras a Maggie.

—Estás enferma y retorcida, January Andrews —dijo Gus—. Eso es lo que me encanta de ti.

Mi estómago se hundió y se elevó más de lo que había empezado.

—Oh, *eso es* lo que es.

—Bueno —dijo—. *Una* cosa. Me pareció demasiado grosero invitarte a la casa de mis tías y luego mencionar tu trasero.



Generalmente, cuando iba a una fiesta, lo usaba como excusa para comprar un atuendo temáticamente apropiado. O al menos zapatos

EMILY HENRY
BEACH

213

As the bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

nuevos. Pero incluso después de vender una buena cantidad de muebles, cuando inicié sesión en mi cuenta bancaria el viernes por la mañana, el sitio prácticamente me frunció el ceño.

Le envié un mensaje de texto a Gus. **No creo que pueda ir a la fiesta, ya que recientemente descubrí que no puedo permitirme llevar ni una sola porción de ensalada de patatas.**

Vi el “...” aparecer en pantalla mientras escribía. Se detuvo. Empezó de nuevo. Después de un minuto completo, el símbolo desapareció y volví a mirar la puerta del sótano hacia abajo.

Había dejado de revisar el dormitorio principal y el baño y había bajado casi todo (incluidas las cosas clavadas en la pared) del primer piso, y eso dejaba el sótano.

Inhalando profundamente, abrí la puerta y miré hacia la oscura escalera. Cemento en la parte inferior. Eso era bueno, no había razón para sospechar que estaba terminado, lleno de *más* muebles cuya mudanza tendría que coordinar. Pulsé el interruptor, pero la bombilla estaba muerta. No estaba oscuro como boca de lobo de ninguna manera; había ventanas de bloques de vidrio que vi desde fuera que debían dejar entrar algo de luz natural. Blandí mi teléfono como una linterna y bajé. Algunas tinas de plástico rojo y verde estaban apiladas a lo largo de la pared junto a una rejilla de metal llena de herramientas y un congelador independiente. Caminé hacia el estante, tocando una caja de bombillas cubierta de polvo. Mis dedos rodearon la tapa y la abrieron.

Ya se había tomado una de las bombillas.

Quizás la que se había quemado en las escaleras del sótano.

Quizás papá vino aquí para hacer otra cosa y se dio cuenta, como yo, de que el interruptor no funcionaba. Había sacado la bombilla y había subido hasta la mitad de las escaleras hasta donde podía volver a colocarla sin ponerse de puntillas.

Esta vez el dolor fue como un arpón. ¿No se suponía que el dolor mejoraría con el tiempo? ¿Cuándo manejar algo que mi papá había tocado dejaría de hacer que mi pecho doliera tanto que no pudiera respirar bien? ¿Cuándo dejaría de llenarme de pavor la carta de la caja de la ginebra?

—¿January?

Me giré hacia la voz, realmente esperando encontrar un fantasma, un asesino o un fantasma asesino que se había estado escondiendo aquí en el vientre de la casa todo el tiempo.

En su lugar, encontré a Gus, iluminado a contraluz por la luz del pasillo que se derramaba por las escaleras mientras se inclinaba para verme desde debajo de la pared parcial que se alineaba en la mitad superior de los escalones.

—Mierda —jadeé, todavía vibrando con adrenalina.

—La puerta estaba abierta —dijo, bajando los escalones—. Me asusté un poco al ver la puerta del sótano abierta.

—Me asusté al escuchar la voz de alguien en el sótano cuando pensé que estaba sola.

—Lo siento. —Miró a su alrededor—. No hay mucho aquí abajo.

—No hay mazmorras sexuales —concordé.

—¿Alguna vez estuvo eso sobre la mesa? —preguntó.

—Shadi tenía esperanzas.

—Ya veo. —Después de un momento de silencio, dijo—. Sabes, no tienes que pasar por todo esto. No tienes que pasar por nada de eso, si no quieres.

—Es un poco extraño vender una casa con herramientas polvorientas y una sola caja de bombillas —señalé—. Cae en la zona gris entre completamente amueblado y vacío como una mierda. Además, necesito el dinero. Todo debe irse. Es una especie de venta de liquidación. En eso, esta es mi alternativa a prender fuego a la casa y tratar de conseguir el dinero del seguro.

—De eso es de lo que vine a hablarte —dijo.

Lo miré boquiabierto.

—¿Ibas a sugerir que quemáramos mi casa como parte de una estafa de seguro contra incendios premeditados?

—Ensalada de patata —dijo—. Debí haber mencionado que no hay absolutamente ninguna necesidad de llevar *nada* a la fiesta del cuatro de julio de Pete y Maggie. De hecho, todo lo que traigas terminará puesto debajo de una mesa que ya está demasiado llena de todo lo que han proporcionado y luego te lo enviarán a casa al final de la noche. Si intentas

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

dejarlo como un gesto, lo encontrarás en tu bolso, caliente y mohoso, dentro de tres días.

—¿Proporcionarán *todo*? —dije.

—Todo.

—¿Incluso White Russians?

Gus asintió.

—¿Qué hay de las piedras? ¿*Habr*á piedras o debo llevar las mías? Como iniciadores de conversaciones casuales.

—Me acabo de dar cuenta de algo —dijo Gus—. Ya no estás invitada.

—Oh, definitivamente estoy invitada —dije—. No rechazarán a alguien con piedras.

—Está bien, en ese caso, voy a tener algo. Tendrás que ir sola.

—Relájate. —Lo agarré del brazo—. No me involucraré en charlas de piedras. Demasiado.

Sonrió y se acercó a mí, negando con la cabeza.

—No iré. Estoy demasiado enfermo.

—Sobrevivirás. —Mi mano todavía estaba en el hueco de su brazo, su piel ardía bajo mis dedos. Cuando mi mano se tensó sobre él, se acercó más y volvió a negar con la cabeza. Mi espalda se encontró con los bordes fríos del estante de herramientas, y sus ojos me recorrieron y volvieron a subir, dejando la piel de gallina a su paso. Lo acerqué más y nuestros estómagos se unieron, un gran deseo se acumuló detrás de mis costillas y ombligo y todos los lugares que estábamos tocando.

Sostuvo ligeramente mis caderas y las acercó a las suyas, y el calor me recorrió como llamas en un rayo de gasolina. Mi respiración se aceleró. Sentía como si mi sangre se ralentizara, se espesara en mis venas, pero mi corazón se aceleraba mientras veía su expresión cambiar, su sonrisa parecía chamuscarse en las comisuras de su boca, sus ojos oscureciéndose con el enfoque.

Si podía ver dentro de mí en ese momento, no me importaba. Incluso quería que lo hiciera.

Una vez, una vez, una vez pasó apresuradamente por mi cerebro una y otra vez, como plantas rodadoras a través de un desierto.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

Y luego Gus se inclinó lentamente, su nariz rozó la mía hasta que su aliento golpeó mis labios, separándolos de alguna manera sin siquiera tocarlos, y mis dedos se hundieron en su piel mientras sus labios atrapaban los míos con brusquedad, tan feroz, caliente y lento que me sentí como si me derritiera contra él antes de que terminara el primer beso.

Sabía a café y a la cola de un cigarrillo y no pude conseguir suficiente. Mis manos se anudaron en su cabello mientras su lengua se deslizaba en mi boca. Me aplastó contra el estante de herramientas a medida que sus manos subían a mi mandíbula, inclinando mi boca hacia la suya mientras me besaba de nuevo, incluso más profundo, como si estuviéramos desesperados por sondear las profundidades del otro.

Cada beso, cada toque era áspero y cálido, como él. Sus manos se deslizaron por mi pecho y luego estuvieron debajo de mi camisa, sus dedos ligeros como nieve cayendo contra mi cintura, contra mi sujetador, haciendo que mi piel hormigueara a medida que nos mecíamos el uno contra el otro. El perchero chilló cuando lentamente me empujó contra él, y Gus se rio en mi boca, lo que de alguna manera me hizo sentir aún más desesperada por él.

Metí las manos en su camisa y su boca se deslizó por mi garganta, lenta y hambrienta. Una de sus manos agarró mi cintura mientras la otra se deslizó por debajo del encaje de mi sujetador, girando círculos pesados sobre mí. Fue gentil al principio, cada movimiento lánguido y decidido, pero cuando me arqueé bajo su toque, su agarre se apretó, haciéndome jadear.

Se echó hacia atrás, respirando con dificultad.

—¿Te lastimé?

Negué con la cabeza y Gus volvió a tocar un lado de mi rostro, lo giró con cautela para besar cada una de mis sienes. Tomé el dobladillo de su camisa y la levanté, mi pecho se agitó al ver sus delgadas líneas duras. Tan pronto como dejé caer su camisa al suelo, me agarró, sus palmas callosas rozaron mis costados, juntando tela a medida que avanzaban. Tiró mi camisa a un lado, luego me estudió intensamente.

—Dios —dijo, con una voz profunda y ronca.

Luché contra una sonrisa.

—Gus, ¿estás rezando por mí?

217

EMILY HENRY

BEACH

*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh*

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

Su oscura mirada rozó mi cuerpo hasta mis ojos. Los músculos de su mandíbula saltaron y me arqueé contra él mientras sus manos rozaban mi espalda para desabrochar mi sujetador.

—Algo así.

Movió uno de los tirantes de mi sujetador por mi brazo, sus ojos trazaron el lento camino de sus dedos mientras se deslizaban por el costado de mi pecho, siguiendo la curva de este. Cuando volvieron a deslizarse, su palma áspera me acunó, enviando escalofríos a través de mí. Una vez más su toque fue exasperantemente ligero, pero su mirada era tan furiosamente oscura que pareció clavarse en mí, y me balanceé con su movimiento, respondiendo a su toque.

La comisura de su boca se crispó cuando sus ojos se movieron de nuevo a los míos. Liberó el otro tirante del sujetador y la tela se cayó. La intensidad de sus ojos oscuros en mi pecho, absorbiéndome y tomándose su tiempo para hacerlo, me hizo moverme y retorcerme como si pudiera molerme contra eso. El músculo de su mandíbula palpitó y tiró de mí con fuerza contra él.

Habría consecuencias. Tenía que ser una mala idea.

Se acercó más, inmovilizándome contra el estante. Alcancé sus caderas.

218



EMILY HENRY
BEACH



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh*

ways have
didn't you know!

La comida al aire libre

Las manos de Gus trazaron los costados de mi cuerpo, sintiendo cada línea y curva expuesta.

—Eres tan hermosa, January —susurró, besándome con más ternura—. Eres tan jodidamente hermosa, eres como el sol.

Su boca se movió por mi cuerpo, saboreando todos los lugares que había tocado. No fue suficiente. Mis uñas se clavaron en su espalda y me apartó de la rejilla y me guio hacia el congelador junto a él, buscando a tientas el botón de mis pantalones cortos. Me levanté para que pudiera deslizarlos por mis muslos, y mientras se enderezaba, sus manos se arrastraron de nuevo por mis piernas, se deslizaron por debajo de los lados de mi ropa interior para enterrarse en mi piel. Me arqueé contra él y jaló mis muslos contra sus caderas, su boca moviéndose con fuerza contra la mía.

—Dios, January —dijo.

Mi deseo ahogó mi voz en un jadeo entrecortado cuando intenté responder. Me apreté contra él y su toque se agudizó.

Dejamos de ser amables el uno con el otro. No podía frenarme lo suficiente como para tener cuidado con él, y no quería que tuviera cuidado conmigo. Le desabroché los pantalones y se los bajé de un tirón. Una de sus manos se deslizó entre mis piernas y gimíó. La otra se hundió en mi cadera mientras su boca bajaba por mi estómago. Sus manos apretaron mis muslos y agarré los lados del congelador mientras bajaba entre mis piernas. Mi respiración se aceleró, sus dedos se hundieron en los pliegues de mis caderas y su nombre se deslizó entre mis labios. Acunó mis caderas con más fuerza. No fue suficiente. *Lo quería.* Solo me di cuenta de que lo dije en voz alta cuando me respondió.

EMILY HENRY

BEACH

219

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh

—Te quiero, January.

Se enderezó y tiró de mí hasta el borde del congelador, levantando mis caderas contra él mientras apretaba mis muslos contra los lados de su cuerpo.

—Gus —jadeé y su mirada me rodó, el calor latía bajo mi piel—. ¿Tienes un condón?

Le tomó un minuto responder, como si su cerebro estuviera traduciendo de un segundo idioma. Sus ojos todavía estaban oscuros y hambrientos, sus manos envueltas con fuerza alrededor de mis muslos.

—¿Aquí? —dijo—. ¿En el sótano de la casa de invitados de tu padre?

—Estaba pensando más en la línea de en tu bolsillo —dije, todavía sin aliento.

Se rio, un estertor gutural.

—¿Cómo te sentirías si hubiera traído condones para contarte sobre la ensalada de patata?

—Agradecida —dije.

—No sabía que esto iba a pasar. —Gus se pasó una mano por el cabello con angustia mientras la otra mantenía su agarre casi doloroso sobre mí—. Al lado. Tengo algunos.

Nos miramos el uno al otro por un momento, luego comenzamos a agarrar nuestra ropa del piso y ponémosla. Mientras subíamos corriendo las escaleras, Gus me agarró el trasero.

—Dios —dijo de nuevo—. Gracias por este día, Señor. También Jack Reacher.

No nos molestamos con los zapatos, simplemente salimos corriendo por la puerta y cruzamos el patio. Llegué primero a la puerta de entrada y me di la vuelta justo cuando Gus subía los escalones. Dejó escapar una risa ronca al verme y sacudió la cabeza mientras me agarraba por las caderas y me besaba de nuevo, aplastándome contra la puerta.

Pasé mis dedos por su cabello, olvidándome de dónde estábamos, olvidándome de todo menos sus manos deslizándose sobre mí, sumergiéndose en mi ropa, su lengua separando mis labios a medida que tocaba tanto de él como podía. Un pequeño ruido de insatisfacción se

EMILY HENRY

BEACH

escapó de mí, y extendió la mano alrededor de mi cadera para girar el pomo de la puerta, llevándome hacia atrás dentro de la casa.

Apenas llegamos a un metro antes de que me quitara la camisa y se quitara la suya de nuevo. En un instante, estaba en la mesa, sus manos desabrochando mis pantalones cortos, pasando por mis caderas y muslos mientras los bajaba y los dejaba caer al suelo. Se posó entre mis rodillas.

Me levanté contra él mientras arrastraba sus manos por mis pechos, atrapando mis pezones, masajeándome hasta que todo en mí se retorció con fuerza. Me levantó de la mesa mientras yo envolvía mis piernas alrededor de él y me giré para sujetarme contra la estantería. Sus manos se retorcieron en mis muslos, y me arqueé contra la estantería para mover mis caderas contra las suyas.

No lo suficiente, ni siquiera cerca.

Se desabrochó los pantalones y se los bajó justo debajo de mí. Mi mano busco por delante para empujar ineficazmente sus calzoncillos. Me acomodó contra el estante y los empujó hacia abajo.

Era casi demasiado sentirlo contra mí. Un grito ahogado se me escapó mientras rodaba mis caderas sobre él. Me agarró con una mano ancha y gimió en mi piel.

—Maldición, January.

El retumbar de su voz hizo que se me pusiera la piel de gallina. Su mano libre se extendió a lo largo del estante a la altura de mi hombro hasta que encontró un frasco azul en mi visión periférica.

Sacó un condón y me reí, a mi pesar.

—Oh, Dios mío —murmuré contra su oído—. *¿Siempre tienes sexo contra tus estanterías? ¿Tus libros están detrás de mí ahora mismo? ¿Esto es una cuestión de ego?*

Se echó hacia atrás, sonriendo con ironía mientras rasgaba el envoltorio con los dientes.

—Es para cuando salgo demasiado apurado, sabelotodo. —Su agarre se aflojó y retrocedió unos centímetros—. Es la primera vez que lo hago, pero si no *te* convence, siempre podemos esperar a tropezar con una buena cueva en la playa en un día de lluvia.

Lo agarré con avidez, mordiendo su labio inferior con mis dientes, antes de que pudiera alejarse más. Cerró la brecha entre nosotros,

besándome con avidez mientras trabajaba con el condón. Sus manos regresaron a mi cintura, tiernas y ligeras esta vez, y me persuadió para que diera un beso lento y sensual mientras yo temblaba de anticipación.

Su primer empujón fue increíblemente lento, y todo en mi cuerpo se tensó a su alrededor mientras se hundía profundamente en mí. Se me cortó el aliento, las estrellas aparecieron detrás de mis ojos y la ola de placer me atravesó.

—Oh, *Dios* —jadeé a medida que se mecía dentro de mí.

—¿Estás rezando por mí? —bromeó contra mi oído, enviando un hormigueo por mi columna. No podría soportar ir tan lento. Empujé contra él, rápido, ansiosa, e igualó mi intensidad.

Me apartó de las estanterías y se dio la vuelta para sentarse en el sofá, colocándose encima de él mientras se recostaba. Jadeé su nombre cuando empujó dentro de mí de nuevo, sus manos abarcando mis costillas. Me incliné sobre él, mis manos extendidas contra su pecho a medida que intentaba evitar deshacerme. Su boca recorrió mi pecho, y un pulso embriagador de calor y deseo me atravesó.

—Te he deseado durante tanto tiempo —siseó, apretando las manos en mi trasero.

Un escalofrío recorrió mi pecho al oír su voz áspera.

—Yo también —admití en silencio—. Desde esa noche en el autocine.

—No —dijo con firmeza—. Antes de eso.

Mi pecho se agitó como si hubiera un ventilador soplando brillantina en él, y todo en mí subió, tenso y tembloroso, mientras Gus continuaba susurrándome a la piel.

—Antes de que abrieras la puerta con ese vestido negro con esos muslos... botas altas, y antes de ver tu cabello todo mojado y encrespado en ese club de lectura.

Gus pasó un brazo alrededor de mi cintura y nos dio la vuelta, y envolví mi pierna alrededor de su cadera, mi otro pie se deslizó por la parte posterior de su pantorrilla mientras murmuraba contra mi mejilla, su voz ronca brillando a través de mí como una corriente eléctrica.

Rozó un beso en mi mandíbula.

—Y antes de esa maldita fiesta de fraternidad.

READ

Bookzinga

Mi estómago dio un vuelco y traté de responder, pero una de las manos de Gus se había enrollado alrededor de la parte posterior de mi cuello y la otra estaba bajando por mi centro, atravesando mis pensamientos como un cuchillo caliente en la mantequilla. Nos retorcimos el uno contra el otro, nos perdimos el uno en el otro, todo lo demás borroso e innecesario a nuestro alrededor.

—Oh —dije mientras empujaba más fuerte, más profundo, y de repente, me deshice, una oleada tras otra de placer fluyendo a través de mí mientras me aferraba con fuerza a su alrededor. Se preparó sobre mí, enterrando su boca en mi cuello a medida que nos deshacíamos juntos, nuestra respiración entrecortada, nuestros músculos temblando.

Se derrumbó a mi lado, respirando con dificultad, pero mantuvo un brazo sobre mí, los dedos apretados contra mis costillas, y una risa débil y ronca surgió de él mientras se tapaba los ojos con el otro brazo y negaba con la cabeza.

—¿Qué? —pregunté, todavía recuperando el aliento. Me giré sobre mi costado y Gus hizo lo mismo, su mano cayendo de frente a su cara para correr por el costado de mi muslo y cadera. Se inclinó hacia adelante y besó mi hombro empapado de sudor, acariciando su rostro en ese lado de mi cuello ahora.

—Acabo de recordar lo que dijiste sobre la estantería —dijo con voz grave—. Ni siquiera puedes dejar de criticarme cuando estoy perdiendo la cabeza por tu cuerpo.

El calor me inundó, vergüenza y vértigo y algo más suave y difícil de nombrar. *Antes de eso*, lo escuché susurrar en mi mente. Me recosté y dejé caer la cabeza sobre una almohada. La mano de Gus se arrastró desde mi hueso de la cadera hasta mi estómago, extendiéndose mientras se inclinaba y le daba un beso lento.

Mis extremidades se sentían exhaustas y flácidas, pero mi corazón todavía estaba acelerado. Incluso si hubiera sabido que algo tenía que ceder entre Gus y yo, nunca lo hubiera imaginado así, manteniendo sus manos sobre mí en todo momento, sus ojos en mi boca y mi cuerpo y ojos, besando, mi estómago y riendo en mi piel mientras yacíamos desnudos, envueltos juntos como si hubiéramos hecho esto cientos de veces.

¿Qué significa?, pensé, seguido de, *¡Deja de intentar que todo signifique algo!* Pero mi pecho se apretó cuando toda la fuerza de todo lo que acababa de suceder se apoderó de mí. Me había encantado tocar a Gus, ser tocada

EMILY HENRY

BEACH

223

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

por él, como sabía que lo haría, pero *esto...* esto era inesperado, y era posible que lo amara aún más.

Apoyó la cabeza en mi pecho, su mano trazando un camino perezoso y ligero como una pluma de un lado a otro en el ligero valle entre los huesos de mi cadera. Besó el espacio entre mis senos, el costado de mis costillas, e incluso en mi estado de relajación casi total, un escalofrío me recorrió.

—Amo tu cuerpo —su voz vibró contra mí.

—Yo también soy fan del tuyo —le dije. Pinché la cicatriz en su labio—. Y tu boca.

Esbozó una sonrisa y se apoyó en su codo, con la mano todavía extendida sobre mi ombligo.

—En realidad, no me presenté en tu mazmorra sexual para seducirte. Me senté.

—¿Cómo sabes que *yo* no te seduje a *ti*?

Su sonrisa se torció más.

—Porque no habrías tenido que hacerlo.

Sus palabras resonaron a través de mí de nuevo: *te he deseado durante tanto tiempo. No. Antes de eso.* Mi corazón dio un vuelco en mi pecho, luego se sacudió de nuevo ante el sonido repentino de un teléfono sonando.

—Mierda. —Gus gimió y besó mi estómago por última vez antes de rodarse del sofá. Tomó sus pantalones del suelo y sacó su teléfono del bolsillo.

La sonrisa se desvaneció de su rostro a medida que lo miraba, líneas de consternación alzándose entre sus cejas oscuras.

—¿Gus? —dije, una preocupación repentina me atravesó.

Cuando alzó la vista, pareció un poco fuera de balance. Cerró la boca con fuerza y volvió a mirar el teléfono.

—Lo siento mucho —dijo—. Tengo que tomar esto.

—Oh. —Me senté, inmediatamente consciente de lo completamente desnuda que estaba—. De acuerdo.

EMILY HENRY

BEACH

—Mierda —dijo, esta vez en voz baja—. Esto solo tomará unos minutos. ¿Puedo verte en tu casa?

Le devolví la mirada, luchando contra el dolor que se acumulaba en mi pecho.

Entonces, ¿qué si me echaba a patadas justo después de tener sexo para atender una llamada misteriosa?

Eso estaba bien. Tenía que estarlo. Tenía que estar bien.

Ahora estaba fuera de mi sistema. De todos modos, así era como se suponía que debía funcionar. Nunca había sido el plan yacer desnuda con él mientras catalogaba cada parte de mí con besos lentos y cuidadosos. Aun así, mi estómago se hundió cuando me paré y recogí mi ropa.

—Claro —dije. Antes de que me hubiera puesto la camisa, Gus estaba en la mitad del pasillo.

—¿Hola? —lo escuché decir, y luego la puerta de una habitación se cerró, dejándome fuera.

Eran las once cuando regresé a mi casa. Se suponía que Gus y yo nos iríamos a la parrillada pronto. Pete le había dicho a Gus que Sonya no podría llegar hasta más tarde de todos modos, así que nuestra mejor opción era ir durante la primera mitad de la aventura del día a la noche (juego de palabras no intencionado) y partir mucho antes del vino de postre y los fuegos artificiales. Cuando Gus me lo dijo, le sugerí que condujera por separado para que él pudiera quedarse hasta el amargo final.

—¿Estás bromeando? —dijo—. No puedes imaginar de cuántos pellizcos de mejilla me estás salvando al venir. No voy a estar solo con esa multitud durante más de treinta segundos.

—¿Qué pasa si tengo que ir al baño? —pregunté.

Gus se había encogido de hombros.

—Me escaparé y te dejaré atrás si es necesario.

—¿No tienes cuatrocientos años? —respondí—. Eso parece un poco viejo tanto para pellizcos de mejillas y como un miedo tan arraigado a pellizcar las mejillas.

—Puedo tener cuatrocientos, pero ellas tienen al menos mil años sobre mí y garras de buitres.

EMILY HENRY

BEACH

225

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Era extraño que esa conversación solo hubiera ocurrido unas doce horas antes de lo que acababa de pasar. Se me puso la piel de gallina a lo largo de la columna.

La idea de no volver a estar con él nunca más envió un nuevo dolor a través de mi cuerpo, golpeando cada parte de mí que había estudiado con sus ojos, boca y manos. La idea de no verlo nunca así, desnudo y vulnerable y sin paredes, susurrándome secretos directamente a mis huesos, hizo que se me cayera el estómago.

Una vez, esa era la regla de Gus. Y esto definitivamente contaría.

Acaba de tener una llamada telefónica importante, me dije. No se trata de la regla, ni de ti, ni de nada. Pero no puedo estar segura.

No volví a tener noticias de Gus hasta las 11:45, cuando me envió un mensaje de texto: **¿Lista en 5?**

Difícilmente. Incluso quemando energía al caminar de un lado a otro, todavía vibraba con el recuerdo de lo que había sucedido y la ansiedad por lo que venía después. No esperaba que simplemente lo dejara pasar, enviándome un mensaje de texto como si nunca hubiera sucedido, pero probablemente debería haberlo hecho.

Suspiré y le respondí un mensaje de texto: **Claro**, luego me apresuré a la habitación para cambiarme y ponerme un vestido blanco y un par de sandalias rojas que había recibido durante mi última carrera a las donaciones. Até mi cabello hacia arriba, luego lo bajé antes de ponerme todo el maquillaje que pude en los dos minutos que me quedaban.

Gus se había limpiado un poco. Su cabello era el mismo desorden enmarañado, pero se había puesto una camisa azul razonablemente libre de arrugas, las mangas arremangadas alrededor de sus antebrazos rígidos y veteados. Un asentimiento fue mi único saludo antes de que se subiera al asiento del conductor.

Me puse a su lado, sintiéndome al menos dos veces más incómoda de lo que había pensado cuando imaginé alguna versión de este escenario. *¡Conejita tonta, conejita tonta, conejita tonta!* Me reprendí.

Pero luego pensé en la forma en que había besado mi estómago, con tanta ternura, con tanta dulzura. ¿Había realmente encuentros de una noche, *una mañana*, que se sentían tan... *reales*?

Miré por la ventana y puse mi mejor (horriblemente inexacta; 0/10) voz despreocupada.

—¿Todo bien?

—Mmm —respondió Gus.

Intenté leer sus rasgos. Me dijeron lo suficiente para saber que debería estar preocupada, pero nada más.

Cuando llegamos a la calle de Pete y Maggie, ya estaba llena de autos. Gus aparcó a la vuelta de la esquina y abrió el camino a través de una puerta lateral que se abría a uno de los senderos que atravesaban el jardín.

Pasamos por alto la puerta principal, en su lugar rodeamos la casa hasta el patio trasero.

Un coro de voces se elevó, llamándolo por su nombre. Cuando terminó, Pete cantó.

—¡Jaaaaanuary! —Y el resto de sus invitados hicieron lo mismo. Había al menos veinte personas apiñadas alrededor de un par de mesas de juego bajo un enrejado cubierto de hiedra. Botellas de cerveza y vasos rojos cubrían los manteles de papel con lentejuelas de estrellas y, como se había prometido, una mesa larga en el borde del patio no solo estaba abarrotada sino también *apilada* de bandejas de aluminio con comida y latas de cerveza.

—Ahora ahí está mi sobrino apuesto y su compañera encantadora. —Pete estaba de pie en la barbacoa, volteando hamburguesas con un delantal de BESA A LA COCINERA. Había añadido en rotulador (*¡Broma! ¡Felizmente casada!*) Y Maggie llevaba su propio delantal blanco, cuyo mensaje estaba completamente escrito a mano: BESA A LA GEÓLOGA. Los invitados se apiñaban alrededor de una mesa de juego en la cubierta teñida de cedro en el centro de su caprichoso jardín, y más allá del borde de la cubierta, algunos más estaban chapoteando en la gigantesca piscina azul.

—¡Espero que ustedes, niños, hayan traído sus trajes! —Pete le dijo a Gus mientras se inclinaba para abrazarla alrededor de su espátula. Besó ruidosamente su mejilla y se apartó—. El agua está perfecta hoy.

Miré en dirección a Gus.

—¿Gus *tiene* un traje de baño propio?

—Técnicamente hablando —dijo Maggie, inclinándose hacia adelante para besar a su sobrino en la mejilla—. No, no lo tiene. —Se volvió para plantarme uno a continuación, y luego continuó—: Pero de todos

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

modos tenemos uno aquí para él, ¡era un pez cuando era pequeño! Lo llevábamos a la YMCA y teníamos que programar un temporizador para sacarlo de la piscina y evitar que orinara en ella. Sabíamos que nunca saldría por su propia voluntad.

—Esta historia es completamente inventada —dijo Gus—. Eso nunca ocurrió.

—Lo juro —dijo Maggie en su tono melancólico y aireado—. No podías tener más de cinco años. ¿Recuerdas eso, Gussy? Cuando eras pequeño, Rose y tú venían a la piscina con nosotros una o dos veces por semana.

El rostro de Gus cambió, algo detrás de sus ojos, como si estuviera deslizando una puerta de metal cerrada detrás de ellos.

—No. No me suena nada.

¿Rose? El verdadero nombre de Pete era Posey, un pequeño ramo. Rose debe haber sido su hermana, la mamá de Gus.

—Bueno, el hecho permanece —prosiguió Maggie—. Te encantaba nadar, lo hagas ahora o no, y tu traje está esperando en la habitación de invitados. —Maggie me miró de arriba abajo a continuación—. Estoy segura de que podríamos encontrar algo que se ajuste a ti también. Sería largo por el frente. Y los lados. Eres una cosa pequeña, ¿verdad?

—Nunca lo pensé hasta este verano.

Maggie me frotó el brazo y sonrió serenamente.

—Eso es lo que te hace vivir entre holandeses. Somos una población resistente en esta zona. Ven a conocer a todos. Gussy, saluda tú también.

Y con eso, atravesamos el jardín trasero de Pete y Maggie. Gus conocía a todo el mundo, en su mayoría profesores y socios e hijos del profesorado de la universidad local, junto con dos de las hermanas de Maggie, pero aparentemente tenía muy poco que decirle a ninguno de ellos más allá de un cordial saludo. Darcy, la hermana menor de Maggie, era unos siete centímetros más alta que Maggie, con cabello amarillo pajizo y ojos azules gigantes, mientras que Lolly era unos buenos treinta centímetros más baja que Maggie con un corte de cabello gris despuntado.

—Tiene un horrible síndrome del hijo del medio —me susurró Maggie mientras nos guiaba a Gus y a mí a otro rincón del jardín donde habían preparado un lanzamiento de pelotas. Dos de los labradores corrían.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

amablemente de un lado a otro, haciendo intentos a medias para atrapar los pufs mientras los niños los lanzaban.

—Estoy segura de que los dejarían unirse —nos dijo Maggie, señalando el juego.

La sonrisa de Gus se abrió de par en par de esa forma poco común e impenitente cuando se volvió hacia ella.

—Creo que empezaremos con una copa.

Le dio unas palmaditas en el brazo con suavidad.

—Oh, eres el ahijado de Pete, Gussy. ¡Vamos a traerles un poco de mi ponche azul mundialmente famoso!

Siguió adelante, y mientras la seguíamos, Gus lanzó una mirada de complicidad en mi dirección que me advirtió de que la bebida sería terrible, pero después de nuestro tenso viaje, incluso eso fue suficiente para enviar calor a través de mi cuerpo, hasta los dedos de los pies.

—Mundialmente *infame* —susurró.

—Oye, ¿sabes de qué tipo de piedra está hecho este camino? —susurré de vuelta.

Sacudió la cabeza con incredulidad.

—Para que lo sepas, hacer esa pregunta es lo único por lo que nunca podré perdonarte.

Habíamos dejado de caminar por el sendero, en un rincón formado por un exuberante follaje, fuera de la vista tanto del lanzamiento de los pufs como de la cubierta.

—Gus —le dije—. ¿Está todo bien?

Por un momento, su mirada fue intensa. Parpadeó y la expresión se desvaneció, reemplazándola por una cuidadosa indiferencia.

—Sí, no es nada.

—Pero hay un algo —dije.

Gus negó con la cabeza.

—No. No hay “algo” excepto el ponche azul, y habrá mucho de eso. Trata de mantener el ritmo.

EMILY HENRY
BEACH

229

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

Se dirigió hacia la cubierta de nuevo, dejándome que lo siguiera. Cuando llegamos, Maggie ya tenía dos copas llenas hasta el borde listas para nosotros. Tomé un sorbo e hice todo lo posible por no toser.

—¿Qué hay en esto?

—Vodka —dijo Maggie alegremente, marcando los ingredientes con los dedos—. Ron de coco. Curaçao azul. Tequila. Jugo de piña. Un chorrito de ron normal. ¿Te gusta?

—Es genial —dije. Olía como una botella abierta de quitaesmalte.

—¿Gussy? —preguntó.

—Maravilloso —respondió.

—Mejor que el año pasado, ¿no? —dijo Pete, abandonando su puesto en la parrilla para unirse a nosotros.

—Al menos es más probable que se desprenda la pintura de un automóvil si se derrama —dijo Gus.

Pete soltó una carcajada y se golpeó el brazo.

—¿Escuchaste eso, Mags? Te dije que estas cosas podrían impulsar un jet.

Maggie sonrió, despreocupada por sus burlas, y la luz captó el rostro de Gus justo para revelar su hoyuelo secreto y aclarar sus ojos a un ámbar dorado. Esos ojos me miraron y su leve sonrisa se elevó. No parecía una persona diferente. Se veía más a gusto, más seguro, como si todo este tiempo solo me hubiera encontrado cara a cara con su sombra.

De pie allí en ese momento, sentí que me había topado con algo oculto y sagrado, más íntimo incluso que lo que había pasado entre nosotros en su casa. Como si Gus hubiera corrido las cortinas de la ventana de una casa que yo estaba admirando, con cuyo interior estaba soñando, pero aun así, subestimado.

Me gustó ver a Gus así, con la gente que sabía que siempre lo amaría.

Simplemente habíamos tenido sexo como si el mundo se estuviera quemando a nuestro alrededor, pero si alguna vez llegaba a besar a Gus de nuevo, quería que fuera esta versión de él. El que no se sentía tan abrumado por el mundo que lo rodeaba como para tener que inclinarse solo para mantenerse erguido.

EMILY HENRY

BEACH

230

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

—... ¿quizás ese primer fin de semana de agosto? —estaba diciendo Pete. Ella, Maggie y Gus me miraban directamente, esperando una respuesta cuya pregunta no había escuchado.

—Funciona para mí —dijo Gus—. ¿January? —Todavía parecía relajado, feliz. Sopesé mis opciones: aceptar algo sin tener ningún concepto de qué era *ese* algo, admitir que no había estado escuchando o buscar más información con algunas preguntas (posiblemente condenatorias).

—¿Qué... a qué hora? —dije, esperando haber elegido la opción correcta. Y una pregunta que tenía sentido.

—Los días de semana solemos hacer siete, pero dado que es un fin de semana, podemos hacer el horario que queramos. La noche puede ser aún mejor; después de todo, esta es una ciudad de playa y la gente puede leer, pero lo hacen con la barriga en la arena.

—Creo que esto podría ser tan interesante —dijo Maggie, aplaudiendo suavemente—. Lo que ustedes dos hacen parece, externamente, ser muy diferente, pero imagino que la mecánica interna sigue siendo muy similar. Es como labradorita y...

—Salud —dijo Gus.

—No, Gussy, no estaba estornudando —respondió Maggie amablemente—. La labradorita es una piedra, simplemente hermosa...

—De hecho, lo es —concordó Pete—. Parece algo del espacio exterior. Si tuviera que hacer una película de ciencia ficción, haría que todo el mundo estuviera hecho de labradorita.

—Hablando de eso —dijo Gus. Sus ojos se movieron rápidamente hacia los míos y supe que había encontrado una manera de desviar la conversación de las piedras—. ¿Alguno de ustedes ha visto *Contacto* con Jodie Foster? Es una película de mierda.

—Everett —dijo Pete—. ¡Tus palabras!

Maggie se rio entre dientes detrás de su mano. Tenía las uñas pintadas de un color blanquecino cremoso moteado con estrellas de color azul claro. Hoy, las de Pete estaban pintados de rojo oscuro. Me pregunté si la manicura era algo en lo que Maggie la había metido, un poco de su esposa que se le había pegado a lo largo de los años. Siempre me gustó ese pensamiento, la forma en que dos personas realmente parecían convertirse en una. O al menos dos partes superpuestas, árboles con raíces enredadas.

EMILY HENRY

BEACH

—Volvamos al evento —dijo Pete, volviéndose hacia mí—. Quizás el siete sería bueno, así que no vamos a reducir demasiado el tiempo en la playa.

—Suenas genial —dije—. ¿Les importaría enviarme un correo electrónico con todos los detalles para confirmar? Puedo volver a revisar mi calendario cuando llegue a casa.

—No sé los detalles. ¡Todo lo que necesitas saber es a qué hora presentarte! Maggie y yo haremos algunas buenas preguntas —dijo Pete.

Mi vacilación debió de mostrarse, porque Gus se inclinó un poco.

—Te *enviaré* un correo electrónico.

—Gus Everett, he visto incluso menos pruebas de que tienes un correo electrónico que las que he visto de que tienes un traje de baño —le dije.

Se encogió de hombros y arqueó las cejas hacia arriba.

—Bueno, me alegro de no ser el único —dijo Pete—. ¡Solo puedo enviar tantos videos de perros sin respuesta antes de comenzar a preguntarme si el destinatario está tratando de decir algo con su silencio!

Gus pasó un brazo por el cuello de Pete.

—Te lo he dicho. No reviso mi correo electrónico. Eso no significa que no pueda enviar uno cuando me lo pidan. En persona. Por una buena razón.

—Los videos de perros son una buena razón para casi cualquier cosa —reflexionó Maggie.

—¿Qué necesitamos con esos, con sus propios perros corriendo? —preguntó Gus.

—Hablando de labradores —dijo Maggie—. Lo que estaba diciendo sobre la labradorita...

Gus me miró sonriendo. Resultó que tenía toda la razón. Deberíamos haber evitado, a toda costa, el tema de las piedras. Perdí la pista de la conversación con bastante rapidez mientras se movía de una piedra a la siguiente, estimulada por interesantes curiosidades de información que le recordaban *otras* interesantes curiosidades. Después de un tiempo, incluso la mirada de Pete (en su mayoría adoradora) pareció volverse vidriosa.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—¡Oh Dios! —dijo, un poco indiscretamente, mientras alguien más se acercaba por el costado de la casa—. Será mejor que salude a los invitados.

—Si quieres ir a saludar —le dijo Gus a Maggie—, ¡no dejes que te detengamos!

Maggie hizo una mueca de exagerada sorpresa.

—¡Nunca! —gritó, agarrando el brazo de Gus—. Tu tía puede ser voluble, pero para mí, ¡nadie es más importante que tú, Gussy! Ni siquiera los labradores, no se los digas, por supuesto.

Me incliné hacia Gus y le susurré.

—Ni siquiera la *labradorita*. —Su rostro se volvió una pulgada hacia el mío y sonrió. Estaba tan cerca que la mayor parte de su rostro se veía borroso para mí, y el olor del ponche azul en sus labios azules hizo que mi sangre se sintiera como si estuviera llena de Pop Rocks.

—¿Así que estoy detrás de los labradores? —Un hombre en la mesa bromeó con Maggie.

—No, no seas tonto, Gilbert —dijo Pete, caminando hacia atrás con los recién llegados y un hermoso ramo en sus manos—. Estás *empatado* con los labradores.

Gus me miró y su sonrisa se desvaneció en una expresión torcida y pensativa. Lo estaba viendo retirarse a sí mismo y sentí una repentina desesperación por buscar agarre, agarrar puñados de él para mantenerlo allí.

Sus ojos me cortaron.

—Tengo que sacar algo de este ponche azul de mi cuerpo. ¿Estás bien aquí sola?

—Claro —dije—. A menos que realmente vayas dentro para esconder fotos de bebé de ti mismo. En cuyo caso, no, no estoy bien aquí sola.

—No voy a hacer eso.

—¿Estás seguro? —presioné, intentando hacerlo sonreír, para traer al Feliz y Seguro Gus de regreso a la superficie—. Porque Pete me lo dirá. No hay forma de esconderlas.

La comisura de su boca se levantó y sus ojos brillaron.

EMILY HENRY
BEACH

233

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

—Si quieres seguirme al baño para estar segura, es tu prerrogativa.

Mi estómago saltó a través de mi garganta.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —dijo.

El calor ya estaba inundando mi cuerpo bajo su mirada aguda.

—Gus —le dije—, ¿quieres que vaya al baño contigo?

Se rio, no se movió. Sus ojos me rodearon y volvieron a subir, luego destellaron de reojo hacia Pete. Cuando volvió a mirarme, su sonrisa se había desvanecido, el brillo de sus ojos había desaparecido sin dejar rastro.

—Todo está bien —dijo—. Vuelvo enseguida.

Tocó mi brazo suavemente, luego se volvió y entró, dejándome más mortificada de lo que había estado en mucho tiempo. O al menos de lo que había estado desde la noche en que bebí vino de mi bolso en el club de lectura. Desafortunadamente, imaginé que ahora estaría yendo por ese camino nuevamente, tratando de borrar el recuerdo de lo que acababa de suceder.

Gus me había rechazado. Horas después de tenerme contra una estantería, me rechazó.

De alguna manera, esto era mucho peor que el peor de los casos que mi cerebro había inventado cuando sopesé los pros y los contras de comenzar algo con Gus.

¿Por qué dijo eso de quererme durante tanto tiempo? Me había parecido tan sexy en ese momento, pero ahora me hacía sentir como un cabo suelto que finalmente había conseguido atar. Mi estúpido defecto fatal había vuelto a golpear.

Esperé al lado de la puerta corrediza de vidrio, con la cara ardiendo y enterrada en mi bebida, durante unos minutos. Salté cuando mi teléfono vibró con un correo electrónico de Gus. Mi corazón comenzó a acelerarse, luego se hundió miserablemente cuando lo abrí. No había nada en él excepto: *Evento en Libros de Pete, 2 de agosto a las 7 de la tarde.*

Pensé en lo que había dicho Maggie, sobre cómo lo que Gus y yo hicimos era tan diferente externamente que “esto” sería interesante. Estaba bastante segura de que me había comprometido a hacer un evento de libros con él.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Conejita tonta, conejita tonta, conejita tonta. Había pasado un mes en contacto casi constante con Gus. Si hubiera pasado un mes sólido sin nada más que una pelota de voleibol empapada de sangre, imaginaba que yo también estaría llorando mientras la marea lo arrastraba hacia el mar.

Pero no, eso no era cierto. No era solo la soledad y una tendencia para romantizar lo que me había traído aquí.

Conocía a Gus. Sabía que su vida estaba desordenada. Sabía que sus paredes eran tan gruesas que llevaría años cincelarlas y que su desconfianza del mundo era casi profunda. Sabía que yo no era la Persona Mágica que podía arreglarlo todo simplemente Siendo Yo.

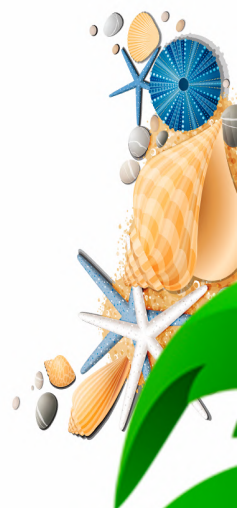
Al final, sabía exactamente quién era Gus Everett y no cambiaba nada. Porque aunque probablemente nunca aprendería a bailar bajo la lluvia, era a Gus a quien quería. Solo Gus. Exactamente Gus.

Me había preparado para la angustia y ahora sospechaba que no había nada que pudiera hacer más que prepararme y esperar a que ocurriera.

235



EMILY HENRY
BEACH



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
i. hen

*ways have
didn't you know!*

El viaje



—Oh, vamos, Gussy. ¡Entra! —Maggie arrojó agua hacia el borde de la piscina, pero Gus simplemente dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza y sonriendo.

—¿Qué, tienes miedo de que arruine tu permanente? —bromeó Pete desde la parrilla.

—¿Y luego descubriremos que tienes una permanente? —añadí. Cuando sus ojos se clavaron en mí, me recorrió un escalofrío, seguido de la decepcionante comprensión de que el traje de baño de una pieza que Maggie me había prestado me hacía parecer una paleta empapada de agua enredada en papel higiénico.

—Tal vez me temo que una vez que entre, nadie pondrá un temporizador y me recordará que salga y use el baño —dijo Gus.

En el otro extremo de la piscina, un niño y una niña fibrosos entraron como cañones desde lados opuestos y nos empaparon con sus salpicaduras. Gus volvió a mirarme.

—Y luego está eso.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Diversión? ¿Tienes miedo de que sea contagioso?

—No, me temo que la piscina ya está totalmente llena de pipí. Ustedes dos disfrutan bañándose en él. —Gus volvió a entrar y yo traté de no seguir comprobando cada minuto más o menos si había salido de nuevo.

Maggie encontró una pelota de playa y comenzamos a golpearla de un lado a otro. Muy pronto, eran las cuatro, y como Sonya iba a llegar a las cinco, me excusé para cambiarme. Maggie también saltó enérgicamente y.



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

agarró las toallas amarillas que habíamos dejado en el cemento alrededor de la piscina.

Colocó una sobre mis hombros antes de que pudiera agarrarla y me abrió el camino hacia el interior.

—Puedes usar el baño de arriba —dijo con una dulce sonrisa que parecía *casi* un guiño.

—Oh —dije incómoda—. Está bien. —Recogí mi ropa y fui a las escaleras.

Los escalones crujían, eran de madera y eran estrechos. Se volvieron sobre sí mismos a mitad de camino antes de depositarme en el pasillo de arriba. El baño estaba al final, una monstruosidad de azulejos rosas que era tan feo que se volvió lindo de nuevo. Había dos puertas a un lado del pasillo y una tercera al otro, todas cerradas.

Casi era hora de irse. Iba a tener que tocarlas hasta encontrarlo. Traté de no sentirme avergonzada o herida, pero no fue fácil.

Desde su primera conversación real, Gus dejó en claro que no era el tipo de persona que esperaba algo, January. El tipo que ni siquiera tú fuiste capaz de romantizar.

Me sequé con la toalla y me vestí en el baño, luego salí y llamé suavemente a la primera puerta. No hubo respuesta, así que me trasladé a la del otro lado del pasillo.

Un murmullo “¿Sí?” la atravesé y la abrí.

Gus estaba en la cama individual en la esquina, con las piernas estiradas y la espalda apoyada en la pared. A su derecha, las persianas estaban parcialmente abiertas y dejaban entrar rayos de luz entre las sombras del suelo.

—¿Es hora de salir? —preguntó, rascándose la nuca.

Miré alrededor de la habitación a los muebles desiguales, la falta de plantas. En la mesilla de noche había una lámpara que parecía una pelota de fútbol, y frente a los pies de la cama, la pequeña librería azul allí estaba llena de copias, ediciones estadounidenses y extranjeras, de los libros de Gus.

—¿Vienes aquí para reflexionar sobre tu propia mortalidad? —pregunté, inclinando mi cabeza hacia la estantería.

EMILY HENRY

BEACH

—Solo tenía dolor de cabeza —dijo. Fui hacia la cama para sentarme a su lado, pero se paró antes de que lo alcanzara—. Será mejor que me despida. Tú también deberías, si no quieres que Pete te ponga en la lista negra. —Y luego salió de la habitación y me quedé sola. Me acerqué a la estantería. En la parte superior había cuatro fotografías enmarcadas. Una de un bebé con ojos oscuros rodeado de nubes falsas y esponjosas y bajo un enfoque suave. La siguiente era Pete y Maggie, unos treinta años más jóvenes, con gafas de sol encima de la cabeza y un niño con sandalias de pie entre ellas. Sobre su cabeza, entre los hombros de Pete y Maggie, se veía una franja del Castillo de Cenicienta.

La tercera foto era mucho más antigua, un retrato en tono sepia de una niña sonriente con rizos oscuros y un hoyuelo. La cuarta era una foto de grupo, niños con camisetas moradas, todos alineados junto a un Pete más joven y delgada, con un silbato alrededor del cuello y una gorra sobre los ojos. Encontré a Gus de inmediato, delgado y desgarrado con una sonrisa tímida que favorecía a un lado.

Entonces, las voces se filtraron desde abajo.

—... ¿seguro que no puedes quedarte? —estaba diciendo Pete.

Dejé la foto y salí de la habitación, cerrando la puerta al salir.

Estuvimos en silencio durante los primeros minutos del viaje a casa, pero Gus finalmente preguntó:

—¿Te divertiste?

—Pete y Maggie son maravillosas —respondí sin comprometerme.

Gus asintió.

—Lo son.

—Está bien —dije, sin saber adónde ir desde allí.

Su mirada dura se movió en mi dirección, suavizándose un poco, pero cerró la boca y no volvió a mirarme.

Me quedé mirando los edificios que pasaban por la ventana. La mayoría de los negocios habían cerrado durante el día, pero hubo un desfile mientras estábamos en lo de Pete, y los carritos de los vendedores todavía se alineaban a ambos lados de la calle, familias vestidas de rojo, blanco y azul pululando entre ellos con bolsas de palomitas de maíz y Molinetes de la bandera americana en sus manos.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

Tenía tantas preguntas, pero todas eran nebulosas, imposibles de hacer. En mi propia historia, no quería ser la heroína que dejaba que una tonta falta de comunicación descarrilara en algo obviamente bueno, pero en mi vida real, sentí que prefería arriesgarme y mantener mi dignidad que seguir explicándolo todo para Gus hasta que finalmente saliera y admitiera que no me quería de la manera que yo lo quería a él.

Más de una vez, pensé miserablemente. Algo real, aunque un poco deforme.

Cuando llegamos a la acera frente a nuestras casas (mucho más tarde de lo que hubiéramos hecho, debido al aumento del tráfico de peatones), Gus dijo:

—Avísame sobre mañana.

—¿Mañana? —dijo.

—El viaje a New Eden. —Abrió la puerta del auto—. Si aún quieres ir, avísame.

¿Esto era todo lo que había necesitado? ¿Ahora estaba totalmente desinteresado en mí, incluso como compañera de investigación?

Salió del auto. Eso fue todo. A las cinco de la tarde, e íbamos por caminos separados. El 4 de julio, cuando no conocía a nadie en la ciudad aparte de él y sus tías.

—¿Por qué no querría ir? —pregunté, echando humo—. Dije que quería. —Ya estaba a medio camino de su porche. Se volvió y se encogió de hombros.

—¿Quieres que vaya? —exigí.

—Si quieres —dijo.

—Eso no es lo que te pregunté. Te pregunté si quieres que te acompañe mañana.

—Quiero que hagas lo que quieras.

Crucé mis brazos sobre mi pecho.

—A qué hora —espeté.

—Nueve aproximadamente —dijo—. Probablemente tomará todo el día.

—Genial. Hasta entonces.

Entré a mi casa y caminé enojada, y cuando eso no funcionó, me senté en mi computadora y escribí furiosamente hasta que cayó la noche. Cuando no pude pronunciar otra palabra amarga, salí a la terraza y vi cómo los fuegos artificiales se extendían sobre el lago, su brillo caía sobre el agua como estrellas fugaces. Traté de no mirar en la dirección de Gus, pero el brillo de su computadora en la cocina me llamó la atención de vez en cuando.

Aún estaba trabajando a medianoche cuando Shadi me envió un mensaje de texto: **Bueno, eso es todo. Estoy enamorada. Descanso en paz.**

Yo también.



Desperté con un trueno que hizo temblar la casa y me levanté de la cama. Eran las ocho en punto, pero la habitación todavía estaba a oscuras por las nubes de tormenta.

Temblando, arrastré mi bata de la silla en el tocador y me apresuré a la cocina para poner el agua. Grandes rayos saltaron del cielo para golpear el lago agitado, la luz revoloteando contra las puertas traseras como una serie de flashes de cámara. Lo miré en un estupor. Nunca había visto una tormenta sobre una enorme masa de agua, al menos fuera de una película. Me pregunté si afectaría los planes de Gus.

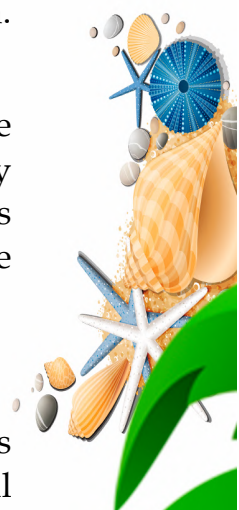
Quizás sería mejor si lo hiciera. Si pudiera efectivamente convertirme en fantasma. Llamaría y cancelaría el evento en la librería, y nunca nos veríamos, y él podría ceñirse a su preciosa regla de tener citas una sola vez, y yo podría ir a Ohio y casarme con un asegurador, sea lo que sea que eso quería decir.

Detrás de mí, la tetera silbó.

Me preparé un poco de café y me senté a trabajar, y de nuevo las palabras salieron de mí. Había alcanzado la marca de cuarenta mil palabras. El mundo de la familia se estaba desmoronando. La segunda familia del padre de Eleanor se había presentado en el circo. Su madre tuvo un encuentro difícil con un invitado y estaba más nerviosa que nunca. Eleanor se había acostado con el chico de Tulsa y fue sorprendida entrando a escondidas en su tienda, solo para que el mecánico, Nick, la cubriera.

EMILY HENRY
BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refresh*

Y los payasos. Casi habían sido expulsados después de un tierno momento en el bosque detrás del recinto ferial, y se habían metido en una gran discusión por eso. Uno de ellos se había ido al bar de la ciudad y terminó durmiendo en una celda de detención.

No sabía cómo iban a salir las cosas, pero sabía que tenían que empeorar. Para entonces eran las nueve y cuarto y no había tenido noticias de Gus. Fui y me senté en la cama deshecha, mirando por la ventana hacia su estudio. Pude ver una cálida luz dorada saliendo de las pantallas de las lámparas a través de su ventana.

Le envié un mensaje de texto. **¿Este clima interferirá con la investigación?**

Probablemente no será un viaje cómodo, dijo. Pero todavía voy.

¿Y todavía estoy invitada?, pregunté.

Por supuesto. Un minuto después volvió a enviar un mensaje de texto. **¿Tienes botas de montaña?**

Absolutamente no, le dije.

¿Qué talla usas?

7 ½, ¿por qué? ¿Crees que usamos la misma talla?

Agarraré algunas de Pete, dijo, entonces, si todavía quieres venir.

Querido DIOS, ¿estás intentando sacarme de esto? Tecleé en respuesta.

Le tomó mucho más tiempo responder que de costumbre y la espera empezó a hacerme sentir mal. Aproveché el tiempo para vestirme. Finalmente respondió:

No. Simplemente no quiero que te sientas obligada.

Balbuceé, debatiendo qué hacer. Me envió un mensaje de texto de nuevo: **Por supuesto que quiero que vengas, si quieres.**

Por supuesto que no, respondí, al mismo tiempo enojada y aliviada. **No lo has dejado claro en absoluto.**

¿Está claro ahora?, preguntó.

Clarísimo.

Quiero que vengas, dijo.

EMILY HENRY
BEACH

Entonces ve a buscar los zapatos.

Trae tu computadora portátil si quieres, respondió. Puede que necesite estar allí por un tiempo.

Veinte minutos después, Gus tocó la bocina desde la acera, me puse mi impermeable y corrí a través de la tormenta. Se inclinó para abrir la puerta antes de que yo llegara y la cerré de golpe detrás de mí, bajando mi capucha. El auto estaba caliente, las ventanas estaban empañadas y el asiento trasero estaba lleno de linternas, una mochila de tamaño grande, un impermeable más pequeño y un par de botas de montaña embarradas con cordones rojos. Cuando me vio mirándolos, Gus dijo:

—Son ocho, ¿funcionará?

Cuando lo miré, casi pareció sobresaltarse, pero fue un gesto tan pequeño que podría haberlo imaginado.

—Por suerte para ti, traje un par de calcetines gruesos, por si acaso. —Saqué los calcetines enrollados del bolsillo de mi chaqueta y se los arrojé. Los atrapó y les dio la vuelta en sus manos.

—¿Qué habrías hecho si las botas fueran demasiado pequeñas?

—Cortarme los dedos de los pies —dije rotundamente.

Finalmente esbozó una sonrisa, mirándome por debajo de sus espesas y oscuras pestañas. Su cabello estaba apartado fuera de su frente como de costumbre y algunas gotas de lluvia le habían salpicado la piel cuando me subí al auto. Mientras tragaba, apareció el hoyuelo en su mejilla, luego desapareció de la vista.

Odiaba lo que eso me hacía. Una pequeña zanahoria realmente no debería dominar el instinto de mi tonto cerebro de conejo que grita: *CORRE*.

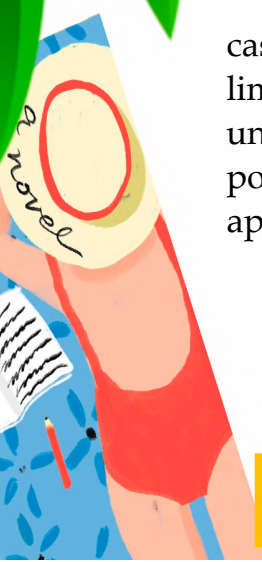
—¿Lista? —preguntó Gus.

Asentí. Él miró hacia adelante en su asiento y se alejó de nuestras casas. La lluvia había disminuido lo suficiente como para que los limpiaparabrisas resonaran en el vidrio a un ritmo suave, y entramos en un ritmo bastante cómodo, hablando de nuestros libros y la lluvia y el ponche azul. Salimos de ese último tema con bastante rapidez, aparentemente ninguno de los dos estaba dispuesto a abordar lo de ayer.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment*

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

—¿A dónde vamos? —pregunté, una hora después, cuando salió de la carretera. Por mi búsqueda en línea, sabía que New Eden estaba al menos a otra hora.

—No a un lugar de asesinato —prometí.

—¿Es una sorpresa?

—Si quieres que lo sea. Pero podría ser decepcionante.

—¿El ovillo de lana más grande del mundo? —adiviné.

Su mirada se dirigió hacia mí, entrecerrada en apreciación.

—¿Eso te decepcionaría?

—No —dije, el corazón dio un salto traidor—. Pero pensé que podrías *pensar* que lo haría.

—Hay ciertas maravillas que ningún hombre puede afrontar sin llorar, January. Una bola gigante de hilo es una de esas.

—Está bien, puedes decirme —dije.

—Vamos a conseguir gasolina.

Lo miré.

—Está bien, eso es decepcionante.

—Muy parecido a la vida.

—No esto de nuevo —dije.

Pasaron otros sesenta y tres minutos antes de que Gus se saliera de la carretera de nuevo cerca de Arcadia, y luego otros veinticuatro kilómetros en carreteras boscosas de dos carriles antes de que se detuviera en un arcén embarrado y me dijera que metiera mi computadora en la bolsa seca.

—*Este* es definitivamente un lugar de asesinato —dije cuando salimos. Por lo que pude ver, aquí no había nada más que la empinada orilla a nuestra derecha y los árboles por encima de ella.

—Probablemente sea el de *alguien* —dijo Gus. Se inclinó hacia atrás en el auto—. Pero no mío. Ahora cámbiate de zapatos. Tenemos que caminar el resto del camino.

EMILY HENRY

BEACH

243

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Gus se puso la mochila más grande y tomó una de las linternas, dejándome agarrar la otra bolsa una vez que me puse los calcetines y los zapatos.

—Por aquí —gritó, subiendo directamente por la colina fangosa hasta el bosque. Se volvió para ofrecerme una mano y, después de que me resbalara en el barro tres veces, se las arregló para subirme al camino. Al menos, parecía un camino, aunque no había señales ni motivos visibles para que un camino comenzara allí.

El bosque estaba en silencio, aparte de nuestras pisadas y nuestras respiraciones y la llovizna subyacente de la lluvia salpicando las hojas. Mantuve mi capucha levantada, pero aquí, la lluvia llegaba principalmente a nosotros en forma de fina niebla. Me había acostumbrado a los azules y grises del lago, a los dorados amarillos del sol que se derramaban sobre el agua y las copas de los árboles, pero aquí, todo era rico y oscuro, cada tono de verde era la versión más saturada de sí mismo.

Esto fue lo más en paz que me había sentido en dos días, sino en todo el año. Cualquier rareza entre Gus y yo quedó en suspenso mientras deambulamos por el templo silencioso del bosque. El sudor se acumuló alrededor de mis axilas, a lo largo de la línea del cabello y a través de mi ropa interior, hasta que me detuve y me quité la chaqueta. Sin una palabra, Gus se detuvo y se quitó la suya también. Vi una astilla oliva de su estómago plano aparecer cuando su camisa se enganchó alrededor de sus hombros. Aparté la mirada mientras la bajaba.

Recogimos nuestras mochilas y seguimos caminando. Mis muslos comenzaron a arder, y el sudor y la lluvia acumulados pegaron mi camiseta y mis jeans a mi piel. En un momento, volvió a llover y nos metimos en una pseudo cueva poco profunda durante unos minutos hasta que cesaron las lluvias. El cielo gris hacía difícil saber cuánto tiempo había pasado, pero debimos pasar al menos un par de horas caminando por el bosque hasta que los árboles finalmente se rarearon y el esqueleto carbonizado de New Eden apareció a la vista.

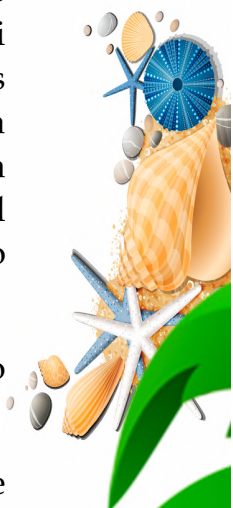
—Mierda —susurré, deteniéndome junto a Gus. Asintió—. ¿Lo habías visto antes?

—Solo en fotografías —dijo, y se dirigió hacia el remolque ennegrecido por el humo más cercano. El segundo incendio, a diferencia del originado por el rayo, no fue un accidente. La investigación policial descubrió que todos los edificios fueron rociados con gasolina. El Profeta, un hombre que se hacía llamar Padre Abe, había muerto fuera del último.

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refresh*

edificio que se incendió, lo que llevó a las autoridades a especular que fue él quien quemó el lugar.

Gus tragó. Su voz salió ronca cuando señaló un remolque a la derecha.

—Ese era la guardería. Ellos fueron los primeros.

Fueron, pensé.

Quemados, pensé. Me volví para ocultar que estaba teniendo arcadas.

—La gente es horrible —dijo Gus detrás de mí.

Tragué la bilis de mi estómago. Me picaban los ojos. La parte de atrás de mi nariz ardía. Gus me miró por encima del hombro y su mirada se suavizó.

—¿Quieres montar la carpa?

Debe haber visto la cara que hice, porque agregó rápidamente:

—Para que podamos usar nuestras computadoras. —Asintió hacia el cielo oscurecido mientras se quitaba la mochila—. No creo que esto vaya a desaparecer pronto.

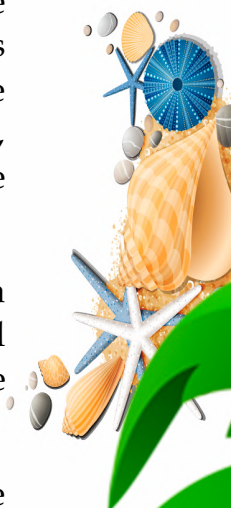
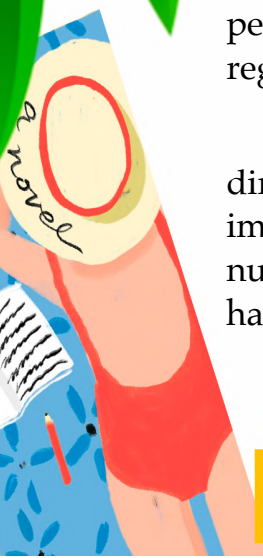
—Aunque, no aquí —dije—. Se siente mal poner una carpa en todo esto.

Asintió y seguimos moviéndonos, caminamos hasta que el sitio ya no fue visible. Hasta que casi pude fingir que estábamos en un bosque diferente, muy lejos de lo que había sucedido en New Eden. Mientras Gus sacaba los postes de la tienda de la bolsa, me adelanté para ayudar. Me temblaban las manos, tanto por el frío como por la inquietud de estar aquí, y dediqué toda mi atención a armar la carpa, bloqueando el recuerdo de los restos quemados del culto.

La distracción solo duró unos minutos, y luego la carpa estaba terminada, todas nuestras cosas guardadas a salvo dentro, excepto el pequeño bloc de notas y el lápiz que Gus sacó de su bolsillo a medida que regresábamos al sitio.

Me lanzó una mirada tentativa que no pude interpretar, luego se dirigió hacia uno de los remolques, o más bien tres que habían sido improvisados con pasillos de madera contrachapada y lona. Tragué un nudo y lo seguí, pero después de unos pocos pasos, se detuvo y se volvió hacia mí.

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

—Puedes volver a la tienda — dijo con aspereza—. No es necesario que veas esto.

Se me hizo un nudo en la garganta. Obviamente, no quería ver esto. Pero me molestó que dijera que no era necesario mientras planeaba explorarlo él mismo. Me di cuenta de que él también odiaba estar aquí. Y, sin embargo, aquí estaba, enfrentándolo.

Siempre era así. Nunca apartaba la mirada de nada de eso. Tal vez creía que *alguien* tenía que ser testigo de la oscuridad, o tal vez esperaba que si miraba fijamente a la oscuridad el tiempo suficiente, sus ojos se adaptarían y vería respuestas escondidas en ella.

Por eso pasan cosas malas, diría la oscuridad. Así es como todo tiene sentido.

No podía esconderme de esto. No podía dejar a Gus aquí solo. Si descendía a la oscuridad, iba a atar una cuerda entre nuestras cinturas y bajar con él.

Negué con la cabeza y fui a pararme detrás de él, sus ojos oscuros se inclinaron para estudiarme, sus pestañas salpicadas de lluvia se curvaron bajas, oscuras y pesadas contra sus mejillas oliváceas.

Había tanto que quería decir, pero todo lo que pude decir fue:

—Estoy aquí.

Y cuando lo dije, su ceño se frunció y su mandíbula se tensó, y me miró de esa manera particular de Gus que hizo que el nudo en mi garganta se hiciera más alto.

Asintió y se volvió hacia el remolque, inclinando la barbilla hacia él.

—El lugar del Padre Abe. Aparentemente, solía buscar el consejo de un grupo de ángeles, así que necesitaba la habitación.

Aparté mi mirada de Gus hacia el remolque lleno de hollín. Instantáneamente me hizo sentir mareada y desamparada, como si el aire aquí todavía estuviera sobrecargado de dióxido de carbono y cenizas.

¿Por qué suceden cosas malas?, pensé. ¿Cómo podría tener sentido todo esto? Pero no se me apareció ninguna gran verdad. No había ninguna buena razón por la que hubiera sucedido esta cosa horrible, y tampoco ninguna razón por la que la vida de Gus había sido lo que era. Maldita sea, R.E.M. tenía razón: todas las personas del planeta tenían que turnarse para

EMILY HENRY

BEACH

hacer daño. A veces, todo lo que podías hacer era abrazarte con fuerza hasta que la oscuridad te escupía.

Gus parpadeó para despejarse de su solemne neblina y se agachó, balanceando su bloc de notas sobre su rodilla y garabateando notas, y yo me paré a su lado, con las piernas temblando pero los ojos bien abiertos. *Estoy aquí, pensé, para él. Estoy aquí y también lo veo.*

Nos movimos por el sitio así, silenciosos como fantasmas, Gus protegiendo sus notas de la lluvia mientras empapaba nuestra ropa y piel hasta los huesos.

Cuando dimos una vuelta por todo el terreno una vez, se dirigió hacia la caravana Frankenstein del padre Abe y me miró por primera vez en las últimas dos horas.

—Hace mucho frío —dijo—. Deberías volver a la tienda.

Hacía mucho frío, el viento se había levantado y la temperatura había comenzado a bajar hasta que mis jeans se sintieron como bolsas de hielo contra mi piel. Pero ninguna parte de mí pensó que esa era la razón por la que me estaba alejando.

—Por favor, January —dijo en voz baja, y fue el *por favor* lo que me deshizo. ¿Qué estaba haciendo? Me preocupaba por Gus, pero si no quería que me aferrara a él, tenía que dejarlo ir.

—Está bien —dije entre dientes castañeteando—. Esperaré en la tienda.

Asintió, luego se volvió y se alejó con dificultad. Con el corazón dolido, volví a la carpa, me arrodillé y me metí dentro. Me acurruqué en posición fetal para calentarme y cerré los ojos, escuchando el aluvión de lluvia sobre la tela. Traté de dejar que todos mis pensamientos y sentimientos se escaparan de mí, pero en cambio parecieron hincharse a medida que me dirigía hacia el sueño, una ola oscura y espumosa de emociones me empujaba hacia un sueño inquieto.

Y luego el zumbido de la cremallera me arrancó de él, y abrí mis ojos desenfocados para encontrar a Gus encorvado en la entrada de la tienda, goteando.

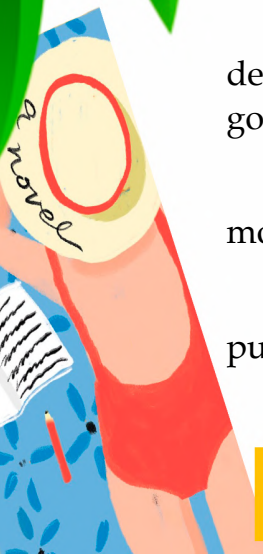
—Oye. —Mi voz salió ronca. Me senté, alisándome el cabello mojado.

—Siento que haya tardado tanto —dijo, subiendo y cerrando la puerta detrás de él—. Necesitaba tomar fotografías completas, dibujar un

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

mapa, todo eso. —Se sentó a mi lado y bajó la cremallera de su impermeable, que se había vuelto a poner desde que nos separamos.

Me encogí de hombros.

—Está bien. Dijiste que sería una cosa de todo el día.

Su mirada se elevó al techo de la tienda.

—Y quise decir eso —dijo—. Todo el *día*. La carpa era solo una precaución para el clima. Demasiados años en Michigan.

Asentí como si entendiera. Pensé que podría.

—De todas formas. —Miró hacia mis pies—. Si estás lista, podemos caminar de regreso.

Nos sentamos en silencio por un momento.

—Gus —dije, cansada.

—¿Sí?

—¿Podrías decirme qué está pasando?

Dobló las piernas y se apoyó en las palmas de las manos, mirándome fijamente. Tomó una respiración profunda.

—¿Qué parte?

—Todo —dije—. Quiero saberlo todo.

Sacudió la cabeza.

—Te dije. Me puedes preguntar lo que sea.

—Está bien. —Tragué un nudo del tamaño de un puño—. ¿Cuál fue el problema con esa llamada telefónica?

—¿El problema?

—No me hagas decirlo —susurré miserablemente. Pero todavía parecía confundido. Apreté los dientes y cerré los ojos—. ¿Fue Naomi?

—No —dijo, pero no fue *No*, ¿cómo puedes pensar eso? Sonaba más como *No, pero ella todavía me llama*. O *No, pero era alguien más a quien amo*.

Mi estómago se tensó, pero me obligué a abrir los ojos.

La frente de Gus se había arrugado y una gota de lluvia se deslizó por su pómulos afilado.

—Fue mi amiga Kayla Markham.

—¿Kayla? —Mi voz sonó tan temblorosa, patética. El mejor amigo de Gus desde la escuela secundaria, Markham, ¿era una mujer?

La comprensión repentina cruzó el rostro de Gus.

—No es como si... es mi *abogada*. También es amiga de Naomi, está manejando nuestro divorcio.

—Oh. —Sonó pequeño y estúpido, exactamente como me sentía—. ¿Tu *amiga en común* se ocupa de tu divorcio?

—Sé que es extraño. —Se despeinó el cabello—. Quiero decir, es como si ella fuera totalmente imparcial. Me organiza una gran fiesta de cumpleaños todos los años, pero luego tengo que ver fotos de ella y Naomi en Cancún durante una semana. Nunca hablamos de eso y, sin embargo, está manejando el divorcio, y es solo...

—¿Tan raro? —supuse.

Dejó escapar el aliento a toda prisa.

—Tan raro.

Se liberó un poco de la presión en mi pecho, pero independientemente de quién fuera Kayla Markham para Gus, no cambió la forma en que había actuado ayer.

—Si no se trata de ella, ¿por qué estás intentando deshacerte de mí? —pregunté, con la voz temblorosa y tranquila.

Los ojos de Gus se oscurecieron.

—January. —Sacudió la cabeza—. No voy a hacer eso.

—Lo harás —dije. Me había estado diciendo a mí misma que no llorara, pero fue inútil. Tan pronto como lo dije, las lágrimas brotaron, mi voz se desgarró—. Ayer me ignoraste. Intentaste cancelar hoy. Me enviaste de regreso a la tienda cuando intenté quedarme contigo y no querías que viniera. Debí haber escuchado.

—January, no. —Tomó toscamente los lados de mi cara, sosteniendo mi mirada llena de lágrimas hacia la suya—. Para nada. —Besó mi frente—

EMILY HENRY

BEACH

. No se trataba de ti. Ni siquiera un poquito. —Besó mi mejilla izquierda llena de lágrimas, atrapó otra lágrima que caía con su boca a mi derecha.

Me apretó contra su pecho y envolvió sus brazos alrededor de mí, cubriéndome con un calor húmedo por la lluvia al tiempo que acariciaba su nariz y boca contra la parte superior de mi cabeza.

—Me siento tan estúpida —gemí—. Pensé que en realidad...

—Sí —dijo rápidamente, alejándose de mí—. January, no te quería aquí hoy porque sabía que iba a ser difícil. No quería ser la razón por la que pasaras un día entero en un cementerio incendiado. No quería hacerte pasar por esto. Eso es todo.

Pasó un poco de cabello detrás de mi oreja, y la dulzura del gesto solo hizo que mis lágrimas cayeran más rápido.

—Pero tampoco me querías en casa de Pete —dije, con la voz quebrada—. Me invitaste, y luego dormimos juntos y cambiaste de opinión.

Su boca se estremeció en una mirada de abierta herida.

—Te quería allí —casi susurró, y cuando una lágrima fresca se deslizó por mi mejilla, la atrapó con el pulgar.

—Mira —dijo—, este divorcio se ha prolongado tan estúpidamente. Esperé a que ella presentara la solicitud y simplemente no lo hizo, y no lo sé... no me importaba, así que no lo hice hasta hace unas semanas. Me dijo que firmaría los papeles si la encontraba para tomar una copa, así que fui a Chicago a verla y, cuando me fui, pensé que estaba arreglado. Ayer, Markham me llamó y me dijo que Naomi había cambiado de opinión. Quiere “resolver algunos detalles”, quiero decir, las únicas cosas que *teníamos* juntos eran algunas ollas de cobre caras, que ella tiene, y nuestros autos. No debería ser complicado, pero lo pospuse demasiado y...

Se frotó la frente.

—Y luego Markham me preguntó qué había de nuevo, y le hablé de ti, de cómo estuviste aquí durante el verano, y ella pensó que era una mala idea...

—¿Mala idea? —Se me revolvió el estómago. Eso no sonaba imparcial. Sonaba muy parcial.

EMILY HENRY

BEACH

250

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refresh*

—Porque vas a irte —dijo apresuradamente—. Y ella sabe, sabe lo estúpido que soy cuando se trata de ti, lo loco que estaba por ti en la universidad y...

—¿De qué estás *hablando*? —Lo desafié—. Ni siquiera me hablabas.

Dejó escapar una risa sin humor.

—¡Porque me odiabas! —soltó—. Llegaba tarde a clase para poder elegir mi asiento según el lugar donde te sentabas, y luego salía corriendo para poder caminar contigo, pedir prestados bolígrafos todos los días durante una semana, tirar libros de mierda al estilo de los Tres Chiflados cuando te quedabas atrás para que solo fuéramos nosotros dos, ¡y ni siquiera me mirarías! Incluso cuando estábamos en el taller y yo *te* hablaba directamente, no me mirabas. Nunca pude entender lo que había hecho, y luego te vi en esa fiesta, y finalmente me estabas mirando y... ¡ese es mi punto! ¡Soy un idiota cuando se trata de ti!

Estaba tambaleándome con la información, reproduciendo cada interacción que podía recordar y tratando de verlas como él las había descrito. Pero casi todas ellas solo habían sido yo mirándolo, mirando hacia otro lado cuando se daba cuenta, ardiendo de celos, frustración y un poco de lujuria. Podía creer que tal vez Gus me *había* deseado desde antes de la infame fiesta de fraternidad, porque yo también me había sentido atraída, pero nada más que eso no contaba.

—Gus —dije—, *solo* criticabas mis historias. Era una broma para ti.

Era posible que nunca hubiera visto una expresión de sorpresa tan descarada.

—¡Porque era un idiota! —dijo, lo que no explicaba exactamente las cosas, pero luego continuó—: ¡Era un idiota elitista de veintitrés años que pensaba que todos en nuestra clase me hacían perder mi tiempo excepto tú! Pensé que era *obvio* lo que sentía por ti y tu escritura. ¡Ese es el punto! Nunca supe lo que estabas pensando entonces, y todavía no tengo ni idea...

—¿Qué *crees* que significa para mí quitarte los pantalones? —dije.

Tiró del cabello en la coronilla de su cabeza.

—Eso es lo que estoy intentando decirte, lo que he estado intentando decirte desde que llegaste aquí —dijo sin aliento—. No recuerdo cómo se supone que funcione todo esto o qué se supone que debo hacer. Incluso antes que Naomi y yo, January, no soy como Jacques.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté, cabreada.

EMILY HENRY

BEACH

—No soy el tipo de hombre con el que las mujeres intentan salir —dijo, frustrado—. Nunca lo he sido. Yo soy con quien quieren conectarse y enviarle mensajes de texto borrachas y pasar el rato para cambiar de ritmo cuando acaban de terminar una relación de siete años con médicos, y está bien, pero no quiero eso contigo, ¿de acuerdo? No puedo hacer eso.

Mi garganta se apretó con fuerza, estrangulando mi voz en algo endeble y débil.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que todo esto es una especie de crisis de identidad para mí?

Sus ojos se posaron pesadamente en mí, y por una vez sentí que podía ver directamente a través de ellos. Eso era *exactamente* lo que él pensaba: que al igual que nuestra apuesta, Gus era algo que estaba probando mientras me tomaba un descanso de mi *verdadero yo*. Como si estuviera en mi propia versión de *Comer, Rezar, Amar* al revés que se desvanecería tan rápido como había estallado.

—Quiero ser tu perfecto jodido Fabio, January, pero no puedo —prosiguió Gus—. No lo soy.

No soy como Jacques, dijo, y pensé que estaba insultando a Jacques o burlándose de mí por salir con alguien como él, pero no fue así en absoluto.

Gus todavía pensaba que le faltaba algo, alguna pieza especial que tenían otras personas, lo que hacía que la gente se *quedara*, y me rompió un poco el corazón. Me rompió el corazón que cuando éramos más jóvenes, él hubiera pensado que ni siquiera lo había mirado.

Negué con la cabeza.

—No necesito que seas Fabio —dije, con la voz cargada de emoción, como si no fuera la frase más estúpida que hubiera pronunciado en mi vida.

—Sí, lo haces —dijo con urgencia—. Todo lo que he hecho en las últimas veinticuatro horas te ha hecho daño, January. Quieres que pueda leerte, y no puedo. Quieres que sepa cómo hacer esto, y no es así.

—No —dije—. Solo quiero que me digas cómo te sientes. Quiero saber qué es lo que quieres.

—Voy a estropear esto —dijo con impotencia.

—¡Quizás! —grité—. Pero eso no es lo que pregunté. Dime lo que quieres, Gus. No por qué no puedes tenerlo, o lo que crees que quiero, o

EMILY HENRY

BEACH

por qué no puedes *dármelo*. Dime lo que quieres por una vez. Eso es todo lo que te pido que hagas.

—Te quiero a *ti* —dijo en voz baja—. Te deseo, en todos los sentidos. *Quiero* llevarte a citas y jugar contigo con una puta pelota de playa en una piscina, pero estoy destrozado, January.

»Estoy atrapado en un matrimonio con una mujer que vive con otro hombre, esperando que termine. Estoy tomando medicamentos. Estoy en terapia. Estoy intentando dejar de fumar para siempre e incluso aprender a *meditar*... y mientras eso sucede, mientras soy un basurero ambulante, te deseo de una manera que no estoy seguro de que ninguno de los dos pueda manejar. No quiero lastimarte y no quiero sentir lo que sería perderte.

Se detuvo por un momento. En la tenue penumbra de la tienda, su rostro estaba lleno de sombras, pero sus ojos oscuros y líquidos brillaban como si estuvieran iluminados desde dentro. Respiró unas cuantas veces y luego dijo en un suave murmullo:

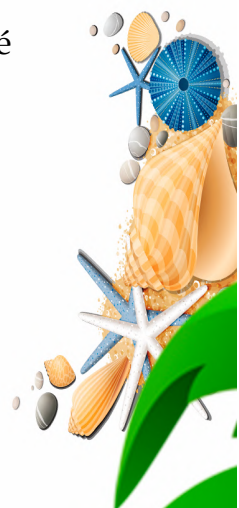
—No significa que no te quiera, January... siempre te he querido. Solo significa que también deseo que seas feliz, y tengo miedo de nunca ser la persona que podría darte eso.

La intensidad de su mirada se asentó, como si hubiera quemado cada chispa que tenía, y también amaba sus ojos así, todos cálidos, crudos y tranquilos. Toqué los lados de su cara y me miró a los ojos, todavía respirando con dificultad. El calor burbujeó en mi pecho, derramándose en mis dedos mientras se enroscaban alrededor de su afilada mandíbula.

—Entonces déjame ser feliz contigo, Gus —dije y lo besé suavemente, como la cosa rara y tierna que era.

Sus manos recorrieron mi espalda y me acercó más.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
the heart

ways have
didn't you know!

El lago



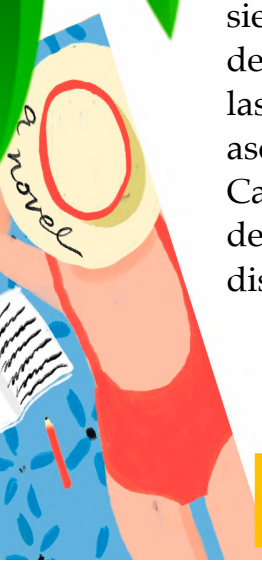
Gus me tendió suavemente, su mano todavía metida debajo de mi cuello, los dedos enredados en mi cabello. Lo tiré sobre mí mientras sus manos agarraban el borde inferior de mi camiseta y la levantaban alrededor de mis costillas. Cuando me quitó la camiseta sin mangas húmeda por encima de la cabeza, la tiró a un lado y acunó mi mandíbula, besándome de nuevo, lento y pesado, grueso y rudo y perfectamente Gus. Su palma se deslizó por mi centro y bajó para deshacer mis jeans mojados, y juntos logramos quitarme los zapatos y los pantalones antes de que me levantara sobre su regazo.

254

—January —susurró en la oscuridad, como un encantamiento, como una oración.

Quise decir su nombre completo así. Hacer que *Augustus* signifique algo diferente para él de lo que había sido. Pero sabía que eso llevaría tiempo y, por Gus, creía que podía ser paciente. Así que en lugar de eso, solo lo besé, deslicé mis dedos por su cálido estómago para levantar su camisa empapada por encima de su cabeza y tirarla a la pila con la mía. Nos sentamos en la oscuridad, mirándonos el uno al otro, sin prisas y sin vergüenza.

En el sótano se había sentido como si estuviéramos corriendo para devorarnos el uno al otro. Esto era diferente. Ahora podía estudiarlo como siempre había querido, saboreando cada línea dura y cada borde afilado de él a los que alguna vez le había robado miradas, y sus manos trazaron las curvas de mis caderas y las crestas de mis costillas con el mismo asombro silencioso, su mirada cálida siguiéndolos con determinación. Cada parte de mí que miró pareció iluminarse en respuesta, toda la sangre de mi cuerpo salió a la superficie, empujándose allí, ansiosa por ser disipada por su boca o sus manos.



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

Su boca se hundió contra el costado de mi cuello, de nuevo en la parte delantera de mi garganta, una vez más en el espacio entre mis pechos.

—Perfecta —susurró en mi piel. Las yemas de sus dedos rozaron todos los lugares en los que habían estado sus labios y sus ojos se levantaron hacia los míos—. Eres perfecta —dijo con voz ronca y rozó un beso en mis labios tan lento y caliente que pareció derretirme por dentro.

Me desabrochó el sujetador y me empujó contra él, un cosquilleo de necesidad comenzó en mi vientre al sentir su pecho contra el mío, sus manos recorriendo mis costados. Los dos estábamos empapados hasta los huesos, y nuestras bocas y piel estaban resbaladizas y cálidas una contra la otra mientras nos enrollamos juntos: dedos, labios, lenguas y caderas deslizándose y atrapando, enredando y desenredando.

Sabía a aire libre, a pino, rocío, canela y él mismo. Nos separamos el tiempo suficiente para quitarle los pantalones y los calzoncillos y luego estuvo sobre mí, su boca bordeando el interior de mi muslo mientras sus manos se retorcían en mi ropa interior y las bajaban por mis caderas. Sus labios se posaron en mi estómago, rasparon la curva de este. Jadeé cuando su boca finalmente se encontró conmigo, y mis manos encontraron su camino a su cabello, a su cuello, al tiempo que acunaba mis caderas hacia su boca, cada nervio de mi cuerpo se apresuraba a encontrarlo, cada sensación se acumulaba en ese punto.

Lo arrastré a lo largo de mí, y sus manos rodearon mis pechos en tanto envolvía mis muslos con fuerza alrededor de sus caderas y me movía contra él, sintiéndolo temblar.

—¿Condón? —susurré, y se inclinó para agarrar su mochila, escarbando en ella mientras yo me arqueaba debajo de él. Encontró el paquete de aluminio y lo abrió, y luego, en unos segundos, estaba empujando dentro de mí, su boca desenredando la mía, sus manos en mi cabello y en mi piel, su aliento contra mi oído, su nombre rodando a través de mí como una marea, su voz murmurando el mío en mi cuello a medida que se mecía más profundo, enviando pulsos de felicidad a todo el cuerpo a través de mí.

La lluvia caía a nuestro alrededor y dejé ir todo lo que no era Gus, no era este momento. Me perdí en él, y en lugar de intentar convencerme de que algún día todo estaría bien, me concentré en el hecho de que, ahora mismo, ya lo era.

Las manos de Gus encontraron las mías cuando la presión creciente se estremeció a través de nosotros, y nos entrelazamos, jadeando,

EMILY HENRY
BEACH

255

*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh*

READ

Bookzinga

agarrándonos y temblando. Cuando terminamos, no se soltó. Nos acostamos uno al lado del otro, debajo de la manta que sacó de su mochila, nuestras manos unidas y nuestra respiración pesada en sincronía.

Tuvimos sexo dos veces más esa noche, una hora más tarde cuando interrumpió nuestra conversación sobre el evento en lo de Pete para besarme, y luego otra vez más tarde, en un somnoliento aturdimiento, cuando nos despertamos todavía enredados, desnudos en la oscuridad, yo ya arqueándome, él ya duro.

Cuando terminamos, sacó una bolsa de chips de tortillas y un par de Clif Bars del paquete junto con los mismos dos frascos que había llevado al baile en línea.

Me apoyé en mi codo para mirarlo, y él encendió una de las linternas, la luz lo proyectó en rojos y dorados. Me tendió las patatas.

—¿Solo una precaución? —dije, señalando con la cabeza las provisiones.

Su hoyuelo se hizo más profundo. Su mano se deslizó por el costado de mi brazo y bajó por mi clavícula.

—Un optimista. Ahora soy optimista. —Sus dedos se deslizaron hasta mi barbilla y la inclinó para besar mi garganta de nuevo. Su otra mano subió y agarró ambos lados de mi mandíbula mientras me besaba profundamente, lentamente, me bebía. Cuando se retiró, sus dedos se enredaron en mi cabello, su pulgar recorrió mi labio inferior, preguntó—: ¿Eres feliz, January?

—Extremadamente —dije—. ¿Y tú?

Me apretó contra él y besó mi sien. Su voz crujió contra mi oído.

—Soy tan feliz.



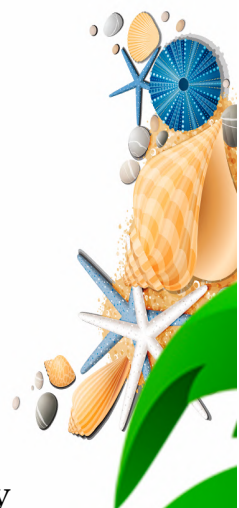
Por la mañana, nos pusimos la ropa húmeda, empacamos y caminamos de regreso al auto. El cielo estaba despejado y brillante, y Gus encendió la radio, luego sostuvo mi mano contra la palanca de cambios, la luz nos moteaba a través de los árboles y el parabrisas.

EMILY HENRY

BEACH

256

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

Sentí que tenía al Gus de la casa de Pete en ese momento. Y también me sentí un poco más como la January de antes, la que podía enamorarse sin miedo. Busqué en mi estómago esa sensación de opresión, la sensación de esperar a que cayera el otro zapato. Podría encontrarlo, si me esforzaba lo suficiente, pero por una vez, no quería. Este momento me pareció digno de cualquier dolor que pudiera traer más tarde, y traté de repetirme eso hasta que estuve segura de que sería capaz de recordarlo si lo necesitaba.

Gus levantó mi mano de la palanca de cambios y la presionó contra su boca sin mirarme.

Anoche supe que todo esto podría escaparse, disolverse a mi alrededor. Casi lo esperaba cuando los primeros rayos fríos de la luz de la mañana golpearon la tienda y Gus se dio cuenta de lo que había hecho y, lo que es más importante, de todo lo que había dicho. Pero en cambio, cuando sus ojos se abrieron, me dio una sonrisa con la boca cerrada y me atrajo hacia él, acariciando su rostro en un lado de mi cabeza, besando mi cabello.

En cambio, aquí estábamos en el auto, Gus Everett agarrándome de la mano y sin soltarme.

Lo que sucedió hace dos días en su estudio había parecido una inevitabilidad, un curso acelerado en el que nos habíamos fijado desde el comienzo del verano. Esto, sin embargo, era algo con lo que ni siquiera me había permitido soñar despierta. No hubiera sabido cómo hacerlo. No se parecía a nadie de la historia.

En el camino de regreso, nos detuvimos para desayunar en una cafetería grasienta a un lado de la carretera, momento en el que me escabullí para llamar a Shadi desde el baño. Las hermanitas de El Sombrero Embrujado (Ricky, íbamos a tener que empezar a llamarlo por su nombre pronto, si esto seguía así) compartieron su habitación con Shadi, ante la insistencia de sus madres, y ella se había escabullido para hablar conmigo en el fondo de su callejón sin salida, pero todavía susurraba como si toda la familia estuviera durmiendo en una pila encima de ella.

—Oh, Dios mío —siseó.

—Lo sé —dije.

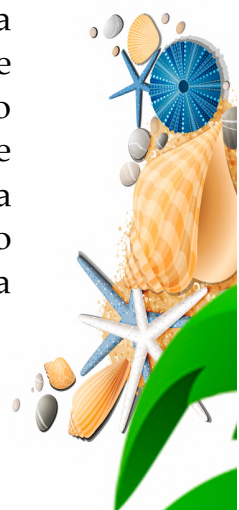
—DIOOOOOOS mío —repitió.

—Shad. Lo sé.

—Guau.

EMILY HENRY
BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

—Guau —coincidí.

—No puedo esperar para visitarlo y verlo estar completamente enamorado de ti —dijo.

El pensamiento hizo que mi estómago se sintiera como si estuviera hirviendo.

—Ya veremos.

—No —dijo con firmeza—. ¿Cómo podría no estarlo? Ni siquiera Sexy y Diabólico Gus podría estar tan trastornado, cariño. —Una señora estaba llamando a la puerta del baño entonces, así que dijimos nuestro rápido “Te amo” y “Adiós” y volví a la cabina de vinilo pegajosa y la pila de panqueques y Gus. Gus sexy, despeinado y perezosamente sonriente, que volvió para agarrarme la rodilla por debajo de la mesa y envió chispas por mi vientre y por mis muslos.

Quería volver al baño, él a cuestras.

Nuestra parada para desayunar se convirtió en un viaje a la librería de la ciudad, donde no tenían ninguno de mis libros en stock, excepto el primero, y no tenían una exhibición especial para sus dos copias de *The Revelatories*, y eso se convirtió en una parada en un bar con una terraza al aire libre.

—¿Cuál es tu mala crítica favorita? —pregunté.

Sonrió para sí mientras pensaba, removiendo el whisky y el ginger ale frente a él.

—¿Como en una revista o de un lector?

—Primero, lector.

—Lo tengo —dijo—. Estaba en Amazon. Una estrella: “No ordené el libro”.

Eché la cabeza hacia atrás, riendo.

—Me encantan aquellos en los que ordenaron accidentalmente el libro equivocado y luego hicieron una crítica en función de lo diferente que era del libro que *querían* pedir.

La risa de Gus lo estremeció. Tocó mi rodilla debajo de la mesa.

—Me gustan los que explican lo que yo estaba *intentando* hacer. Como: “El autor estaba intentando escribir Franzen, pero no es Franzen”.

EMILY HENRY
BEACH

Hice la pantomima de tener arcadas y Gus se tapó los ojos hasta que me detuve.

—¿Pero lo hiciste?

—¿Intentar escribir Franzen? —Se rio—. No, January. Solo intento escribir buenos libros. Eso suena a Salinger.

Me eché a reír y él me devolvió la sonrisa. Caímos en un silencio fácil de nuevo mientras bebíamos nuestros tragos.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije después de un minuto.

—No —respondió, inexpresivo.

—Genial —dije—. ¿Por qué intentaste mantenerme alejada de New Eden? Quiero decir, sé que dijiste que no querías que tuviera que verlo, y lo entiendo. Excepto que el objetivo de esta apuesta era que me convencieras de que el mundo era como dijiste que era, ¿verdad? Y esa fue la oportunidad perfecta.

Estuvo en silencio durante un largo momento. Se pasó la mano por el cabello desordenado.

—¿En serio crees que de eso se trataba?

—Quiero decir, espero que al menos *en parte* haya sido una treta elaborada para dormir conmigo —bromeé, pero la expresión de su rostro era seria, incluso un poco ansiosa. Sacudió la cabeza y miró hacia la ventana.

—Nunca quise que vieras el mundo como yo lo veo —dijo.

—Pero la apuesta... —dije, intentando resolverlo.

—La apuesta fue idea tuya —me recordó—. Solo creí que tal vez si intentabas escribir lo que escribo... no lo sé, supongo que esperaba que te dieras cuenta de que no era adecuado para ti. —Se apresuró a agregar—: ¡No porque no seas capaz! Sino porque no eres tú. La forma en que piensas las cosas, no es así. Siempre pensé que la forma en que veías el mundo era... increíble. —Un rubor leve se apoderó de sus mejillas aceitunadas y negó con la cabeza—. Nunca quise verte perder eso.

Un revoltijo de emoción se atascó en mi garganta.

—¿Incluso si lo que estoy viendo no es real?

Su frente y boca se suavizaron.

—Cuando amas a alguien —dijo vacilante—... quieres que este mundo se vea diferente para ellos. Para dar significado a todas las cosas feas y amplificar las buenas. Eso es lo que *tú* haces. Por tus lectores. Por mí. Haces cosas hermosas, porque amas el mundo, y tal vez el mundo no siempre se ve como se ve en tus libros, pero... creo que publicarlas cambia un poco el mundo. Y el mundo no puede permitirse perder eso.

Se pasó una mano por el cabello.

—Siempre lo he admirado. La forma en que tu escritura siempre hace que el mundo parezca más brillante y que la gente en él sea un poco más valiente.

Mi pecho se sintió cálido y líquido, como si el bloque de hielo que había estado alojado allí desde la muerte de papá se estuviera rompiendo, solo un poco, sus trozos derritiéndose. Porque la verdad era que conocer la verdad sobre mi padre había hecho que el mundo pareciera oscuro y desconocido, pero descubrir a Gus poco a poco había hecho lo contrario.

—O tal vez tengo razón —dije en voz baja—. Y a veces las personas son más brillantes y valientes de lo que creen.

Una sonrisa leve cruzó por sus labios, luego cayó mientras pensaba.

—No creo que alguna vez haya amado al mundo como tú. Recuerdo haberle tenido miedo. Y luego me enojé con eso. Y entonces simplemente... decidir no sentir demasiado al respecto. Pero no lo sé. Quizás cuando hago esta mierda, cuando hablo con gente como Dave y camino por edificios quemados, hay una parte de mí que espera encontrar algo.

—Como, ¿qué? —salió como un susurro.

Apoyó los codos sobre la mesa.

—Como el tipo de mundo sobre el que escribes. Como prueba. Que no es tan malo como parece. O es más bueno que malo. Como siuviésemos toda la... toda la *mierda* y todas las flores silvestres, el mundo saldría positivo.

Agarré su mano y él me dejó tomarla, sus ojos oscuros suaves y abiertos.

—Cuando me enteré de la aventura de mi padre, intenté hacer ese tipo de matemáticas —admití—. ¿Cuántas mentiras y trampas pudo haber hecho y seguir siendo un buen padre? ¿Qué tan profundo podría haberse metido con esa mujer y aún amar a mi mamá? Aún le *gustaba* su vida. Intenté averiguar qué tan feliz podría haber sido, cuánto podría habernos

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

extrañado cuando no estaba, y cuando me sentía particularmente mal, cuánto debe habernos odiado para estar dispuesto a hacer lo que hizo. Y nunca obtuve mis respuestas.

»Y a veces todavía las quiero, y otras veces me aterroriza lo que descubriría. Pero la gente no tiene problemas matemáticos. —Me encogí de hombros—. Puedo extrañar a mi papá y odiarlo al mismo tiempo. Puedo estar preocupada por este libro y destrozada por mi familia y enferma por la casa en la que vivo, y aun así mirar el lago Michigan y sentirme abrumada por lo grande que es. Pasé todo el verano pasado pensando que nunca volvería a ser feliz, y ahora, un año después, todavía me siento enferma, preocupada y enojada, pero a veces también soy feliz. Las cosas malas no cavan en tu vida hasta que el pozo sea tan profundo que nada bueno será lo suficientemente grande como para hacerte feliz de nuevo. Sin importar cuánta mierda haya, siempre habrá flores silvestres. Siempre habrá Pete y Maggie y tormentas en los bosques y sol en las olas.

Gus sonrió.

—Y sexo en estanterías y tiendas de campaña.

—Idealmente —dije—. A menos que el mundo se congele en una segunda era de hielo. Y en ese caso, al menos habrá copos de nieve, hasta el amargo final.

Gus tocó un lado de mi cara.

—No necesito copos de nieve. —Me besó—. Mientras hayan January.



Ooooooye, pastelito. Solo quería asegurarnos de que todavía estamos listos para la entrega del manuscrito del primero de septiembre. Sandy sigue reportándose, y con mucho gusto seré la barricada humana que la mantendrá alejada de ti, pero está desesperada por comprarte algo y si sigo prometiéndole un libro... bueno, entonces realmente es necesario que haya un libro al final.

Gus había pasado la noche, y cuando me aparté de él para alcanzar el teléfono, se dio la vuelta, todavía dormido, para seguirme, acurrucando su rostro en el costado de mi teta, su mano extendida sobre mi estómago desnudo.

EMILY HENRY
BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

Mi corazón comenzó a acelerarse tanto por la emoción aún nueva de su cuerpo como por el mensaje de texto de Anya. No podía enviarle el libro incompleto. Era milagroso que no me hubiera dejado todavía, y no podía ponerla en una situación menos que ideal con Sandy Lowe sin algo que suavizara el golpe. Me deslicé de debajo de Gus, ignorando sus quejas, y agarré mi bata a medida que me dirigía a la cocina, enviando un mensaje de texto a Anya mientras avanzaba: **Puedo hacerlo. Lo prometo.**

Primero de septiembre, respondió ella. **Fecha límite firme esta vez.**

No me molesté con el café. Ya me encontraba bien despierta como estaba.

Me senté a la mesa y comencé a escribir. Cuando Gus se levantó, puso la tetera a hervir, luego regresó a la mesa y tomó un trago de la botella de cerveza que había dejado allí anoche.

Lo miré.

—Eso es asqueroso.

Me la tendió.

—¿Quieres un poco?

Tomé un trago.

—Incluso peor de lo que imaginé.

Me sonrió. Su mano rozó mi clavícula y se deslizó por mí, separando mi bata a medida que avanzaba. Sus dedos agarraron el lazo y lo soltó, dejando que la tela se abriera. Extendió la mano para tocar mi cintura, poniéndome de pie.

Me dio la vuelta contra la mesa y me acomodó sobre ella al tiempo que caminaba entre mis piernas. Tomó el cuello de mi bata abierta y la deslizó por mis brazos, dejándome desnuda sobre la mesa.

—Estoy trabajando —susurré.

Levantó uno de mis muslos contra su cadera mientras se acercaba más.

—¿Sí? —Su otra mano rodó por mi pecho, agarrando mi pezón.

—Sé que tienes una apuesta que ganar. Esto puede esperar.

Lo arrastré más cerca.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

—No. No puede.

El enfoque era un problema. O más bien, concentrarse en cualquier cosa menos en Gus era un problema. Decidimos volver a escribir en nuestras casas separadas durante el día, lo que podría haber sido una solución más exitosa si alguno de nosotros tuviera suficiente autocontrol para *no* escribir notas de un lado a otro durante todo el día.

TE DESEO, escribió una vez.

¿CUÁNDO SE VOLVIÓ TAN DIFÍCIL ESCRIBIR?, le respondí.

DURO, escribió.

No siempre fue el instigador. El miércoles, después de resistir todo lo que pude, escribí: *OJALÁ ESTUVIERAS AQUÍ* y dibujé una flecha apuntándome hacia abajo.

NO ERES LA ÚNICA, respondió. Luego: *ESCRIBE 2.000 PALABRAS Y LUEGO PODEMOS HABLAR*.

Esta resultó ser la clave para hacer cualquier cosa. Cambiamos los postes de la portería. Dos mil palabras y podríamos estar en la misma habitación. Cuatro mil palabras y podríamos tocarnos.

Todo nuestro arreglo parecía menos como un sprint y más como una carrera de tres piernas, llena de trabajo en equipo y aliento. En última instancia, todavía estaba decidida a ganar, aunque ya no estaba segura de lo que estaba intentando demostrar, ni a quién.

Por la noche salíamos a veces. Al restaurante tailandés que habíamos pedido tantas veces, un lindo lugar pequeño donde todo era dorado y te sentabas en cojines en el piso y pedías de un menú cuya portada era papiro falso. A la pizzería que habíamos pedido tantas veces, un lugar pequeño menos lindo con cabinas rojas pegajosas e iluminación de sala de interrogatorios. Fuimos al Topsy Fish, un bar de la ciudad, y cuando entró alguien a quien Gus conocía de la ciudad, saludó con la cabeza sin apartar su mano de mí.

Incluso mientras jugábamos a los dardos y, más tarde, al billar, permanecimos conectados, visiblemente *juntos*, la mano de Gus curvada.

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

casualmente alrededor de mis caderas o descansando suavemente debajo de mi camiseta en la parte baja de mi espalda, mis dedos entrelazados a través de los suyos o enganchados en su cinturón.

La noche siguiente, cuando salíamos de Pizza My Heart, pasamos por la librería de Pete y la vimos a ella y a Maggie dentro, tomando una copa de vino en los sillones del café.

—Deberíamos saludar —dijo Gus, y entramos.

—Es nuestro aniversario —explicó Maggie alegremente.

—Con North Bear —agregó Pete—. El día que nos mudamos aquí. No *nuestro* aniversario... nuestro aniversario es el 13 de enero.

—No bromees —dije—. Ese es mi cumpleaños.

—¿En serio?! —Maggie pareció encantada—. ¡Bueno, por supuesto que lo es! El mejor día del año, tiene sentido que Dios lo haga.

—Un día perfectamente bueno —coincidió Pete.

Maggie asintió.

—Y también lo es hoy.

—Me mudaría aquí de nuevo —dijo Pete—. Lo mejor que hemos hecho, aparte de enamorarnos.

—Y adoptar a los labradores —añadió Maggie pensativa.

—Y extender una cierta invitación al club de lectura, que parece haber funcionado bien —agregó Pete con un guiño.

—Engañarnos, quieres decir —dijo Gus, sonriendo.

Me miró y me pregunté si estaríamos pensando lo mismo. Puede que no haya sido lo *mejor* que hice en mi vida, mudarme aquí, presentarme en la casa de Pete esa noche para el club de lectura. Pero fue bueno. Lo mejor en unos pocos años al menos.

—Quédense solo por una copa rápida, Gussy —insistió Maggie, vertiendo ya en los vasos de plástico transparente que usaban para el café helado.

Un vaso se convirtió en dos, dos en tres, y Gus me sentó en su regazo en el sillón frente a ellas. Sus manos estaban sueltas entre sus sillas, unidas,

EMILY HENRY

BEACH

y las de Gus estaban frotando círculos ociosos en mi espalda mientras hablábamos y reíamos en la noche.

Salimos a la medianoche, cuando Pete finalmente pronunció que deberían volver a casa con los labradores y Maggie comenzó a dar vueltas para limpiar, pero estábamos demasiado borrachos para conducir, así que caminamos a través del calor y los mosquitos.

Y mientras lo hacíamos, pensé una y otra vez: *Casi lo amo. Estoy empezando a amarlo. Lo amo.*

Y cuando llegamos a nuestras casas, las ignoramos y seguimos el camino hacia el lago. Después de todo, era viernes y todavía estábamos obligados a cumplir nuestro trato.

Nos quitamos la ropa y corrimos, chillando, hacia el frío bocado del agua, tomados de la mano. Hasta que golpeó nuestros muslos, nuestra cintura, nuestro pecho. Nuestros dientes castañeteando, nuestra piel estaba llena de escalofríos mientras el agua helada nos golpeaba de un lado a otro.

—Esto es terrible —jadeó Gus.

—¡Fue más cálido en mi imaginación! —grité en respuesta, y Gus me atrajo hacia él, envolviendo sus brazos alrededor de mi espalda y frotándola para traer calor a mi piel.

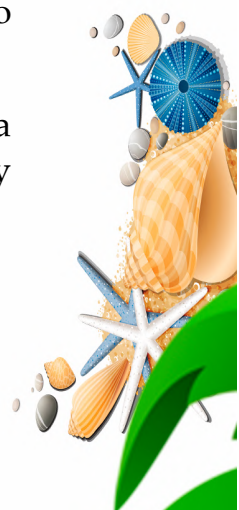
Y luego me besó profundamente y susurró:

—Te amo. —Y luego otra vez, con sus manos en mi cabello y su boca en mis sienes, mejillas y mandíbula, mientras una bolsa de plástico andrajosa pasaba flotando sobre la superficie del agua—. Te amo, te amo.

—Lo sé. —Hundí mis dedos en su espalda como si mi agarre pudiera detener el tiempo y mantenernos allí. Nosotros y el lago demasiado frío y la basura nadando a través de él—. Yo también te amo.

—Y pensar —dijo—, que prometiste que no te enamorarías de mí.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
the heart

ways have
didn't you know!

El libro

—No quiero hacer esto —dije. Gus y yo estábamos parados en lo alto de las escaleras fuera del dormitorio principal.

—No tienes que hacerlo —me recordó.

—Si puedes aprender a bailar bajo la lluvia...

—Todavía no he hecho eso —interrumpió.

—... entonces puedo mirar las cosas feas —terminé.

Abrí la puerta. Me tomó unas cuantas respiraciones antes de poder calmarme lo suficiente para moverme. Una cama California King estaba acomodada contra la pared del fondo, flanqueada por mesas auxiliares turquesas a juego y lámparas con pantallas de cuentas azules y verdes. Un estampado de Klimt enmarcado colgaba sobre la cabecera gris alta. Frente a la cama, una cómoda de mediados de siglo se extendía a lo largo de la pared, y una pequeña mesa redonda en la esquina, envuelta en un mantel amarillo y decorada con un reloj y una pila de libros: *mis libros*.

Por lo demás, la habitación era corriente e impersonal. Gus abrió uno de los cajones.

—Vacío.

—Ella ya lo ha despejado. —Mi voz tembló.

Gus me dio una sonrisa tentativa.

—¿Eso no es algo bueno?

Avancé y abrí los cajones uno por uno. Nada en ninguno de ellos. Fui a la mesa lateral de la izquierda. Sin cajones, solo dos estantes. Había una caja de porcelana en la de arriba.

EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Tenía que ser esto. Lo que estaba esperando. La profunda respuesta oscura que esperaba que surgiera durante todo el verano. La abrí.

Vacía.

—¿January? —Gus estaba de pie junto a la mesa redonda, sosteniendo el mantel en alto. Desde abajo, una fea caja gris me devolvió la mirada, completa con un teclado numérico en su cara.

—¿Una caja fuerte?

—O un microondas realmente viejo —bromeó.

Me acerqué a ella lentamente.

—Probablemente esté vacía.

—Probablemente —coincidió.

—O tiene un arma —dije.

—¿Tu papá era del tipo de tener pistolas?

—En Ohio, no lo era. —En Ohio, era todo biografías y noches acogedoras, tomados de la mano obedientes en las citas médicas y clases de cocina mediterránea de Groupon. Fue el padre que me despertó antes del sol para llevarme al agua y dejarme conducir el barco. Por lo que sabía, dejar que una niña de ocho años condujera por el lago vacío durante veinte segundos seguidos era la cima de su impulsividad e imprudencia.

Pero todo era posible aquí, en su segunda vida.

—Espera aquí —dijo Gus. Antes de que pudiera protestar, había huido de la habitación. Escuché sus pasos en la escalera y luego, un momento después, regresó con una botella de whisky.

—¿Para qué es eso? —pregunté.

—Para estabilizar tu mano —dijo.

—¿Qué, antes de que saque una bala de mi propio brazo?

Puso los ojos en blanco mientras desenroscaba la tapa.

—Antes de abrir la caja fuerte.

—Si bebiéramos batidos verdes como bebemos alcohol, viviríamos para siempre.

—Si bebiéramos batidos verdes como bebemos alcohol, nunca saldríamos del baño y eso no haría nada para ayudarte en este momento —dijo Gus.

Agarré la botella y bebí un sorbo. Luego nos sentamos en la alfombra frente a la caja fuerte.

—¿Su cumpleaños? —sugirió Gus.

Me adelanté e ingresé el número. Las luces parpadearon en rojo y la puerta permaneció cerrada.

—En casa, todos nuestros códigos eran su aniversario —dije—. De mamá y papá. Dudo que eso se aplique aquí.

Gus se encogió de hombros.

—¿Los viejos hábitos tardan en morir?

Tecleé la fecha con pocas expectativas, pero mi estómago todavía se sacudió cuando las luces rojas parpadearon.

No estaba preparada para la nueva ola de celos que me golpeó. No era justo que no lo hubiera conocido de principio a fin. No era justo que Sonya tuviera partes de él que, ahora, yo nunca tendría. Tal vez el código de la caja fuerte incluso había sido un hito importante para ellos, un aniversario o su cumpleaños.

De cualquier manera, ella sabría la combinación.

Todo lo que se necesitaría sería un correo electrónico, pero no era uno que quisiera enviar.

Gus frotó el hueso de mi codo, llevándome de regreso al presente.

—No tengo tiempo para esto en este momento. —Me paré—. Tengo que terminar un libro. —*Esta semana*, decidí.



Lo importante, me dije, era que la casa se podía vender fácilmente. Una caja fuerte no era nada, no era una gran bola curva. La casa estaba prácticamente vacía. Podría venderla y volver a mi vida.

ways have
didn't you know!

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment

Por supuesto, ahora que pensaba en esto, tenía que hacer todo lo posible para evitar la pregunta de dónde nos dejaría eso a Gus y a mí. Había venido aquí para arreglar las cosas y, en cambio, las había hecho más desordenadas, pero de alguna manera, en el desorden, mi trabajo estaba prosperando. Escribía a una velocidad que no había alcanzado desde mi primer libro. Sentí que la historia corría por delante de mí e hice todo lo que pude para mantener el ritmo.

Prohibí a Gus de la casa por casi una hora cada noche (establecimos un temporizador literal) y pasé el resto de mi tiempo escribiendo en el segundo dormitorio de arriba, donde todo lo que podía ver era la calle debajo de mí. Escribí hasta altas horas de la noche y, cuando me despertaba, continuaba donde lo dejé.

Viví en los pantalones de abandono e incluso juré comenzar a llamarlos mejor si pudiera terminar este libro, como si estuviera regateando con un dios que estaba profundamente involucrado en mi guardarropa (totalmente imposible).

No me duché, apenas comí, bebí agua y café, pero nada más fuerte.

A las dos de la mañana del sábado 2 de agosto, el día de nuestro evento en lo de Pete, llegué al capítulo final de *FAMILY_SECRETS.docx* y miré el cursor parpadeante.

Todo se había desarrollado más o menos como lo había imaginado. La pareja de payasos estaba a salvo, pero aún vivía con sus secretos. El padre de Eleanor había robado el anillo de bodas de su madre y lo había vendido para darle a su otra familia el dinero que necesitaban. La madre de Eleanor todavía no tenía idea de que existía la otra familia, y creía que solo había perdido el anillo, que tal vez cuando desempacaran en su próximo pueblo, se caería de un bolsillo o de un pliegue de toallas. En su corazón, el trozo de hilo de colores que su esposo había atado alrededor de su dedo lo reemplazó. Después de todo, el amor a menudo no estaba hecho de cosas brillantes sino prácticas. Aquellos que envejecían y se oxidaban solo para ser reparados y pulidos. Cosas que se perdían y tenían que ser reemplazadas regularmente.

Y Eleanor. El corazón de Eleanor se había roto por completo.

El circo avanzó. Tulsa se hizo más pequeño detrás de ellos, su semana allí se empañó como un sueño al despertar. Estaba mirando hacia atrás, con un dolor que pensó que nunca dejaría de atravesarla.

Allí; allí era donde se suponía que debía dejarlo. Lo sabía.

Tenía una buena calidad cíclica. Una pulcritud temporal que el lector podía ver desenredarse en algún lugar más adelante de la página. O quizás no.

Allí estaba, exactamente como debía ser, y mi pecho se sentía pesado y mi cuerpo se sentía helado y mis ojos estaban húmedos, aunque posiblemente más por el cansancio y el ventilador que por cualquier otra cosa.

Pero no podía dejarlo ahí. Porque sin importar lo hermoso que fuera el momento, a su manera triste, no lo creía. Este no era el mundo que conocía. Perdías cosas hermosas: años de la buena salud de tu madre, tu oportunidad de lograr la carrera soñada, tu padre yéndose demasiado pronto, pero también las encontrabas: una cafetería con el peor expreso del mundo; un bar con una noche de baile en línea; un vecino hermoso y desordenado como Gus Everett. Puse mis manos en el teclado y comencé a escribir.

Ráfagas blancas comenzaron a caer a su alrededor, enganchando su cabello y ropa. Eleanor miró hacia arriba desde el camino polvoriento, maravillándose de la nevada repentina. Por supuesto que no era nieve. Era polen. Flores silvestres blancas habían brotado a ambos lados del camino, el viento sacudía sus capullos sobre sí mismos.

Eleanor se preguntó dónde iría a continuación y cómo se verían las flores allí.

Guardé el borrador y se lo envié por correo electrónico a Anya.

Asunto: Algo diferente.

Por favor, no me odies. Con amor, J.



Me levanté temprano y manejé veinte minutos para imprimir el borrador en el FedEx más cercano, solo para poder sostenerlo en mi mano. Cuando regresé, Gus me estaba esperando en el porche, tirado en el sofá con el antebrazo sobre los ojos. Lo levantó para mirarme, luego sonrió y se sentó, dejando espacio para que me sentara.

Puso mis piernas sobre su regazo y me acercó más a él.

—¿Y? —dijo.

Dejé caer la pila de papel en su regazo.

—Ahora solo tengo que esperar y ver si Anya me despide. Y cuán enojada está Sandy. Y si podemos vender el libro y yo tengo algo de dominio sobre ti.

—Anya no te despedirá —dijo.

—¿Y Sandy?

—Probablemente se enojará —dijo—. Pero escribiste otro libro. Y escribirás más. Probablemente incluso uno que ella quiera. Venderás el libro, aunque no necesariamente antes de que yo venda el mío, y de cualquier manera, estoy seguro de que encontrarás *algo* de dominio sobre mí.

Me encogí de hombros.

—De todos modos, haré mi mejor esfuerzo. ¿Qué hay de ti? ¿Estás cerca de terminar?

—En realidad, sí. Al menos, con un borrador. Una o dos semanas más debería bastar.

—Eso debería ser aproximadamente el tiempo que me tomará lavar los platos que dejé en casa esta semana.

—El momento perfecto —dijo Gus—. Mira el destino, haciéndose cargo.

—El destino suele hacer eso.

Nos separamos antes del evento para prepararnos, y cuando mi cabello estaba seco después de una ducha muy necesaria, me acosté en mi cama, exhausta, y vi girar el ventilador. La habitación se sentía diferente. Mi cuerpo se sentía diferente. Podría haberme convencido de que le había arrebatado las extremidades y la vida a otra persona y me había enamorado de ella.

Me quedé dormida y me desperté con una hora de sobra. Gus llamó a mi puerta treinta minutos más tarde y nos dirigimos a la tienda a pie; normalmente, odiaría sudar antes de un evento, pero aquí parecía importar menos. Todo el mundo estaba un poco sudoroso en North Bear Shores, y el rígido vestido negro del evento no me había atraído después de un

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

verano en pantalones cortos y camisetas, así que me volví a poner el vestido blanco de la tienda de segunda mano, con las botas bordadas.

En la librería, Pete y Maggie nos llevaron a la oficina para tomar una copa de champán.

—Ahuyenta los nervios —dijo Maggie alegremente.

Gus y yo intercambiamos una mirada de complicidad. Ambos habíamos hecho suficientes eventos para saber que en pueblos como éste, la asistencia era prácticamente de amigos y familiares locales (al menos cuando era tu primer libro; después de eso, la mayoría de ellos no se molestaban) y personas que trabajaba en la librería. Maggie y Pete habían movido la mesa de exhibición hasta el mostrador y habían colocado unas diez sillas plegables, así que claramente, ellas también entendían algo de esto.

—Es una pena que la escuela no esté abierta —dijo Pete, como si anticipara mis pensamientos—. Entonces, tendrías un local lleno. A los profesores les gusta que este tipo de cosas sean obligatorias. O al menos crédito adicional.

Maggie asintió.

—Lo habría hecho obligatorio para *mis* alumnos.

—De ahora en adelante, voy a poner labradorita en todos los libros —prometí—. Solo para darte una buena excusa para hacer eso.

Se apretó el corazón como si eso fuera lo más dulce que había escuchado en meses.

—Hora de irse, niños —anunció Pete y abrió el camino hacia la salida. Había cuatro sillas más alineadas detrás del mostrador, y ella nos hizo pasar a Gus y a mí entre ella y Maggie, que nos “entrevistaría”. Lauren y su esposo estaban en la audiencia, junto con un par de otras mujeres que reconocí de la parrillada y cinco extraños.

Generalmente, prefería no conocer tanto a mi audiencia. De hecho, prefería no conocer a nadie. Pero esto se sintió agradable, relajado.

Pete todavía estaba de pie, dando la bienvenida a todos al evento. Miré a Gus y supe de inmediato que algo andaba mal.

Su rostro se había puesto pálido y su boca estaba tensa. Todo el calor en él se había ido, cerrado como por una válvula. Susurré su nombre pero él siguió mirando directamente a la “multitud”. Seguí su mirada hacia una

EMILY HENRY

BEACH

272

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

mujer diminuta con rizos casi negros y ojos azules que se inclinaban hacia arriba en las esquinas, complementando sus pómulos altos y su rostro en forma de corazón. Me tomó unos segundos descifrarlo, unos segundos felizmente ignorantes antes de que mi estómago se sintiera como si hubiera caído a través de mis pies y cayera al suelo.

Mi corazón había comenzado a acelerarse, cuando mi cuerpo entendió antes de que mi cerebro pudiera admitirlo. Miré hacia Maggie. Tenía los labios fruncidos y las manos cruzadas sobre el regazo. Estaba rígida y quieta, completamente diferente a ella misma, y mientras Pete continuaba confiadamente, pude ver el cambio en su lenguaje corporal también, algo así como la postura de una madre osa: una crueldad protectora, una disposición a saltar.

Se sentó y movió su silla mientras se preparaba. Fue un gesto bastante casual, pero pensé que podría estar conmovida.

Mi corazón todavía latía contra mi pecho con tanta fuerza que pensé que toda la audiencia podía escucharlo, y mis manos empezaron a sudar.

Naomi era hermosa. Debí haber sabido que lo sería. Probablemente lo hice. Pero no esperaba verla. Especialmente no solo, aquí, mirando así a Gus.

Arrepentida, pensé, después, hambrienta.

Mi estómago dio un vuelco. Había venido hasta aquí con intención. Tenía algo que decirle a Gus.

Dios, ¿y si vomito aquí?

Pete había iniciado el interrogatorio. Algo como:

—¿Por qué no empiezas por hablarnos de tus libros?

Gus se volvió en su silla para mirarla. Él estaba respondiendo. No escuché lo que dijo, pero el tono era tranquilo, mecánico, y luego me miró, esperando que respondiera, y su rostro era completamente inescrutable.

Era como el dormitorio principal de la casa de papá: impersonal, limpio y restregado. No había nada para mí en eso. En serio sentí que podría vomitar.

Me lo tragué y comencé a describir mi último libro. Ya lo había hecho lo suficiente, estaba prácticamente escrito. Ni siquiera tenía que escucharme; solo tenía que dejar que las palabras fluyeran.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

De hecho, me sentía mal.

Y luego Pete estaba haciendo otra pregunta de una lista escrita a mano que tenía frente a ella (Háblanos de tus libros. ¿Cómo es tu proceso de escritura? ¿Con qué empiezas? ¿Por quién estás influenciado? Etc.), y entre ellas, Maggie contribuyó con sus propios y seguimientos elevados (si tu libro fuera una bebida, ¿cuál sería? ¿Alguna vez imaginaste dónde deberían leerse tus libros? ¿Cómo es el proceso emocional de escribir un libro? ¿Alguna vez ha habido un momento de tu vida real que no pudiste capturar solo con palabras?).

Este momento probablemente sería bastante difícil, pensé.

¿De cuántas formas diferentes podrías escribir: Eleanor tenía muchas ganas de vomitar todo lo que había comido ese día?

Posiblemente mucho. El tiempo pasó poco a poco y no pude decidir si quería que se moviera más rápido o si lo que sucediera después solo empeoraría las cosas.

La misma pregunta pareció romper la maldición. Se acabó la hora. El puñado de personas que habían venido se acercó para hablar con nosotros y conseguir libros firmados, y yo apreté los dientes y traté de bailar socialmente mientras por dentro, las plantas rodadoras soplaban a través de mi corazón desolado.

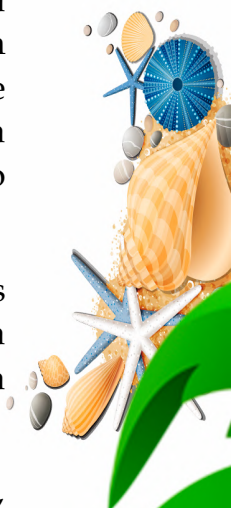
Naomi se alejó de los demás, apoyada en una estantería. Me pregunté si había captado la inclinación de Gus o al revés. Tenía miedo de mirarla demasiado tiempo y reconocer más de él en ella, cuando había pasado la última hora intentando desesperadamente encontrar algún rastro de mí en él, prueba de que él había susurrado mi nombre ferozmente en mi piel incluso esa tarde. Pete había acorralado a Naomi y estaba intentando sacarla de la tienda, pero ella estaba discutiendo, y luego Lauren se unió a ellas, intentando evitar que estallara una escena.

No podía escuchar lo que se decía, pero podía ver sus rizos balanceándose mientras asentía. El grupo alrededor de la mesa se estaba disolviendo. Maggie los estaba llamando, su propia mirada clara cortaba entre el registro y la conversación junto a la puerta.

Gus me miró finalmente. Parecía dispuesto a ofrecer una explicación, pero la expresión de mi rostro debió haberlo hecho cambiar de opinión. Se aclaró la garganta.

—Debería ver por qué está aquí.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

No dije nada. No hice nada. Me miró fijamente durante no más de dos segundos, luego se puso de pie y cruzó la tienda. Mi cara estaba caliente pero el resto de mi cuerpo estaba frío, temblando. Gus despidió a Pete, y cuando ella me miró, no pude encontrar su mirada. Me paré y me apresuré a cruzar la puerta de la oficina, luego a través de la oficina a la puerta trasera a un callejón trasero que no era más que un par de contenedores de basura.

Él no la había invitado. Lo sabía. Pero no podía adivinar qué le hizo verla, o por qué había venido.

La dura y hermosa Naomi, cuyo misterio había emocionado a Gus. Naomi que no lo necesitaba ni trató de salvarlo. A quien nunca había tenido miedo de romper. Con quién había querido pasar su vida. Con quién se habría quedado, a pesar de todo, si hubiera tenido la oportunidad.

Quería gritar, pero todo lo que pude hacer fue llorar. Había quemado toda mi ira y el miedo era todo lo que quedaba. Quizás eso era lo que había estado allí todo el tiempo, enmascarado en emociones más espinosas.

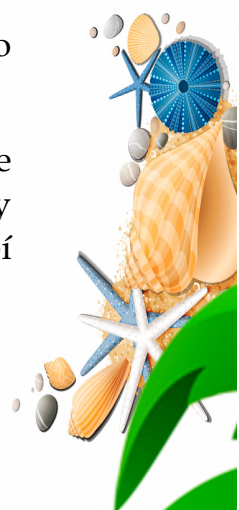
Sin saber qué más hacer, comencé a caminar a casa. Estaba oscuro cuando llegué allí, y me había olvidado de dejar la luz del porche encendida, así que cuando alguien se levantó del sofá de mimbre, casi me caigo de los escalones.

—¡Lo siento! —vino la voz de la mujer—. No era mi intención asustarte.

Solo la había escuchado dos veces, pero el sonido había dejado surcos en mi cerebro. Nunca la olvidaré.

—Esperaba que pudiéramos hablar —dijo Sonya—. No, más que esperanzas. Necesito hablar contigo. Por favor. Cinco minutos. Hay muchas cosas que no sabes. Cosas que ayudarán, creo. Esta vez lo escribí todo.

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh*

ways have
didn't you know!

Las cartas

—No quiero escucharlo —le dije.

—Lo sé —dijo Sonya—. Pero le habré fallado a tu padre si no me aseguro de que lo hagas.

Me reí con dureza.

—Mira, esa es la cosa. No deberías haber tenido que fallar en nada a mi padre.

—¿No debería haberlo hecho? Si comenzaras al comienzo de la vida de tu padre y predijeras todo el asunto y cómo *debería* haberse desarrollado, basándote solo en dónde comenzó, es posible que él nunca haya encontrado a tu madre. Puede que no existas.

Mi interior vibró de ira.

—¿Podrías salir de mi porche, por favor?

—No lo entiendes. —Sacó un trozo de papel del bolsillo de sus jeans y lo desdobló—. Por favor. Cinco minutos.

Empecé a abrir la puerta, pero ella empezó a leer detrás de mí.

—Conocí a Walt Andrews cuando tenía quince años, en mi clase de artes del lenguaje. Fue mi primera cita, mi primer beso, mi primer novio. El primer chico, o niño, al que le dije “te amo”.

La llave se atascó en la cerradura. Dejé de moverme, aturdida. Me volví hacia ella, mi respiración se atascó en mi pecho. Los ojos de Sonya se posaron en mí con ansiedad y luego volvieron a la página.

—Rompimos varios meses después de que él fuera a la universidad. No supe de él durante veinte años, y luego, un día, me lo encontré aquí.

EMILY HENRY

BEACH

276

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

Había estado en un viaje de negocios una hora al este y había decidido extender su estadía en North Bear Shores un par de días. Decidimos cenar. Estuvimos hablando durante horas antes de que admitiera que acababa de divorciarse.

»Cuando nos separamos, ambos creíamos que nunca nos volveríamos a ver. —Me miró—. Lo digo en serio. Pero al salir de la ciudad, el auto de tu padre se averió. —Estudió la nota de nuevo. Había lágrimas en sus ojos—. Ambos estábamos destrozados en ese momento. Algunos días lo que teníamos era lo único bueno de mi vida.

»Empezamos a visitarnos todos los fines de semana. Incluso se tomó una semana libre y vino a buscar una casa. Las cosas se movieron rápidamente. ¡Sin esfuerzo! No estoy diciendo nada de esto para lastimarte. Pero realmente creí que tendríamos nuestra segunda oportunidad. Pensé que nos íbamos a casar. —Dejó de hablar por un momento y negó con la cabeza. Se apresuró antes de que pudiera detenerla—. Hizo la transferencia a la oficina de Grand Rapids. Compró la casa. *Esta* casa. En ese entonces estaba en muy mal estado, simplemente cayéndose en pedazos, pero yo seguí siendo más feliz de lo que había estado en años. Él hablaría de criarte, de trasladar el barco hasta aquí y pasar todo el verano en él, los tres. Pensé, *voy a vivir allí hasta que muera, con un hombre que me ama.*

—Estaba casado —susurré. Sentí como si mi garganta se fuera a derrumbar—. Todavía estaba casado.

Gus está casado, pensé.

La emoción me invadió. Quería odiarla. La odiaba, y también sentí que su dolor se mezcló con el mío. Sentí toda la emoción de un nuevo amor, uno sanador, una segunda oportunidad con alguien de quien casi te habías olvidado. Y el dolor cuando su vida *real* llegó a llamar, la agonía de saber que había una historia con otra persona, una relación que la tuya no podía tocar.

Los ojos de Sonya se fruncieron con fuerza.

—Eso no me pareció real hasta el diagnóstico de tu madre.

La palabra con D todavía enviaba una onda de choque a través de mí. Intenté ocultarlo. Volví a jugar con la llave, aunque ahora mis ojos estaban tan llenos de lágrimas que no podía ver.

Sonya siguió leyendo, ahora más rápido.

—Estuvimos en contacto durante unos meses. No estaba seguro de lo que iba a pasar. Solo sabía que necesitaba estar ahí por ella, y no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Pero las llamadas llegaron cada vez menos, y luego nada. Y entonces, un día, envió un correo electrónico, solo para hacerme saber que ella estaba mucho mejor. Que *ellos* lo estaban haciendo mejor.

Me había detenido con la puerta de nuevo, sin querer. Estaba frente a ella, mosquitos y polillas zumbando a mi alrededor.

—Pero eso fue años atrás.

Ella asintió.

—Y cuando volvió el cáncer, me llamó. Estaba devastado, January. No se trataba de mí y lo sabía. Se trataba de ella. Estaba tan asustado, y la próxima vez que pasó por el trabajo, acepté volver a verlo. Estaba buscando consuelo y yo... yo había empezado algo con un amigo de Maggie, un hombre *bueno*, viudo. Aún no era serio, pero sabía que podía serlo. Y tal vez eso me asustó un poco, o tal vez una parte de mí siempre amaría a tu padre, o tal vez solo éramos egoístas y débiles. No sé. Y no voy a fingir.

»Pero diré esto: esa segunda vez, no me hizo ilusiones sobre hacia dónde iban las cosas. Si tu padre hubiera perdido a tu madre, no habría podido soportar verme, y yo de todos modos no habría podido creer que de verdad me amaba. Era una distracción, e incluso podría haber creído que le debía tanto.

»Y cuando empezó a arreglar la casa, supe, sin que él nunca me lo dijera, que no era para nosotros. Y sucedió otra vez, cuando tu mamá recuperó su salud. Las visitas se hicieron cada vez más espaciadas. Las llamadas se ralentizaron y se detuvieron. Y esa vez, ni siquiera recibí un correo electrónico. Puedo pararme aquí y decirte que teníamos buenas intenciones. No hay respuestas fáciles en esto. Sé que no se me *debería* permitir tener el corazón roto en este momento, pero lo tengo.

»Estoy desconsolada y enojada conmigo por meterme en esta situación y humillada de estar aquí contigo...

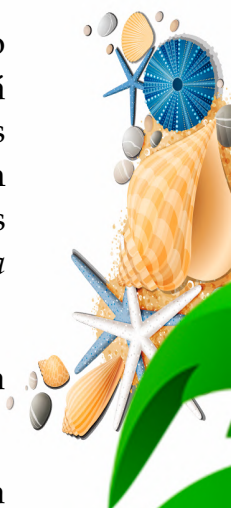
—Entonces, ¿por qué estás? —exigí. Negué con la cabeza, otra ola furiosa se estrelló contra mí—. Si se acabó, como dices, ¿cómo recibiste esa carta?

—¡No sé! —gritó, las lágrimas brotaron instantáneamente de sus ojos, cayendo en gotas rápidas y constantes por su rostro—. Tal vez él

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

quería que tuvieras este lugar, pero no pensó que tu mamá tendría la fuerza para decírtelo, o no pensó que fuera correcto pedirle que lo hiciera. Tal vez pensó que si te hubiera enviado la llave y la carta directamente, no habría nadie que se quedara aquí para convencerte de que lo perdonaras. ¡No lo sé, January!

Mamá nunca me lo hubiera dicho, me di cuenta de inmediato. Incluso una vez que Sonya lo hiciese, mamá no hubiera podido hablar de eso, confirmar o explicar. Quería recordar todas las cosas buenas. Quería aferrarse a esos tan fuerte que no pudieran desvanecerse, no aflojar su agarre lo suficiente como para dejar espacio para las partes de él que aún dolían al pensar en ellas.

Sonya sorbió entre lágrimas y se secó los ojos húmedos.

—Todo lo que sé es que cuando murió, su abogado me envió la carta, la llave y una nota de Walt *pidiéndome* que te entregara las dos cosas. Y no quería... he seguido adelante. Finalmente estoy con alguien a quien amo, finalmente soy feliz, pero él se había *ido*, y no podía decir que no. No a él. Quería que supieras la verdad, todo el asunto, y quería que aún lo amaras una vez que lo supieras. Creo que me envió aquí para asegurarme de que lo perdonaras.

Su voz tembló peligrosamente.

—Y tal vez vine porque necesitaba que alguien supiera que yo también lo siento. Que yo también lo extrañaré siempre. Tal vez quería que alguien entendiera que soy una persona completa y no solo el error de otra persona.

—No me importa que seas una persona completa —espeté, y en ese momento comprendí que era cierto. No odiaba a Sonya. Ni siquiera la conocía. No se trataba de ella en absoluto. Las lágrimas caían más rápido, haciéndome jadear por respirar—. Se trata de él. Son todas las cosas que nunca podré saber sobre él o incluso preguntarle. ¡Por lo que hizo pasar a mi mamá! Nunca sabré cómo formar una familia, o en qué puedo confiar, si es que puedo confiar, de lo que aprendí de ellos. Tengo que mirar hacia atrás en cada recuerdo que tengo y preguntarme qué fue una mentira. No, puedo conocerlo mejor ahora. No lo tengo. Ya no lo *tengo*.

Las lágrimas estaban cayendo ahora realmente. Mi cara estaba empapada. La línea punteada de dolor con la que había estado viviendo durante un año se sentía como si finalmente se hubiera abierto por mi centro.

EMILY HENRY

BEACH

279

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Oh, cariño —dijo Sonya en voz baja—. Nunca podremos conocer completamente a las personas que amamos. Cuando los perdemos, *siempre* habrá más que podríamos haber visto, pero eso es lo que estoy intentando decirte. Esta casa, esta ciudad, esta vista... todo era una parte de él que quería compartir contigo. Y estás aquí, ¿verdad? Estás aquí y tienes la casa en una playa que él amaba en una ciudad que amaba, y tienes todas las cartas y...

—¿Cartas? —dije—. Tengo *una* carta.

Se vio sorprendida.

—¿No encontraste las otras?

—¿Qué *otras*?

Pareció genuinamente confundida.

—No la has leído. La primera carta. Nunca la leíste.

Por supuesto que no la había leído. Porque *esa* era la última parte nueva de él que podía tener, y no estaba preparada para eso. Hacía más de un año que había muerto y yo todavía no estaba lista para despedirme. Estaba dispuesta a decir *mucho*, pero no adiós. La carta estaba en el fondo de la caja donde había estado todo el verano.

Sonya tragó y dobló su lista de puntos de conversación, guardándola en el bolsillo de su suéter de gran tamaño.

—Tienes pedazos de él. Eres la última persona en la Tierra con pedazos de él, y si no quieres mirarlos, esa es tu decisión. Pero no finjas que no te dejó nada.

Se volvió para irse. Eso era todo lo que tenía que decir, y la dejaría irse. Me sentía estúpida, como si hubiera perdido un juego cuyas reglas nadie me había explicado. Pero al mismo tiempo, incluso si todavía me estaba recuperando del dolor después de que ella se hubiera ido, estaba de pie.

Había tenido la conversación que había estado temiendo durante todo el verano. Entré en las habitaciones que había mantenido cerradas. Me enamoré y sentí que se me rompió el corazón, escuché más de lo que quería escuchar y estaba de pie. Todas las mentiras hermosas se habían ido. Destruída. Y todavía estaba de pie.

Me volví hacia la puerta con un propósito nuevo y entré. Caminé directamente a través de la casa oscura hasta la cocina y bajé la caja. Una

EMILY HENRY

BEACH

capa de polvo había cubierto el sobre. Lo soplé y levanté la lengüeta suelta para sacar la carta. La leí allí, parada sobre el fregadero con una luz amarilla encendida sobre mí.

Mis manos temblaban tanto que era difícil distinguir las palabras.

Esta noche. Esta noche había sido casi tan mala como la noche en que lo perdimos o la noche de su funeral. En cualquier otra situación, todo lo que hubiera querido hubieran sido mis padres.

Maldita sea, quería a mis padres. Quería a papá con sus andrajosos pantalones de pijama doblados en el sofá con una biografía de Marie Curie. Quería a mamá moviéndose a su alrededor en pantalones de yoga, desempolvando obsesivamente los marcos de fotos en la repisa de la chimenea mientras tarareaba la canción favorita de papá: *It's June in January, because I'm in love*.

Esa fue la escena en la que entré cuando los sorprendí el primer Día de Acción de Gracias que pasé lejos de la universidad. Cuando una perversa ola de nostalgia me llevó a tomar la decisión de último segundo de volver a casa para tomar un descanso después de todo. Cuando abrí la puerta principal y entré con mi bolsa de lona, mamá gritó y dejó caer el *Juramento* al suelo. Papá había sacado las piernas del sofá y me miró a través de la luz dorada de su sala de estar.

—¿Puede ser? —dijo él—. ¿Esa es mi querida hija? ¿Reina pirata de los mares abiertos?

Ambos corrieron hacia mí, me abrazaron y comencé a llorar, como si solo pudiera comprender completamente lo mucho que los había estado extrañando ahora que estábamos juntos.

Me sentí rota de nuevo en este momento y quería a mis padres. Quería sentarme en el sofá entre ellos, los dedos de mamá en mi cabello, y decirles que lo había estropeado. Que me había enamorado de alguien que había hecho todo lo posible para advertirme que no lo hiciera.

Que me dejaría ir a la quiebra. Que mi vida se estaba desmoronando y que no tenía idea de cómo arreglarlo. Que mi corazón estaba más roto que nunca y tenía miedo de no poder arreglarlo.

Agarré el papel del cuaderno en mis manos con fuerza y parpadeé para contener las lágrimas lo suficiente como para comenzar a leer en serio.

La carta, al igual que el sobre, tenía la fecha de mi vigésimo noveno cumpleaños, el 13 de enero, siete meses *después* de la muerte de papá, lo.

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

que hizo que todo sobre esto se sintiera de ensueño y surrealista cuando comencé a leer.

Querida January,

Por lo general, aunque no siempre, escribo estas cartas en tu cumpleaños, pero aún falta mucho para el vigésimo noveno y quiero estar listo para darte esta y todas las demás cartas en ese momento. Así que, este año empezaré anticipado.

Esta contiene una disculpa, y odio darte una razón para odiarme justo antes de que celebremos tu nacimiento, pero estoy intentando ser valiente. A veces me preocupa que la verdad no valga la pena por el dolor que causa. En un mundo perfecto, nunca sabrías mis errores. O mejor dicho, no los habría hecho para empezar.

Pero por supuesto que sí, y he pasado años yendo y viniendo sobre qué decirte. Sigo volviendo al hecho de que quiero que me conozcas. Esto puede sonar egoísta, y lo es. Pero no solo es egoísta, January. Si la verdad sale a la luz, no quiero que te estremezca. Quiero que sepas que más grande que mis errores, más grande que cualquier cosa buena o mala que haya hecho alguna vez, y más inquebrantable ha sido mi amor por ti.

Temo lo que te hará la verdad. Temo que no podrás amarme como soy. Pero tu madre tuvo la oportunidad de tomar esa decisión por sí misma, y tú también te lo mereces.

1401 Queen's Beach Lane. Lo aseguro. El mejor día de mi vida.

Subí corriendo las escaleras y entré en el dormitorio principal. El mantel todavía estaba escondido debajo del reloj para revelar la caja fuerte. Mi corazón estaba latiendo. Necesitaba tener razón esta vez. Pensé que mi cuerpo podría partirse por la mitad por el peso en mi pecho, si no lo era. Escribí el número, el mismo que estaba garabateado en la esquina superior derecha de la carta. Mi cumpleaños. Las luces parpadearon en verde y la cerradura hizo clic.

Había dos cosas en la caja fuerte: una gruesa pila de sobres envueltos en una banda de goma verde de gran tamaño y una llave en un llavero de PVC azul. En letras blancas, las palabras SWEET HARBOR MARINA, NORTH BEAR SHORES, MI estaban impresas en la superficie.

Primero saqué la pila de cartas y las miré. Mi nombre estaba escrito en cada una, en una variedad de bolígrafos, la letra se volvía más nítida y

EMILY HENRY

BEACH

282

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refresh*

resuelta cuanto más atrás volteaba. Apreté los sobres contra mi pecho mientras sollozaba. Las había tocado.

Me había olvidado de eso de la casa, en algún lugar del camino. Pero esto era diferente. Este era mi nombre, una parte de él que había tallado y dejado para mí.

Y supe que podría sobrevivir leyéndolas debido a todo lo demás que había sobrevivido. Podría mirarlo todo a la cara. Me puse de pie tambaleante y agarré mis llaves al salir por la puerta.

El GPS de mi teléfono encontró el puerto deportivo sin problemas. Faltaban cuatro minutos. Dos vueltas y luego estaba en el estacionamiento oscuro. Había otros dos autos, probablemente de empleados, pero mientras caminaba por el muelle, nadie se apresuró a ahuyentarme. Estaba sola, con el suave *chapoteo* del agua contra los soportes del muelle, el suave ruido sordo y el ruido de los barcos meciéndose en la madera.

No sabía lo que estaba buscando, pero sabía que estaba buscando. Sostuve las cartas con fuerza en mi mano a medida que me movía a lo largo del muelle, arriba y abajo de los senderos que se ramificaban.

Y luego ahí estaba, blanco puro y con letras azules, con las velas enrolladas. *January*.

Subí vacilante sobre él. Me senté en el banco y miré el agua.

—Papá —susurré.

No estaba segura de qué creía, si es que creía algo, sobre el más allá, pero pensé en el tiempo e imaginé aplanarlo para que cada momento en este espacio se convirtiera en uno. Casi podía escuchar su voz. Casi podía sentirlo tocando mi hombro.

Me sentí tan perdida de nuevo. Cada vez que comenzaba a encontrar mi camino, parecía deslizarme más hacia abajo. ¿Cómo podía confiar en lo que teníamos Gus y yo? ¿Cómo podía confiar en mis propios sentimientos? La gente era complicada. No eran problemas matemáticos; eran colecciones de sentimientos, decisiones y mala suerte. El mundo también era complicado, no una película francesa hermosamente nebulosa, sino un desastre desastroso y horrible, salpicado de brillantez, amor y significado.

Una brisa agitó las cartas en mi regazo. Me aparté el cabello de los ojos llorosos y abrí el primer sobre.

EMILY HENRY

BEACH

Querida January,

Hoy naciste. Sabía esperar eso durante meses. No fue una sorpresa. Tu madre y yo te queríamos mucho, incluso antes de que empezaras a existir.

Lo que no sabía esperar es que hoy también me sentiría como si hubiera nacido.

Me has convertido en una persona nueva: el padre de January. Y sé que esto es lo que seré por el resto de mi vida. Te estoy mirando ahora, January, mientras escribo esto, y apenas consigo poner las palabras en la página.

Estoy en shock, January. No sabía que podía ser esta persona. No sabía que podía sentir todo esto. No puedo creer que algún día te pongas una mochila, sepas sujetar un lápiz, tengas opiniones sobre cómo te gusta llevar el cabello. Te estoy mirando y no puedo creer que te vuelvas más asombrosa de lo que ya eres.

Diez dedos en las manos. Diez dedos en los pies. E incluso si no tuvieras ninguno de ellos, seguirías siendo la cosa más grandiosa que he visto en mi vida.

No puedo explicarlo. ¿Lo sientes? Ahora que tienes la edad suficiente para leer esto y saber quién eres, ¿tienes una palabra para lo que se me escapa? ¿Lo que te diferencia de cualquier otra cosa?

Supongo que debería contarte algo sobre mí, sobre quién soy en este mismo momento mientras te veo dormir sobre el pecho de tu madre.

Bueno, gusto en conocerte, January. Soy tu padre, el hombre que redujiste a nada más que con tus diminutos dedos de manos y pies.

Una por cada año, siempre escrito en el día.

January, hoy cumples un año. ¿Quién soy yo hoy, January? Soy la mano que te guía mientras das tus torpes pasos. Hoy, tu madre y yo hicimos espaguetis, así que supongo que podrías decir que también soy chef. Tu personal. Nunca me gustó mucho cocinar, pero hay que hacerlo.

Feliz segundo cumpleaños, January. Tu cabello se ha vuelto mucho más oscuro. No recordarías haber sido rubia, ¿verdad? Me gusta más de esta manera. Te sienta bien. Tu madre dice que te pareces a su abuela, pero creo que te pareces a

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

mi madre. Ella te hubiera amado. También intentaré contarte un poco sobre ella. Era de un lugar llamado North Bear Shores. También soy yo de ahí. Viví allí cuando tenía tu edad. Solía decirme que era un niño desagradable de dos años. Supongo que gritaba hasta que me desmayaba. Pero eso probablemente se debió al menos en parte a Randy, mi hermano mayor. Un poco idiota, pero adorable. Ahora vive en Hong Kong porque es Sofisticado.

January, no puedo creer que tengas cuatro años. Ahora tienes forma de persona. Supongo que siempre la tuviste, pero ahora lo eres más que nunca. Cuando tenía cuatro años, destrocé mi triciclo. Estaba cabalgando por un muelle hacia el faro al final. Mi madre se había distraído con una amiga y pensé que sería genial salir del muelle a ver si iba lo suficientemente rápido como para quedarme sobre el agua. Como Road Runner. Me vio en el último minuto y gritó mi nombre. Cuando me volví para mirarla, tiré del manubrio y me estrellé contra el faro. Así es como conseguí esa gran cicatriz rosada en mi codo. Supongo que ahora no es tan grande. O si no, mi codo es un poco más grande. La semana pasada te golpeaste la cabeza con la chimenea. No estuvo tan mal, ni siquiera necesitaste puntos, pero tu madre y yo lloramos toda la noche después de que te durmieras.

Nos sentimos tan mal. A veces, January, ser padre se siente como ser un niño al que alguien le ha entregado por error a otro niño. "¡Buena suerte!" Grita este extraño imprudente antes de darte la espalda para siempre. Temo que, siempre cometeremos errores. Espero que se hagan cada vez más pequeños a medida que nos hacemos más y más grandes. En realidad, mayores; básicamente hemos terminado de crecer.

¡Ocho! ¡Ocho años y lista como un látigo! Nunca dejas de leer, January. Odiaba leer cuando tenía ocho años, pero, por otro lado, era terrible en eso, y tanto Randy como Douglas solían burlarse de mí sin piedad, aunque en estos días Douglas es tan gentil como una mariposa. Me imagino que si hubiera sido mejor leyendo, me hubiera gustado más. O quizás viceversa. Mi papá era un hombre ocupado, pero fue él quien me enseñó a leer, January. Y desde que empezó, no dejaría que mi pobre madre tuviera nada que ver con eso. Bueno, cuando llegue el momento, te voy a enseñar a conducir, solía decirme. Tu libro favorito en este momento es The Giving Tree, pero Dios, January, ese libro me rompe el corazón. Tu madre se parece un poco a ese árbol y me preocupa que tú también lo seas. No

EMILY HENRY

BEACH

285

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

me malinterpretes. Esa es una buena forma de ser. Pero aun así. Ojalá pudieras ser un poco más fuerte como tu viejo papá. Solo por tu propio bien.

Sabes, cuando tenía ocho años, robé en una tienda por primera vez. No lo estoy justificando, por supuesto, pero el objetivo de esto es la honestidad. Robé chicle de la antigua tienda de golosinas en la calle principal de North Bear Shores. Me encantaba esa tienda. Tenían estos grandes ventiladores para evitar que el chocolate se derrita en el verano, y los días en que mi madre estaba ocupada, mis hermanos y yo paseábamos allí para salir del calor. Nunca me pareció muy divertido ir a la playa por mi cuenta. Quizás ahora me sienta diferente. No he estado en un tiempo. Tu madre y yo hemos estado hablando de llevarte pronto.

January, tienes trece años y eres más valiente de lo que debería ser cualquier chica de trece años. Hoy, no sé quién soy. Todavía soy tu padre, por supuesto. Y el marido de tu madre. Pero January, a veces la vida es muy dura. A veces exige tanto de ti que comienzas a perder partes de ti mismo mientras te estiras para dar lo que el mundo quiere tomar. Estoy perdido, January. ¿Recuerdas ese faro del que te hablé? Creo que te lo dije. A veces pienso en ti como ese faro. Mantén tus ojos en January, me digo. Ella no te llevará por mal camino. Si te concentras en January, no te desviarás demasiado del curso. Pero tal vez estaba tan concentrado que choqué contigo.

Tu madre también. Sé que este año ha sido aterrador para ti, pero debes saber que, de una forma u otra, tu madre y yo encontraremos el camino de regreso a nosotros mismos y el uno al otro. Por favor, no tengas miedo, mi dulce bebé, mi atrevida reina pirata de los mares abiertos. De alguna manera todo estará bien.

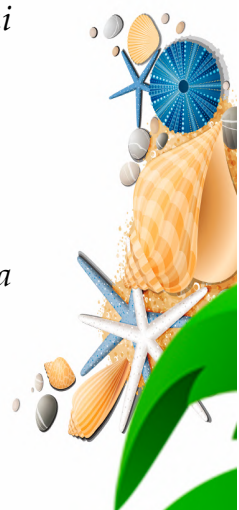
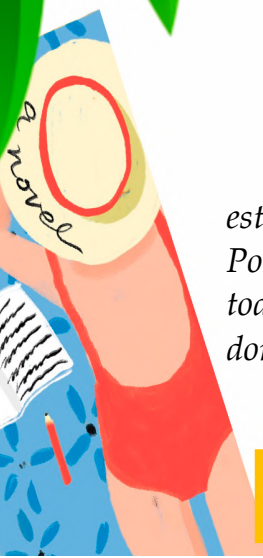
Recibí mi primer beso cuando tenía dieciséis años, January. Su nombre era Sonya y estaba nerviosa y serena.

Tu cumpleaños no es hasta dentro de unos meses, pero tengo que escribir esto ahora. Hoy, te vas a la universidad, January, y temo que eso podría matarme. Por supuesto que no puedo decirte eso. Te sentirías tan culpable y no deberías. De todas formas, estás haciendo lo correcto. Siempre has sido tan inteligente. Aquí es donde perteneces. Y no es para siempre. Pero cuando te despiertes esta mañana y

EMILY HENRY

BEACH

*ways have
didn't you know!*



*As the bee with an elegant
fragrance of
that refresh*

READ

Bookzinga

comencemos a conducir hacia el norte, no te miraré por el espejo retrovisor. Y cuando leas esto (¿¿¿Cuándo será???), piensa en ese día. ¿Notarás siquiera que no puedo mirarte? Probablemente no. Tú misma estás tan nerviosa. Pero si lo recuerdas, ahora sabrás por qué. Me preocupa que pueda dar la vuelta y llevarnos a los tres de regreso a casa si muestras alguna pizca de vacilación. Quiero tenerte para siempre. ¿Quién soy yo sin ti?

Deberías estar en la escuela de posgrado y todos lo sabemos. Al diablo con el cáncer, January. Ahora eres una adulta, eso significa que para cuando leas esto, deberías estar familiarizada con las palabrotas y ambos sabemos que ya conoces demasiado la palabra Cáncer. Bueno, que se joda. Tengo que ser honesto, January. Siento que nuestras vidas están implosionando y una parte de mí quiere empujarte muy, muy lejos hasta que la implosión se detenga.

Te dije que sería honesto contigo, así que aquí está. Si lo escribo aquí, sé que no podré retirarlo. Algún día leerás esto. Algún día lo sabrás.

Estoy engañando a tu madre. A veces siento que me estoy consolando y otras veces se siente como un castigo. Todavía otros días me pregunto si todo es un gran Jódete para el universo. "Si quieres destruir mi vida, puedo destruirte peor".

Algunos días creo que estoy enamorado de Sonya. Sonya, ese es su nombre. Una vez estuve enamorado de ella, cuando éramos niños. Creo que te lo dije en tu carta de decimosexto cumpleaños. Ese fue el año en que la besé. Estoy seguro de que no quieres escuchar eso. Pero creo que necesito decirlo. Estoy enamorado de una versión de mí que no puede existir en este infierno. ¿Crees que soy terrible, January? Está bien si lo crees. He sido terrible en muchos momentos diferentes de mi vida.

Quiero volver a ser el hombre que me hizo tu madre: su esposo nuevo. El hombre que me hiciste: tu padre adorado. Estoy buscando algo de mí que perdí y no es justo para nadie.

Si pudiera recuperar el pasado, esos años hermosos antes de que regresara el cáncer, me lanzaría. Voy a arreglar esto. No te rindas conmigo, January. No es el final.

January, hoy tienes veintiocho.

EMILY HENRY
BEACH

287

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refresh*

READ

Bookzinga

Cuando tenía veintiocho años, mi esposa hermosa dio a luz a nuestra hija. En este día. 13 de enero, ampliamente considerado como el mejor día de la historia de los días. A veces pienso en cómo serían tus hijos. No los tuyos y de Jacques específicamente, aunque eso también estaría bien.

Me imagino a una niña que se parece a January. Tal vez tenga diez dedos en las manos y diez en los pies, pero incluso si no los tiene, será perfecta. Y pienso en el tipo de mujer que serás para ella. El tipo de madre.

Cuando pienso en esto, January, suelo llorar. Porque sé que lo harás mejor que yo, y ese pensamiento me alivia mucho. Pero incluso si no lo haces, incluso si cometes el tipo de errores que yo cometí, te conozco, January.

Te conozco mucho mejor de lo que me conoces, y lo siento, pero si tuviera que haber un desequilibrio, no puedo decir que me arrepienta de que haya sido así.

¿Recuerdas tu primera ruptura? Lo mencioné en la carta de tu decimoséptimo cumpleaños. Estabas devastada. Tu madre llamó a tu trabajo en Taco Bell y fingió ser tú, demasiado enferma para ir.

En ese momento, estaba tan enamorado de ella. Ella sabía exactamente qué hacer. La forma en que te cuidó. No hay palabras.

Ella lo sabe, por cierto. Sabe todo lo que te he dicho. Me dejó tomarme mi tiempo para contártelo. Me preocupa que esté avergonzada, que piense que todo el mundo la compadecerá, y sabes cuánto odia eso. No está segura de que necesites saberlo. Quizás no es así. Si ese es el caso, lo siento. Pero supongo que quería que vieras toda la verdad para que lo supieras.

Si crees que la historia tiene un final triste, es porque aún no ha terminado.

Desde que comencé estas cartas, he sido un millón de cosas diferentes, algunas buenas y otras feas.

Pero hoy, en tu vigésimo octavo cumpleaños, me siento como el mismo hombre que era hace todos esos años.

Mirándote. Contando tus dedos. Preguntándome qué es lo que te hace tan diferente del resto del mundo. No sé cuándo sucedió, pero estoy feliz de nuevo. Creo que, incluso si las cosas no siguen así, siempre llevaré este momento en mí. ¿Cómo podría estar triste, después de haber visto a mi bebé convertirse en la mujer que es?

January, tienes veintiocho y hoy soy tu padre.

EMILY HENRY

BEACH

288

*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

ways have
didn't you know!

Mejor amiga

Me recosté en el suelo y miré las estrellas. Unas oscuras nubes esponjosas surcaban el cielo, borrándolas poco a poco, y yo las observé como una cuenta atrás, aunque no sabía para qué. Las cartas estaban amontonadas a mi alrededor, todas desplegadas, todas leídas. Dos horas no me habían dado un cierre, pero era un tiempo que nunca había esperado tener con él. Palabras que no me había dicho, finalmente pronunciadas. Me sentí como si hubiera viajado en el tiempo.

Era una herida, medio curada y abierta otra vez. *"Everybody Hurts"* estaba corriendo por mi mente. Pude ver el consuelo de eso, la idea de que tu dolor no era único.

Algo en eso lo hacía parecer más grande y pequeño. Más pequeño porque todo el mundo estaba dolido. Más grande porque finalmente pude admitir que todos los demás sentimientos en los que me había estado concentrando habían sido una distracción del dolor más profundo.

Mi padre se había ido. Y siempre lo extrañaría.

Y eso tenía que estar bien.

Tomé mi teléfono y abrí la aplicación de YouTube. Escribí *"Everybody Hurts"* y la puse allí, desde los altavoces de mi teléfono. Cuando terminó, la comencé de nuevo.

El dolor se instaló en un ritmo profundo. Se sintió casi como hacer ejercicio, un ardor creciente a través de mis músculos y articulaciones. Una vez, en una mala temporada de migrañas, mi médico me había dicho que el dolor era nuestro cuerpo exigiendo ser escuchado.

—A veces es una advertencia —dijo—. A veces es una valla publicitaria.

EMILY HENRY

BEACH

289

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

No sabía cuál era la intención de este dolor, pero pensé: *si lo escucho, tal vez se contente con volver a cerrar por un tiempo.*

Quizás esta noche de dolor me daría incluso un día de alivio.

La canción terminó de nuevo. La empecé otra vez.

La noche estaba fría. Me pregunté cuánto más frío haría en enero. Quería verlo. Si lo hiciera, pensé, sería una parte más de él que podría conocer.

Reuní las cartas y los sobres en una pila ordenada y me levanté para irme a casa, pero ahora, cuando me imaginaba la casa a la orilla del lago, una extraña variación nueva de ese dolor punzante "*Gus, en re menor*", pensé pasó a través de mí.

Sentí que me estaba deshaciendo, como si el tejido conjuntivo entre mis costillas izquierda y derecha hubiera sido cortado y me fuera a partir en dos.

Habían pasado horas desde que nos separamos. No había recibido ninguna llamada, ni siquiera un mensaje de texto. Pensé en la expresión de su rostro cuando vio a Naomi, como si un fantasma estuviera parado frente a sus ojos. Un pequeño fantasma hermoso que una vez había amado con tanta locura que se había casado con ella. Tan locamente quería superarlo cuando ella le rompió el corazón en pedazos.

Empecé a llorar nuevamente, tan fuerte que no podía ver.

Abrí mis mensajes de texto con Shadi y escribí: **Te necesito.**

Pasaron unos segundos antes de que respondiera: **Iré en el primer tren.**

Me quedé mirando mi teléfono un segundo más. Solo había otra persona con la que en realidad quería hablar ahora. Toqué la información de contacto y acerqué el teléfono a mi oído.

Era medianoche. No esperaba una respuesta, pero al segundo tono, la línea hizo clic.

—¿Janie? —susurró mamá apresuradamente—. ¿Estás bien?

—No —chillé.

—Dime, cariño —instó. Podía oírla sentarse, el susurro de las sábanas retrocediendo y el leve *clic* de la lámpara de su mesita de noche encendiéndose—. Estoy aquí ahora, cariño. Cuéntamelo todo.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Mi voz se retorció cuando comencé por el principio.

—¿Te dije que Jacques rompió conmigo en un jacuzzi?

Mamá jadeó.

—¡Esa pequeña comadreja de mierda!

Y luego le conté el resto. Le conté todo.



Shadi llegó a las diez de la mañana con una bolsa de lona en la que un jugador de la NBA podría haber dormido cómodamente y una caja de productos frescos. Cuando abrí la puerta y la encontré en el porche iluminado por el sol, me incliné primero para ver el interior de la caja de cartón y pregunté:

—¿Sin alcohol?

—¿Sabías que tienes un mercado de agricultores increíble a dos manzanas de aquí? —dijo, revolviendo dentro—. ¿Y que el único conductor de Uber parece ser legalmente ciego?

Intenté reírme, pero solo verla aquí hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

—Oh, cariño —dijo Shadi, y dejó la caja en el sofá antes de envolverme en un abrazo que era todo agua de rosas y aceite de coco—. Lo siento mucho —dijo, su mano jugueteando en mi cabello de una manera suave y maternal.

Se echó hacia atrás y agarró mis brazos, examinándome.

—La buena noticia es —dijo en voz baja—, tu piel parece la de un bebé recién nacido. ¿Qué has estado comiendo aquí?

Incliné mi cabeza hacia la caja de calabazas y vegetales.

—Nada de *eso*.

—¿Estás imponiendo una dieta? —se arriesgó, y cuando asentí, me dio una palmada en el brazo y se volvió hacia la cocina, tomando la caja en sus brazos mientras se alejaba—. Me lo imaginé. Antes de la bebida y el llanto, necesitas un vegetal. Y probablemente huevos o algo así. —Se

EMILY HENRY

BEACH

291

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

detuvo en seco cuando llegó a la cocina, jadeando por el tamaño, el alcance y el estilo o por el desastre asqueroso que había logrado hacer—. De acuerdoooo —dijo, reagrupándose a medida que comenzaba a descargar las verduras en el único trozo de encimera libre—. ¿Qué tal si te quitas esos pantalones y yo comenzaré con el almuerzo?

—¿Qué les pasa a estos pantalones? —Hice un gesto hacia mis pantalones deportivos—. Este es mi uniforme oficial ahora, debido a que me he rendido oficialmente.

Shadi puso los ojos en blanco y tamborileó con las uñas azules sobre el mostrador.

—Honestamente, Janie, no tiene que ser un vestido de fiesta, pero *no* cocinaré para ti hasta que te pongas pantalones que involucren un botón o una cremallera.

Entonces mi estómago gruñó, como si me suplicara, y me volví hacia el dormitorio del primer piso. Había un puñado de camisetas arrugadas que Gus había descartado en el piso en las últimas dos semanas, para no volver a ser recogidas nunca, y las arrojé a un montón detrás de la puerta del armario donde no tendría que mirarlas, luego me vestí con pantalones cortos y una camiseta de Ella Fitzgerald.

Hacer el almuerzo fue un asunto de hora y media, y luego estaba el hecho de que Shadi insistió en que termináramos todos los platos antes de tomar un bocado.

—Mira esta pila —razoné con ella, señalando la pila inclinada de tazones con costra de cereales—. Podría ser Navidad para cuando hayamos superado todo esto.

—Entonces me alegro de haber empacado un abrigo —respondió Shadi con un encogimiento de hombros casual.

Al final, solo tomó media hora cargar el lavavajillas y lavar a mano todo lo que no encajaba. Cuando terminamos de comer, Shadi insistió en limpiar toda la casa. Todo lo que en realidad quería hacer era acostarme en el sofá, comerme un montón de papas fritas del pecho y mirar reality shows, pero resultó que tenía razón. La limpieza era una distracción mucho mejor.

Por una vez, no pensé en las mentiras de papá o en Sonya acercándose a mí en el funeral. No volví a reproducir chismes de mi pelea en el auto con mamá ni me imaginé la sonrisa bonita de disculpa en los



292



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

EMILY HENRY
BEACH

ways have
didn't you know!



293

labios carnosos de Naomi. No me preocupé por el libro, ni por lo que pensaría Anya, ni por lo que haría Sandy. De hecho, no pensé en absoluto.

La limpieza profunda me puso en trance; deseé poder quedarme en una cámara criogénica emocional que me permitiera dormir en lo peor de cualquier angustia que estuviera evitando.

La primera llamada telefónica de Gus llegó alrededor de las once y no respondí. No hubo otra durante veinte minutos, y cuando esa finalmente llegó, haciendo que mi corazón se anudara en mi garganta, no dejó ningún mensaje de voz y no envió mensajes de texto de seguimiento.

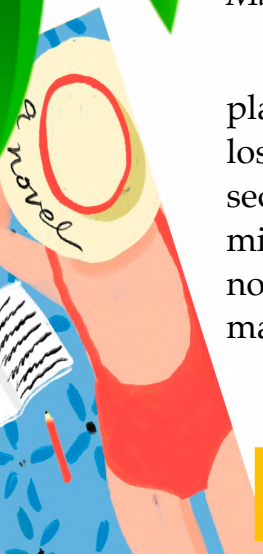
Apagué mi teléfono y lo metí en el cajón de la cómoda en mi habitación, luego volví a fregar el baño. Shadi y yo decidimos no hablar de eso, de SDG o del Sombrero Embrujado o cualquier otra cosa, hasta que hubiéramos terminado con nuestro trabajo, lo que pareció una buena política, ya que la limpieza estaba ayudando a adormecerme, y cada vez que mi cerebro dirigió un pensamiento a Gus, el entumecimiento comenzó a deshacerse desde mi cintura.

A las seis, Shadi determinó que habíamos terminado y me desterró a la ducha mientras comenzaba con la cena. Hizo ratatouille (pisto), que aparentemente había estado deseando desde que vio la película *Ratatouille* con las hermanas pequeñas de Ricky durante el fin de semana del cuatro de julio.

—Puedes hablarme de él —le prometí, mientras nos sentábamos a ambos lados de la mesa, mi espalda hacia la ventana de la casa de Gus, a pesar de que tanto ella como las persianas estaban cerradas—. Todavía quiero saber que eres feliz.

—Después de la cena —dijo Shadi. Y una vez más, tuvo razón. Resultó que necesitaba esto, otra comida, compuesta principalmente de verduras, con nada más que una pequeña charla cómoda. Cosas que habíamos visto a nuestros viejos compañeros publicar en línea, libros que había estado leyendo, programas que yo había estado viendo (solo *Veronica Mars*).

Después de la cena, el cielo se nubló, y mientras lavaba nuestros platos y cubiertos y Shadi nos hacía Sazeracs, empezó a llover con fuerza, los truenos lejanos recorrieron la casa como terremotos pequeños. Cuando sequé el plato y lo guardé en el armario a la derecha del horno, me entregó mi vaso y nos dirigimos al sofá en el que había pasado mi primera noche y nos acurrucamos en las esquinas opuestas, nuestros pies metidos bajo una manta juntos.



EMILY HENRY

BEACH

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

—Ahora —dijo—. Empieza por el principio.



294



EMILY HENRY
BEACH



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshment*

ways have
didn't you know!

La lluvia

Hablamos toda la noche, a través de las tormentas que entraban y salían como olas, siempre llevando una tanda nueva de truenos y relámpagos justo cuando parecía que iba a amainar. Nuestra conversación tomó tanto tiempo, con todos los descansos para llorar y los dos que Shadi tomó para prepararnos bebidas frescas.

En el tiempo que fuimos amigas, fui testigo de cinco rupturas que rompieron la vida de Shadi.

—Ya es hora de que me tires un hueso —me aseguró—. Necesitaba que lloraras tanto para poder acudir a ti cuando Ricky me destruya.

—¿Va a hacerlo? —pregunté, entre sollozos, y Shadi dejó escapar un suspiro profundo.

—Casi definitivamente.

Tenía la costumbre de enamorarse de personas que no tenían interés en enamorarse. Siempre comenzaba como algo casual, una aventura que accidentalmente echaba raíces. Al final, siempre había algo que se interponía en el camino, algo que había estado ahí desde el principio pero que no había sido un problema cuando las cosas habían sido realmente casuales.

Estaba el cocinero drogadicto, el patinador alcohólico, el mentor extremadamente prometedor en un programa extracurricular para jóvenes desfavorecidos que, en última instancia, le había dicho a Shadi que la amaba al mismo tiempo que había admitido que quería estar soltero por unos años más.

Todo en mi mejor amiga engañaba a los hombres de Chicago. Era excéntrica y ruidosa, propensa a beber en exceso y a divertirse toda la noche, se sentía cómoda con los encuentros casuales, siempre la persona

EMILY HENRY

BEACH

295

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

más divertida e impactante en cualquier habitación, y publicaba en su mayoría selfies desnudas con creciente regularidad. Era enigmática, lo más cercano a la fantasía masculina estereotipada que jamás había visto fuera de una película, pero en el fondo era, absolutamente, una romántica.

Cuando conectaba con alguien, se abría como una rosa para exponer el corazón más tierno, puro, desinteresado y leal que jamás había conocido. Y cuando los niños con los que accidentalmente terminaba saliendo veían ese lado de ella, a menudo terminaban enamorados de ella, como ella lo hacía con ellos. Soñando con un futuro al que ninguno de los dos se había apuntado al principio.

—Ojalá hubiera literalmente algo que pudiera hacer para detenerlo —dijo entonces.

—No, no lo harás —bromeé, y una sonrisa lenta se extendió por su rostro.

—Amo y desprecio el enamoramiento.

—Yo también —dije—. Los hombres son los peores.

—Los pe-o-res —cantó. Por unos segundos estuvimos en silencio. Las lágrimas de mis mejillas se habían secado y el sol había comenzado a salir, pero las nubes de tormenta lo bloqueaban, difundiendo la extraña luz azulada que entraba por las persianas del sofá—. Oye —dijo finalmente—. Creo que ya era hora.

—¿De qué? —pregunté.

—Creo que era hora de que te enamores —dijo—. Todo este tiempo que te conozco y nunca llegué a verlo. Creo que ya era hora.

—Me conociste antes que Jacques. Viste que eso sucedió.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Sé que amaste a Jacques. Y tal vez al final, es lo mismo con lo que terminas, pero con él, nunca te enamoraste, Janie. Entraste directamente.

—Entonces, ¿enamorarse es la parte que duele? —pregunté con una risa sin humor—. ¿Y si terminas enamorado sin que te duela, entonces no hay caída?

—No —dijo seriamente—. Caer es la parte que te deja sin aliento. Es la parte en la que no puedes creer que la persona que está frente a ti exista y se cruzó en tu camino. Se supone que debe hacerte sentir afortunada de estar viva, exactamente cuándo y dónde estás.

Las lágrimas nublaron mi visión. Sentí eso con Gus, pero lo había sentido una vez antes.

—Te equivocas al no haber visto eso conmigo —le dije, y Shadi ladeó la cabeza pensativamente—. Así es como me sentí cuando te encontré.

Una sonrisa apareció en su rostro y me arrojó uno de los cojines del sofá.

—Te amo, Janie —me dijo.

—Te amo más.

Después de un momento, su sonrisa se desvaneció y sacudió la cabeza con franqueza.

—Estoy segura de que él también te ama —dijo—. Puedo sentirlo.

—Ni siquiera nos has visto juntos —señalé—. Ni siquiera lo has conocido *realmente*.

—Puedo sentirlo. —Hizo un gesto con la mano hacia la pared justo cuando otro estruendo atronador sacudió la casa, un rayo atravesó las ventanas—. Sale flotando de su casa. Además, soy psíquica.

—Entonces, eso es —dije.

—Seguro —dijo—. Eso es.



Podrían haber pasado segundos entre el momento en que finalmente me quedé dormida en el sofá y el momento en que comenzaron los golpes en la puerta, o podrían haber pasado horas. La sala de estar todavía estaba enmascarada en sombras tormentosas, y los truenos todavía temblaban a través de las tablas del suelo.

Shadi se enderezó en el otro extremo del sofá y apretó la manta contra su pecho, sus ojos verdes se agrandaron ante la segunda ronda de golpes. Siseó en la oscuridad:

—¿Vamos a ser asesinadas con un hacha?

Entonces escuché su voz entrar por la puerta.

—January.

Shadi se recostó contra el brazo del sofá.

—Ese es él, ¿no?

Golpeó de nuevo y me paré, insegura de lo que estaba haciendo. Qué debería hacer, qué quería hacer. Miré a Shadi, haciéndole estas preguntas en silencio.

Ella se encogió de hombros cuando sonó otro golpe.

—Por favor —dijo Gus—. Por favor, January, no seguiré preguntando si no quieres que lo haga, pero por favor, habla conmigo. — Se quedó en silencio, y el gemido del viento se extendió como una elipsis pidiendo agregar más. Mi garganta se sentía como si se hubiera derrumbado, como si tuviera que tragar los escombros un par de veces antes de poder pronunciar las palabras.

—¿Qué harías? —pregunté a Shadi.

Dejó escapar un largo suspiro.

—Sabes lo que haría, Janie.

Lo había dicho anoche: *desearía que hubiera literalmente algo que pudiera hacer para detenerlo*. La broma era que, por supuesto, había algo que podía hacer para detenerlo y, sin embargo, de alguna manera nunca se atrevía a dejar que los mensajes de texto y las llamadas telefónicas quedaran sin respuesta, de ninguna manera podría convencerse de *no* visitar a la familia de un amante nuevo para las vacaciones, ninguna posibilidad de que pudiera renunciar a la posibilidad del amor.

No sabía, no podía, saber lo que Gus me iba a decir anoche, sobre Naomi o dónde estábamos. No podría saberlo, pero podría sobrevivir.

Pensé en ese momento en el auto cuando intenté grabar el recuerdo en mi mente para que, si miraba hacia atrás en todo, pudiera decirme que había valido la pena.

Que durante unas semanas había sido más feliz que en todo el año.

Sí, pensé. Eso era cierto.

Entonces perdí el aliento, como si hubiera corrido desnuda hacia las olas frías del lago Michigan una vez más. *Estaba* agradecida de estar viva, incluso con la basura flotando. Estaba agradecida de tener a Shadi aquí.

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Estaba agradecida de haber leído las cartas de papá y estaba agradecida de haberme mudado a la casa de al lado de Augustus Everett.

Pase lo que pase después, podría sobrevivir a todo, como lo había hecho Shadi tantas veces.

Para cuando me di cuenta de todo esto, debió haber pasado un minuto entero sin que nadie llamara a la puerta ni gritara más, y mi corazón se aceleró a medida que me apresuraba hacia la puerta, Shadi aplaudiendo desde el sofá como si estuviera viendo una carrera olímpica desde las gradas.

Abrí la puerta del porche oscuro y tormentoso, pero se hallaba vacío. Salí corriendo, descalza, a los escalones y recorrí el patio, la calle de abajo, los escalones de al lado.

Gus no estaba a la vista. Corrí los escalones imprudentemente y, a mitad de camino, corté hacia la hierba en su lugar, con los dedos de los pies chapoteando en el barro. Había llegado al jardín delantero de Gus cuando me di cuenta: su auto no estaba aquí.

Se había ido. Lo había perdido. No estaba segura si había empezado a llorar de nuevo o si todas mis lágrimas se habían agotado. Me dolían las costillas; todo dentro de ellas dolía. Mis hombros temblaban y mi cara estaba mojada, pero eso podría haber sido por el aguacero que cubría nuestra pequeña calle de la playa. Ahora todo estaba inundado, una corriente que arrastraba hojas y trozos de basura a toda prisa.

Quería gritar. Había sido muy paciente con Gus todo el verano. Le había dicho que lo sería, y lo había sido, y ahora me había vuelto a cerrar en lo que probablemente era nuestro momento de última oportunidad.

Enterré el dorso de mi mano contra mi boca mientras un sollozo irregular se abría paso fuera de mi pecho. Quería colapsar en la hierba pantanosa, ser absorbida por ella. *Si estuviera en el suelo, pensé, me sentiría incluso menos que cuando estaba limpiando.*

O tal vez sentiría cada paso, cada huella caminando sobre mí, pero eso aún podría ser mejor que la desolación que sentía ahora.

Porque supe de nuevo, con certeza, que Shadi tenía razón. Finalmente había caído. Había sido increíblemente fortuito, predestinado, para mí encontrarme cruzando caminos con alguien a quien podía amar como Gus Everett, y todavía me sentía afortunada incluso cuando me sentía miserable.

EMILY HENRY

BEACH

299

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Una luz se encendió en la esquina de mi campo de visión y me volví hacia ella, esperando encontrar a Shadi en el porche delantero. Pero la luz no venía de mi porche delantero.

Venía del de Gus.

Y entonces empezó la música, tan fuerte como la primera noche. Como si Pitchfork o Bonnaroo se desarrollaran aquí en nuestro callejón sin salida.

Sonó la voz de Sinéad O'Connor, las lúgubres primeras líneas de *"Nothing Compares 2 U"*.

La puerta se abrió y salió bajo la luz, tan empapado como yo, aunque de alguna manera, contra todo pronóstico, su cabello ondulado y salpicado aún se las arregló para desafiar la gravedad, levantándose en ángulos extraños y somnolientos.

Con la canción aún resonando en la calle, interrumpida sólo por el ocasional y distante estertor de la tormenta que se alejaba, Gus vino hacia mí bajo la lluvia. Parecía tan inseguro de si debía reír o llorar como yo me sentía ahora, y cuando me alcanzó, trató de decir algo, solo para darse cuenta de que la canción era demasiado fuerte para que él hablara con una voz normal. Estaba temblando y me castañeteaban los dientes, pero no sentía frío exactamente. Me sentí más como si estuviera parada un poco fuera de mi cuerpo.

—No planeé esto bien en absoluto —gritó finalmente por encima de la música, señalando con la barbilla hacia su casa de manera significativa.

Una sonrisa apareció en mi rostro incluso cuando una punzada atravesó mi abdomen.

—Pensé... —Se pasó la mano por el cabello y miró a su alrededor—. No sé. Pensé que tal vez podríamos bailar.

Una risa saltó de mí, sorprendiéndonos a ambos, y el rostro de Gus se iluminó con el sonido. Tan pronto como su último rastro se desvaneció, las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos, un ardor comenzando en la parte de atrás de mi nariz.

—¿Ibas a bailar conmigo bajo la lluvia? —pregunté espesamente.

—Te lo prometí —dijo con seriedad, tomando mi cintura entre sus manos—. Dije que aprendería.

Negué con la cabeza y luché por calmar mi voz.

EMILY HENRY
BEACH

300

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Gus, no estás en deuda con ninguna promesa.

Me atrajo hacia él lentamente y envolvió sus brazos alrededor de mí, su calor solo levemente atenuado por el frío de la lluvia.

—No es la promesa lo que importa —murmuró justo por encima de mi oreja derecha mientras comenzaba a balancearse, meciéndome de lado a lado en una tierna aproximación a un baile, lo contrario de esa noche que habíamos pasado en la fiesta de la fraternidad—. Es lo que *te dije*.

A la January delicada. La January que nunca pudo ocultar lo que estaba pensando. La January que siempre había tenido miedo de romper.

Se me hizo un nudo en la garganta. Casi dolía estar abrazada por él de esta manera, sin saber lo que estaba a punto de decirme, o si esta sería la última vez que me abrazara. Intenté decir algo, insistir nuevamente en que él no estaba obligado conmigo, que yo entendía el complicado estado de las cosas.

No pude emitir ningún sonido. Su mano estaba en mi cabello húmedo y cerré los ojos para evitar otro torrente de lágrimas, enterrando mi rostro en su hombro mojado.

—Pensé que te habías ido. Tu auto... —me detuve.

—... Está atascado al costado de la carretera en este momento —dijo—. Está lloviendo como si el mundo se estuviera acabando.

Me dio una sonrisa forzada, pero no pude igualarla.

La canción había terminado, pero todavía estábamos balanceándonos, abrazándonos el uno al otro, y estaba aterrorizada por el momento en que se soltaría, todo mientras trataba de apreciar *este* instante, el que todavía no lo había hecho.

—Te he estado llamando —dijo, y asentí, porque no podía dejar salir: lo sé.

Respiré profundamente y pregunté:

—¿Esa era Naomi?

No aclaré que me refería a *la mujer hermosa en el evento*, pero no era necesario.

—Sí —respondió en silencio. Durante unos segundos más, ninguno de los dos habló—. Quería hablar —ofreció finalmente—. Fuimos a tomar una copa al lado.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

Aún estoy de pie, pensé. Bueno, no del todo. Me estaba *inclinando*, dejando que él tomara la mayor parte de mi peso. Pero estaba viva. Y Shadi estaba dentro, esperándome. Estaría bien.

—Quiere que vuelvan a estar juntos —me atraganté. Lo dije como una pregunta, pero salió más como una proclamación.

Gus se echó hacia atrás lo suficiente para mirarme a los ojos, pero no correspondí. Mantuve mi mejilla presionada contra su pecho.

—Supongo que Parker y ella se separaron hace un tiempo —dijo, apoyando su barbilla en mi cabeza nuevamente. Sus brazos se apretaron a través de mi espalda—. Ella... dijo que había estado pensando en eso durante mucho tiempo pero que quería esperar. Para asegurarme de que no fuera su rebote.

—¿Cómo podrías ser su rebote? —pregunté—. Eres su esposo.

Su risa ronca retumbó a través de mí.

—Dije algo así.

Mi estómago se retorció.

—No es una mala persona —dijo Gus, como si me suplicara.

Mi estómago se retorció.

—Me alegra oírlo.

—¿En serio? —preguntó, inclinando la cabeza—. ¿Por qué?

—No deberías estar casado con una idiota, supongo. Probablemente nadie debería, excepto tal vez otros imbéciles.

—Bueno, esa es la cosa —dijo en voz baja—. Me preguntó si alguna vez podría perdonarla. Y creo que podría. Quiero decir, eventualmente.

No dije nada.

—Y luego me preguntó si podía verme estando con ella otra vez, y... me lo puedo imaginar. Creo que es posible.

Pensé que tal vez debería decir algo. *Ah, ¿sí? ¿Bien? ¿Entonces...?* El dolor no parecía contento de haber sido escuchado. Rugió en mí.

—Gus —susurré, y cerré los ojos mientras más lágrimas calientes brotaban de ellos. Negué con la cabeza.

EMILY HENRY

BEACH

302

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

—Preguntó si podíamos hacer que nuestro matrimonio funcionara —murmuró, y mis brazos se relajaron. Me alejé un paso de él, limpiándome la cara al tiempo que ponía distancia entre nosotros. Me quedé mirando la hierba inundada y mis dedos de los pies embarrados.

—Nunca esperé escucharla decir eso —dijo Gus sin aliento—. Y no lo sé, necesitaba tiempo para resolverlo todo. Así que, me fui a casa y... empecé a pensarlo todo, y quise llamarte, pero me pareció tan egoísta, llamarte así y hacer que me ayudaras a resolverlo. Así que, pasé todo el día de ayer pensando en ello —dijo—. Y al principio pensé... —Se detuvo de nuevo y negó con la cabeza como un loco—. Definitivamente podría estar otra vez con Naomi, pero incluso si pudiéramos estar juntos, no pensé que podría volver a casarme. Todo fue demasiado complicado y doloroso. Y luego pensé más en eso y me di cuenta de que no lo decía en serio.

Cerré con fuerza mis ojos mientras más lágrimas brotaban. *Por favor*, quería suplicarle. *Detente*. Pero me sentí atrapada en mi propio cuerpo, prisionera allí.

—January —dijo en voz baja—. Mírame.

Negué con la cabeza.

Escuché sus pasos moviéndose a través de la hierba. Deslizó mis manos sin vida en las suyas.

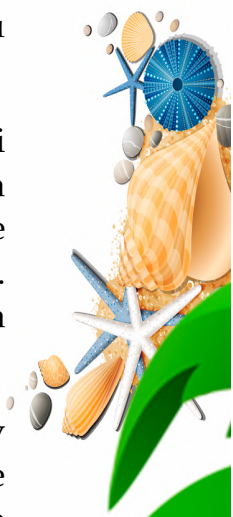
—Lo que quise decir es, lo dije *en serio*, sobre ella y yo. No lo dije en serio sobre ti.

Abrí los ojos y miré su rostro, borroso detrás de mis lágrimas. Su garganta se movió, la mandíbula se flexionó.

—Nunca he conocido a alguien que sea tan perfectamente mi persona favorita. Cuando pienso en estar contigo todos los días, ninguna parte de mí se siente claustrofóbica. Y cuando pienso en tener el tipo de peleas que Naomi y yo solíamos tener contigo, no tiene nada de aterrador. Porque confío en ti, más de lo que jamás he confiado en nadie, ni siquiera en Pete.

»January, cuando pienso en ti, y pienso en lavar la ropa contigo y probar depurativos terribles de jugo verde e ir a los centros comerciales de antigüedades contigo, solo me siento feliz. El mundo se ve diferente de lo que alguna vez pensé que podría ser, y no quiero buscar qué está roto o qué podría salir mal. No quiero prepararme para lo peor y perderme de estar contigo.

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

»Quiero ser el que te dé lo que te mereces, y quiero dormir a tu lado todas las noches y ser a quien te quejes de los libros, y no creo que *pueda* merecer nada de eso, y sé que esto entre nosotros no es seguro, pero eso es a lo que me quiero apuntar contigo. Porque sé que no importa cuánto tiempo llegue a amarte, valdrá la pena lo que venga después.

Era tan parecido al mismo pensamiento que había tenido esta noche, y antes de eso, mientras conducíamos de regreso desde New Eden, nuestras manos agarrándose contra la palanca de cambios, pero ahora sonaba diferente, se sentía un poco agrio en mi estómago.

—Valdrá la pena —dijo nuevamente, con más tranquilidad, con más urgencia.

—No puedes saber eso —susurré. Me aparté de él lentamente, secándome las lágrimas de los ojos.

—Bien —murmuró—. No puedo saberlo. Pero lo creo. Lo *veo*. Déjame demostrar que tengo razón. Déjame demostrarte que puedo amarte para siempre.

Mi voz salió fina y débil.

—Ambos estamos destrozados. No solo eres tú. Quería pensar que lo era, pero no lo es. Soy un desastre. Siento que necesito volver a aprender todo, especialmente cómo estar enamorada. ¿Por dónde siquiera *empezaríamos*?

Gus apartó mis manos de mi rostro surcado de lágrimas. Su sonrisa era débil, pero incluso en la luz nublada de la mañana, pude ver el hoyuelo arrugando su mejilla. Sus manos se deslizaron sobre mis caderas y me atrajo suavemente contra él, poniendo su barbilla en mi cabeza.

—Ven —susurró en mi cabello.

Mi corazón se saltó un latido. ¿Eso era posible? *Lo* deseaba tanto, lo deseaba en cada parte de mi vida, tal como él había dicho.

—Cuando te veo dormir —dijo temblorosamente—, me siento abrumado de que existas.

Las lágrimas se precipitaron de nuevo a mis ojos con toda su fuerza.

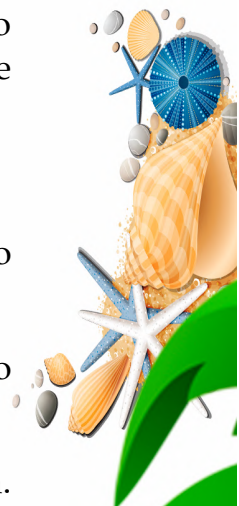
—Gus, ¿y si *no tenemos* un final feliz? —susurré.

Lo pensó, sus manos todavía se deslizaban, apretaban y empujaban contra mí como si no pudieran quedarse quietas. Sus ojos oscuros se.

EMILY HENRY

BEACH

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

*ways have
didn't you know!*

READ

Bookzinga

concentraron en los míos. Cuando lo miré, su mirada estaba haciendo algo sexy y malvado, pero ahora parecía menos sexy, diabólico y más... solo Gus.

—Entonces, tal vez deberíamos disfrutar de nuestro feliz por ahora —respondió.

—Feliz por ahora. —Probé las palabras, las hice rodar por el dorso de mi lengua como si fuera vino. La única promesa que tenías en la vida era el único momento que estabas viviendo. Y yo lo estaba.

Feliz por ahora.

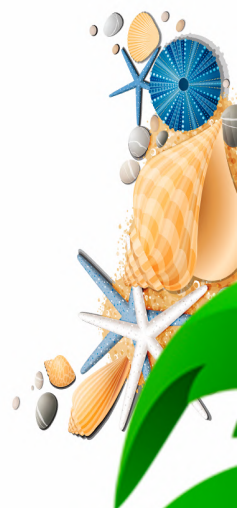
Podría vivir con eso. Podría aprender a vivir con eso.

Lentamente, comenzó a balancearme de un lado a otro de nuevo. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y dejé que me rodeara la cintura y nos quedamos allí, aprendiendo a bailar bajo la lluvia.

305



EMILY HENRY
BEACH



*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
i. hen*

ways have
didn't you know!

Nueve meses después

—¿Lista? —preguntó Gus.

Apreté la copia anticipada de *La Gran Familia Marconi* contra mi pecho. Sospeché que nunca estaría lista. Ni por este libro ni por él. Dárselo al mundo iba a ser como caer de cabeza de un avión, y solo podía esperar que algo de abajo decidiera levantarse y atraparme. Le pregunté a Gus:

—¿Lo estás?

Inclinó la cabeza mientras lo consideraba. Acababa de terminar la fase de edición de líneas de la edición de su libro, por lo que su manuscrito se mantenía unido mediante clips de encuadernación, en lugar de la encuadernación de bolsillo barata utilizada para las copias anticipadas, que llegarían en cualquier momento.

Al final, mi libro se vendió tres semanas antes que el suyo, pero el suyo se vendió por un poco más de dinero, y ambos decidimos deshacernos de los seudónimos. Habíamos escrito libros de los que estábamos orgullosos, e incluso si eran diferentes de lo que solíamos hacer, seguían siendo nuestros.

Era extraño no ver el pequeño sol sobre las olas, el logo de Sandy Lowe, en el lomo donde había estado en todos mis otros libros. Pero sabía que mi próximo libro, *Cascarrabias*, lo iba a tener, y me sentí bien.

A mis lectores les encantaría *Cascarrabias*. A mí también me encantaba. Ni más ni menos de lo que amaba a *Familia Marconi*. Pero tal vez me sentía más protectora con los Marconi que con mis otros protagonistas, porque no sabía cómo serían juzgados.

Anya había insistido en que cualquiera que no quisiera *envolver a los Marconi en la seda más suave y alimentarlos a mano con uvas es solo un cerdo sin necesidad de perlas. No te preocupes*. Por supuesto, dijo eso cuando envió la

EMILY HENRY

BEACH

306

As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

READ

Bookzinga

primera revisión comercial esta mañana, que fue en gran medida positiva, además de describir al elenco como “difícil de manejar” y a la propia Eleanor como “bastante estridente”.

—Creo que sí —respondió Gus y me entregó su pila de páginas. No tenía motivos para preocuparse y me dije que yo tampoco. El año pasado, leí sus dos libros, y él ya había leído los tres míos, y hasta ahora, la escritura del otro no había dejado a ninguno de los dos repugnados por el otro.

De hecho, leer *The Revelatories* se había sentido un poco como nadar en la mente de Gus. Fue desgarrador y hermoso, pero muy, muy divertido en algunos momentos y extremadamente extraño en muchos otros.

Le pasé mi libro y él sonrió abiertamente hacia la portada ilustrada, las rayas de la tienda descendiendo en rizos en la parte inferior, haciendo nudos alrededor de las siluetas de los personajes, uniéndolos.

—Es un buen día —dijo Gus. A veces decía eso, por lo general cuando estábamos en medio de algo mundano, como cargar el lavaplatos o desempolvar la habitación del frente de su casa con nuestra desagradable ropa de limpieza. Desde que vendí la casa de papá en febrero, había pasado mucho tiempo en la casa de la playa de al lado, pero Gus también venía a mi apartamento en la ciudad. Estaba sobre la tienda de música, y durante el día, mientras estábamos trabajando en mi rincón del desayuno, podíamos escuchar a los estudiantes universitarios callejeros pasar para probar conjuntos de batería que nunca hubieran podido caber en sus dormitorios. Incluso cuando nos molestaba, era algo que compartíamos.

A decir verdad, a veces a Gus y a mí nos gustaba ser gruñones juntos.

Por la noche, después de que cerrara la tienda, los propietarios, un hermano y una hermana de mediana edad con expansores de hueso a juego en los oídos, siempre subían el volumen de su música (Dylan, Neil Young y Crazy Horse o los Rolling Stones) y se sentaban en la parte trasera, fumando un porro compartido. Gus y yo nos sentábamos en mi pequeño balcón encima de ellos y dejábamos que los olores y los sonidos flotaran hasta nosotros. “Es un buen día”, decía, o si accidentalmente cerraba la puerta del balcón con el candado de nuevo, decía algo como: “Qué jodido día”.

Y luego bajaba por la escalera de incendios hacia los hermanos fumando hierba y les preguntaba si podía atravesar la tienda hasta la segunda escalera dentro del edificio, y ellos decían: “Claro, hombre”, y un minuto después, aparecía detrás de mí con una cerveza nueva en la mano.

EMILY HENRY

BEACH

307

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refresh

A veces echaba de menos la cocina de la casa vieja, ese azulejo blanco y azul pintado a mano, pero estas últimas semanas, cuando el verano comenzaba de nuevo, había escuchado el clamor y las risas de la familia de seis personas que se alojaba en ella, e imaginé que apreciaban el toque tanto como yo lo había hecho. Quizás algún día, uno de los cuatro niños describiría esos diseños cuidadosos a sus propios hijos, un recuerdo que logró mantenerse brillante mientras todo lo demás se volvía vago y confuso.

—Es un buen día —coincidí. Mañana era el aniversario del día en que Naomi dejó a Gus, la noche de su trigésimo tercer cumpleaños, y finalmente le había dicho a Markham que prefería no tener la gran fiesta.

—Solo quiero sentarme en la playa y leer —le dijo, así que ese había sido nuestro plan durante las últimas dos semanas. Finalmente intercambiaríamos nuestros últimos libros y los leeríamos fuera.

Por supuesto, me sorprendió que lo hubiera sugerido. Si bien a los dos nos encantaba la vista, había visto en el último año que Gus no mentía sobre el poco tiempo que pasaba en la playa. Creía que había demasiada gente durante el día y, de todos modos, por la noche hacía demasiado frío para nadar. Habíamos pasado mucho más tiempo allí en enero y febrero, caminando a lo largo de las olas heladas, sosteniendo nuestros brazos extendidos mientras estábamos en el borde del mundo, entrecerrando los ojos hacia la luz moribunda, nuestras chaquetas ondeando.

El lago se congelaba tanto que incluso podíamos caminar sobre él más allá del faro en el que mi padre había montado una vez su triciclo. Y lo que es más, el agua se congelaba tan alto y la nieve se amontonaba encima de tal manera que podíamos caminar hasta la cima del faro, pararse sobre él como si fuera parte de una civilización perdida debajo de nosotros, el brazo de Gus enganchado alrededor de mi cuello mientras tarareaba: *It's June in January, because I'm in love.*

Tuve que comprarme un abrigo más grande. Uno que parecía un saco de dormir con brazos. Una capucha forrada de piel y anillos de Gore-Tex rellenos de plumas hasta los tobillos, y aun así, a veces tenía que ponerme sudaderas y camisetas de manga larga debajo.

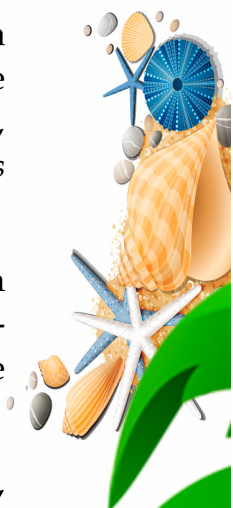
Pero el sol... maldición, el sol brillaba en esos días de invierno, reflejando cada borde de cristal con más nitidez que cuando había caído por primera vez. Era como estar en otro planeta, solo Gus y yo, más cerca de una estrella de lo que nunca habíamos estado. Nuestros rostros se entumecían tanto que no podíamos sentir los mocos goteando por ellos, y, cuando volvíamos a entrar, nuestros dedos estaban morados (con guantes

EMILY HENRY

BEACH

308

ways have
didn't you know!



As the bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

ways have
didn't you know!

READ

Bookzinga

o no) y nuestras mejillas sonrojadas, encendíamos la chimenea de gas y colapsábamos en el sofá, temblando y parloteando y demasiado entumecidos para desvestirnos y enredarnos debajo de las mantas con alguna apariencia de gracia.

—January, January —cantaba Gus, con los dientes castañeando por el frío—. Incluso si no hay copos de nieve, tendremos January durante todo el año.

Nunca me había gustado el invierno, pero ahora lo entendía. Esta noche sentarme en una manta en la arena fue agradable, pero estábamos compartiendo las olas brillantes con otras tres docenas de personas. Era un tipo de belleza diferente, escuchar gritos y chillidos entre el estruendo del agua en la orilla, más como esas noches en las que me sentaba en el patio trasero de mis padres escuchando a los niños del vecino persiguiendo luciérnagas. Me alegré de que Gus lo intentara todo.

Leímos durante un par de horas y luego volvimos a casa en la oscuridad. Dormí en su casa esa noche, y cuando desperté, él ya estaba fuera de la cama, el murmullo de la cafetera proviniendo de la cocina.

Volvimos a la playa esa tarde y nos sentamos uno al lado del otro, leyendo los libros del otro nuevamente. Me pregunté qué pensaría él del final del mío, si le parecería demasiado artificial o si estaría decepcionado de que no me hubiera comprometido realmente con un final infeliz.

Pero su libro era más corto y terminé primero, con una carcajada que lo hizo levantar la vista, sorprendido, de la página.

—¿Qué? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Te lo diré cuando hayas terminado.

Me acosté en la arena y miré hacia el cielo lavanda. El sol había comenzado a ponerse y hacía mucho que habíamos comido nuestros bocadillos. Mi estómago gruñó. Reprimí otra risa.

El libro nuevo de Gus, titulado provisionalmente *The Cup Is Already Broken*, no se parecía en nada a una comedia romántica, aunque tenía un fuerte hilo romántico entretejido en la trama y se *había* acercado mucho a un final feliz.

El protagonista, Travis, había abandonado el culto con todas las pruebas que necesitaba. Incluso había convencido a Doris de que se fuera con él. Estaban felices, extremadamente felices, pero no más de una página

EMILY HENRY

BEACH

309

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refresh

o dos antes de que el meteoro del fin del mundo que el profeta había predicho golpeará la Tierra.

El mundo no se había acabado. De hecho, Travis y Doris fueron las dos únicas víctimas humanas. Había pasado por alto el recinto y golpeó el bosque justo al lado de la carretera por la que viajaban los dos. Ni siquiera había sido el meteoro que los había matado, había sido la distracción, los ojos de Travis esquivando la carretera por la que había trabajado tan duro para llegar.

El neumático derecho se había salido del arcén, y cuando lo giró demasiado fuerte, chocó con un semirremolque que pasaba volando en la otra dirección. Alcanzando un alto abrupto, arrugado como una lata pisoteada.

Cerré los ojos contra el cielo oscuro y me tragué la risa. No sabía por qué no podía detenerme, pero pronto la sensación se endureció en mi estómago y me di cuenta de que no me reía. Estaba llorando. Me sentía derrotada y comprendida.

Enojada porque estos personajes se habían merecido algo mejor de lo que habían recibido y de alguna manera reconfortada por su experiencia. *Sí, pensé. Así es como se siente la vida con demasiada frecuencia.* Como si estuvieras haciendo todo lo posible para sobrevivir solo para ser sabotado por algo más allá de tu control, tal vez incluso una parte más oscura de ti mismo.

A veces, era tu cuerpo. Tus células se convierten en veneno y luchan contra ti. O un dolor crónico que brota de tu cuello y te envuelve alrededor de la parte exterior de su cuero cabelludo hasta que se siente como uñas hundiéndose en tu cerebro.

A veces, era la lujuria, la angustia, la soledad o el miedo que te sacaban del camino hacia algo que habías pasado meses o años evitando. Luchando activamente en contra.

Al menos lo último que habían visto, el meteoro cayendo hacia la Tierra, los había distraído por su belleza. No habían tenido miedo. Estaban hipnotizados. Quizás eso era todo lo que podías esperar en la vida.

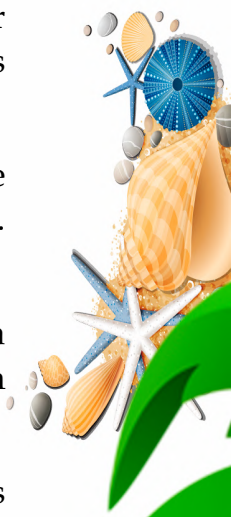
No sabía cuánto tiempo había estado allí acostada, las lágrimas corriendo silenciosamente por mis mejillas, pero sentí que un pulgar áspero atrapó una y abrí mis ojos al rostro amable de Gus. El cielo se había oscurecido a un azul brutal. Ver ese color en la piel de alguien haría que tu estómago se revolviera. Era magnífico en este contexto. Es extraño cómo.

EMILY HENRY

BEACH

310

ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment

las cosas pueden ser repugnantes en algunas situaciones e increíbles en otras.

—Oye —dijo con ternura—. ¿Qué ocurre?

Me senté y me sequé la cara.

—Demasiado para tu final feliz —dije.

Frunció el ceño.

—*Fue* un final feliz.

—¿Para quién?

—Para ellos —dijo—. Fueron felices. No se arrepintieron. Habían ganado. Y ni siquiera tenían que verlo venir. Por lo que sabemos, viven en ese momento para siempre, felices así. Juntos y libres.

Un escalofrío recorrió mis brazos. Sabía lo que quería decir. Siempre me sentí agradecida de que papá se hubiera ido mientras dormía. Esperaba que la noche anterior, mamá y él hubieran visto algo en la televisión que lo hizo reír tanto que tuvo que quitarse las gafas y sacar las lágrimas de sus ojos. Quizás algo con un bote involucrado. Esperaba que hubiera tomado demasiados de los infames martinis de mamá para sentir alguna preocupación cuando se metió en la cama, aparte de que tal vez no se sintiera tan acalorado por la mañana.

Le había dicho esto a mamá cuando fui a casa de visita en Navidad. Ella había llorado y me abrazó.

—Fue algo así —prometió—. Gran parte de nuestras vidas fueron algo así. —Hablar de él venía a trompicones. Aprendí a no presionarlo. Aprendí a dejarlo salir, poco a poco, y que a veces estaba bien dejar un poco de fealdad en tu historia. Que nunca te robaría toda la belleza.

—Es un final feliz —repitió Gus, llevándome de regreso a la playa—. Además, ¿qué hay de *tu* final? Todo encajó perfectamente.

—Difícilmente —dije—. El único chico que Eleanor había *pensado* que amaba ahora está casado.

—Sí, y Nick y ella obviamente van a estar juntos —dijo—. Podías sentir eso a lo largo de todo el libro. Era obvio que él estaba enamorado de ella y que ella también lo amaba.

Puse los ojos en blanco.

EMILY HENRY
BEACH

—Creo que estás proyectando.

—Tal vez sea así —dijo, sonriéndome.

—Supongo que ambos fallamos —dije, poniéndome de pie.

Gus me siguió. Empezamos por el camino tortuoso y lleno de raíces.

—No lo creo. Creo que escribí mi versión de un final feliz y tú escribiste tu versión de uno triste. Tuvimos que escribir lo que pensamos que es verdad.

—Y todavía crees que un meteoro golpeando la Tierra es el mejor de los casos en un romance.

Se rio.

Nos habíamos olvidado de dejar la luz del porche encendida, pero normalmente no había nada con lo que tropezar. Él nunca había tenido muebles de porche, y cuando le di los de papá a Sonya, decidimos ahorrar y comprar los nuestros, y luego lo olvidamos de inmediato. Sin embargo, esta noche el porche no estaba vacío. Había una caja de cartón contra la puerta, y Gus la recogió, estudiando la etiqueta de envío.

—Deben ser las copias avanzadas —dijo. Sonó un poco nervioso, pero no dudó en equilibrar la caja contra su cadera y usar sus llaves para abrir la cinta a lo largo de la parte superior. Dejó la caja abierta, sacó una copia del libro y me la pasó.

—¿No quieres verlo primero? —pregunté.

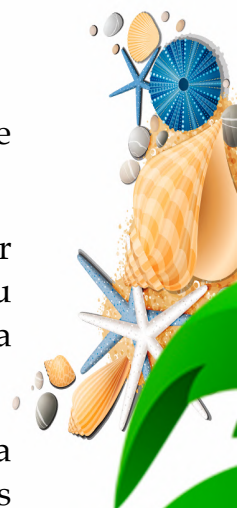
Se encogió de hombros.

—Tú primero. Solo observaré tu reacción en busca de señales de que accidentalmente lo imprimieron al revés o con el título incorrecto.

Pero no lo habían impreso al revés ni cometieron ningún otro error ridículo. Se veía hermoso, con tonos de azul arremolinándose en su portada, las limpias letras blancas del título eran tan grandes que podía leerlo perfectamente incluso en la tenue luz de las estrellas y la luna.

—Es perfecto —dije, pasando mis dedos sobre las palabras. Abrí la tapa endoble y hojeé las primeras páginas—. La composición tipográfica es realmente maravillosa y... —Acababa de llegar a la página de dedicación, y lo que estaba a punto de decir se dispersó de mi mente como humo en la brisa.

*ways have
didn't you know!*



*As the Bee with an elegant
fragrance of
that refreshment*

El manuscrito encuadernado que había leído no tenía una dedicatoria, o si la tenía, de alguna manera me lo perdí. Lo que parecía improbable tanto por lo de cerca que había estudiado cada palabra, como si cada una de ellas fuera un trozo de Gus que pudiera reprimir y conservar, y porque no había forma de que me hubiera perdido esas dos primeras palabras.

Para January, no me importa cómo termine la historia mientras la pase contigo.

Lo miré, su rostro perfectamente imperfecto oscurecido por las lágrimas punzantes en mis ojos, el desorden de cabello oscuro vuelto negro azabache por la noche, el brillo suave en esos ojos que amaba tanto.

—Solo tenías que superar la dedicatoria más hermosa que jamás hayas leído, ¿no?

Sonrió.

—Algo así.

Su mano encontró un lado de mi cara y su boca cálida presionó la mía. Cuando se echó hacia atrás, mi cabello enganchado en su nuca, dijo en voz baja:

—Y para responder a tu pregunta sobre el mejor escenario para una historia de amor, sí. Si me golpeará un meteoro mientras estuviera en el auto contigo, todavía pensaría que salí con una nota alta.

Mis mejillas aún se calentaban cuando decía cosas así. La sensación de lava todavía llenaba mi estómago.

—Te amo, Augustus Everett —dije, y no se estremeció al oír su nombre, solo sonrió y me pasó el pulgar por la mandíbula. Mucho había cambiado en el último año. Así como mucho también cambiaría el año que viene.

En los libros, siempre sentía que los Felices Para Siempre parecían como un comienzo nuevo, pero para mí, no se sentía así. Mis felices para siempre era una cadena de “felices por ahora”, que se remonta no solo a hace un año, sino a treinta años antes. El mío ya había comenzado, por lo que este día no era ni un final ni un comienzo.

Era solo otro buen día. Un día perfecto. Un feliz por ahora, tan vasto y profundo que sabía, o más bien creía, que no tenía que preocuparme por el mañana.

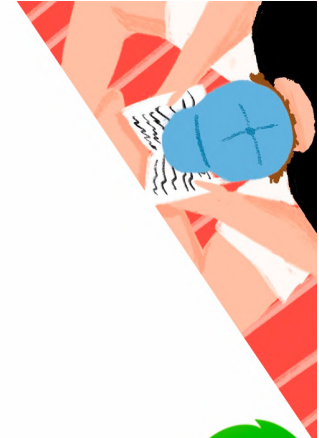
ways have
didn't you know!



As the Bee with an elegant
fragrance of
that refresh

*ways have
didn't you know!*

READ
Bookzinga



314



EMILY HENRY
BEACH

*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
in her*

ways have
didn't you know!

READ
Bookzinga

SOBRE LA AUTORA

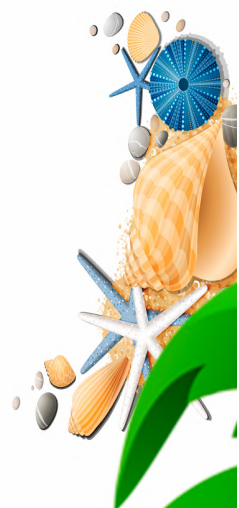


315

Emily Henry estudió escritura creativa en Hope College y el Centro de Estudios de Arte y Medios de Nueva York, y ahora pasa la mayor parte de su tiempo en Cincinnati, Ohio, y su parte de Kentucky justo debajo. *Beach Read* es su primera novela para adultos.



EMILY HENRY
BEACH



As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
i. hen

*ways have
didn't you know!*

READ
Bookzinga

CRÉDITOS

MODERACIÓN

LizC

TRADUCCIÓN

LizC

Lyla

Naomi Mora

CORRECCIÓN, RECOPIACIÓN Y REVISIÓN

316

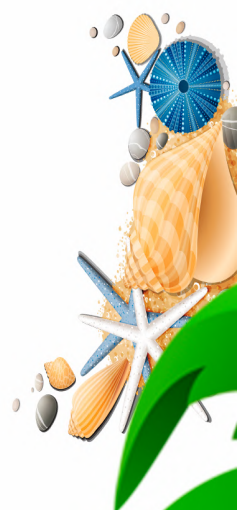
Imma Marques, LizC y Vickyra

DISEÑO

Bruja_Luna_

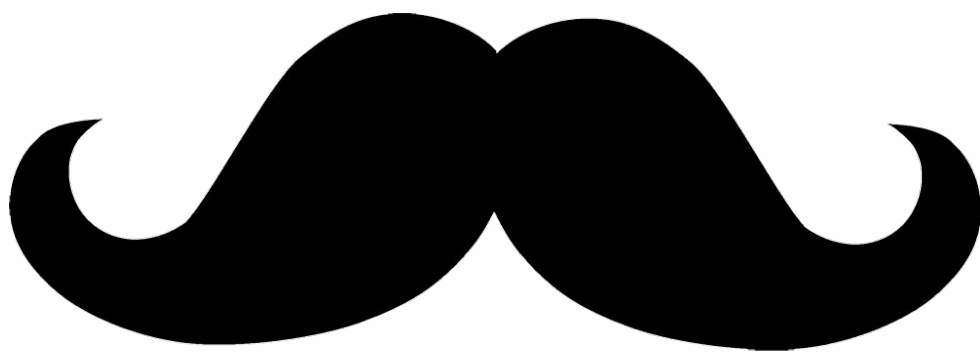
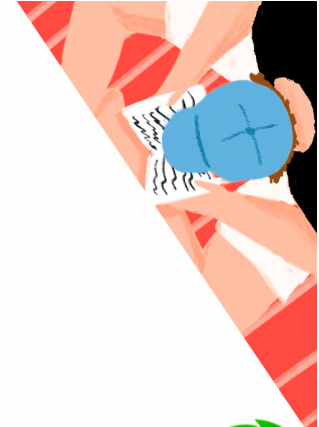


EMILY HENRY
BEACH

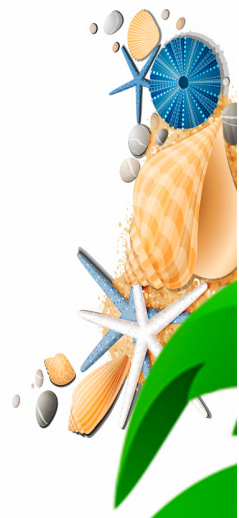


*As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
i. hen*

ways have
didn't you know!



317



EMILY HENRY
BEACH

As the Bee with an elegant
the fragrance of
that refreshes
in her